



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Estado y cultura: los intelectuales universitarios bajo el franquismo (1940-1962)

Jordi Gracia Garcia

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

TD 92
2 v. 1

ESTADO Y CULTURA: LOS INTELLECTUALES

UNIVERSITARIOS BAJO EL FRANQUISMO (1940-1962)

Director de la Tesis Doctoral:

Dr. José-Carlos MAINER BAQUÉ

Presentada por Jordi GRACIA GARCIA

Universitat de Barcelona, 1992.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701117955

INDICE

INTRODUCCION.....	6
PARTE I. IDEOLOGIA Y CULTURA EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS 40 Y 50	
CAPITULO I: <u>EL NUEVO ESTADO Y LA HERENCIA CULTURAL REPUBLICANA</u>	23
- El Nuevo Estado al trasluz: epigonismo y continuidad.....	25
. Hacia la definición de una hipótesis.....	35
- El voluntarismo de la razón liberal: La Segunda República y el fracaso de un modelo de Estado...	43
CAPITULO II: <u>EL RECAMBIO DE UNA POLITICA CULTURAL</u>	65
- Pacto para una modernidad cultural en torno a 1951.	74
- Respuesta estética a un agotamiento político.....	80
. Un urbanismo frustrado.....	89
. El lenguaje de la abstracción y el Estado.....	99
. Una vanguardia musical rezagada.....	116
CAPITULO III: <u>IDEOLOGIA Y CULTURA EN LA VIDA UNIVERSITARIA DEL FRANQUISMO.</u>	136
- Iglesia y Falange en la pugna por la Educación.....	141
- Una vanguardia domada: el SEU de los años cuarenta.	162
- Una agonía asistida: el SEU entre 1956 y 1965.....	174
- Rentabilidad cultural de una crisis ideológica (1951-1956).....	189
. Primera madurez del compromiso social: el SUT.	195
. Un teatro universitario de información y vanguardia.....	206
. Cineclubismo seuísta de los años 50 y el nuevo cine español.....	217

PARTE II. LOS GÉRMINES DE UNA DISIDENCIA

CAPITULO IV: <u>SINTOMATOLOGIA DE UNA DISIDENCIA EN AGRAZ.</u>	231
- Primeras contradicciones de la cultura del SEU: Alerta	237
- Los orígenes intelectuales de Laye en dos revistas del SEU: Estilo y Qvadrante	252
- La cruz y la espada: los Colegios Mayores restaurados.....	282
. Cisneros o la incombustible "religiosidad militante".....	292
. Alfárez o la asepsia de un catolicismo especulativo.....	311
- Radicalización falangista y teatro social: la 2a época de La hora (1948-1950).....	344
CAPITULO V: <u>LA ETAPA LIBERALIZADORA</u>	392
- Ruiz-Giménez y la evolución intelectual del falangismo.....	392
. De Falange al reformismo crítico: Revista	410
- Una nueva derrota: la ascensión del Opus Dei.....	433
- El catolicismo autocrítico.....	442
. Enclaves ideológicos de El Ciervo	448
CAPITULO VI: <u>LOS LIMITES DE UNA CULTURA CRITICA Y <u>LA PRENSA UNIVERSITARIA</u></u>	465
- Introducción. La complicidad de dos sensibilidades, Alcalá y Laye	465
- Laye y el sentido de una cultura integral.....	484
. De la erosión ideológica a la crítica de la cultura.....	500
- Alcalá y la lógica de un nuevo catolicismo.....	519

. Metamorfosis del falangismo universitario.....	560
. Avisos de una nueva mentalidad en la cultura seuista.....	582
. Componentes ideológicos de una estética del realismo.....	605
- La novela social y el SEU.....	629

**PARTE III. CRISIS IDEOLOGICA DEL FALANGISMO Y VITALIDAD
CRITICA EN LOS AÑOS CINCUENTA.**

CAPITULO VII: FALANGISMO AGONICO Y REVOLUCION CRISTIANA 643

- La insustituible singularidad de Indice	643
- Indice, Praxis y la revolución cristiana del FLP...	665
. Un debate socialista y las raíces de una Sociología moderna.....	684

CAPITULO VIII: HACIA UN PENSAMIENTO DEMOCRATICO 702

- Los nuevos lenguajes del Boletín Informativo	703
- Una Editorial propicia: Taurus	714
- Formas marginales de la razón democrática.....	719
. Theoría o el compromiso ideológico de la ciencia.....	722
. Europa como revulsivo: la Colección Zetein y la historiografía de Vicens Vives.....	729

CAPITULO IX: LA VIABILIDAD DE UNA ESPAÑA SOLIDARIA. 741

- El pensamiento jurídico-político español y la recepción de Schmitt, Kelsen y Heller. La crisis del Estado liberal.....	741
- Hacia un nuevo concepto del Estado en la Revista de Estudios Políticos (1941-1958).....	750
- Solidaridad y Estado en los jóvenes intelectuales..	782
- La idea de España o la anacronía de un problema....	812

PARTE IV. UNA ESTÉTICA DE RESISTENCIA

CAPITULO X: <u>CIRCUITOS SOCIALES DE UNA CULTURA CRITICA</u>	836
- Una trayectoria inequívoca: Insula	838
- El amparo de Cela y sus Papeles de son Armadans ...	850
- Itinerarios poéticos: de Adonais a Colliure	863
- Plataformas para una narrativa realista: los premios literarios y la huella de Destino	877
. La significación de Biblioteca Breve	893
- Una mordaza cuarteada. Teatro del realismo y Primer acto	913
CAPITULO XI: <u>UN ARTE SOCIAL Y REALISTA PARA LOS SESENTA</u>	932
- Una aventura literaria: de la razón moral a la razón política.....	932
- La prematura independencia de Revista española	944
- Hacia una <i>literatura de reforma</i> : Acento cultural ..	959
. Entre el sueño de lo popular y la literatura política.....	982
- El compromiso político de unos Cuadernos de arte y pensamiento	1001
. Los nuevos rumbos de tres revistas barcelonesas (del SEU).....	1018
CONCLUSIONES.....	1031
BIBLIOGRAFIA	
Fuentes primarias.	
1. Revistas.....	1050
2. Literatura y ensayo.....	1052
Fuentes secundarias.	
3. Crítica e historia.....	1067
4. Memorias y testimonios.....	1112

INTRODUCCION

Los historiadores de la España contemporánea han hecho hincapié últimamente en la necesidad de abordar el trabajo de archivo, la letra menuda de los legajos y papeles todavía sin catalogar (y, en algún caso, tan preservados que traslucen culpabilidad no sistematizada, todavía.) De ellos ha de salir la explicación de la incommovible solidez política del régimen o la recomposición minuciosa de cuanto juzgó inoportuno publicar la censura. Como material de archivo cabe conceptuar también las publicaciones periódicas, por lo general auténtica mina de datos dispersos en páginas que registran el día a día de una época. Gran parte de los materiales en que se apoya este trabajo procede de la prensa periódica -con la exclusión discutible pero necesaria de los diarios-, aparecida en España en lo que propiamente cabría ir llamando ya posguerra, es decir, las dos primeras décadas del régimen de Franco. La selección se ha centrado en las cabeceras que frecuentaron las promociones universitarias de los años cuarenta y cincuenta, aquellas donde hizo sus primeras armas una generación que pudo tomar la frase en sentido figurado, pero muy directamente afectada por la obra de quienes las empuñaron de veras. La prensa propiamente universitaria, en su mayor parte del SEU, es la fuente principal del trabajo y a la que con mayor detalle se dedican los análisis. No parecía oportuno, sin embargo, desestimar los ingredientes sin los cuales no podría

explicarse la formación intelectual de una generación: las revistas culturales del momento, las publicaciones que aceptaron su colaboración, las iniciativas en las que participaron sin ser sus promotores directos, junto a las que dependieron de ellos, etc.

Los resultados de estos análisis podían satisfacer el propósito fundamental de que partía el trabajo: esbozar una respuesta histórica y sociológica que explicase la unanimidad moral y literaria de una determinada novela neorrealista, precisase su lugar y el de sus autores, y determinase, por fin, sus diferencias con respecto a la intención política explícita que predomina en títulos algo posteriores como *La mina*, *La piqueta* o *Ayer*, 27 de octubre. Es innecesario señalar que el tratamiento de estos materiales, tan naturalmente dispersos, exige una predisposición muy marcada hacia metodologías abiertas y eclécticas. Pero, por otra parte, y para el caso concreto de este trabajo, comportan también un grado más primario de compromisos en torno a la Filología como terreno apto para saberes que desbordan su estricto perfil académico. Buscar un lugar más ancho para los estudios literarios significa reconocer que los argumentos para explicar una estética narrativa, un movimiento literario, proceden también de fuentes no literarias, o de una literatura de otro signo, la literatura de ideas, la literatura política, el ensayo. Ciertamente, la apuesta contiene riesgos muy palpables: si en un extremo del abanico de posibilidades del filólogo puede catalogarse la minuciosa cuantificación estadística de los versos yámbicos en la no muy extensa obra

poética de J. Gil de Biedma, en el otro polo caerá un proyecto como el presente. Su mismo eje vertebrador pudiera entrar sin dificultad en los planes de un doctorando de Ciencias Políticas, colinda en algunos capítulos con el historiador del pensamiento o, incluso, con la Historia de las Instituciones (y, entre ellas, la misma Universidad). No obstante, no parece que aquellos trabajos pudieran llevar a resultados semejantes a los que presento aquí, pese a la proximidad de hipótesis de trabajo y, en algunos casos, la semejanza de las fuentes examinadas. Lo cual significa también confiar en la aptitud de la Filología para articular datos plurales que expliquen de manera histórica y más completa un ejercicio literario (que en este caso cumple, además, con la proverbial adivinación de los rumbos colectivos de su sociedad). Buscar una ordenación suficiente de materiales múltiples y entenderlos como ingredientes de un organigrama complejo pero no irreductible a una descripción ordenada y analítica. La distribución del material se ha guiado por la propia entidad que descubría la lectura, por la percepción de afinidades o contradicciones que los propios textos evidenciaban por sí mismos. En buena parte, ahí encuentra su lugar también la explicación por el abuso de citas que he transcrito por extenso. Muchas veces son portavoces insustituibles de la sensibilidad del período, de su propia textura moral, de complicidades y sobreentendidos que una paráfrasis sintética pierde irremediablemente. La metodología es así tributaria de distintas disciplinas pero apura, sobre todo, la más fiable de todas: la lectura atenta de unos textos que, por razones históricas, hablan un lenguaje

común y predicen problemas semejantes, incluso cuando lo hacen a mucha distancia ideológica unos de otros. Destacar los temas que reaparecen, establecer los lugares en que motivos muy constantes de la narrativa obtienen un espacio privilegiado, reconstruir lo que son las inquietudes políticas de varias promociones universitarias y su evolución en algo menos de dos décadas, serviría para definir histórica y sociológicamente una vida intelectual necesariamente presente en el resultado artístico.

Esta tesis, basta con hojear su índice, ha optado por ese enfoque metodológicamente ecléctico, organizado sobre un trabajo hemerográfico de base y una cierta familiaridad con la literatura, el ensayo y la historia del período de que se ocupa. Entre sus objetivos está suministrar los datos externos e internos que ayuden a explicar la formalización estética de una determinada narrativa: aquella que mostró los primeros frutos de una promoción de españoles que en su mayor parte eran universitarios, habían vivido la guerra civil en su infancia, adquirieron conciencia del país en que habitaban en una posguerra que agudizó sus asperezas con el estallido de la segunda mundial y que, en términos generales, no tuvieron excesivas razones objetivas para sentirse señalados por el dedo de la Providencia (a pesar de la espesura de un clima espiritual, oscuro y ruidosísimo). Los estudios de conjunto y de detalle sobre la literatura neorrealista, el realismo crítico, la novela social, como se quiera designar un fenómeno fácilmente demarcable, son numerosos y en algunos casos excelentes. Ello permitía ir un poco más allá de la mera

relectura e invitaba a reconstruir los estímulos intelectuales y culturales que en alguna medida determinaron aquel resultado.

El no muy elevado número de monografías sobre las publicaciones del período y un enfoque a menudo muy limitado de sus temas, parecía recomendar la inmersión en ese terreno todavía poco explotado pero denso y rico en información. Sus páginas emitían signos de interpretación relativamente fácil y suministraban un tipo de datos muy valioso para entender los temas y las obsesiones de los narradores jóvenes. El recorrido detenido de cada una de las revistas parecía un paso indispensable que lo era por dos motivos: como fuente de reconstrucción de los medios en que se formó una generación y como material apto para explicar apreciables constantes temáticas de la narrativa de los años cincuenta. La percepción sistemática de estas continuidades, de unas constantes y unos resortes morales muy visibles, invitaba a buscar explicaciones de índole sociológica a un -para decirlo con Claudio Guillén- sistema literario. El registro más minucioso procedería de aquellas revistas, de una revisión que permitiese establecer una cierta cronología de temas e intereses, que recogiese con algún detalle de qué se ocupaban y contra quiénes estaban lectores y colaboradores. Rehacer el edificio de una etapa de la historia intelectual obligaba a revisar y conocer los medios que puso en circulación, la personalidad que definió a cada empresa y, quizá más importante, el lugar que ocupó cada cabecera en las tensiones dialécticas de la vida intelectual del período. Su interés aumentó a medida que progresaba la

definición de una complejidad política y moral subyacente a un monolitismo forzado, de manera muy clara en las páginas sin encuadernar, mal conservadas o ya olvidadas de las revistas culturales y universitarias del momento.

Este enfoque podía hacer presumir la disponibilidad de nuevos datos para fundamentar la interpretación de una novela particularmente deudora de su tiempo, de sus condiciones históricas y de la experiencia tanto personal como colectiva de cada uno de sus autores. No ha de suponerse que tras este trabajo la lectura de **Los bravos** o **Entre visillos**, **El Jarama** o **Las afueras** haya de verse sustancialmente afectada, pero sí quizá integrada en un episodio más complejo de la historia reciente, el del intento de rehacer una sociedad más libre, más sincera, menos ampulosa y quebradiza. Es de lo que hablan repetidamente estas novelas primeras. En otros términos: el origen y la finalidad del trabajo arrancan de las semejanzas, las continuidades y paralelismos de aquella novela. Las reiteradas excursiones a los suburbios de las capitales por parte de sus personajes o la salida de Juan Goytisolo hacia el sur -y Rodalquilar, primer campo de trabajo del SUT- no son sólo temas narrativos sino vivencias directas o indirectas del momento. La literatura de viajes es, en efecto, hija de la influencia de un título clave como **Viaje a la Alcarria**, de 1945, pero está también concebida -como el neorrealismo- sobre la voluntad de denuncia por el abandono de la España agraria y su miseria cívica y moral, su atraso insultante (como tan bien saben seúistas críticos o el mismo novelista catalán arriba citado). La ansiedad participativa y voluntariosa de

tantas páginas universitarias hace más clara buena parte de las frustraciones -y simbólicas victorias- del joven médico que llega a un pueblo perdido en la montaña leonesa o del maestro que debe abandonar -tras sembrar la oportuna semilla- la ciudad de provincias en que recaló. Pero a las dos novelas aludidas les unen todavía resortes morales tan contundentes como una reticencia compartida por el comportamiento de la Iglesia como institución: el cura de **Los bravos** desprecia expresamente un poblacho al que el joven médico busca confusamente redimir, en el que se quedará pese a las reiteradas perplejidades de sus pobladores por no preferir *hacer dinero* en los hospitales de la capital. Su conducta es un cargo de conciencia con el que hay que convivir: los trata a todos ellos con exacta corrección, no se amilana tampoco con el propietario, pero también procura socorrer al estafador, porque "sin desearlo, estaba del lado del prójimo que más sufría, del que sufría ante él"¹. Las palabras que el autor pone en la conciencia de Amparo y su servidumbre esclava a la madre, girando y girando inútilmente como el asno de noria, podría suscribirlas también Justina, el personaje que en **El Jarama** sirve las mesas y que vemos refugiada en su cuarto, en un momento de intimidad; melancolía, pero también rebeldía reprimida: "clavó las uñas en la cal de la pared, a la izquierda de su cama, fuertemente"². Una impotencia femenina

¹ J. Fernández Santos, **Los bravos**, [1954], Barcelona, Destino, 1983, p. 198.

² R. Sánchez Ferlosio, **El Jarama**, Barcelona, Destino, 1956, p. 242.

que remite a un sentido de la libertad muy vivo en **Entre visillos**. Natalia remachará una vocación crítica en su interior -y en el enfrentamiento con su familia y la sociedad en pleno-, con el apoyo de la formación laica, institucionista y éticamente independiente de Pablo Klein, profesor precisamente de alemán. De él aprenden, y no sólo Natalia, una autenticidad, una sinceridad incluso dolorosa, que ha hacer estallar de algún modo, aunque sea en la conciencia, esa *vida estancada y caliente que se cuece en los interiores*³. El último consejo de Pablo a Natalia es una inyección de fuerza moral para superar las ataduras (título de un relato largo de la autora, de 1959) familiares. En final también simbólico, Natalia despide a los dos personajes que salen del pueblo, Pablo y Julia, con cotas de libertad conquistada que ella cifra en el camino de la universidad. A lo mejor así -y es la última línea de la novela-, la niebla seguirá ocultando la Catedral. Y en una novela del mismo año, algo indica la intensa turbación de Víctor en su encuentro con Ciriaco, sin que apenas se haya hecho explícito ninguno de sus motivos, pero sí la urgencia de respirar en **Las afueras**. Es su respuesta a la distancia que va desde el cinismo amargo que inicia el capítulo hasta la desnudez del retrato moral que suscita, con sus recuerdos, su servilismo, su habilidad, el limpiabotas.

Tras revisar algunos textos críticos en **Acento o Cuadernos de arte y pensamiento**, el pulso que marca la

³ C. Martín Gaité, **Entre visillos**, [1958], Barcelona, Destino, 1987, p. 219.

melancolía escéptica y la mirada limpia de los primeros relatos sociales, puede aparecer claramente diferenciado del que palpita en páginas de novelas construidas sobre supuestos semejantes, pero desde un concepto cargado de optimismo programático y razón política. Un resultado más, quizá, de la insinuada alianza del intelectual y el trabajador, que predica alguna de aquellas novelas, y ensayan repetidamente primero los medios seúistas y después los medios de la izquierda. Un pulso entre el estudiante que tiene ante sí "un camino sin trabas, recta y brillante la vía férrea"⁴, y el imbatible hijo del Herrero (al que ni siquiera podía ganar el Patacano, de quien Alvarito era *lugarteniente* en los juegos de la infancia), no parece puesto ahí, al final de la novela, sólo a título de victoria física sino como metáfora de una lucha de clases donde unos suelen perder y otros suelen ganar. Alvarito exhibe su fuerza en territorio ajeno, el Bar del Roig, para "campesinos, albañiles y obreros de la fábrica"⁵. Y es inevitable evocar tanto el relato de Martín Gaité, "La chica de abajo", de **El balneario**, como el futuro que anuncia Alicia a Natalia, en **Entre visillos**. El diario de Natalia sirve de eje definidor de una *conciencia de clase* que separará a quien tiene tiempo para escribirlo y quien debe ocuparlo en ayudar a la madrastra o "ponerle bigudís a las señoras"⁶.

Y por el procedimiento inverso, de signo positivo, no es

⁴ Luis Goytisolo, **Las afueras** [1958], Barcelona, Seix Barral, 1985, pp. 199-200.

⁵ *Ibidem*, pp. 190 y ss.

⁶ C. Martín Gaité, **Entre visillos**, *ob. cit.*, p. 224.

difícil sospechar que hay mucho de alegoría moral en el episodio de la coneja, en **El Jarama**, salvada en el último momento por la dueña: "el animal se debatía bocabajo, en violentos empujones. (...) le sentía todo todo el caliente sobresalto de los músculos menudos, el bullir de la sangre acelerada de pavor"⁷. Pero lejos del destino que espera a Lucita apenas unas páginas después: "se oía un débil debatirse en el agua, diez, quince metros más allá, y un hipo angosto, como un grito estrangulado, en medio de un jadeo sofocado en burbujas. (...) el pequeño remolino de opacas convulsiones, de rotos sonidos laríngeos, se iba alejando lentamente hacia el embalse"⁸. El peso histórico del río no perdona, mientras la esperanza todavía es posible entre quienes están lejos de los ecos de la guerra. A la coneja le salva la vida la ausencia, entre los jóvenes sin biografía bélica, de cuanto arrastra el río: "Pensar que esto era el frente (...) y nosotros que nos bañamos tan tranquilos"⁹. Bien trabado y calculado es el conciliador acuerdo a que llegan los de Legazpi y los domingueros, a causa del episodio de la coneja, para que *la sangre no llegue al río*. De notable calado histórico es la lección moral que hay en la llamada de Fernando a juntar

las dos mesas con esta gente, que están aquí como despistados y que además sé yo que son de los buenos, y así se formaba una mesa todos juntos. Porque de esa manera, ya no había aquí más que una sola cosa, para poder llevarlo con orden y

⁷ R. Sánchez Ferlosio, **El Jarama**, ob. cit., p. 262.

⁸ Ibidem, p. 272.

⁹ Ibidem, p. 40.

concierto. Y al mismo tiempo, pues se engrosaba la reunión con nuevos elementos de refresco y salíamos todos ganando en bureo y animación, unos y otros¹⁰.

Este beneficio compartido e integrador -"Venga, no seas tú tampoco exclusivista.// -Nada de exclusivismos"¹¹- estaba en el origen argumental de la propuesta de unión solidaria de las mesas: "Así, conforme vamos arrastrando la tarde hasta ahora, no se hace más que crear confusión, que cada uno procura por una cosa diferente, y ninguno sacamos nada en limpio"¹².

Y todo en el fondo se reúne en algo que hallamos de manera insistente en la prensa universitaria de los años cincuenta: un afán de verdad, de autenticidad física, material, que es hermana de una convicta simpatía solidaria por quienes padecen y padecieron las peores consecuencias de un gran desastre. La misma autenticidad moral con que actúa el médico ante el propietario -con el asombro entre resentido y aprobador del pueblo- o que expresa Pablo Klein en su comportamiento y juicios morales o que exige Mely a Fernando, tras el encuentro con la Guardia Civil: "No es necesario encararse; basta saber estar uno en su sitio, sin rebajarse ni poner esa voz de almíbar, para darles jabón"¹³.

Una literatura melancólica y sutil puede muy bien ser el resultado de un pensamiento desencantado y saturado de triunfalismos ofensivos (ante la miseria y la humillación, la

¹⁰ Ibidem, p. 246.

¹¹ Ibidem.

¹² Ibidem, p. 245.

¹³ Ibidem, p. 155.

hipocresía y la omnipresente violencia del vencedor), desdeñoso de la mística de las palabras y ansioso de recuperar las cosas como única herramienta para delimitar el conocimiento. Pero estas semejanzas y una respiración moral común podía llevarse algo más allá, también: ¿no era toda esta literatura metáfora muy obvia de la ansiedad por una sociedad más justa y solidaria, de la necesidad de hacer de España un país menos individualista y más capaz de ordenar racionalmente sus recursos para equilibrar diferencias tan abrumadoras como las que expresan todas esas novelas? ¿No hay detrás de la formación institucionista del maestro de **Entre visillos** una llamada al papel del Estado como educador no sólo de los retoños de una clase, sino de la misma sociedad de provincias castradora y asfixiante? Nada de caprichosa tiene la insistencia de las tías de Natalia en sacarla del Instituto Nacional para que frecuente a las niñas de su clase y posición y separarla, por tanto, de Pablo (a quien, en cualquier caso, exigen la vuelta a los usos de maestro tradicional).

De esa primera hipótesis derivaron otras, tras recorrer las páginas de unos jóvenes que transmitían muy explícitamente su evolución ideológica e intelectual. Surgen así algunas preguntas que cabe rastrear detrás del trabajo: ¿no es llamativo que los mismos que fundarían las primeras células de oposición marxista hubiesen sido muchas veces antiguos falangistas de convicción, lectores minuciosos de su literatura fundacional y reconocidos admiradores de una época cultural que no habían conocido -o sólo supieron de su destrucción? ¿No podía explorarse algo más la extraña

coincidencia en programas de política social y popular tanto de quienes procedían del SEU y sus Departamentos de Formación Política como de quienes estaban ya integrados en unos heterogéneos núcleos políticos de revitalización de la cultura y la educación popular (en sintonía que podía evocar, por cierto, la experiencia del fascismo italiano)? La adquisición de nuevos mecanismos intelectuales, de cuño racionalista y vocación pragmática, insinuaba por entonces una abierta ruptura con la impregnación esencialista, omnipresente en el irracionalismo de la mentalidad oficial. ¿En qué medida podía servir la idea de una nueva España, solidaria, justa y moderna, para articular el conjunto de una actividad cultural e intelectual, sobre todo si ésta buscaba a sus consumidores lejos del entorno burgués en que había crecido y ensayaba, una vez más, la reconducción racional y pragmática de las preguntas y los métodos? Demasiadas cosas implican esas preguntas para pretender responderlas con alguna solvencia. Si sirven, en todo caso, para acentuar los hilos que vertebran la descripción de iniciativas, empresas, proyectos y hasta estéticas literarias comprometidos en un final moderadamente feliz.

Alguna desazón puede acompañar al lector, y ha acompañado, de hecho, al autor. La proliferación y hasta la magnificación de guiños disidentes podría pergeñar una caricatura de la España de los cincuenta como nodriza ciega de rojos y rebeldes. La lógica interna del trabajo implicaba, en parte, superar esos recelos. Su objetivo había de ser auscultar y explotar, hasta donde fuera posible, los síntomas

embrionarios de una mentalidad distinta. Verificar que con aquellas mínimas asintonías, con complicidades confusas e inesperadas autocríticas, podía reanudarse el paso perdido de la España del siglo XX, tanto si heredaba las frustraciones de la República, como si esbozaba su nuevo futuro con caligrafía europea. Sólo así parece posible explicar históricamente la transición desde una colmena aterida bajo una dictadura hacia la madurez institucional de una sociedad y una cultura democráticas.

Es abrumadora la relación de nombres que, desde el inicio de la redacción del trabajo, confirman la consumación de una etapa de la historia reciente y la posibilidad de revisar con alguna distancia su ejecutoria colectiva. Sin ningún orden demasiado especial, recuerdo a Carlos Barral, J. García Hortelano, J. Gil de Biedma, A. García-Seguí, Federico Sopeña, J.M. Martín Descalzo, Enrique Sordo, Joan Fuster, Marcelo Arroita-Jáuregui, M. Aurèlia Capmany, F. García Pavón, J.D. García Bacca, F. Lorda Alaiz, Octavi Pellissa, Manuel Pilares, Jesús Ibáñez, José María de Llanos, R. Fernández Cuesta...

AGRADECIMIENTOS

Quiero citar en primer lugar a la Dra. Rosa Navarro, Tutora del Proyecto de Investigación y de la tesis a que dio lugar, y punto de apoyo decisivo para primeras incertidumbres. Mal podría callar la estrecha colaboración en que trabajé

durante el último año y medio, poco más o menos el período de redacción del trabajo, con el equipo encabezado por el Dr. Joaquín Marco y responsable de organizar el XXIX Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana. No será difícil imaginar que fueron numerosos los momentos propicios para explorar su memoria, pero también para redefinir conceptos en formación de cuanto, de un modo o de otro, forma parte de su propia biografía; la profesora Anna Caballé tuvo la amabilidad de compartir paréntesis del trabajo con quien andaba a vueltas con falangistas desencantados, católicos con la fe dubitativa o *felipistas* de sintaxis ideológica provocadora; y muy pocos títulos en torno a la historia de la España contemporánea escaparon al comentario compartido con el profesor Jesús Ferrer Solà. Otros momentos arañados al Congreso lo fueron para conocer los avances investigadores del profesor Laureano Bonet, que facilitó también la consulta de materiales de acceso difícil. Por último, quienes hayan estado cerca de don José Manuel Blecua saben de su exquisita generosidad y su abrumadora documentación hemerográfica: a él debo el acceso y, a veces, hasta la mera noticia de publicaciones muy minoritarias de entonces.

Una tesis de estas características puede beneficiarse también del concurso de muchas otras personas. Noticias sueltas o valoraciones contradictorias pude contrastarlas con quienes aceptaron amablemente mis consultas o solicitudes concretas: Carlos Barral, Antonio Lago Carballo, Carlos Vélez, M. Vázquez Montalbán, J.M. Valverde, Vicente Girbau, J.M. Castellet, Joan Ferraté, J.J. Gil Cremades, Joaquim Horta,

Rafael Borràs, Alexandre Argullós, M.A. Ruiz Carnicer, Josep Viñeta y, desde tiempos remotos en un Instituto de Bachillerato, Amparo Hurtado.

La persona que ha reunido y aumentado los motivos de gratitud objetiva y subjetiva que comparecen arriba -desde los primeros hasta los últimos- es el director de este trabajo, Dr. José-Carlos Mainer. Tengo la impresión, por último, de que esta tesis pertenece también a Vicente Gracia (cuya biblioteca padeció un tenaz expolio, selectivo y sistemático) y a Mercè Jódar (cuya biblioteca neuropsicológica puedo asegurar que sigue, por mi parte, rigurosamente intacta).

Agradezco la concesión de una Beca FPI de la Generalitat de Catalunya, gracias a la cual pude dedicar dos años a la preparación de los primeros pasos de este trabajo. He de hacer constar también las cuatro Bolsas de Viaje, dos concedidas por la Universitat de Barcelona y otras dos por la Fundación Ortega y Gasset de Madrid y la Fundació de la Caixa, en el marco del programa de estudio Joan Maragall.

Barcelona, septiembre de 1992.

PARTE I

IDEOLOGIA Y CULTURA EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS 40 Y 50

CAPITULO I: EL NUEVO ESTADO Y LA HERENCIA CULTURAL REPUBLICANA

A pesar de una reticencia fácilmente explicable, cada vez son más numerosos los estudios que han puesto en duda una ruptura total entre la España derrotada de la República y la implacable victoria impuesta por el general Franco. Vaya la autodenominación del poder salido de la guerra civil, el Nuevo Estado, como primer dato sintomático de un adanismo revanchista, predicado con perseverancia y ejercido con amplias y contundentes depuraciones. La eliminación de la memoria colectiva del período republicano, la persecución feroz de los signos de un pasado reciente, la prohibición de todo rastro político o cultural anterior al 36 o el afán refundador que la nueva legislación había de exhibir impudorosamente en los primeros años del régimen, actuaron a largo plazo como mensajes de solidez inobjetable. El espejismo refundador duraría tanto como el propio régimen. La inoculación de una idea inaugural de la historia obtuvo voceros sin oposición pública alguna y buscó su legitimación en la reinstauración de la España esencial y auténtica sobre las cenizas del demoníaco engendro de los años treinta, de la anti-España.

El Nuevo Estado iba a rescatar para la España del siglo XX todo aquello que había sido aparcado por los siempre tímidos aires de la tradición liberal y a pesar de cuantos habían conspirado para traicionar los destinos místicos de la

España eterna. No eran sólo los cercanos liberales de la Institución Libre de Enseñanza quienes debían desaparecer de la nueva vida pública y académica. La prohibición, la censura, la difamación o la distorsión informativa tendrían efecto también para el pasado remoto, dado que de ahí arrancaban los males de la España recién derrotada. No en vano los preámbulos de la nueva legislación reservan auténticas joyas de irracionalismo no sólo jurídico sino simplemente histórico: los macabros supuestos de una España resurrecta aliados a la vejación de todo ensayo liberal (o la simple eliminación de períodos históricos completos) constituyen todo un anticipo de la actuación política e intelectual de un régimen nuevo.

Pero no todo fue tan sencillo e incluso bastante poco hubo de efectivamente nuevo. Veremos después con algún detalle si la transformación del Estado fue un fenómeno sustancial o, por el contrario, se optó por camuflar organismos antiguos -de la República o la Monarquía- con nuevas denominaciones acordes con los principios del nuevo régimen, los intereses muy prioritarios de la Iglesia y la fanfarria escuadrista de Falange. Antes de abordar este aspecto, sin embargo, conviene reparar en los avisos que en fechas recientes la historiografía cultural ha venido sembrando con respecto a la reanudación de la vida literaria y cultural tras la guerra. Merece atención especial, como marco teórico previo del trabajo, la hipótesis de una ruptura que lo fue sin duda en el terreno político -y por razones obvias, social y demográfico- pero que probablemente no obtuvo toda la respuesta que hubiese deseado el propio régimen en terrenos generalmente más

indóciles y autoexigentes. Sólo desde el sector más crítico -y culto- de Falange pudo optar el régimen a una vida cultural viva y digna de alguna atención, al mismo tiempo que podía servir tanto de fuente de legitimidad en el interior como de carta de presentación en el exterior. La pugna por garantizar una eficaz legitimidad al nuevo régimen se resolvió mucho mejor en los entornos silenciosos vaticanistas. Los sectores católicos propagandistas, e hijos de los padres Ayala y Herrera Oria, adoptaron pronto para la causa las tempranas e inequívocas campañas de la Iglesia, aliviadas del peso de una secularización que la República preconizó y reconfortadas por afinidades de todo tipo con los nuevos responsables políticos. La disminución continua de la influencia de Falange ilustra tanto de un vulnerable voluntarismo en épocas de reequilibrio de poderes, como de la íntima constitución básica del régimen sobre la tradición católica más conservadora y el Ejército.

- El Nuevo Estado al trasluz: epigonismo y continuidad.

Conviene, por tanto, repasar las observaciones que a este propósito ha diseminando la historiografía reciente sobre los años treinta y cuarenta. Un paso más en ese entorno, permitirá comprobar la continuidad fundamental de los mismos problemas y enfoques en el mismo período y para la vida intelectual: la

subsistencia de problemas conocidos, el ser o no ser de España, el magisterio callado o reivindicado de Ortega (en digestión joseantoniana o sin ella), los hombres del 98 como referencia ineludible (y a veces trampolín intelectual), la participación del intelectual en la vida pública, e incluso un punto que comparten más ampliamente todos ellos: la delegación en el Estado de una fuerza educadora, equilibradora, civilizadora que ninguna otra instancia puede aceptar y a pesar del repetido fracaso español en la construcción del Estado.

Datos singularmente interesantes y olvidados a costa de la tesis radicalmente rupturista, pueden obtenerse rastreando la pervivencia agónica del peor teatro de la República, la anémica voz de un neopetrarquismo afectado en la poesía, el engolado disfraz de un racionalismo rotundo en el urbanismo, la continuidad de tonadillas andaluzas muy bien conocidas desde años atrás, o, todavía, la resurrección de proyectos editoriales y culturales en muy otras condiciones políticas. José-Carlos Mainer ha reiterado en diversos lugares la sospecha de un "tiempo que no fue exactamente de ruptura con el anterior sino, en mayor medida de lo esperable, de epigonismo soterrado, de inevitable continuidad con respecto a la brillante rotundidad previa"¹ (y a salvo la obvia

¹ J.-C. Mainer, "Sobre el ensayo: una encuesta de 1944", en **Entre la cruz y la espada. En torno a la España de posguerra. Homenaje a Eugenio G. de Nora**, Madrid, Gredos, 1984, p. 260 y, entre otros, cf. "La vida cultural (1939-1980)", en D. Ynduráin, **Epoca contemporánea**, vol. VIII de Francisco Rico, **Historia y crítica de la literatura española**, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 7-8.

contundencia de un aparato represor y una preeminencia reservada a los miembros de una familia no mal avenida). Elementos marcados de continuidad los hallaremos en distintos apartados de las páginas siguientes, pero valga adelantar que no sólo en el terreno de los "referentes culturales" el continuismo fue la nota común. La historiografía, como señalaba arriba, no ha podido dejar de anotar la ausencia de ingredientes innovadores en las distintas artes de la alta posguerra, que no tuvo, siquiera en esos momentos de euforia triunfadora, la posibilidad de crear la literatura del nuevo régimen desde supuestos no asimilados ya por las vanguardias y la cultura de anteguerra. **Cruz y Raya** estuvo en las mentes de quienes colaboraron en una notable revista de los años cuarenta -y con enlaces tan directos entre unas y otras épocas como A. Marichalar, R. Sánchez Mazas o Dámaso Alonso. Semejante bumerang fatídico al que dibujó **Escorial** lo reprodujeron colaboradores y fundadores que lo habían sido de otras empresas con hilos de continuidad igual de notorios, como sucede con **La Estafeta literaria** y **La Gaceta literaria**, pirueta que veremos para el arte moderno tanto en un Eugenio d'Ors como en la Escuela de Altamira, con la mirada levantada en ambos casos hacia iniciativas anteriores.

Revisaré después con algún pormenor este y otros aspectos, pero por ahora interesa recoger los supuestos desde los que la historia literaria ha examinado los resultados de aquellos primeros años de posguerra. Un rastreo sectorial de las áreas susceptibles de ver alterados sus supuestos en la misma medida que lo vieron las instituciones políticas es

enteramente aleccionador de la lentitud con que renacería una cultura viva en la España de Franco. Son de por sí significativas, por ejemplo, las cotas cronológicas en que enmarca V. García de la Concha el más detenido estudio de la trayectoria de la poesía de posguerra: **La poesía española de 1935 a 1975**². Este título reeditaba un libro anterior del mismo autor, que incluía ya entonces un extenso capítulo sobre la poesía de la preguerra con propósitos afines a los que asistían al estudio de aquel mismo año sobre **La poesía española (1930-1936)**, de Juan Cano Ballesta³. Copio a continuación la página de García de la Concha que justifica aquellos elementos de continuidad:

Advertía entonces [1972] que [la consideración de la poesía de la inmediata preguerra] resultaba imprescindible para insertar el análisis de una diacronía dialéctica y porque las diversas corrientes que desembocan en los años de la guerra reaparecen, como un Guadiana ramificado, apenas depuestas las armas.⁴

Tampoco en este caso el autor hablaba desde supuestos inseguros o datos de difícil verificación. Por el contrario, completa ese postulado ampliando lo que fue idea bastante extendida entre los estudios literarios, y bastante evidente, por lo demás: la continuidad literaria del grupo de Rosales

² Cf. V. García de la Concha, **La poesía española de 1935 a 1975 I y II.**, M. Cátedra, 1987. La obra está prevista en cuatro volúmenes, de los que sólo los dos primeros han aparecido ya.

³ V. García de la Concha, **La poesía española de posguerra**, Madrid, Prensa Española, 1973 y J.C.B., **La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)**, Madrid, Gredos, 1972.

⁴ V. García de la Concha, **La poesía española de 1935 a 1975**, ob. cit. p. 10.

con primeros títulos de preguerra o la rehabilitación de un inane neopetrarquismo al amparo del frustrado centenario garcilasista de 1936. El degradamiento de unos principios estéticos de vanguardia en la preguerra -y en particular aspectos clave del neoclasicismo, como el estrofismo tradicional o, en otra órbita, una lírica de inspiración religiosa, como anota Joaquín Marco³-, no debe desvirtuar el valor histórico de esa continuidad como supervivencia estética de distinta significación a uno y otro lado de la barda.

Lo más decisivo es que en los primeros años 30 se inicia en la lírica española una corriente de rehumanización que seguirá su curso hasta la década de los 70. La inician los propios poetas de la llamada Generación del 27, que, no por caso, van a reaparecer en el primer plano en los momentos claves de la evolución del proceso creador: son Dámaso Alonso y Aleixandre en 1944; es de nuevo Aleixandre, al filo de los 50, en la polémica de la poesía como conocimiento o como comunicación; serán Guillén, en sintonía de **Clamor** con los poetas sociales, o Cernuda como paradigma de los poetas de los años 50 y 60.⁴

Probablemente el género literario que menor resistencia ha ofrecido a esta perspectiva es el dramático. Es además el que con mayor precocidad hubo de conocer los primeros ataques a su carácter obviamente epigonal -ausentes en la España de Franco quienes hubiesen podido responder sólidamente a aquella tradición, como García Lorca o Alejandro Casona. Las campañas iniciales y efímeras de grupos como Arte Nuevo (Gordón, Sastre) o su misma página de teatro en **La hora** entre 1949 y

³ Cf. Joaquín Marco, **Poesía española. Siglo XX**, Barcelona, Edhasa, 1986, pp. 119-120, con énfasis especial en el empobrecimiento cualitativo de esa continuidad.

⁴ V. García de la Concha, ob. cit., ibidem.

1950, reclamaban una renovación urgente acudiendo entonces a motivaciones estrictamente estéticas y aun morales (aunque asequibles a registros interpretativos más complejos, como el político). Un hombre activo en los frentes de la vanguardia - singularmente la **Gaceta del arte** tinerfeña-, como Domingo Pérez Minik, imputaba a las plateas de los primeros cuarenta su incapacidad para "apreciar otro teatro que el formado por los detritus de los regímenes anteriores, monarquía y república"⁷: "la herencia benaventina y quinteriana y la del juego desinteresado, más los detritus de los cuadros folklóricos de la peor calaña, se acoplaban muy bien a la sensibilidad de una burguesía que no quería saber nada sino de su comodidad diaria"⁸.

En clara sintonía programática con Pérez Minik, las juveniles y ya importantes prensas de Taurus imprimían en 1962 un volumen de Francisco García Pavón sobre teatro. Desde su misma estructura buscaba los hilos que anudarían la continuidad de una estética dramática entre los años treinta y cuarenta. El reciente director literario de Taurus escribía al examinar la posguerra desde la óptica del **Teatro social en España** que

los españoles de ambas ideologías querían olvidar rápidamente la tragedia, y nuestros escenarios fueron invadidos por un teatro evasivista dentro de la estética de la preguerra y casi por los mismos autores no comprometidos en la etapa política

⁷ D. Pérez Minik, **Teatro europeo contemporáneo. Su libertad y compromisos**, Madrid, Guadarrama, Crítica y Ensayo 36, 1961, p. 251.

⁸ *Ibidem*, p. 383.

anterior⁹.

Más adelante convendrá recuperar el matiz político que maneja García Pavón porque permite completar el inventario de motivos para una continuidad que no estuvo reflejada sólo en los escenarios, los versos o los modelos culturales de la preguerra, sino también en determinados hábitos adquiridos o supervivencias republicanas no asfixiadas por el nuevo régimen. A propósito de Miguel Mihura y "la nueva configuración de la farsa", Juan Guerrero Zamora integrará un conocido dato, el tardío estreno de **Tres sombreros de copa**, en las redes de la explicación de uno de los emblemas más singulares de la infracultura de la inmediata posguerra (terreno abonado para la misma hipótesis, dado que la música popular, la canción española -andaluza- arranca manifiestamente de los años treinta¹⁰). Si bien "la puesta de largo dramática de un nuevo tipo de humor" pasaba por el estreno de **Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario**, de Mihura y Tono, "la cuna, sin embargo, del llamado *humor codornicesco* se remontaba, aunque secreta, a 1932, cuando Mihura compuso sus **Tres sombreros de copa**"¹¹. En el otro polo dramático,

⁹ F. García Pavón, **Teatro social en España**, Madrid, Taurus, 1962, p. 120.

¹⁰ Cf. p. e., M. Vázquez Montalbán, **Cancionero General, 1939/1971, I.**, Barcelona, Lumen, 1972, pp. 22 y ss.

¹¹ J. Guerrero Zamora, **Historia del teatro contemporáneo**, Barcelona, Juan Flores Ed., 1962, T. III, p. 172. Un buen conocedor del chiste gráfico se preguntaba en un trabajo sobre el género: "¿Inventó Tono el geometrismo español? ¿Fue éste la *traducción* de un invento anterior italiano? En realidad, ya hemos visto que esta tendencia fue común a varios dibujantes entre 1920 y 1950, y sus raíces habría que buscarlas en el cubismo o en pintores como Klee", y valora la trayectoria tanto estética o formal como de contenido en un sentido

Historia de una escalera de Buero Vallejo, de 1949, "aparecía en un ambiente evasionista cuyos autores, cuando más, dilataban fórmulas dramáticas ya periclitadas; (...); y, cuando menos, mantenían la estampa burda de un españolismo folklórico o astracanesco"¹². Baste recordar, por último, que la excelente **Historia del teatro español. Siglo XX**, de Francisco Ruiz Ramón, anuncia desde el índice general el enfoque que merece la inmediata posguerra como tierra para "Herederos y nuevos herederos o la continuidad sin ruptura"¹³.

Una revisión bibliográfica relativa a otras áreas de la actividad cultural no diferirá fundamentalmente del diseño continuista que proponen los testimonios hasta ahora aducidos. El cine no abandonó caminos estéticos inaugurados con la República o anteriores a ella. La vida intelectual en torno al nuevo arte buscaría reanudar su actividad a través de la resurrección de iniciativas netamente republicanas o a través de la nostalgia por un documentalismo que inaugurara en 1932 **Tierra sin pan** de L. Buñuel (tan oportuno en 1960 para ilustrar **Caminando por las Hurdes** de A. Ferrer y A. López

básicamente invariable. Cf. Iván Tubau, **De Tono a Perich. El chiste gráfico en la prensa española de la posguerra (1939-1969)**, Madrid, Guadarrama/Fundación Juan March, 1973, pp. 161-162 y véase pp. 28-29.

¹² J. Guerrero Zamora, *ibidem*, t. IV, p. 79. Y véase la página siguiente, diagnóstico preciso y muy próximo al que había esbozado Sastre con idéntica intención unos años atrás; cf. A. Sastre, **Drama y sociedad**, Madrid, Taurus, 1956, p. 147.

¹³ Cf. F. Ruiz Ramón, **Historia del teatro español. Siglo XX**, Madrid, Cátedra, 1986 7a ed., Cap. V. Y no es casual el criterio en buena parte temático con que ordena Gonzalo Torrente Ballester su **Teatro español contemporáneo**, Madrid, Guadarrama, 1957.

Salinas). El GECI (Grupo de Escritores Cinematográficos Independientes) reunió entre 1933 y 1936 a primeros cinéfilos como B. Jarnés, M. Villegas López (que no tardaría en regresar a las páginas de **Indice** desde mediados de los cincuenta) o dos de quienes en la posguerra buscarían infructuosamente su revitalización, L. Gómez Mesa y C. Fernández-Cuenca (con el concurso temprano de J.A. Nieves Conde). Con distintas siglas y una inevitable resonancia afín, el Jefe del Departamento Nacional de Cinematografía en 1941, M. A. García Viñolas, organizaría el CIRCE, Círculo Cinematográfico Español¹⁴. El organismo tuvo poca vida, ya que desaparecería con el relevo de García Viñolas por el propio Fernández-Cuenca, importante personaje de la cinematografía española del franquismo (y durante la república íntimamente relacionado con Juan Fiqueras, director desde París de **Nuestro cinema**¹⁵). El movimiento cineclubístico de la República, de carácter universitario, sería a partir de los años cincuenta referencia básica de quienes aspiraron desde el SEU a una función social heredera de la labor de los Cine-Clubs proletarios que funcionaron durante la República.

Buena parte de lo mismo sucedería con la estética arquitectónica, sólo transitoriamente teñida de la retórica mimética de los fascismos europeos, e italiano en particular,

¹⁴ Cf. J.L. Hernández Marcos y E.A. Ruiz Butrón, **Historia de los Cine Clubs en España**, Madrid, Ministerio de Cultura, 1977, pp. 34-35.

¹⁵ Cf. J.M. Caparrós Lera, **Arte y política en el cine de la República**, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, 1981, p. 51, n. 25.

pero aun así fatal heredera de una cultura racionalista de la que estuvieron ampliamente impregnados los orígenes de los equipos urbanísticos del primer franquismo. Caso prototípico puede ser el de quien nunca llegaría a renunciar del todo a esa formación pero representante de la nueva arquitectura, Luis Gutiérrez Soto. Muy exactamente ha escrito Gabriel Ureña, a propósito de la arquitectura pero con alcance mayor, que

lo que, en definitiva, no se quería confesar es que había que recurrir, en cualquier circunstancia, y para cualquier tipo de 'solución' -la que fuese- a unos antecedentes que oficial y formalmente se rechazaban¹⁶.

Entre los compositores y orquestas, como también señalaré más adelante, no sucedió algo muy distinto y lo ha subrayado un nada complaciente conocedor de la materia, como Tomás Marco:

lo que disminuye más la influencia de la guerra en la historia musical es el hecho, *hay incontrovertible*, de que ni estética ni técnicamente existe un antes y después en la música española. Los compositores que continúan escribiendo durante y después de la Guerra Civil, sea en España o fuera, lo hacen con los mismos presupuestos que habían quedado fijados en los años veinte¹⁷.

La modificación sustancial de los contenidos, o la atención privilegiada por parcelas de la historia ideológicamente muy marcadas, no restan valor a la evidencia de una continuidad estética y cultural basada en la repetición unas veces, el

¹⁶ Gabriel Ureña, **Arquitectura y Urbanística civil y militar en el período de la Autarquía (1936-1945). Análisis, cronología y textos**, Madrid, Istmo, Fundamentos, 67, 1979, p. 75.

¹⁷ Tomás Marco, **Historia de la música española. 6. Siglo XX**, Madrid, Alianza Música, 1989, 2a ed. ampliada, p. 21. La cursiva es mía y remite al distinto tono que inspiró su libro de 1970, **Música española de vanguardia**, publicado por Guadarrama.

disfraz, otras, y en las menos pero más ambiciosas, una nostalgia que sembraría de dudas en lo cultural un futuro político de hierro.

. Hacia la definición de una hipótesis.

No es este el momento de repetir los argumentos que explican opiniones tan explícitas y unívocas. El balance anterior constituye la base indispensable para formular una hipótesis de trabajo cuya aceptación está en relación directa con los enunciados recién transcritos. Este trabajo se propone reconstruir un episodio de la historia intelectual entre los últimos años cuarenta y la década siguiente. Lo protagonizan promociones universitarias que suministran los primeros síntomas razonablemente sólidos de la promesa de un tiempo nuevo: una espiritualidad menos encorsetada y saducea, una sensibilidad moral más depurada y menos hipócrita, una estética acorde con supuestos morales solidarios y vinculados a una función social del intelectual menos parasitaria y más intervencionista, una función política que entienda de mayorías y haga del Estado el gestor efectivo de una sociedad moderna. Es una lista muy sumaria pero puede hallar un eje vertebrador que le da una coherencia específica. Sus puntos redundan en un principio de solidaridad y justicia social que

anudó proyectos dispersos y hasta de naturaleza eminentemente contradictoria. Pero estuvieron arropados por una idea entre intuitiva y racionalizada de lo que debiera ser el Estado como encarnación de funciones irrenunciables: educador, civilizador, modernizador, y solidario. Me propongo documentar, más en concreto, el momento de transición de los jóvenes universitarios desde postulados falangistas hacia un incipiente socialismo sobre el terreno común de una ansiedad moral y su traducción política: la confianza en un Estado fuerte como agente de la transformación de España en una sociedad moderna y secularizada. La preponderancia de la función pública y su responsabilidad social y cultural ejerció el papel de transmisor desde una inquietud crítica de raíz ética, esencialmente, hacia postulados programáticos de abierta oposición política de signo marxista. Lo paradójico y difícil de explicar es la subsistencia de esa confianza en el Estado en unas generaciones abusivamente sometidas y encuadradas en una estructura de poder entonces efectivamente totalitaria. Puede ayudar a explicarlo la activa herencia de una mitología republicana, como último resultado de una tradición liberal regeneracionista y orteguiana, que también conocen.

Un evidente interés tiene, en este sentido, el solapamiento de principios ideológicos compartidos por el falangismo y por el sesgo socializador que quiso inyectar la República a la obra del Estado. La relevancia de estas intersecciones aumenta a medida que se diluye la pretensión totalitaria y autoritaria de Falange a cambio de un

radicalismo de signo social como objeto prioritario del poder. La confluencia entre un Estado fuerte y reequilibrador y las posiciones vagamente socialdemócratas -o demócrata-cristianas-, es ya una zona básica de acuerdo a la que pueden llegar los jóvenes falangistas todavía leales y quienes desde el falangismo, o ajenos a esa impregnación, aspiran a un orden político socialista. Es, además, el resultado de dos corpus ideológicos en situación semejante. Tanto los postulados liberal-socialistas como los principios de Falange no son entonces doctrinas herméticas (e incluso, en términos europeos, el programa de Bad Godesberg para el partido socialdemócrata alemán es de 1959, mientras en España su aprendizaje teórico si no es siempre intuitivo sí es forzosamente limitado). Ambos comparten una inestabilidad teórica, un cierto esquematismo intelectual y una situación de emergencia que facilita la proliferación de zonas de tangencia.

Favorece, incluso, la acuñación de fórmulas tan paradójicas como las del falangismo de izquierda en tanto que forma residual y evolucionada de las posiciones de una Falange frustrada, que renuncia a sus posturas más rechazadas (con la consiguiente capacidad negociadora con otras sensibilidades políticas). Quizá sólo la exploración concreta de los textos y actitudes de algunos de estos hombres puede disipar los celos -perfectamente justificados- que Silvio Lanaro advierte en la definición de un fenómeno análogo, el italiano

"fascismo di sinistra"¹⁸. Una de las acepciones que describe afecta a los GUF (Giuventù Universitaria Fascista), organismo de trayectoria y estructura muy semejante al SEU¹⁹. Subraya Lanaro un "equivoco di metodo" sobre la sospecha de

che chi dispensa patenti di sinistrismo alla generazione di mezzo [de la GUF] lo faccia solo perché si è lasciato influenzare dal fatto che i suoi esponenti piú autorevoli si sono indirizzati piú tardi verso il marxismo e i partiti della classe operaia²⁰.

En la misma definición está contenida la naturaleza transitoria de un fenómeno que, en su máxima depuración, apareció en falangistas y seuístas que *no* accedieron a formas distintas de pensamiento, mantuvieron una fidelidad leal a José Antonio y sólo desde el robustecimiento público de una oposición comunista o socialista abandonaron los contactos o las complicidades que los había caracterizado. Las biografías intelectuales de Manuel Sacristán, Francisco Ferreras, Miguel Sánchez-Mazas, Carlos París o Javier Herrero superaron un

¹⁸ Silvio Lanaro, "Appunti sul fascismo 'di sinistra'. La dottrina corporativa di Ugo Spirito", en **Belfagor**, XXVI, n. 5 (1971), pp. 577-599.

¹⁹ Una reciente contribución de M.A. Ruiz Carnicer, "Juventud universitaria y fascismo. GUF, NSDStB y SEU. Un análisis comparativo", en J.J. Carreras y M.A. Ruiz Carnicer, **La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)**, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 63-92 amplía y sistematiza anteriores exámenes clásicos como el de Gino Germani, que cito por su versión inglesa, "Political Socialization of Youth in Fascist Regimes: Italy and Spain" [1969], cap. IX de **Authoritarianism, Fascism, and National Populism**, New Brunswick, New Jersey, Transaction Books, 1978, pp. 245-280 y sigue siendo recomendable el capítulo 5 de Edward R. Tannenbaum, **La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)**, Madrid, Alianza Editorial, 1975, pp. 159-201.

²⁰ Silvio Lanaro, "Appunti sul fascismo 'di sinistra'", art. cit., p. 584.

episodio que cabría ubicar en un falangismo de izquierdas (que, efectivamente, derivó hacia formas marxistas con mayor o menor rapidez). Pero el cuadro quedaría muy desequilibrado sin dos personajes que reaparecerán a menudo en las páginas siguientes y que pueden representar de manera paradigmática el más depurado modelo en tanto que no accedieron a posturas ideológicas de izquierda. Juan Fernández Figueroa y Marcelo Arroita-Jáuregui parecen ejemplos prototípicos de la consustancial ambigüedad de un "falangismo de izquierdas" que, en tantísimos casos, se solapa y confunde con lo que propiamente intentaremos caracterizar como el seuísmo, como la cultura del SEU de los últimos años cuarenta y los primeros cincuenta.

En otro orden de cosas, también cabe preguntarse por la función desempeñada por un sector liberal que perduró en la España de la posguerra e, incluso, que llegó a integrarse en los aparatos del Estado en una u otra forma. Cabría citar a vuelapluma en este capítulo a quienes continuaron sus carreras profesionales en los distintos ámbitos de la cultura en la posguerra. Su incidencia sería modesta pero registrable: desde los hombres que encontraron los futuros redactores de **Laye** en el Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona hasta responsables concretos del aparato cultural como Luis Escobar, Modesto Higuera, el maestro Pérez Casas, F. Sopeña, Luis Moya o Rodríguez Soto. Todos ellos en sus respectivas disciplinas mantuvieron un fuego no muy distinto del que habían alentado en los años anteriores a la guerra. Pudo ser aquel sector ideológica y políticamente conservador que esperó del Nuevo

Estado la continuidad de una vida cultural sin sustanciales diferencias y halló, sin embargo, la negación formal y verbal de su propia formación estética e intelectual. El cúmulo de renunciadas personales y las tibiezas convertidas en entusiasmos por el Nuevo Estado debe enmarcarse en esa suerte de contagioso frenesí ideológico y visceral por refundar España desde la victoria sobre sus enemigos jurados. A partir de esos supuestos pueden hacerse explicables trayectorias personales que exhiben una adhesión al nuevo régimen que contradice el obvio talante liberal de la obra cultural emprendida o el esqueleto básico de una formación personal del mismo signo. Y desde esas tortuosas pervivencias, nostálgicas o abiertamente desencantadas, pueden arrancar más limpiamente trayectorias profesionales de jóvenes que no hubieron de descargar hipotecas del mismo tipo o que comenzaron sus carreras desde puntos de partida menos condicionados.

Pero si este enfoque no puede ir más allá de la indicación de esta o aquella biografía singular, cuando se recorren las páginas de la prensa seuísta o los primeros pasos de los jóvenes intelectuales de la posguerra, el resultado es mucho más alentador. En realidad, anuncia entre brumas a veces retóricas y exaltadas, la presencia de una juventud entre cuyas inquietudes intelectuales más vivas figura la urgencia de la modernización de España y la adquisición de los hábitos de vida social y cultural de la Europa Occidental. La fuerza del Estado en ese empeño modernizador -y eso lo veremos más adelante con detenimiento- constituye un horizonte ideológico básico en la medida que reúne la confianza heredada en una

instancia ordenadora superior y responsable de la comunidad y el desencanto del presente por los incumplimientos del Estado.

La precariedad de una política social largamente exaltada, en un país que renace mal de las cenizas de una guerra y supera apenas los efectos de una costosa autarquía, pone en evidencia el origen biográfico y ético de los itinerarios que seguirá el sector más vivo de una juventud formada bajo un régimen totalitario. El desencanto del nuevo Estado halla en este terreno material y visible, y en su trasfondo moral, el resorte que ha de alejar gradualmente al universitario de las instancias periféricas pero fieles, como Falange. Deshará los lazos institucionales que le unen a él -léase el SEU- y asumirá una mayoría de edad abocada a la sustitución del Estado franquista por un modelo próximo a las democracias europeas. El proceso, como veremos, coincidirá con el decidido abandono de los propósitos reformadores, desde el interior del régimen, por parte del ala más evolucionada de Falange o del catolicismo. El más contundente coletazo -y la demostración de su impotencia- habría de ser **Revista**. En esos años coinciden también un importante número de datos, de orígenes y motivaciones distintas, pero coincidentes en la confección social e intelectual de un tiempo nuevo. La reconciliación del régimen con instituciones europeas o angulares de la política internacional -EE.UU. y el Vaticano, en 1953-, la lejanía de la guerra y la devaluación de los mensajes triunfalistas, la madurez biológica y el fracaso socializador de instrumentos concebidos para asegurar fidelidades irreversibles, los efectos de la entrada española

en los circuitos del neocapitalismo o, por fin, la inevitable elasticidad ganada con el tiempo por los instrumentos represivos del Nuevo Estado, configuran a la altura de los últimos años cincuenta las condiciones reales para facilitar, no sólo a nivel testimonial, la presencia y la actividad de aspirantes a una España nueva. Este trabajo se detiene en la frontera con los primeros esfuerzos sólidos de reconstrucción de la razón y de acercamiento a las coordenadas europeas. Desde los años sesenta, los caminos que llevarían a la restauración de un régimen democrático y a la participación efectiva en los hábitos políticos y culturales de un europeísmo no sólo mimético, adquieren un apoyo intelectual y un respaldo social desconocidos desde la guerra.

- El voluntarismo de la razón liberal: la II República y el fracaso de un modelo de Estado.

Dos motivos aconsejan examinar sucintamente la literatura ideológica y política que apoyó una determinada idea del Estado bajo la segunda República. En primer lugar, conviene no menospreciar el peso mítico del período de la historia reciente que había conducido a la redentora intervención de Mola, Franco, Queipo de Llano. La recurrente alusión al malbaratamiento de España y la infatigable denostación del régimen anterior a la guerra pudieron funcionar como alicientes para un conocimiento más estricto, e incluso favorecieron una esquematización mítica de lo que fueron los logros de una República de trabajadores. Pero además, y es este el segundo motivo, la permanencia en España de figuras ya integradas o sólo supervivientes del régimen anterior (de un d'Ors a un J. Miró), por un lado, y el progresivo pero secreto descubrimiento de la obra del exilio, por otro, son el segundo bloque de argumentos para justificar la cálida sombra de la República en la posguerra. Los signos externos más emblemáticos y las líneas ideológicas que lo fundaban - reformismo liberal, el Estado como motor social y educador, populismo, limitación de poderes al Ejército y la Iglesia - renacieron lentamente como bienes históricos rescatables.

En un apartado posterior veremos la adecuación de determinadas posiciones intelectuales de jóvenes de los años

cuarenta y cincuenta con los supuestos ideológicos de la República. Bueno es anticipar que la floración episódica de una concepción fuerte, social y educadora, del Estado entre ellos será a veces deudora de una tradición nacional transitoriamente silenciada pero revitalizada por el ejemplo de la prosperidad efectiva de las democracias parlamentarias europeas. Importa destacar, en este sentido, la vigencia, entre los supervivientes de la guerra y los jóvenes universitarios mejor informados, de una idea de Estado extraña a la surgida de 1939. No es exactamente una nostalgia militante por la República como tal pero sí de la época, de sus formas de vida y de su libertad europea. Gil de Biedma explica en clave de nostalgia una de las limitadas disidencias ideológicas practicables en la Universidad de los cuarenta y cita dos excelentes síntomas de la vocación frustrada del intelectual activo: "Otra posible disidencia -que fue la mía- era también nostalgia. Nostalgia del movimiento **Al servicio de la República**; mejor dicho, nostalgia de la **Revista de Occidente**", como símbolo cultural de la España pegada a los lomos de la historia: "El shock de la guerra civil congeló al país y puso en hibernación lo que el paso gradual del tiempo hubiera dejado en cáscara inofensiva, vacía de contenido"²¹. El hecho mismo de autorizar esa impresión en palabras escuchadas a Julio Caro Baroja en casa de Alberto Jiménez Fraud, no deja de subrayar la inevitable pulsión nostálgica con que se contemplan aquellos años, por una parte, y se aprueba ese

²¹ J. Gil de Biedma, **Retrato del artista en 1956**, Barcelona, Lumen, 1991, p. 177.

mecanismo de defensa entre los espinos de la España de Franco.

Hay en el fondo de estas confesiones del autor de **Compañeros de viaje**, una veneración indisimulada por la armonía lograda entonces entre la intervención pública y polémica del intelectual y su participación efectiva en las tareas del Estado como empeño colectivo, como responsabilidad compartida en la modernización del país. Late ahí la memoria de un colaboracionismo activo del intelectual en las tareas del Estado a la vez que la confianza en que en él se encuentra el instrumento para beneficiar efectivamente a las mayorías. Con las reservas obligadas de una confesión transcrita por un segundo, aunque éste sea Max Aub, un innominado poeta que es Angel González reúne un valioso catálogo de frustraciones en torno a 1970:

Hace veinte años -hace ya veinte años- en 1951 pudimos tener cierta esperanza de que las cosas iban a cambiar, de que toda España sería otra cosa a corto plazo (...). Pero no. Nosotros salimos peor parados que vosotros. Ni siquiera conocimos las guerras en edad de hacerlas. Las represiones y gracias. Callar en Misa mayor o dedicarnos a la lucha clandestina o las dos cosas a la vez. Pero ¿quién nos enseña a luchar? ¿De dónde sacar enseñanza? No hay libros, no hay maestros para coger la patria con las manos y acabar con la familia, el orden, la iglesia. No somos nada ni nadie. Y litera[riamente]: ¿Qué valemos al lado de la generación del '27? La tuya. Nada o casi nada. No hemos podido desarrollarnos según nuestro entender. Estamos enterrados. Sin contar que lo que pudimos creer factible hace veinte años se ha deshecho solo en el resto del mundo. De eso no nos han ahorrado noticias. Porque, eso sí, fui -fuimos- comunistas.²²

El signo populista y la vocación divulgadora y educadora de la República no están lejos de las motivaciones que llevan al

²² En Max Aub, **La gallina ciega**. **Diario español** [1971], México, Joaquín Mortiz, 1975 2a ed., p. 111.

joven intelectual a ceder el protagonismo de su literatura a los que deberían ser destinatarios naturales del discurso criptomarxista de la poesía social: el trabajador y el obrero. Es decir, el protagonista pequeñoburgués del neorrealismo cinematográfico o el vencido y humillado trabajador de la narrativa social.

La Barraca o las Misiones Pedagógicas enlazan en los años cincuenta, como referentes emulables, con las iniciativas que pudieron significar el Teatro Popular Universitario, del SEU, el Servicio Universitario del Trabajo (SUT) y, en general, el ansiado acercamiento entre obreros e intelectuales como lema de una vanguardia intelectual -y políticamente capitalizada por el FCE, la ASU o el FLP. Pero procedía del fracaso de quienes habían sostenido la misma ilusión, los medios más radicales de Falange, las reservas del SEU, y muy cerca de las iniciativas del cristianismo de base.

Más adelante me detendré en la documentación de una consciente rehabilitación de esfuerzos íntimamente conectados con el voluntarioso pedagogismo que la subterránea veta institucionista imprimió a la República. Es a este propósito que interesa sobremanera el balance que propone M. Tuñón de Lara con respecto a la influencia ejercida por el krausismo y, sobre todo, el institucionismo en el primer tercio de siglo:

El institucionismo vivirá, desde que comience el siglo XX, en simbiosis permanente con una multiplicidad de corrientes intelectuales y su acción se manifestará principalmente a través de una labor de "impregnación" que van a realizar entidades para-institucionistas, pero que al mismo tiempo

emergen del Estado²³.

La Junta para Ampliación de Estudios, el Instituto-Escuela o la Residencia de Estudiantes son los receptores de esa sensibilidad a que remite Tuñón de Lara, junto a lo que simbolizaría la vocación pedagógico-populista de la República: "Todo el alcance de la Institución pero también toda su utopía se condensarán en estas Misiones [Pedagógicas]"²⁴.

Interesa recordar ahora algunos de los elementos doctrinales que con mejor fortuna estuvieron en la mentalidad de los intelectuales que creyeron en la República como auténtica herramienta de un Estado capaz de civilizar -para usar el término azañista- y europeizar la España castiza del noventayocho. Muy a pesar de los propósitos transformadores de la República y muy a pesar de los afanes invertidos en actualizar una estructura de Estado ineficiente, los juicios que la historiografía moderna ha establecido sobre el éxito de aquel empeño son desconsoladores. **La crisis del Estado** es el título que agrupa diversas contribuciones sobre la etapa, en el noveno volumen de una divulgada Historia de España²⁵. Ramón Tamames aprecia, al principio de un balance de las reformas institucionales de la República, la insuficiencia que las caracterizó, así como el grado de frustración inherente

²³ M. Tuñón de Lara, "La Institución Libre de Enseñanza", en **Estudios de historia contemporánea**, Barcelona, Nova Terra, 1977, p. 74.

²⁴ Ibidem, p. 88.

²⁵ P. Malerbe et al., **La crisis del Estado: Dictadura, República, Guerra**, Barcelona, Labor, 1989, T. IX de la **Historia de España** dirigida por M. Tuñón de Lara.

entonces al proyecto de una "auténtica política de modernización del país".²⁶

Desde el enfoque estricto de la teoría del Estado se ha sostenido razonadamente que "el Régimen franquista aparece (...) no como una ruptura con el pasado español, sino más bien como su continuación natural"²⁷. Y ello desde el supuesto del fracaso de la República en la tarea que consideraba capital: dotar al país del instrumento que garantizase su regreso a la historia. Desde esa impotencia es como cabe entender una dolorosa radiografía que la República no logró apenas corregir:

El hecho es que, al iniciarse la década de los 30, el Estado español no había conseguido desligarse de la Iglesia, ni garantizar la integración de las clases obreras ni de las minorías regionales, ni reducir al Ejército a la situación de órgano del Estado subordinado al poder civil, ni aumentar la educación y el bienestar de los ciudadanos en medida comparable a la de Europa Occidental.²⁸

Este contundente diagnóstico remite tanto al principio como, con más razón, al final de la década. Y remite sobre todo, en una lectura a sensu contrario, al cúmulo de frustraciones que hubo de asumir la inteligencia republicana en fechas incluso anteriores a julio del 36. El resultado efectivo del esfuerzo modernizador del Estado choca contra las fuerzas sociales amenazadas más directamente, contra los segmentos populares descontentos con la velocidad reformadora y, por fin, con el

²⁶ Ramón Tamames, **La República. La era de Franco**, Madrid, Alianza Editorial/ Alfaguara, 1986 11a ed., p. 116.

²⁷ Jorge de Esteban y Luis López Guerra, **La crisis del Estado franquista**, Barcelona, Labor, 1977, p. 21.

²⁸ Ibidem, pp. 20-21.

muro de la guerra. Su propio fracaso, la debilidad de las fuerzas sociales reunidas en torno a un proyecto de renacimiento nacional superador de gangas y nebulosas sentimentales, condicionaría muy poco la configuración del Nuevo Estado franquista. La resistencia institucional y republicana a la irrupción del totalitarismo careció apenas de fuerza en un Estado embrionario (y con regresiones nacidas de su propio seno, durante el bienio negro singularmente).

Las dosis de provocación del balance de la transformación del Estado ofrecida por Esteban y López Guerra, deben ponerse en el haber de la crítica situación histórica y política -en torno a 1975- en que fueron escritas. Pero lo que interesa retener de esa síntesis es la cuantía de fracaso político e institucional que había anticipado la lucidez de las páginas memorialistas de Manuel Azaña. Los mismos datos que explican ese fracaso, que documentan un esfuerzo y su frustración, son los que permiten anudar una tradición rota en múltiples de sus engarces pero para nada sepultada en la memoria del intelectual bajo el franquismo, inicialmente adicto, moderadamente crítico después, finalmente opositor, o vencido desde el primer día.

Manuel Azaña escribía con fecha de 24 de julio de 1937, en el llamado Cuaderno de la Pobleta, y a propósito de la matanza que diezmoó una columna de El Campesino:

A esto se le llama "el nacer de una nueva España". Era preferible la "vieja", con todas sus lacras. *En rigor, esto que pasa, es una de las lacras de la España "vieja". Llevaba esto en la sangre. Luego la*

preferencia iría a otro estado del mismo ser.²⁹

No es difícil ligar esta reflexión con la lucidez que una melancólica página deja entrever en mayo de 1933, todavía como jefe de gobierno. Adivina tras la experiencia de los primeros meses de República "la frustración casi segura de buenos y grandes propósitos", que explica en términos sociológicos:

Los espíritus corroídos por la politiquería segregan una especie de monarquismo romanonista, de cuya presencia tal vez no se percaten. Hace años, durante la dictadura, decía yo de burlas que, si en España triunfase el sindicalismo revolucionario, acabaría por hacerse romanonista. Mis esfuerzos tienden a que no suceda lo mismo con la República. Un motivo de las dificultades con que tropiezo en este empeño es que bastantes republicanos, "comenzando por el Presidente" [Alcalá-Zamora], y muchos de la oposición, se criaron en la antigua politiquería.³⁰

Poco más adelante, en la misma fecha de 28 de mayo del 33, se pregunta:

¿Es posible perdurar? Sobre mí han caído tareas muy duras: he tenido que pelear con los militares, con los nobles, con el clero, etc. En el Parlamento, para defenderlo de sus propios extravíos, he tenido que adoptar la desagradable faz del "luchador" a fin de que los mismos parlamentarios no diesen en tierra con la fortaleza del régimen. Todas las oposiciones se alzaron contra mí, sin querer enterarse de que estaba defendiendo la institución misma a que pertenecen. La mayoría me siguió, pero yo no estoy seguro de que **toda** la mayoría haya visto que yo no sostenía los intereses políticos de la mayoría actual, sino el poder gobernante de todas las mayorías posibles.³¹

Un texto de Manuel Aragón sobre la idea del Estado en el presidente de la Segunda República, señala con acierto la

²⁹ Manuel Azaña, **Obras completas. IV. Memorias políticas y de guerra**, México, Oasis, 1968, ed. de Juan Marichal, p. 698.

³⁰ Ibidem., p. 554.

³¹ Ibidem, pp. 555-556.

vigencia de un proyecto que, a nivel estatal, quedó detenido a las puertas de la cuarta década del siglo mientras, por el contrario, ese mismo modelo reemprendía el camino con mejores armas en el resto de Europa:

Quizás esta solución, la alianza entre el liberalismo radical o progresista y el socialismo democrático, cuya validez parece trascender el momento histórico a que nos estamos refiriendo, ofrezca la imagen de lo que pudo haber sido la República y no fue, así como, por otro lado, de lo que pudo haber sido un Estado educador azañista complementado con una concepción, menos individualista, de la función reformadora o educadora del poder.³²

No es difícil ver en esa ancha horquilla ideológica la meta última a que accedieron, en el terreno ideológico, los jóvenes disidentes de las prietas e inoperantes filas falangistas y los que pudieron encontrar en el PCE un aliado transitorio o un eficaz catalizador de esa aspiración. Lo veremos de manera transparente en algunos de los más luminosos resultados del inconformismo de la década del cincuenta, como el **Manifiesto de las generaciones ajenas a la guerra civil**, y de forma más indirecta e insegura, en trabajos de M. Sánchez-Mazas, de Manuel Sacristán o incluso en la literatura política que progresivamente iría aceptando la **Revista de Estudios Políticos** y, desde el principio, el **Boletín Informativo** de Tierno Galván. Un interrogante es la medida en que pudo

³² Manuel Aragón, "Manuel Azaña o la misión civilizadora del Estado", en J.M. Marco, ed., **Azaña**, Ministerio de Cultura, 1990, p. 159. La bibliografía azañista ha aumentado notablemente en los últimos años; para el tema puede verse desde la obra clásica de Juan Marichal, **La vocación de Manuel Azaña**, Madrid, Alianza Ed., 1972, pp. 177-198 hasta aportaciones muy recientes como la de Jesús Ferrer Solà, **Manuel Azaña: una pasión intelectual**, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 301 y ss.

funcionar como agente mimético pasivo aquel Estado frustrado. Un semejante modelo conceptual, sin embargo, prosperaba más allá de los Pirineos, cercado desde la península por la retórica demonizadora del régimen, a un lado, y la fascinación impresa en las caras de los jóvenes que visitaban las capitales europeas desde los primeros cincuenta, al otro. Un sintético repaso a los motivos ideológicos y doctrinales que configuran las bases teóricas de la República puede iluminar coincidencias inesperadas con los jóvenes descreídos bajo el franquismo. Pocas de ellas son simetrías casuales y muchas obedecen a una resurrección de principios éticos de vocación socialista, a la confianza en la solidaridad y la exigencia de una justicia social que tenga en el Estado la meta final de lo que, en el origen, es un compromiso moral de la persona con su sociedad. Se trata, en todo caso, del renacimiento de ideales barridos por las armas cuando ya éstas dejaron de temerse -o pasaron a ser desafiadas.

A dos meses escasos de las elecciones de abril de 1931 aparecía en las páginas de **El Sol**, firmado por Ortega, Marañón y Pérez de Ayala el Manifiesto de la "Agrupación al Servicio de la República". De todos sus puntos de interés el que destaca ahora es su eje vertebrador: resucitar la historia de España transformando un Estado usurpado por intereses particulares y tradicionalistas, en un instrumento "que por la amplitud de su base jurídica y administrativa permita a todos los ciudadanos solidarizarse con él y participar en su alta gestión". El banderín de enganche de ese movimiento colectivo es la República como nuevo Estado que acabe con un Poder

público "convertido fraudulentamente en parcialidad y en facción"³³. La obvia sintonía del supuesto teórico de fondo -la distinción entre los cometidos del Estado y del gobierno, fusionados por la Monarquía- con las corrientes contemporáneas del pensamiento político llama la atención por más de un aspecto. Acerca ese planteamiento a la idea socializadora de un Estado al servicio de la comunidad sin la hipoteca previa de intereses privados. Como marco conceptual básico, la República buscó premeditadamente la construcción de ese Estado históricamente frustrado pero necesario. La conciencia básica de ser responsable ante la mayoría de la población constituye el paso decisivo para integrar en un análisis coherente lo que quiso ser la República como nuevo Estado genuino.

Es dentro de ese marco conceptual donde actúan como avanzadilla utópica los propósitos de un documento tan revelador como el programa político del Frente Popular de 1936. Su punto octavo, recogido en **La enseñanza en la II República española** por M. Pérez Galán, asignaba a la República el deber de la enseñanza "como atributo indeclinable del Estado, en el superior empeño de conseguir con la suma de sus ciudadanos el mayor grado de conocimientos y, por consiguiente, el más amplio nivel moral por encima de razones

³³ Cito el Manifiesto de Jean Bécarud y E. López Campillo, **Los intelectuales españoles durante la II República**, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 152-154. Cf., en última instancia, "Vieja y nueva política", el propio "Prospecto de la Liga de Educación Política" [1914] (o las reflexiones en torno al particularismo en la primera parte de **España Invertebrada**), en José Ortega y Gasset, **Obras completas**, Madrid, Alianza Editorial/Revista de Occidente, 1983, I, pp. 267-299.

confesionales y de clase social"³⁴. Es de suyo significativo que el primer punto programático busque el modelo de los primeros años de la República para reanudar la gestión educativa frenada durante el bienio negro. Pero más revelador es aún el cuarto y último punto de un programa que resucitará en el ánimo de los jóvenes intelectuales antifranquistas: "pondrán en ejecución los métodos necesarios para asegurar el acceso a la enseñanza media y superior a la juventud obrera y, en general, a los estudiantes seleccionados por su capacidad"³⁵. En el recuerdo del redactor de este programa había de estar la organización de la Universidad Popular de Madrid en 1932-33 y, más allá, su soporte ideológico en los propósitos de la Unión Federal de Estudiantes Hispánicos (UFEH): "La misión educadora de la Universidad no acaba en el estudiante: debe difundirse al pueblo y es preciso que el mismo estudiante comprenda esta necesidad y extienda la cultura que de ella recibió"³⁶. Todo lo cual volverá a la memoria cuando repasemos los propósitos del Frente de Juventudes que inspirara un efímero Enrique Sotomayor, los textos teóricos sobre el SEU y, por supuesto, la evolución socialista de los alborotadores de 1956.

Puede valer aquí el acopio de algunos datos especialmente significativos de la vocación social de los intelectuales en la República, por un lado, y de la concepción del Estado como

³⁴ M. Pérez Galán, **La enseñanza en la Segunda República**, Madrid, Edicusa, ITS, 1975, p. 307.

³⁵ Ibidem, p. 307.

³⁶ Ibidem, p. 137.

su agente más eficaz, por el otro. La conciencia posterior del papel del intelectual sumido en la bancarrota moral, desautorizado por las armas en la década de los años cuarenta, reaparece con hombres como E. Tierno Galván, como Aranguren, como Sacristán, como un cierto Pinilla de las Heras, un poco después, en la medida que revitalizan una vocación pedagógico política, una pugna intelectual activa contra la cauterizada modorra, el silencio y la complicidad pasiva. A este propósito, la actividad divulgadora de quien fuera activo defensor de la República, como Américo Castro, resulta particularmente sintomática de la amplitud de miras y la ausencia de prejuicios partidistas desde los que se contempló el protagonismo cultural y pedagógico del Estado, supuesto nada alejado de los arriba mencionados. La patente presencia de fuerzas sociales y políticas interesadas en conservar el estado de cosas inamovible y los primeros brotes llamados a disfrazar de uniformidad y correajes una dictadura de aluvión, no hicieron renunciar al proyecto de un Estado moderno y neutral. Esto es, al servicio de la comunidad más que a remolque de los intereses específicos de quienes habían explotado -y volverían a explotar- sus resortes más lucrativos. En el fondo, en todo caso, de esa democratización de la cultura anida el propósito premeditado de acercar las tareas del trabajo y la inteligencia para aunarlas en un esfuerzo común. Así percibía María Zambrano, en 1937, la significación histórica de las últimas generaciones y, en particular, de tres aglutinadores de la vanguardia intelectual: la inquietud abstracta "del 98" materializada por

la tradición liberal, el Partido Socialista de Pablo Iglesias y la Institución Libre de Enseñanza:

Había algo en común en las jóvenes generaciones: un afán social que se traducía en lo intelectual en un deseo de "servir", en usar la inteligencia de un modo diríamos limitado; la inteligencia se fijaba en sus límites y quería encajarse en una necesidad social.³⁷

Cuanto haya en estas palabras de tributo a la coyuntura histórica no las deshaucia de un sentido histórico más vasto. Sintetizan escuetamente la quimera del intelectual comprometido en resucitar de la neutralidad abstencionista a su propio pueblo, al trabajador y al campesino. Y nada de esto está ausente de las voluntades entrecortadas y dubitativas de, incluso, **Alfárez**, y sólo desde aquellos supuestos puede explicarse la entrega del SUT y el trabajo dominical, el sesgo del movimiento obrero de Acción Católica, la JOC y la HOAC y, naturalmente, la vocación popular que inspiran tantísimas páginas de la prensa universitaria del primer franquismo, desde **Revista española**, como resumen de una nueva literatura, hasta **Acento cultural**, emblema de la agudización de contradicciones morales con réditos ya claramente políticos. Las citadas Misiones, el énfasis pedagógico de la República o la misma proliferación de esfuerzos socialistas hablan por sí mismos del voluntarismo de objetivos truncados en 1936, no reconquistados en la posguerra pero reconstruidos en el horizonte ideológico de los universitarios e intelectuales más vivos.

³⁷ María Zambrano, "Los intelectuales en el drama de España", en **Senderos**, Barcelona, Anthropos, 1985, p. 45.

Por su parte, y frente al usual "sabotaje de lo público"³⁸, Américo Castro postula en 1934 divulgar entre la población la necesidad de "un Estado (...) arquetipo de inteligencia y de honradez"³⁹. Estado ideal cuyo deber es permanecer fiel a la tradición emprendida al amparo del institucionismo y singularmente su Junta para la Ampliación de Estudios e institutos y entidades derivadas. En 1969, a modo de revisión de textos escritos casi sesenta años antes, justificaba Américo Castro la necesidad de esa Junta desde la incuria oficial en estas áreas: "el Estado carecía [en 1907, fecha de su fundación] de planes y de medios para incorporar la juventud española a la cultura europea, a fin de que en España se produjesen brotes originales de ciencia"⁴⁰. Lo peor era sin embargo el mezquino recorte que en los años de la CEDA hubo de padecer la propia Junta y que parecen anticipar algo de lo que pronto acarrearía al país en Nuevo Estado franquista. Escribía Castro en octubre de 1935:

El momento actual marca las más bajas aguas a que ha llegado el interés del Estado por los asuntos de la Cultura, base del decoro de la nación. [(...) De un año acá] no se han contentado los gobernantes con paralizar la vida de superior civilización, intensificada desde hace unos treinta años, cortando iniciativas y abandonando las orientaciones ascendentes; se trata, al parecer, de extinguir por asfixia presupuestaria todo ensayo de adecentamiento científico, con el intento incluso de dañar los

³⁸ Américo Castro, "Otro ensayo de terapéutica nacional", [El Sol, 21.3.1935], en **De la España que aún no conocía**, Barcelona, PPU, 1990, vol. II, p. 67.

³⁹ A. Castro, "La formación del profesorado", [El Sol, 23.11.1934], ibidem, p. 63.

⁴⁰ A. Castro, "El movimiento científico en la España actual [1918]", ibidem, p. 5.

centros más delicados de la sensibilidad colectiva.⁴¹

No interesa tanto la contraofensiva política en que se enmarca este artículo -y otros recogidos de **El Sol**, a lo largo de 1935- como los datos que cede con respecto a la impotencia por continuar una obra fecunda. Nada acerca este Américo Castro al utopismo confeso de **La Nueva España. 1930**, de García Maroto⁴², pero bien evidente es la comunidad de ideales y metas hacia una cultura popular y de amplio alcance social.

Justamente en íntima congruencia con esos propósitos de la razón, figuran en los artículos de aquellos años entusiastas trabajos de apoyo y reconocimiento a la obra desarrollada por las Misiones Pedagógicas o por la Barraca, ambas representantes, también para Castro, de lo mejor de las aspiraciones de la República. Sabido es que ambas fueron iniciativas impregnadas del espíritu institucionista, beligerante y muy activo desde la fundación en 1909 de la Residencia de Estudiantes por Alberto Jiménez-Fraud. Merece ser citada la defensa de Américo Castro de su obra, sobre todo por el criterio de valoración que aduce. Su incompatibilidad con todo régimen totalitario, escribía en **Cuadernos de París**, en 1957, derivaba de la seguridad de que "sus fines eran

⁴¹ A. Castro, "La cultura, en declive" [**El Sol**, 11.10.1935], *ibidem*, p. 79. Con énfasis específico en estos aspectos y lo que llama Castro *jovellanismo*, cf. Adolfo Sotelo, "Américo Castro y la Generación del 14", en **Cuadernos hispanoamericanos**, 426 (dic.-1985), pp. 29-50.

⁴² Cf. Gabriel García Maroto, **La nueva España, 1930. Resumen de la vida artística española desde el año 1927 hasta hoy** [1927], Madrid, Tecnos, 1988, prólogo de J.L. Morales y Marín.

culturales, como los de cualquier institución educativa dependiente del Estado en el resto de Europa"⁴³.

Antonio Machado se instalaría muy temprano en una perspectiva ideológica semejante, a la búsqueda de una aproximación más efectiva de pueblo y cultura. A propósito de la conferencia de 1920 de Pío Baroja, "Divagaciones sobre la cultura", Machado había de anotar lo siguiente en torno a las responsabilidades del Estado:

Acaso el deber del Estado sea, en primer término, velar por la cultura de las masas y esto, también, en beneficio de la cultura superior. No puede atenderse con preferencia a la formación de una casta de sabios, sin que la alta cultura degenera y palidezca como una planta que se seca por la raíz. (...) el Estado debe sentirse revolucionario, atendiendo a la educación del pueblo, de donde salen los sabios y los artistas.⁴⁴

Dos años antes, en 1918, acudiría a términos semejantes y no menos expresivos para explicar el supuesto ideológico y moral que exige del Estado esa intervención: "no soy partidario del aristocratismo de la cultura, en el sentido de hacer de ésta un privilegio de casta. La cultura debe ser para los más, debe llegar a todos"⁴⁵. Por último cabe citar todavía, para un período posterior, en plena República, una defensa del sentido divulgador de la cultura entre el pueblo. En el Discurso de

⁴³ Américo Castro, "De grata recordación (Juan Valera y Alberto Jiménez)", en **De la España que aún no conocía**, ob. cit., T.II, p. 126. Y véase en especial los trabajos dedicados a Giner, Cossío y la Residencia de Estudiantes en ese mismo volumen.

⁴⁴ Antonio Machado, **Poesía y prosa, II**, Madrid, Espasa-Calpe, Fundación Antonio Machado, 1989. Ed. crítica de Oreste Macrí y G. Chiappini, p. 1227.

⁴⁵ Ibidem, p. 1201.

Ingreso en la Academia Machado había escrito:

Difundir la cultura no es repartir un caudal limitado entre los muchos, para que nadie lo goce por entero, sino despertar las almas dormidas y acrecentar el número de los capaces de espiritualidad.⁴⁶

Un texto todavía de García Lorca, como responsable de La Barraca, servirá para crear un nuevo nudo en una cuerda mucho más amplia que no es oportuno ni necesario reconstruir aquí. En el año 1935 y con motivo de una representación madrileña de **Yerma** por Margarita Xirgu, García Lorca pronunciaba unas palabras de agradecimiento a título, subraya él, de "ardiente apasionado del teatro de acción social". En esa misma "Charla sobre teatro", Lorca apelaría a la fuerza del Estado para salvar del puro mercantilismo un arte particularmente indefenso (en argumentación que reanudarán con tenacidad y algún éxito los jóvenes Sastre, de Quinto, Doménech de los años 40 y 50):

Mientras que actores y autores estén en manos de empresas absolutamente comerciales, libres y sin control literario ni estatal de ninguna especie, empresas ayunas de todo criterio y sin garantía de ninguna clase, actores, autores y el teatro entero se hundirá cada día más, sin salvación posible.⁴⁷

Américo Castro, Antonio Machado, Lorca u Ortega y Gasset hablaban desde una sintonía de base con los supuestos ideológicos y morales que alentaron oficialmente la creación de las Misiones Pedagógicas poco más de un mes después de las

⁴⁶ Antonio Machado, **Proyecto del Discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua**, Madrid, El Observatorio, 1986, p. 32.

⁴⁷ Federico García Lorca, "Charla sobre teatro" [1935], **Obras completas**, Madrid, Aguilar, 1969, 15a ed., recop. y notas de A. del Hoyo, p. 151.

elecciones de 1931. El preámbulo del decreto que fundaba el Patronato de las Misiones acusa los resabios utopistas de un cierto despostismo ilustrado pero también figura ese eco como razonamiento de su dotación económica y constitución jurídica. Fueron creadas, explica el preámbulo,

para llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los ejemplos del avance universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los apartados, participen en las ventajas y los gozos nobles reservados hoy a los centros urbanos⁴⁹.

La nómina tanto de vocales del Patronato presidido por Manuel Bartolomé de Cossío como de colaboradores de sus distintos servicios es apabullante en tanto que signo del nivel de adhesión de intelectuales de signo progresista. Si entre los primeros están A. Machado, Oscar Esplá o Pedro Salinas, las distintas áreas culturales de las Misiones contaron con colaboradores a los que esperó en su mayor parte el exilio. Encontramos así a María Moliner en el servicio de bibliotecas o a Alejandro Casona al frente de El Coro y el Teatro del Pueblo y el Teatro ambulante y su repertorio clásico español. No poco aprovecharía de esa experiencia en pieza tan resonante como **Nuestra Natacha** (estrenada en Barcelona en 1935). Natacha interroga al alter ego del autor -Lalo, comprometido en la organización de El Teatro ambulante-: "¿Por qué no le busca un cauce social a esa alegría?". Por su parte, el anciano Don Santiago sueña con un "Teatro transhumante; de pueblo en

⁴⁹ Cit. por M. Pérez Galán, **La enseñanza en la Segunda República**, ob. cit., p. 351 y véase entero el capítulo VIII.

pueblo"⁴⁹. Incluso el Museo circulante contó con nombres destinados a configurar en algún caso el eje de un compromiso ideológico y moral tanto como político, en Luis Cernuda, Ramón Gaya o Antonio Sánchez Barbudo, los dos últimos entre los responsables de los destinos de **Hora de España**.

Otras iniciativas tan prometedoras y tan machaconamente reivindicadas en la prensa universitaria de los años cincuenta, como el documentalismo, también encontraron en ese entorno un primer camino. En todo caso, este mundo de referencias de la República se complementaría con fundaciones de aquellos años como **Nuestro cinema**, de Juan Piqueras como portavoz del cineclubismo proletario (e inexcusable referencia para **Objetivo o Cinema universitario** y, más explícitamente, **Nuestro cine**), o los numerosos Cine-Clubs que proliferaron durante la República, de la FUE, la UFEH (o del propio SEU)⁵⁰. De unos y otros son deudores explícitos los organizadores del cine-clubismo seuísta de los años cincuenta.

En este mismo terreno, la ejecutoria de La Barraca figura en la posguerra como algo más que mera memoria abstracta de lo que fue un símbolo republicano. No es únicamente el dato interesante de que Luis Rosales o Luis Felipe Vivanco integrasen alguno de sus equipos responsables, como su mismo Comité de Administración, sino la transmisión del material -y

⁴⁹ Alejandro Casona, **Obras Completas**, Madrid, Aguilar, 1977, 6a ed., pp. 417 y 410, respectivamente.

⁵⁰ Cf. J.M. Caparrós Lera, **Arte y política en el cine de la República (1931-1939)**, ob. cit., p. 29 y ss. y Hernández Marcos y Ruiz Butrón, **Historia de los Cine Clubs en España**, ob. cit., passim.

el espíritu- de aquel equipo en los hombres que continuaron en el mundo del teatro en la España de Franco. No es poco significativo que Luis Sáenz de la Calzada, hermano del que fuera presidente de la Unión Federal de Estudiantes Hispánicos (UFEH), sugiera que el testigo entregado por José Caballero sirviera al teatro de Luis Escobar que, "durante y después de nuestra guerra, poseía, todavía, un regusto barraqueño, aunque era otra cosa"⁵¹. No en vano había recuperado para el teatro Nacional María Guerrero "decorados y figurines, todo el haber de La Barraca", almacenados en el estudio de Vázquez Díaz según narra Sáenz de la Calzada⁵².

No es inocua la conjetura de una resurrección entre los jóvenes integrantes de los teatros universitarios de un talante semejante y un compromiso firme en la divulgación de los mejores exponentes de la cultura clásica entre quienes no son su clientela habitual. La aproximación de estudiantes y obreros, o la búsqueda de éstos por aquellos y su tutelaje intelectual, arranca de ese mito y tiene una digna encarnación en la programación y la defensa de un "teatro heroico y popular", como ha de defender un Ricardo Doménech desde **Acento cultural**, a la zaga de Alfonso Sastre o J.M. de Quinto. La estrategia política y cultural del PCE no repugnaría esos propósitos, ni están lejos de ese programa ciertos hábitos y

⁵¹ Luis Sáenz de la Calzada, **La Barraca. Teatro Universitario**, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 46.

⁵² Ibidem, pp. 44-46 y 127. La hipotética fecundidad de aquella iniciativa a largo plazo, como precedente de las actividades primero del Teatro Español Universitario y después de grupos como Els Joglars, los Goliardos, etc, queda apuntada en p. 119 y ss.

predilecciones estéticas de las corrientes del cristianismo de base. Ambos suscribirían, en la España de los cincuenta y los sesenta la síntesis que el propio García Lorca proponía para la motivación de La Barraca: "Dentro del clasismo que la Universidad suponía -y aún supone [en 1933]-, pensábamos, en el fondo, que éramos, constituíamos un teatro del pueblo para el pueblo"⁸³. El horizonte moral e ideológico en que se inscribe semejante declaración participa de una serie de valores que los universitarios de la España de Franco retomaron activamente. Que lo hiciesen desde tradiciones aparentemente irreconciliables o que surgiesen de sectores muy ajenos entre sí indica únicamente la germinación de una conciencia crítica en sectores inesperados. La defensa de un Estado solidario y necesariamente fuerte pudo hallar un modelo histórico y determinados referentes en una cierta leyenda en torno a la República. En todo caso, la idea de la responsabilización colectiva y solidaria basada en el Estado adquiere la categoría de exponente de una aspiración común que afectará a la producción ensayística, literaria e incluso profesional del sector más activo de los jóvenes intelectuales de la primera mitad del franquismo.

⁸³ Cf. L. Sáenz de la Calzada, **La Barraca**, ob. cit., p. 139.

CAPITULO II: EL RECAMBIO DE UNA POLITICA CULTURAL

No es únicamente la voluntad de contextualizar el examen de la producción intelectual de los jóvenes de los años cuarenta y cincuenta lo que explica un capítulo como el presente. El esbozo histórico de lo que fue la atención oficial al mundo de la cultura, desde parcelas que habitualmente le corresponden, como la arquitectura, hasta otras más *opcionales*, como la pintura, la escultura o la cinematografía, ayuda, en efecto, a esa contextualización pero, sobre todo, ubica la realidad cultural universitaria en su marco natural, la actuación del Estado. La proliferación de publicaciones universitarias de financiación pública, generalmente a través de organismos intermediarios como el propio SEU, el Frente de Juventudes o los Colegios Mayores, es un síntoma cultural de la España de Franco integrado en una política de Estado de alcance más vasto. La precariedad en que hubieron de malvivir innumerables Cine-Clubs desde los años cincuenta, o los Teatros de Cámara y Ensayo, o los numerosísimos y jóvenes equipos surgidos de los TEUs diseminados por tantos Distritos Universitarios, contrasta llamativamente con la privilegiada atención que supo ganarse la pintura informalista o, incluso, los primeros esfuerzos por reanudar la vitalidad del arte de preguerra desde, por ejemplo, la Escuela de Altamira. Se subsanaría ahí la

desatención padecida por las otras áreas en la medida que las artes plásticas encajaban mucho mejor en una nueva estrategia de homologación europeísta, cuando menos en las formas. Pero ese interesado desequilibrio no desmiente una programación oficial de la cultura que afecta, también, a áreas menos manejables que la pintura. En el fondo, ese contradictorio trato obtenido por unos y otros lo es en medida menor de lo que parece. La rentabilidad política que supo adivinar el régimen en la exhibición de la obra de los jóvenes pintores españoles en las Bienales de 1951, 1953 y 1955 era impensable desde terrenos dotados de códigos artísticos menos difusos e ideológica y expresivamente más inteligibles. Pero contaron igualmente con el apoyo del Estado, aun cuando fuese bajo la especiosa práctica -no abandonada, por lo demás, en la actualidad- de una financiación controlada y una orientación tan rígida o tan transigente como recomendasen las circunstancias coyunturales o personales de la publicación.

Las páginas de este capítulo se explican, por tanto, como consecuencia metodológica de las hipótesis de trabajo enumeradas anteriormente y de las implicaciones que su examen comporta. La conjetura en torno a la continuidad velada o subterránea de determinados valores de la República obliga a comprobar, entre los jóvenes, la existencia de una vocación colaboradora con el Estado cuando su iniciativa insinúa cierto marchamo social, solidario o humanitario o, simplemente, cuando encuentra en él un mecanismo de expresión. Pero, desde una óptica complementaria, ese marco metodológico significa también reconocer la medida en que el Estado franquista asumió

un compromiso real, por una parte, en el impulso de la vida cultural de la nación -a veces manteniendo o camuflando organismos estatales del régimen anterior, otras adoptando las formas necesarias para una búsqueda reconciliación con el exterior- y, por otra parte, apoyando la divulgación interesada y selectiva de las formas artísticas que despuntaban entre los jóvenes formados ya en el nuevo régimen. Y es en este segundo capítulo donde se integra el examen que prioritariamente ha de ocuparnos en la segunda parte, es decir, las revistas y publicaciones respaldadas por el SEU.

Los datos que siguen sobre la cultura española no pretenden agotar el repertorio de obras que, desde las artes plásticas o la música, dio la España más joven al régimen en que vivían. Sí buscan probar holgadamente la colaboración existente entre el Estado, determinados organismos culturales públicos o instancias periféricas al mismo Estado, y los intelectuales universitarios al principio de sus biografías artísticas y profesionales. Otra cosa es que de ese examen se deriven conclusiones que no atañen únicamente a los vínculos entre el intelectual y el Estado, sino a la entidad y calidad última de una cultura nacional. En otras palabras, desde ese enfoque es perceptible que las bases biológicas para una nueva cultura democrática se formaron al amparo de un Estado que, política e ideológicamente las contradecía. Es esa quizás una de las paradojas más violentas de la España de Franco y la que, sin ningún género de dudas, ayuda a explicar más convincentemente la evolución europeísta y democrática que la sociedad española consolidó tras la muerte de Franco.

Antes de continuar, sin embargo, conviene salir al paso de un reparo importante y de distinto signo a los señalados atrás. Existe una disfunción muy clara entre los términos escritos o verbales en que el régimen esboza su propio autorretrato y define sus metas generales, por un lado, y lo que es el desempeño efectivo de una obra de gobierno, no siempre fiel a la doctrina expuesta tanto en lo político como lo cultural e ideológico, por el otro. Aquí interesa, en especial, la disfunción perceptible en el área cultural y, sólo en la medida en que le atañe, la ideológica. Pero su examen es únicamente posible desde un ejercicio de distanciamiento que reconozca la motivación que explica un discurso globalmente restauracionista de la España imperial, con la unión de Estado e Iglesia y un nacionalismo ampuloso y chovinista, y a la vez no descuide el registro detallado de la obra cultural amparada en ese *programa* político. Si se aislan ambas instancias se percibe nítidamente, en determinados sectores y aspectos de la cultura española, la evidente disfunción que antes señalaba. De esas brechas, y de esas contradicciones entre una suicida voluntad restauracionista y la ineludible impregnación histórica contemporánea, surgen las vías de aprendizaje modernizador que seguirán los universitarios más inquietos o mejor informados.

Desde este punto de vista, el aislamiento de la imagen que de sí mismo difunde el régimen de lo que es su funcionamiento interno e institucional en cuanto Estado -con intereses concretos, con miras puestas en el futuro-, rinde resultados muy positivos. Y prefigura, paradójicamente, un

balance histórico más favorable a sus propios intereses. El régimen de Franco encontraría instrumentos de propaganda particularmente inteligentes en su función subsidiaria y accidental de recambio ideológico: el abstracto y el informalismo español no poco deben a instituciones oficiales de la España de los cincuenta. Y si las penurias del renacimiento musical en España fueron también grandes en aquellos años, el saldo hubiese sido más desalentador sin la decisiva contribución de los herederos de un talante distinto al que voceaban los preámbulos legales del Nuevo Estado. Tanto los C. Halffter, L. de Pablo, Carmelo Bernaola, R. Barce como los artistas plásticos o los beneficiarios de la becas que revitalizó el ministerio de Ruiz -Giménez -recuperando el espíritu perdido de la Junta de Ampliación de Estudios-, contaron con las instituciones culturales del Estado. Como subrayábamos arriba, reside ahí la paradoja y la ceguera más tragicómica de una política cultural. Mientras el régimen creía estar invirtiendo en el futuro de su propio modelo político, la realidad se encargaba de reordenar disparates históricos y alinear las formas culturales que esos jóvenes descubrían o desarrollaban bajo su cobertura, con el correlato político que les correspondía. El choque de intereses derivado del aprovechamiento intencionado de los instrumentos disponibles por parte de los universitarios y el propósito inversor de futuro político del régimen, arroja el resultado de una lenta aproximación a la Europa de los años sesenta y setenta. Los pasos iniciales se dieron, siguiendo esa misma lógica, en las áreas menos directamente ofensivas a la

estructura política y social del régimen, hasta la consecución, por muerte natural del fundador, de un régimen efectivamente democrático.

El interés por describir algunos aspectos de la política cultural del Estado o, mejor aún, por enumerar la obra desarrollada bajo el triunfalismo retórico y decididamente anacrónico del régimen, reside precisamente en comprobar la contradicción interna más fuerte del franquismo en tanto que proyecto histórico-político irremediablemente condenado a adaptarse a realidades históricas y culturales cambiantes. El reconocimiento de la impotencia de los primeros propósitos políticos de raíz fascista y totalitaria, adopta así formas positivas basadas en la adquisición de los cuadros técnicos que garanticen la supervivencia económica del país. Lo que fue renuncia y fracaso político al principio, se convirtió en eufórica autoafirmación en los años sesenta. Unos supuestos económicos capitalistas alimentaban, a medio y largo plazo, el desarrollo de los gérmenes incubados y, sobre todo, acentuarían las contradicciones de todo orden entre el régimen y la sociedad civil. Deshacer la maraña retórica de los años cuarenta y cincuenta, y su presunta ambición refundadora, permite verificar una política cultural precaria, minúscula, si se quiere, pero fundamental en el futuro de quienes optaron por el arte y la cultura en la España de Franco. La primera vanguardia plástica -en pintura o escultura-, los primeros núcleos de compositores nuevos, o los más prometedores equipos cinematográficos, se movieron cerca de las dependencias oficiales, así como el racionalismo arquitectónico obtuvo en

el cambio de década 1940-1950 un espaldarazo oficial que, como veremos, lo habilitaría desde entonces como imagen del urbanismo del régimen. Y por supuesto, los orígenes culturales y literarios de los intelectuales universitarios de los cincuenta deben rastrearse, sin apenas excepción, en revistas de titularidad oficial.

Por otra parte, aceptar la veracidad de la propaganda del primer franquismo -los lemas basados en la reanudación de la tradición española y la redención del país traída por su refundación *ex novo*-, constituye una suerte de cheque en blanco inmerecido y que nadie ha firmado en aspectos ideológicamente más comprometidos. Por supuesto que no era creíble el triunfalismo exhibicionista de los primeros años: la realidad, entonces, la literatura, después, y la historiografía, finalmente, han ido desenmascarando esa retórica. Pero la aplicación de esa misma óptica a la obra cultural del Estado ha hallado mayores y explicables resistencias. Sin embargo, no es difícil sospechar que la misma asimetría entre palabras y hechos obtenga en este terreno concreto una nueva confirmación de la misma lógica vagamente esquizofrénica, del mismo doble lenguaje que se ha registrado en los demás aspectos del franquismo. Mientras por un lado, doctrinal y oficialmente, la República era demonizada, por el otro pudo bastar el silencio o la inactividad política, y una cierta habilidad enmascaradora de lo esencial, para mantener vigente buena parte del repertorio de temas culturales de la República, o de una cultura de signo liberal: la continuación de sus proyectos urbanísticos, su

base racionalista, primero vergonzante y después oficial, la integración de protagonistas culturales de la etapa anterior (desde Pérez Casas o Conrado del Campo hasta A. Ferrant o Modesto Higuera) en los nuevos organismos divulgadores y ordenadores de la cultura, etc. Los esfuerzos legitimadores del Nuevo Estado, el peso de la Iglesia y el nacional-catolicismo, la impregnación belicista del estilo de la Falange, no evitó la colocación en lugares de escasa significación política, pero facultades decisorias, a algunos de los mismos responsables de la política cultural del régimen anterior. Desde la segunda mitad de los años cuarenta y, sobre todo, desde la década del cincuenta, el régimen ni rehuyó enteramente una estética actualizada ni desatendió cuanto había de aprovechable y políticamente tolerable entre las filas nacionales, neutras o derrotadas, biográficamente deudoras de los años anteriores a la guerra.

Como hipótesis de trabajo parece oportuno, pues, repasar brevemente este aspecto del franquismo de los años cuarenta y cincuenta. La recuperación efectiva de la tradición liberal comenzaría también en empresas impulsadas desde el SEU, los Teatros Nacionales o publicaciones equívocamente críticas, como **Indice**. Entre las impotencias del régimen estuvo también la de aniquilar el valor seminal que pervivía en la recuperación domesticada de la tradición liberal culta de la España reciente. Esas formas vergonzantes de subsistencia harían más practicable su rehabilitación efectiva, tras dar fin a una colaboración, contradictoria por definición, entre una cultura liberal y un régimen política e ideológicamente

reaccionario. La culminación más evidente del proceso de separación entre una y otra instancia, iniciado en los centros universitarios y reducidos núcleos artísticos e intelectuales de los años cincuenta, es la instalación en el poder de los equipos opusdeístas, tan modernos en sus teorías económicas y administrativas neocapitalistas como hondamente reaccionarios en el capítulo espiritual.

Sólo desde la lógica del aprendizaje de una tradición prohibida y perseguida, el balance de ese examen resultará positivo, incluso para el régimen que lo amparó. Pero el sentido de ese balance habla más bien de la precariedad real de los fundamentos del régimen, de la estrecha dependencia de la fuerza militar para su subsistencia, del fracaso en la construcción de una auténtica cultura obediente a los postulados políticos e integristas que voceaba con ribetes de histeria marcial. En otras palabras, el reflotamiento de ciertas líneas de continuidad insistentemente desmentidas por la voluntad refundadora del nuevo régimen describe, por un lado, la íntima impotencia creadora del franquismo, víctima de las contradicciones inherentes a los planteamientos doctrinales de sus frentes culturales más ruidosos, la Falange y el integrismo católico. Por el otro lado, apunta a los movimientos de acomodación que arbitró en el terreno cultural con el fin de evadir del punto de mira crítico nacional e internacional la auténtica y anacrónica consistencia de un régimen.

- Pacto para una modernidad cultural en torno a 1951.

Con la llegada de Joaquín Ruiz-Giménez a la cartera de Educación, en 1951, culminaba el movimiento interior de reajuste de familias ideológicas, después de la derrota del fascismo europeo y tras ser apreciables los primeros resultados de la ayuda norteamericana para la reconstrucción europea. Beneficiario muy parcial y minoritario de esa misma actitud americana, Franco relevaría a un hombre cerradamente católico -y exótico en el contexto europeo-, como Ibáñez Martín, en la cartera de Educación, por un diplomático joven pero experimentado y avalado por una trayectoria política eficaz en el entorno vaticanista. El sesgo levemente liberal de su ejecutoria hasta el momento, constituía una oportuna y novedosa aportación a los gabinetes franquistas.

Los años de su ministerio, 1951-1956, coinciden con las muestras visibles de la conciencia profunda del fracaso del Nuevo Estado en la construcción de una cultura vivaz, autónoma y nacional, ajena a las turbias influencias europeas y capaz de perpetuar una fidelidad a la esencia hispana amenazada. A la luz de las esperanzas suscitadas por su nombramiento y del desarrollo efectivo de una política liberalizadora bruscamente interrumpida, aquel fracaso necesitaba salidas de urgencia que pasarían necesariamente por revisar los supuestos culturales dominantes hasta el momento. Su hipotética fortaleza se revelaría fundada en la prohibición de caminos alternativos y sospechosos. La tolerancia dosificada y el alivio del peso del

integrismo, en el orden cultural, funcionaría entonces con lentitud pero también con excesos para la lógica política del régimen. Si ningún cambio en la historia política del régimen comportó una desautorización explícita o rotunda del gestor anterior -a excepción, quizá, de la salida del propio Ruiz-Giménez en 1956-, si una adaptación gradual es precisamente el eje de la lógica que explica su larga duración, ese es también el marco en que cabe interpretar las cotas de liberalización cultural que confió Franco a su nuevo, joven y católico ministro de Educación.

Esa misma evolución cansina del régimen difumina en parte el sentido de la nueva incorporación al gabinete. En esencia, venía a contestar a una situación política que resultaba comprometida en el plano internacional y requería concesiones para asegurar alguna viabilidad. Fracasadas económicamente las directrices autárquicas adoptadas durante la Segunda Guerra, su correlato cultural no había logrado mucho mayor éxito - fuera de excepciones individuales más o menos vinculables a un cierto falangismo vitalista y desinhibido, como la sensibilidad estética del **Pascual Duarte** de Cela. Y lo que era peor, las vocingleras bases de la Falange y sus más prudentes cuadros medios apenas cubrían mínimos en su misión prioritaria: garantizar el futuro con equipos jóvenes que exhibieran los frutos que reservaba a Occidente su último rincón geográfico y estadístico.

En esta situación, Ruiz-Giménez bien podía cubrir la cuota cosmética que exigían los Estados Unidos para conceder

los primeros créditos de cierta envergadura¹ y, sobre todo, abría un nuevo frente apenas ligado -salvo con el ala liberal e intelectual- a la Falange, igualmente controlable, en principio, pero hasta entonces desaprovechado. En sus manos quedaba la posibilidad de facilitar, desde un catolicismo familiarizado con la Europa postbélica, nuevos mecanismos de expresión -desde lugares seguros como el SEU- a una juventud universitaria que había vegetado en un estado de asfixia cultural y cuyo desencanto ideológico, en la órbita falangista, comenzaba a ser alarmante. Aliviar esas estrecheces, recomponer en distintos frentes mínimas dosis de libertad, podía acabar siendo el instrumento más adecuado para infundir alguna vitalidad cultural a los escenarios, las prensas o las moribundas salas cinematográficas de la España triunfal (pese a los populares éxitos Cifesa²).

Pero el cambio de década 1940-1950 no agotaba su cuota reformadora en el ministerio de Educación Nacional, cautelosamente desprovisto del control de la información,

¹ Ros Hombrabella, Joan Clavera et al., **Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización (1939-1959)**, Madrid, Edicusa, 1978, 2a, p. 235, n. 28 habían intuido ya la existencia de contactos anteriores a la ayuda de 1951 y, por supuesto, a la firma de los acuerdos de 1953; un cuadro general y sintético en pp. 229-259. Para los contactos desde 1949, la primera ayuda de 1950 y el examen de los acuerdos posteriores, cf. Angel Viñas, **Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos. Bases, ayuda económica, recortes de soberanía**, Barcelona, Grijalbo, 1981, cap. 2 y 6, p. 314 y ss. y *passim*.

² Cf. Félix Fanés, **Cifesa, la antorcha de los éxitos**, Valencia, Alfonso el Magnánimo, Estudios Universitarios 5, 1982 y, con especial beligerancia, Santiago Pozo, **La industria del cine en España. Legislación y aspectos económicos (1896-1970)**, Barcelona, Publicacions i Edicions de la UB, 1984, pp. 54 y ss y 91 y ss.

ahora en manos de un nuevo Ministerio de Información y Turismo dirigido por Gabriel Arias Salgado (en cierto modo, relevo subterráneo de Ibáñez Martín). Si los cambios señalados tenían una relativa importancia en cuanto al perfil político básico del régimen, desde el punto de vista cultural esa etapa hubo de buscar respuesta al agotamiento definitivo de la capacidad movilizadora de un falangismo desacreditado y poco menos que agónico. La euforia triunfalista de la primera posguerra no había de materializarse únicamente en los discursos de los jerarcas ni en las cuñas y consignas radiofónicas. La incidencia cultural del falangismo, el intento, a la postre frustrado, de configurar una Nueva Cultura y un Nuevo Arte ajeno a la decadente estética de entreguerras, limpio de las impurezas judaizantes y marxistas, entraba en una existencia desmotivada y vegetativa desde el final de la Guerra Mundial, y apenas ostentaría algún marginal protagonismo hasta su práctica defunción con la llegada a los gabinetes franquistas de jóvenes católicos tibiamente liberales.

Con la notoria excepción de **Laye**, los órganos de expresión de los jóvenes universitarios no han sido objeto hasta ahora de un examen suficientemente detenido. Ello no ha impedido acuñar fórmulas en términos generales acertadas en torno a su significación global. En tanto que instrumentos utilizados por promociones universitarias que no protagonizaron la guerra civil constituyeron frentes de oxigenación e información cultural que no siempre alcanzaron las cotas de libertad de otras publicaciones independientes del Estado, pero que sí fueron plataformas eficaces de

emancipación cultural y política. Desde el interior de los Colegios Mayores pero también en las redacciones de aquellas revistas -y otros territorios afines, unas veces oficiales y otras no, como el Instituto de Cultura Hispánica o **Indice**, respectivamente-, nuevos universitarios reanudan el camino de acercamiento a la cultura europea. Bien lo hicieron después de la aventura iniciática de un viaje europeo, con cargo a los dineros públicos, bien descubriendo en sus propias familias y domicilios la tradición liberal o ideológica acallada por el vencedor.

Pero el éxito ulterior que alcanzarían buena parte de los integrantes de estos equipos en Barcelona y Madrid no obedece únicamente al voluntarismo iluminado y heroico. Constituyen, en realidad, una parcela complementaria, la más lesiva a medio y largo plazo a los intereses del régimen, pero sólo una parcela más de una política cultural y educativa destinada a fortalecer y revitalizar la creatividad cultural universitaria. Las compensaciones fueron distintas a las previstas y los medios invertidos sirvieron sólo a uno de los objetivos. El éxito que significó la modificación de la imagen internacional del régimen -fundamentalmente a través de las Bienales de Arte- chocó en el interior con la ingratitud de aquellos mismos jóvenes aupados por el Estado y ahora, a finales de los cincuenta, reunidos entre las filas intelectuales y políticas de la oposición. Sin duda el margen de error calculado para la operación no debió contemplar los costes que comportaría a largo plazo una política de cruce entre los principios políticos e ideológicos del régimen y una

cultura de corte liberal.

En la segunda parte de este trabajo examinaré aquellas publicaciones que mejor indican un estado de transición desde posiciones falangistas hacia primeras pero sólidas intuiciones de índole socialista o demócrata como horizonte de salida. Pero poco podría explicar aquel examen si desatiende el entorno político y cultural y el momento evolutivo del régimen del que forman parte. El organigrama total de la cultura española abría la mano en las publicaciones universitarias en medida comparable al aperturismo oficialmente propiciado desde las Bienales Hispanoamericanas o, directamente, desde las Direcciones Generales de Arquitectura, Música o Cinematografía. Es este complejo proceso de apertura controlada, de pacto cómplice entre una cierta tradición liberal, los jóvenes artistas y los intereses políticos del régimen, el que me ocupará en las páginas siguientes. Constituye el presupuesto histórico indispensable para valorar el alcance de la liberalización que protagonizan, desde el SEU y sus distintos departamentos culturales, los universitarios de los años cincuenta.

- Respuesta estética a un agotamiento político.

La historiografía cultural de la España reciente ha señalado de manera dispersa la importancia del cambio de década en el relevo estético de los modelos falangistas. Desde los primeros años cincuenta pueden registrarse datos que apuntan a un cambio de rumbo en la orientación oficial con respecto al arte y la cultura del régimen. Por una parte el goteo de renunciadas, el repertorio de proyectos inacabados o interminables por definición -aquejados de un mal común a los años cuarenta: la megalomanía- se intensifica notablemente como auténtico anticipo del relevo inminente y, sobre todo, urgente. La lista exhaustiva de estas correcciones es inagotable, pero muestras suficientes de la necesidad de reducir la infatuada megalomanía de un régimen aislado y autárquico son tanto las correcciones a la baja como la duración de los trabajos en el Cerro de los Angeles³, la reducción del nuevo plan de reconstrucción de la Ciudad Universitaria madrileña, del mismo López Otero que la concibió, el abandono de los proyectos relacionados con la Fachada del Manzanares y la continuación del paseo de la Castellana o la nonata Casa del Partido en Madrid. Emblemático proyecto que, como los demás, no pasó de ser otro síntoma enfermizo de la urgencia por afirmar el principio de los

³ A. Bonet Correa, "El crepúsculo de los Dioses", en Bonet, ed. **Arte del franquismo**, Madrid, Cátedra, 1981, p. 323 y ss.

tiempos⁴.

En segundo lugar, junto a esa marcada regresión respecto a los ambiciosos programas de 1939 y 1940, el régimen modificó actitudes que en los primeros años no sólo parecían inamovibles sino que consagraban oficialmente los motivos para tres años de guerra. Si es entre los jóvenes núcleos abstractos e incipientemente informalistas donde más vistosa y afortunada -para ambas partes- resultó la cooperación entre los organismos oficiales y los artistas, el alcance de semejante política superó los límites de ese área. La oficialización originaria de Vázquez Díaz, Palencia o, en el caso más revelador de todos, J. Gutiérrez Solana⁵, convivió pocos años después -desde finales de los cuarenta-, con formas más agresivas y modernas en sus nuevos lenguajes plásticos. Los orígenes individuales de los miembros de El Paso, de Tàpies, o la apertura propiciada hacia las formas de vanguardia de preguera, y el surrealismo en particular desde la Escuela de Altamira, están ligados a instituciones oficiales en la misma medida en que lo está la aceptación de una alternativa estética en la escultura de Angel Ferrant o, poco después, un Chillida.

Pero no fueron sólo las artes plásticas terreno propicio para las expansiones modernizadoras del régimen. Si el modelo

⁴ Cf. Gabriel Ureña, **Arquitectura y Urbanismo civil y militar**, ob. cit., p. 103 y ss. y Sofía Diéguez, "Arquitectura y urbanismo durante la autarquía", en Bonet, ed., **Arte del franquismo**, ob. cit., p. 67.

⁵ G. Ureña, "La nueva pintura de la España eterna", en A. Bonet Correa, **Arte del franquismo**, ob. cit., 175 y ss.

de la arquitectura oficial había sido para Pedro Muguruza - Director General de Arquitectura desde 1939-, Gutiérrez Soto o Luis Moya el clasicismo herreriano o, algo más tardíamente, la severidad de Juan de Villanueva (y por debajo el fundamento racionalista que todos compartían y juntos hubieron de exorcizar), desde los últimos cuarenta se anuncia el relevo estético oficial con la elección bien significativa del anteproyecto de Cabrero para la Casa Sindical de Madrid. La arquitectura oficial rescataba del infierno teórico los principios racionalistas y funcionalistas que, de manera encubierta y enmascarada tras emblemáticos símbolos del régimen, habían sostenido los esfuerzos reconstructores en los años inmediatamente anteriores.

Una primera aproximación interpretativa a estos fenómenos esencialmente contradictorios, pero perfectamente explicables, la ofrecía Alexandre Cirici en **La estética del franquismo**⁶. Inauguraba allí el tratamiento distanciado de la política cultural de un régimen que, a pesar suyo o no, optó, poco después de su aislamiento internacional por deshacerse de las rémoras más visibles de los fascismos europeos. Uno de los postulados más interesantes del libro ha sido recogido por otros historiadores del arte del franquismo y, singularmente, con distintos matices, por Gabriel Ureña y Antonio Bonet Correa. Cirici constataba que los afanes monumentalistas irían dejando paso a proyectos capaces de adaptarse a las necesidades urbanas, mientras el Estado mismo facilitaba el

⁶ Alexandre Cirici, **La estética del franquismo**, Barcelona, Gustavo Gili, 1977, *passim*.

desarrollo de una estética de signo moderno y europeo. En sus raíces habitaban las fuentes que erosionarían las originarias pretensiones de restauración de una España imperial, o liberarían los frenos impuestos a la penetración de la cultura moderna occidental.

Un número importante de coincidencias invita a pensar razonablemente en una programación político-cultural en torno a 1950, destinada a fortalecer ángulos demasiado vulnerables - o sencillamente inanes- de las manifestaciones culturales asociadas a la España de Franco. La rentabilidad que pronto aprendió a obtener el régimen de las tempranas vocaciones artísticas de los jóvenes en quienes -según la letra de la Ley- tantas esperanzas tenía puestas, no es ajena a la difusión y el éxito nacional e internacional de promociones que rápidamente traducirían en términos intelectuales y políticos la desazón inasible y difusa que sus telas transmitían desde una concreta complicidad innovadora. La medida de esa colaboración recíproca responde, por parte del régimen, al perfil básico de una fuga hacia adelante, basada en la renuncia a la formalización de una supuesta cultura nacional y católica, por una parte, y en la mucho más perentoria necesidad de reconciliar la España franquista con las naciones de cuyo apoyo dependía su evolución económica.

Conviene subrayar la entidad colectiva de este giro en los distintos campos apuntados -arte, arquitectura- en cuanto tiene de apuesta de futuro en un doble sentido complementario. Favorecía los intereses de un régimen aislado y comparativamente deficitario con respecto al ritmo evolutivo

de sus vecinos europeos, por un lado, y constituía la primera plataforma eficaz para jóvenes artistas e intelectuales sin excesivos motivos para el optimismo o la confianza en la proyección nacional -y menos internacional- de sus propias carreras. Sustraer a la escultura idealizante de Avalos, Pruna o Pérez Comendador el protagonismo exclusivo para compartirlo con Ferrant u Oteiza; complicar el paisajismo pintoresquista o de costumbres de la primera hora con las armillas de Millares o los primeros resultados abstractos de Saura, devolvía a España unas dosis de credibilidad pro-europeísta y liberal que no podía ganar por métodos legítimos, políticos o diplomáticos.

Cirici apuntaba ya al posible signo colectivo de un giro oficial, fundando su apreciación en tres de los ámbitos culturales en que se verifica ese giro estético:

En el período de la primera ayuda americana, de la apertura al capital extranjero, de la tecnocracia, cosecharán los frutos de la nueva política oficial que puso en marcha García Escudero [desde la Dirección General de Cinematografía y Teatro] y que es el paralelo exacto de lo que en el campo de la arquitectura representan las nuevas normas de la Dirección General de Arquitectura [desde 1951], autorizando el racionalismo y el organicismo, y en pintura y escultura las Bienales Hispanoamericanas de Arte, que dirigió Leopoldo Panero, desde 1951⁷.

Desde una parcela tradicionalmente desatendida de la formación cultural del universitario español, el libro **Música española de vanguardia** de Tomás Marco apunta perspicazmente una visión semejante. Mientras el despliegue de posibilidades de los nuevos compositores españoles culminaba, a finales de

⁷ A. Cirici, **La estética del franquismo**, ob. cit., p. 186.

los sesenta, con conciertos de la eficacia de los programados por Luis de Pablo en Alea (1965), la prehistoria de estos músicos retrotrae a inevitables compromisos con organismos oficiales que posteriormente abandonarían. La práctica totalidad de los miembros de la llamada generación de 1951 - desde los Halffter y De Pablos a Mestres Quadreny- reprodujeron en sus propios circuitos artísticos y sociales los mismos itinerarios de formación y colaboración con el Estado que los jóvenes pintores, arquitectos o escritores de la España de los años cincuenta. Anota Tomás Marco un interesante desfase entre la institucionalización -y la cotización- de compositores y artistas españoles, que le sirve para sostener un claro paralelismo de trayectorias colectivas entre los compositores citados y artistas plásticos como Tàpies, Millares, Sempere u Oteiza. Señalaba Marco "la similitud de caminos de ambas artes y la mucha mayor difusión de los plásticos. Incluso cronológicamente la actividad del grupo El Paso coincide en líneas generales con la del grupo Nueva Música y sus ramificaciones"⁹.

No son accesorios los motivos que pueden aducirse para explicar ese simultaneísmo, extensible a otras esferas de la actividad artística nacional. En todo caso, hay en las notas de Marco un par de aspectos que convergen en subrayar la participación del Estado como rasgo compartido -y decisivo- en la evolución de pintores y músicos. En ambos colectivos, y en otros, una primera y activa participación en los organismos

⁹ T. Marco, **Música española de vanguardia**, ob. cit., p. 17.

oficiales, basada en el elemental aprovechamiento de instrumentos de divulgación y formación, favoreció, a finales de los cincuenta, un progresivo y decidido distanciamiento del amparo estatal. Es el momento de El Paso, Música Nueva o Seix Barral, por citar tres círculos culturales independientes y finalmente cómplices, que asegurarían el desarrollo de una conciencia crítica sin más expresión, hasta entonces, que un europeísmo cultural aparentemente inofensivo. Desde entonces, la transición hacia nuevas concepciones ideológicas y políticas obtiene un nítido reflejo cultural en forma de emancipación de los lazos institucionales con el régimen y una abierta literatura de apoyo de sentido crítico e inconformista: manifiestos, gestos testimoniales colectivos, uso de una simbología cultural intencionada, etc.

Todo ello llegaría con las energías tecnocráticas y desarrollistas en plena marcha. Por ello conviene retroceder al período anterior al salto fuera de las bardas del propio régimen, tomada la expresión tanto en su sentido instrumental como ideológico y político. Aplazo para apartados posteriores de este trabajo los análisis de **Alcalá, La hora o Acento cultural** y la comprobación de una evolución análoga de otros universitarios. En la velocidad de cruce crítica de todos ellos se observará un ritmo directamente condicionado por la naturaleza teórica, verbal, ideológica y crítica, de los nuevos lenguajes que ensayan, los temas predilectos que cultivan y las actitudes y corrientes de pensamiento que importan.

Estas formas típicas de colaboración interesada entre

jóvenes intelectuales y las revistas del SEU fueron comunes a los equipos jóvenes y dispuestos a renovar el paisaje cultural de la España de Franco. Algunos datos ya anticipados confirman la integración en organismos oficiales de los brotes culturales y plásticos más interesantes del momento. Importa recoger, además, a modo de sustrato cultural diversamente influyente, la subsistencia camuflada de profesionales del régimen anterior sometidos a las nuevas directrices de 1939.

En este sentido, la hostilidad y la beligerancia contra los valores que encarnan el racionalismo arquitectónico o las primeras muestras del abstracto del período de entreguerras, no significaron siempre la marginación de aquellos artistas plásticos o arquitectos que habían crecido en su entorno o que se querían y sentían -los más jóvenes- herederos y continuadores de una tradición moderna. El subsuelo que soportaba ese cambio de orientación era terreno particularmente receptivo a una liberalización del mercado artístico. La intensa presión ideológica y política ejercida por el régimen en los primeros años explica los múltiples casos de supervivientes de la Monarquía y la República, puestos al servicio del Nuevo Estado desde la guerra o la posguerra. Bastaba una cierta tibieza en las convicciones ideológicas o la mera necesidad de la subsistencia, para entender el paso a las filas nacionales de equipos originariamente no vinculables a los fascismos europeos ni tan siquiera a las derechas tradicionales. Apóstoles de las vanguardias artísticas accederían prontamente y se someterían a los nuevos dictados de una estética de pujos imperialistas y

pretensiones totalitarias. A propósito de la escultura, y teniendo en cuenta tanto la exportación como la integración desde los primeros cincuenta de obras de Angel Ferrant o Jorge de Oteiza, subrayaba un excelente conocedor del arte de estos años, Gabriel Ureña, que "el proceso de adaptación y sumisión de la escultura a las necesidades del Estado franquista estuvo, por el contrario, estrechamente vinculado a un proceso más global de ruptura y apertura respecto a toda la tradición cultural anterior"⁹. Por eso debe reconocerse en la heterodoxia de Ferrant respecto a los modelos iconográficos de inspiración barroca, predominantes en el período autárquico, el primer paso para obligar al régimen a "aceptar la relatividad de ese discurso y a autorizar nuevos discursos formales e iconográficos"¹⁰. Con ellos se inauguraba la tolerancia hacia propuestas investigadoras -Chillida, Serrano, Oteiza-, expuestas en recintos oficiales "como carta acreditativa del ["liberalismo" del régimen] y su apertura cultural"¹¹.

⁹ G. Ureña, "La escultura franquista: espejo del poder", en A. Bonet, **Arte del franquismo**, ob cit., p. 81.

¹⁰ Ibidem, p. 107.

¹¹ Ibidem, p. 112.

. Un urbanismo frustrado.

Lo que Ureña señala a propósito de la evolución estética de la escultura de encargo oficial -prácticamente la única existente-, lo ha verificado pormenorizadamente también en el terreno de la pintura, como señalaré después. Pero tampoco el mundo del urbanismo y la arquitectura han escapado a esa misma fecunda hipótesis de trabajo. Agotadas las posibilidades de construir un lenguaje auténticamente original del nuevo régimen -igualmente alejado del rutinario mimetismo academicista, aunque de calidad, como de las variantes de una vanguardia perturbadora de las rústicas tradiciones peninsulares-, el franquismo acogerá como manifestaciones propias fenómenos estéticos con lenguajes inequívocamente contradictorios con los principios políticos e ideológicos de su patrocinador, y aun con los programas de restauración de rancios clasicismos que habían primado en la teoría de los primeros cuarenta. A modo de balance de aquella década el propio responsable del plan de ordenación de Madrid, P. Bidágor, salvaba sólo la Ciudad Universitaria y los Nuevos Ministerios. Lo cual equivale a vanagloriarse, como anota oportunamente Ureña, del fin de "dos grandes obras proyectadas, y en buena parte levantadas, durante la II República"¹². En directa sintonía con la tesis básica de este apartado -la resistencia a comulgar con el adanismo más

¹² Gabriel Ureña, **Arquitectura y urbanística civil y militar**, ob. cit., p. 112.

ansiado que efectivo del Nuevo Estado-, el mismo Ureña ha puntualizado en una provocativa página las bases argumentales de las contradicciones estéticas de un régimen culturalmente desasistido y, en el fondo, el eclecticismo obligado en que hubieron de incurrir no pocos de sus equipos artísticos:

En la postguerra, a pesar de los alardes verbales, no se puede hablar de un estilo único, sólidamente sistematizado, plataforma para la crítica histórica de la arquitectura y para la constitución de un nuevo quehacer constructivo. Tampoco se pueden reconstruir los términos de un debate "estilístico" que, en verdad, ni se llegó a producir. Sí es cierto que, más o menos, los arquitectos falangistas entendían -y también aquí había sus excepciones- que la "arquitectura moderna" había sido manipulada, en sus aspectos semántico y tipológico, por los arquitectos bolcheviques a partir de la Revolución de Octubre; que la Bauhaus alemana había tenido mucho que ver con la ideología política y social de la República de Weimar -tan parecida, por otra parte, a la República española-; que Le Corbusier, con tanta influencia en los arquitectos más inquietos del período republicano, era, en cierta medida, ideólogo y planificador de diversos modelos de ciudad socialista. *Pero todo esto no supuso una repulsa radical hacia la "arquitectura moderna", entre otras razones porque no había otra alternativa que no fuera la vuelta a Herrera o a Villanueva y porque, en la Italia de Mussolini, la semántica ortodoxa no era otra que el "moderno racionalismo".* Hubo, eso sí, un intento de manipular esos lenguajes de forma coherente con la política del Nuevo Estado: es decir, desposeyéndoles, previamente, de antiguas connotaciones signícas.¹³

Poco sorprende así que, a pesar de las protestas de originalidad, invención y novedad, el Nuevo Estado se viera forzado no sólo a acudir a profesionales formados con la Monarquía y la República, en buena parte cercanos a los núcleos más modernos y afines al régimen de 1931, sino a continuar los planes trazados en la etapa anterior. Si los

¹³ Ibidem, p. 115.

escultores llamados por el Estado continuaban siendo los mismos que en los años veinte y treinta acaparaban las muestras de respeto y admiración oficial¹⁴, entre los arquitectos no pocos de los mejores accedieron a metamorfosis estéticas y aparentes tanto o más acusadas, como Luis Moya, Gutiérrez Soto, López Otero, Aizpurúa o Feduchi. El abuso de los recursos ornamentales para reconvertir el paisaje urbano en imagen de un Nuevo Estado con aspiraciones imperialistas llevó, por ejemplo, a la reconstrucción de la castigada Ciudad Universitaria sobre los planes anteriores, marcadamente racionalistas, en manos de su mismo iniciador, M. López Otero, a pesar de la sumisión forzada -aunque gustosa- a recursos ornamentales postizos e inactuales¹⁵. El mismo Pedro Bidágor, había de continuar el plan de ordenación de Madrid según los pasos previstos bajo la República. O bien no llegó a materializarse buena parte de lo proyectado después, con los reflejos del monumentalismo de primera hora¹⁶. Y si el esfuerzo de reconstrucción de Madrid no supo rehuir la planificación concebida durante la República, tampoco era impensable hallar semejanzas estéticas y conceptuales entre los Nuevos Ministerios (de Zuazo, 1933) y el emblema de la arquitectura de la primera posguerra, el Ministerio del Aire, de Gutiérrez

¹⁴ G. Ureña, "La escultura franquista: espejo del poder", art. cit., p. 110.

¹⁵ Cf. Cirici, **La estética del franquismo**, ob. cit., pp. 131-135.

¹⁶ Cf. A. Bonet Correa, "Espacios arquitectónicos para un nuevo orden", en id., **Arte del franquismo**, ob. cit., pp. 28 y S. Diéguez, "Arquitectura y urbanismo durante la autarquía", ibidem, pp. 64-65.

Soto, de 1943, como el propio autor de **Arte y Estado**, Giménez Caballero había señalado¹⁷. El peso decisivo del modelo herreriano o escurialense evidenciaba una involuntaria aproximación a cierto racionalismo de preguerra que no sólo constituía la escuela formativa de buena parte de los nuevos responsables de la arquitectura del franquismo, sino que ahora debía tolerar un enmascaramiento de origen ideológico y político más que estrictamente estético. Poco debe extrañar, en este orden de cosas, la rehabilitación oficial del racionalismo como estética arquitectónica oficial, desde las disposiciones emanadas de la Dirección General de Arquitectura en torno a 1949-1950¹⁸. Era esa la base conceptual desde la que habían sido concebidas las obras mencionadas y otras tan características como la Universidad Laboral de Gijón. Como obra predilecta de Girón de Velasco -pero no de Franco- la Universidad Laboral es sintomática de los cambios que revisamos, dado el desfase en que incurriría en la decena de años (1946-1956) que duró la realización del proyecto de Luis Moya Blanco, prestigioso racionalista en los años anteriores y que contaría con la colaboración de Luis Martínez Feduchi y José Manuel Aizpurúa, ambos próximos a los movimientos de vanguardia (y el segundo de ellos cofundador del GATEPAC). Señala Sofía Diéguez a propósito de la evolución visible en los últimos años cuarenta "la incomprensión total [que encontraría entonces Luis Moya] de unos arquitectos, que si

¹⁷ Cf. A. Bonet, *ibidem*, p. 19.

¹⁸ Cf. A. Fernández Alba, **La crisis de la arquitectura española. 1939-1972**, Madrid, Edicusa, 1972, p. 58.

bien habían sido sus compañeros en los primeros años de la posguerra, se van alejando cada vez más de sus postulados teóricos"¹⁹. En el capítulo de la anécdota reveladora, Cirici relata los subterfugios ocultadores del racionalismo de base desde el que concibieron Cabrero y Aburto el edificio central de los Sindicatos y que hubo de revestirse, a su pesar, de "la retórica monumentalista exterior" que les valió ganar el concurso para la construcción del edificio²⁰. Como ha visto lúcidamente Gabriel Ureña, detrás de la continua apelación teórica a un historicismo imperial y la igualmente teórica desautorización de los hallazgos de la arquitectura moderna, no alentaba otra cosa que la impotencia falangista para prescribir efectivamente las pautas de una presunta y exaltada originalidad creadora²¹.

Valga añadir que la base de tales postulados y la necesidad de ese tipo de enmascaramientos estaba en la repugnancia oficialmente preconizada por la "última turbamulta de escorias procedentes del cubismo y racionalismo de Le Corbusier, de la Bauhaus y de todos los judíos del mundo", según escribía Luis Moya, en 1940²². Aunque fuese en sentido contrario, lo que aquí formulaba este antiguo adepto de esas

¹⁹ S. Diéguez, "Arquitectura y urbanismo durante la autarquía", art. cit., p. 54.

²⁰ Cf. Cirici, *La estética del franquismo*, ob. cit., p. 180.

²¹ Cf. Ureña, *Arquitectura y urbanismo civil y militar*, ob. cit., p. 123 y véase 86 y 93.

²² Apud S. Diéguez, "Arquitectura y urbanismo durante la autarquía", art. cit., p. 54.

modernas corrientes, constituía la quintaesencia de cuanto debía exigir la nueva arquitectura dirigida por Pedro Muguruza: el regreso explícito a la rotundidad neoclásica de El Escorial, asumido como "representación de un criterio nacional-sindical, previamente establecido por los órganos supremos que habrán de crearse para este fin". Son términos del prefacio fechado en septiembre de 1939 de la Ley fundacional de la Dirección General de Arquitectura y resumen del valor de El Escorial "como expresión de la fuerza y de la misión del Estado en una época determinada"²³.

Es cierto que hasta los primeros cincuenta no afloraron - con el patrocinio oficial o sin él- nuevas promociones capaces de enlazar y recuperar el espíritu moderno de la preguerra o descubrir las aportaciones del organicismo nórdico desde el entorno barcelonés de J.M. Sostres y el Grupo R, de 1951. Pero a la altura de 1949, Juan de Zavala, y desde las páginas de la **Revista Nacional de Arquitectura**, se convertía en portavoz oficioso del nuevo giro de la arquitectura oficial. Expresaba allí el hastío por la función política de formalismos superfluos e innecesarios, aunque propagandísticamente eficaces:

nunca la molduración clásica ha sido usada tan postiza y decorativamente como hoy; nunca sus formas se han empleado con un sentido más puramente ornamental; independiente de toda idea racionalista, o simplemente constructiva. (...) Y si las formas que por responder a nuevas necesidades se evidencian inevitablemente, aparecen siempre enmascaradas a

²³ Cit. por A. Cirici, **La estética del franquismo**, ob. cit., p. 120.

través de este postizo ropaje exterior²⁴.

Aunque omite este diagnóstico la singular independencia próxima al racionalismo de los edificios militares²⁵ -y el primero de ellos la Residencia de Oficiales de Barcelona, en Pedralbes, 1939, obra de Manuel de Solá Morales-, lo cierto es que hasta 1950 Vázquez Molezum no sería Premio Nacional de Arquitectura por el Museo de Arte Moderno de Madrid, y el mismo Molezum y A. Gabino obtendrían reconocimiento internacional, junto a Chillida, en la II Trienal de Milán.

No había otro camino que la restauración domesticada de una estética que, ya en los años cincuenta, no constituía novedad alguna frente a los hallazgos del organicismo nórdico (fuera de los estrechos márgenes del clasicismo historicista de oficio). Ésta había de ser la ruta que seguiría la arquitectura barcelonesa, alejada una vez más de la influencia oficialista de la capital y más próxima a las corrientes europeas. Los Coderch, Moragas, J.M. Sostres constituirían en este terreno la auténtica alternativa de vanguardia para una arquitectura que renunciaba al racionalismo como bandera estética cuando pasaba a constituir el principal reclamo de un régimen que veía perdido el paso de una integración europea vergonzantemente tentadora.

Exentos de lazos oficiales y directamente comprometidos con la rehabilitación del signo ideológico que marcó los

²⁴ Cit. por Sofía Diéguez, "Arquitectura y urbanismo durante la autarquía", art. cit., pp. 52-53.

²⁵ Cf. Ureña, **Arquitectura y urbanismo civil y militar**, ob. cit., p. 159 y ss.

afanes del GATCPAC, lo que se proponían Antoni de Moragas, J.M. Sostres u Oriol Bohigas contemplaba la resistencia a la tecnocracia neutralista, a "l'urbanisme exclusivament tècnic, l'urbanisme particularista sense dades de caràcter general". Preparaban así la alternativa racionalista y organicista, en la estela F.L.L. Wright, al incipiente y primer porciolismo: "que els tècnics han de treballar amb la viva col.laboració d'economistes i sociòlegs" al servicio de "una determinada actitud -general i particularíssima ahora- en els temes de planificació territorial"²⁶. El frente oficial al que se oponía no era ya el urbanismo colosalista y megalómano de la primera posguerra sino el nuevo registro oficial, de cuño racionalista, pero inhibido, en la práctica, de una problemática social y demográfica que sólo en parte habían abordado los organismos oficiales de la reconstrucción.

Semejantes actitudes fueron compartidas desde Madrid por una promoción de jóvenes salidos de las Escuelas Universitarias a lo largo de los años cuarenta. Los inicios de sus carreras, de forma análoga a las de los músicos, artistas o escritores, se hallan ligados a los encargos oficiales con un ajustado margen de maniobra para la aportación personal, o ajena al dictado oficial. Sin embargo, desde los primeros cincuenta constituirán la llamada Escuela de Madrid, tras haberse introducido en el mercado según los mismos parámetros estéticos del monumentalismo escurialense o la subsiguiente

²⁶ Oriol Bohigas, **Barcelona, entre el Pla Cerdà i el barraquisme**, Barcelona, Ed. 62, 1963, pp. 128, 129 y 130. Apunta a este mismo déficit en lo social A. Fernández Alba, **La crisis de la arquitectura**, ob. cit., p. 58-59.

evolución hacia accesorios decorativos y barroquizantes que practicaron sus inmediatos antecesores. Lo que éstos hubieron de abandonar por incompatible con los principios triunfalistas del gobierno de Burgos, pudo ser rescatado y desarrollado, ahora con el apoyo del propio Estado, por los más jóvenes. Los nombres nuevos que, al contrario de Barcelona, vivirán al amparo de los encargos oficiales constituirán después los nombres indispensables de la arquitectura española en los años cincuenta y sesenta: Fernández del Amo, Cabrero, Saiz de Oiza, Fisas, La Sota, etc. Incluso las futuras zonas de intersección entre la retórica social de la Falange y la disidencia política de signo marxista o izquierdista obtienen una primera e insólita materialización en proyectos como los surgidos del Instituto Nacional de la Vivienda, creado en 1939 como continuación tácita de la ley primorriverista de Casas Baratas de 1924²⁷. No en vano se ha señalado el origen conceptual de los programas de reconstrucción -Dirección General de Regiones Devastadas, Instituto Nacional de Colonización- en los años veinte y treinta. Entre las conclusiones más sobresalientes de los estudios de Ignasi de Solá Morales sobre la arquitectura de la vivienda figura el hecho de ser aquella un ejercicio de "revisión y adaptación de políticas anteriores, las de la Dictadura primorriverista y las del período republicano"²⁸. Como organismo responsable de desarrollar una política social

²⁷ Cf. Ureña, **Arquitectura y urbanismo civil y militar**, ob. cit., p. 57.

²⁸ Apud Ureña, **Arquitectura y urbanismo civil y militar**, ob. cit., p. 74 y cf. A. Bonet Correa, "Espacios arquitectónicos para un nuevo orden", art. cit., p. 15.

eficaz, el Instituto Nacional de la Vivienda proyectó lo que vino a ser la cara popular del urbanismo franquista. Los conjuntos urbanos aislados, concebidos desde supuestos neopopulistas, a la medida de las necesidades residenciales de núcleos de trabajadores, y únicamente trabajadores, con el énfasis rural muy explícito en elementos decorativos —la teja usada como tosca filigrana, por ejemplo—, en algunos casos dependieron de firmas después relevantes como Alejandro de La Sota o Fernández del Amo. Esto era sólo un tímido precedente de lo que fue responsabilidad de Laguna como Comisario de Urbanismo, es decir, el encargo de barrios obreros a jóvenes arquitectos bien preparados, desde Oiza y La Sota a Molezún y Corrales. Aquí se hacía claramente perceptible la intersección del presente con la herencia rota de la arquitectura moderna del racionalismo y el funcionalismo porque no habían dejado de reconocer una fuente de estímulo intelectual en la arquitectura popular y sus distintos registros religioso o rural²⁹. Pero la adopción formal de principios racionalistas a finales de los cuarenta, sin regateos ni mayores pesares estéticos que la propia impotencia creadora, quedaba integrada en una política de Estado que aprendería a manejar ese y otros datos como moneda de cambio en su gestión exterior. Si el abstracto representaba a España desde la Bienales Hispanoamericanas en 1951, 1953 y 1955, el racionalismo haría lo propio con el pabellón español en la Exposición Internacional de Bruselas en 1958, obra de Corrales y Molezún.

²⁹ Cf. Ureña, **Arquitectura y urbanismo civil y militar**, ob. cit., p. 25.

. El lenguaje de la abstracción y el Estado.

Pero estas sintéticas descripciones de la intervención del Estado en la vida artística española, dejan todavía en la sombra a la protagonista más llamativa del giro estético que oficialmente instaron los responsables políticos de la década del cincuenta. Fue la pintura el área que mejor supo explotar los canales de colaboración que concibió el régimen para sus pintores más jóvenes. A propósito del éxito del abstracto y, poco después, el informalismo, examina Alexandre Cirici las distintas condiciones que concurrieron para facilitar la potenciación de la pintura como lenguaje autónomo:

La ventaja que confería libertad a la pintura era el hecho de no estar vinculada, como el cine, las publicaciones gráficas o la arquitectura, a los grandes capitales del país, y la facilidad con que la tendencia abstracta dominante permitía burlar totalmente la censura, que no sabía ver en los Tàpies, los Saura o los Millares, el aspecto revolucionario.³⁰

Pero los límites de los debates estéticos del momento no excluyen vetos políticos en la representación española de una Bienal o en la desaparición de un equipo artístico. La ausencia de Picasso y Miró en la tercera Bienal Hispanoamericana de Barcelona, en 1955, o las motivaciones políticas que minaron la supervivencia de la Escuela de Altamira, no son malos ejemplos de una tolerancia

³⁰ A. Cirici, *La estética del franquismo*, ob. cit., p. 178.

estrechamente vigilada³¹. La conciencia de una apertura estética necesaria no pasaba por la franca exhibición de obra picassiana o la alimentación de grupúsculos críticos tildados de adhesión dubitativa al régimen. En cualquier caso, fue la pintura quien mejor pudo explotar los mecanismos que el Estado dispuso en el marco de una política de Hispanidad (de la que fueron hijas las Bienales, por ejemplo), y en tanto que premeditado testimonio de urbanidad occidental. En cuanto a los más jóvenes artistas, la operación de apadrinamiento oficial no impidió la reproducción de los mismos procedimientos formativos que caracterizaron a los músicos, los arquitectos o los escritores: el magisterio idealizado de los intelectuales y artistas de entreguerras, la ansiedad por extraer de sus supervivientes una sabiduría robada o exiliada, el carácter germinal de una resistencia progresivamente ganada para una causa cultural pero también política, la convicta inculpación de colaboracionismo para garantizar una futura emancipación del Estado franquista y, por fin, la obtención objetiva de una primera plataforma de lanzamiento público, de ejercicio y experimentación.

Entre las tesis más provocadoras e involuntariamente paradójicas de los estudios de Gabriel Ureña en torno a las vanguardias artísticas en la España de Franco, figura con relevancia propia la crónica y valoración de los inicios de El

³¹ Las implicaciones políticas de Altamira son muy evidentes con la reconstrucción que aporta Aurelio García Cantalapiedra, **Desde el borde de la memoria. De artes y letras en los años del mediosiglo en Santander**, Santander, Ed. Librería Stvudio, 1991, pp. 61-63.

Paso. Su juicio, igualmente alejado del sesgo apologético que han acusado otros investigadores como de la recusación frontal de una actuación colectiva e interesada, servirá para enmarcar la trayectoria, no sólo de sus miembros sino de un alto porcentaje de jóvenes artistas con intenciones aperturistas hacia el abstracto, y acogidos a vías oficiales transitables. O en todo caso, más accesibles que el mundo del galerismo privado, muy poco capacitado para afrontar los riesgos de lanzamientos inciertos (y aun así presente, como Tomás Seral o J.A. Gaya Nuño). De la disponibilidad oficial hacia los primeros brotes de esa heterodoxia estética se generarían sustanciosos beneficios, en todos los sentidos, y tanto en el terreno general como en el privado. Mientras para L. Toussaint tiene plena vigencia la interpretación crítica, ideológica y política, del informalismo de El Paso, a pesar de su respaldo oficial³², el enfoque de Gabriel Ureña es menos complaciente. Fundado en una minuciosa labor de reconstrucción del abstracto español desde la década del cincuenta y apoyado en la tesis, ya conocida, de una reanudación callada de tradiciones modernas, por encima de los obstáculos de la España de Franco, Ureña propone la imagen de EL Paso en términos distintos. Su enfoque discute su presunta y total originalidad en el mapa español de 1957-1958, por un lado, y registra la participación de sus miembros en las numerosas actividades impulsoras del abstracto en la primera mitad de los cincuenta. Frente al supuesto surgimiento de la nada del grupo, a la altura de

³² Cf. Laurence Toussaint, *El Paso y el arte abstracto en España*, Madrid, Cátedra, 1983, cap. VI.

1957, comenta Ureña que

nada de esto fue cierto, o dicho más contundentemente aún, todo este pretencioso enunciado no fue sino la falacia y el más absoluto mentís de quien contaba con la complicidad del aparato comercial y de la crítica de su época.³³

Con anterioridad a aquel año no sólo se había instalado en las órbitas oficiales el abstracto, con la Semana de Arte Abstracto de Santander en 1953, sino que incluso habían sido los propios miembros de El Paso quienes anticiparon muestras de una estética favorablemente acogida en el ámbito cultural español. Hacia 1958 sitúa Juan Manuel Bonet también el rango de normalidad cultural del abstracto, no contradictoria con su uso oficial en tanto que "argumento propagandístico para encubrir [la] excepcionalidad totalitaria [de España] en lo político"³⁴. El Estado había aceptado esa máscara sin excluir la fidelidad academicista de productos ya conocidos de la oferta española en exposiciones internacionales. Pero es ese mismo esfuerzo armonizador de unas y otras prácticas el que explica que en el examen de Ureña se deslice una virulencia expresiva como esta:

El Arte Abstracto que había sido apoyado y potenciado, desde los inicios de la década [del cincuenta] por el Movimiento Nacional y las instituciones artísticas del Régimen contaba con el reconocimiento de la crítica y había sufrido un alza considerable en el mercado interior; había obtenido ya sus primeros triunfos internacionales en la Bienal de Venecia de 1956 e iba cosechando sucesivos

³³ Gabriel Ureña, **Las vanguardias artísticas en la postguerra española, 1940-1959**, Madrid, Istmo, Fundamentos, 73, 1982, p. 167. Alude expresamente al Tercer Manifiesto de El Paso, de 1959, y a un trabajo del mismo año de M. Millares.

³⁴ Juan Manuel Bonet, "De una vanguardia bajo el franquismo", en A. Bonet Correa, **Arte del franquismo**, ob. cit., p. 206.

galardones en diversos países... y, lo que es más importante, la Poética abstracta estaba plenamente consolidada en España (...) gracias a la estrategia de aperturas culturales planeada por los burócratas e intelectuales franquistas.³⁵

No interesa tanto, en este balance, el diagnóstico en torno a la estrategia promocional de Antonio Saura o Manuel Millares, como la puntualización del lugar que ocupó, a partir de una fecha concreta, la expresión más evidente de un cambio de rumbo en los intereses artísticos de los jóvenes³⁶. Y no fue ese presunto lugar marginal que pudiera hacer sospechar la recentísima autarquía económica y su falangismo político, ni serían tampoco las salas de exposiciones privadas las que encabezarían la difusión de la obra más rupturista con aquellos recientes supuestos oficiales. V. Aguilera Cerni llamaba la atención sobre este aspecto al instalarlo en el magro contexto de una economía precapitalista y un rudimentario mercado artístico. La oportunidad histórica del fomento oficial de corrientes estéticas minoritarias debe contemplarse como producto de la práctica ausencia de galerías comerciales capaces de promocionar las

³⁵ Gabriel Ureña, *Las vanguardias artísticas*, ob. cit., p. 168. Poco más adelante sube el tono de la glosa de los textos teóricos con que se presentó el grupo: "[M. Millares] no hace sino dar rienda suelta a su conciencia vergonzante de haber navegado, al buen ritmo de los soplidos del Eolo que conducía los rumbos del Nuevo Estado. No hubo contracorriente para El Paso. Sí mostró el grupo una habilidad especial para apurar techos y agotar límites; para incrustarse, a su debido tiempo, en la maquinaria institucional y despegarse oportunamente de ella, para establecer una compleja y pragmática red de relaciones; sí evidenció un saber enmascarar el tejido de 'operaciones' que garantiza la brillante y rápida proyección artística de El Paso" (p. 168).

³⁶ De "cambio de rueda", brechtianamente, habla J.M. Bonet en "De una vanguardia bajo el franquismo", art. cit., p. 206.

tendencias modernas -según la mercantilización artística usual en los países de cuño capitalista-, ni museos o entidades con sensibilidad y empuje para impulsarlas. Por lo tanto, la vía oficial era la única con medios suficientes para que lo emergente pudiera salir de un minoritarismo tan restringido que casi quedaba limitado al círculo privado de las amistades de los artistas o pequeños grupos.³⁷

Es exacto que el abstracto o el informalismo fueron empeño de los más jóvenes de la España de 1950, pero lo es también que los respaldos más sólidos e importantes fueron de financiación pública y que los beneficios del balance último se repartieron equitativamente. No se trata de devaluar esfuerzos muy tempranos como los de Tomás Seral o J.A. Llardent, en la Librería-Galería Clan, o de Manuel Conde en la Librería Fernando Fe, ambas de Madrid, o los de las Galerías Layetanás de Gaya Nuño, los Salones de Otoño y las actividades del Club 49 (como evidente reencuentro con entidades míticas de la República), en Barcelona, pero sí conviene puntualizar el protagonismo adquirido por instituciones oficiales en el lanzamiento del abstracto español (y, con mucho mayor motivo, su divulgación en el extranjero)³⁸.

En este sentido, la fundación misma de El Paso, Equipo 57 o el Grupo Parpalló, en la segunda mitad de los cincuenta, equivalía en los parámetros de la cultura del interior a la respetabilidad exterior adquirida por el régimen con la

³⁷ V. Aguilera Cerni, *Iniciación al arte español de postguerra*, Barcelona, Península, 1970, pp. 49-50.

³⁸ Cf. Gabriel Ureña, *Las vanguardias artísticas españolas*, ob. cit., pp. 129-135, C. Rodríguez Aguilera, *Arte moderno en Cataluña*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 96 y ss. y A. García Cantalapiedra, *Desde el borde de la memoria*, ob. cit., p. 125.

exhibición de una obra imprevista, espontánea, nueva (y posiblemente crítica). No es posible aquí dedicar el espacio que merece una desatendida polémica artístico-política, aquella que enfrentó a una crítica *de izquierda* con su propio pasado estético y hubo de reconciliar al intelectual con una versión de la pintura muy alejada del exclusivo mensaje directo del realismo social. Las conversiones más o menos llamativas de iniciales reticencias ante el abstracto, como las de un Moreno Galván, o el desdén que expresaron personajes tan dispares como José Angel Valente o José Agustín Goytisolo³⁹ por el abstracto, son ilustraciones ejemplares de los esfuerzos persuasivos que hubo de arbitrar una crítica de arte (la de **Acento cultural**, la de **Papeles de son Armadans**, la de **Cuadernos de arte y pensamiento**), empeñada en identificar un lenguaje crítico en el abstracto o el informalismo -y desde posiciones antifranquistas. Las sólidas conexiones de Falange con el abstracto explican la nota siguiente de **Acento cultural**, pero no es una justificación incongruente con programas culturales que quieren reunir en el mismo haz los esfuerzos del "normativismo" (Aguilera Cerni) de Equipo 57 con la "plástica de romancero" (Antonio G. Pericás) de Estampa Popular. La sección de arte de **Acento cultural** promueve el

³⁹ Cf. la declaración poética que prelude una antología suya aparecida en **El ciervo**, 91 (enero-1961), p. 15, donde se juzga el "arte abstracto" como parte de "un tiempo de artes inferiores o menores". El autor de **Salmos al viento** aseguraba a Sergio Vilar que quienes hacen posible "el arte deshumanizado", "la poesía simbolista" y "la pintura abstracta", "son los reaccionarios de la inteligencia"; cf. S. Vilar, **Manifiesto sobre arte y literatura. Encuesta entre los intelectuales y artistas españoles**, Barcelona, Fontanella, 1964 [pero las respuestas son de 1961-1962], p. 168.

experimentalismo de Labra o el Equipo 57 porque

la población no muy numerosa que se ocupa de estas cuestiones -se lee en junio de 1960-, ha podido sospechar que el expresionismo abstracto, arte en contra de la forma, no sólo era la forma vigente de conducirse artísticamente en el mundo de hoy sino también, a causa de la protección oficial concedida a través de las bienales y a través de las galerías, la genuina declaración del estilo estético español en las generaciones jóvenes⁴⁰.

En las confusiones propiciadas por el apoyo oficial al abstracto está, en parte, el origen de la corta vida de El Paso⁴¹, o las sacudidas estéticas e ideológicas que quisieron ser el geometrismo racionalista de Equipo 57 o, algo después, el agresivo grafismo de los talleres de Estampa Popular.

Vale la pena, desde este punto de vista, tener en cuenta de nuevo la hipótesis básica de esta primera parte. Esta vez la expone Vicente Aguilera Cerni y su objeto es la imposibilidad de un renacimiento artístico sin tradición, brotado de la nada y literalmente huérfano en la España de los cuarenta y cincuenta. Aguilera Cerni subraya el espejismo que significa la omisión historiográfica de los años de preguerra y apunta los primeros fenómenos que enlazaron voluntariosamente uno y otro período. La Escuela de Altamira, fundada y animada entre otros artistas y críticos por Matías Goeritz, Ricardo Gullón o Eduardo Westerdhal, contó con la colaboración de hombres de antes de la guerra y algunos vinculados con los ADLAN de 1932. Ello significaba la

⁴⁰ *Acento cultural*, 8 (mayo-junio, 1960), p. 51. La cursiva es mía.

⁴¹ Cf. L. Toussaint, *El Paso y el arte abstracto en España*, ob. cit., p. 122 y ss. y p. 180.

reanudación de los esfuerzos creativos desarrollados en la España prebélica, en buena parte por los mismos que los habían impulsado entonces. Más aún, anticipaba un apoyo oficial a estas iniciativas, traducido no sólo en la presencia de L.F. Vivanco entre sus promotores, sino en la eventualidad de contar "con un respaldo económico y, sobre todo, con las buenas disposiciones de Reguerra Sevilla, entonces gobernador civil de la provincia"⁴². Su relevo por Jacobo Roldán Losada llevaba aparejado el premeditado final de sus actividades⁴³.

En el entorno de la Escuela de Altamira estuvieron hombres como Angel Ferrant, Lloréns Artigas, Eudaldo Serra y entre los participantes en las dos Semanas de Arte de Santillana del Mar, en 1949 y 1951, figuran nombres activos desde antiguo, como Gullón, L.F. Vivanco, S. Gasch, E. Westerthal, Lafuente Ferrari o Alberto Sartoris. Y si la voluntad colectiva era reanudar el sentido llano de las vanguardias y restablecer, escribía Gullón en 1949, la "legitimidad de la aventura, con nuestra convicción de que el artista tiene, no sólo derecho, sino deber de buscar su camino libremente"⁴⁴, el mismo empeño estuvo presente en el Grupo R (1951) de jóvenes arquitectos -con la mirada inevitablemente

⁴² J.M. Bonet, "De la vanguardia bajo el franquismo", en art. cit., p. 219.

⁴³ Cf. A. García Cantalapiedra, **Desde el borde de la memoria**, ob. cit., p. 124. Para las actividades de Altamira y las Semanas de Arte de Santillana del Mar, con abundante material gráfico, cf. pp. 123-146.

⁴⁴ Ricardo Gullón, "Proyecto para la *Escuela de Altamira*", en **De Goya al arte abstracto**, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972, p. 189.

puesta en el GATCPAC- o en quienes unos años antes habían impulsado **Dau al set**, de nuevo contando con el ejemplo y la memoria del vanguardismo y surrealismo de preguerra⁴⁵.

Si bien Ureña asegura un "total apoyo"⁴⁶ por parte de la Administración al movimiento **Dau al set**, que pudo compartir con el que en su momento obtuvo el movimiento plástico-literario de 1945, el **Postismo**⁴⁷, y teniendo en cuenta la colaboración oficial prestada a la Escuela de Altamira, hasta ese momento el apoyo no fue ni mayoritario ni significativo. Sí iba a serlo muy pronto, a través sobre todo de las Bienales, pero también de la disposición de los Museos Nacionales de Arte Moderno y Contemporáneo a acoger la obra más exótica y moderna del panorama estético del interior, o como demostraría a su vez, la misma organización de la Semana de Arte Abstracto de Santander en 1953. Ésta no fue sino producto de la reciente tradición instaurada por las dos reuniones de Santillana del Mar, y fue dirigida por Fernández del Amo por encargo de Manuel Fraga, a la sazón rector de la Universidad de Verano, y con la activa participación de Ricardo Gullón.

⁴⁵ Cf. V. Aguilera Cerni, **Iniciación al arte español de la postguerra**, ob. cit., pp. 46-57. Aunque interesada en otras cuestiones, véase la monografía de Lourdes Cirlot, **El grupo "Dau al set"**, Madrid, Cátedra, 1986.

⁴⁶ G. Ureña, **Las vanguardias artísticas**, ob. cit., p. 70. La obra citada de L. Cirlot, **El grupo "Dau al set"** no documenta este respaldo que subraya Ureña.

⁴⁷ Cf. Jaume Pont, **El postismo. Un movimiento estético-literario de vanguardia**, Barcelona, Ed. del Mall, 1987, p. 50 y ss. tanto para los primeros momentos de euforia oficial como para las inminentes reticencias (y la suspensión de la revista **Postismo** y su continuadora **Cerbatana**).

Es desde este enfoque, de nuevo, desde el que puede apreciarse el sentido efectivo del apoyo prestado por el Estado a una estética heterodoxa, a jóvenes y adultos desentendidos de los moldes historicistas, clasicistas y figurativos que, tanto antes de la guerra como después, habían exhibido las Exposiciones Nacionales fronterizas, de 1936 y 1940⁴⁸. La revisión detenida de la vida artística de los últimos años cuarenta y los cincuenta, tal como ha sido registrada e interpretada por Ureña, muestra con notoria contundencia el grado de recíproca adaptación con que prosperó una estética nueva desde instancias oficiales como el Instituto de Cultura Hispánica (con Alfredo Sánchez Bella), la Dirección General de Bellas Artes (con Luis González Robles, comisario de numerosas y dispares Bienales) o el Museo Nacional de Arte Contemporáneo (dirigido por Fernández del Amo y, desde 1958, por F. Chueca Goitia).

Consecuente con una programación cultural concebida en los años veinte, Eugenio d'Ors fundaba en 1941 su Academia Breve de Crítica de Arte. Su actividad más relevante, entre 1943 y 1954, fue la organización de los anuales Salones de los Once donde expondría sus cuadros una amplia variedad de pintores, consagrados o desconocidos⁴⁹. La voluntad de abrir de

⁴⁸ Cf. G. Ureña, *Las vanguardias artísticas*, ob. cit., pp. 24-25. Sobre el valor del arte como corrector de una deteriorada imagen internacional, son de interés los tempranos textos de E. d'Ors o J. de Entrambasaguas que cita A. Alted Vigil en *Política del Nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984, pp. 113 y 126-129.

⁴⁹ Cf. C. Rodríguez-Aguilera, *Arte moderno en Cataluña*, ob. cit., pp. 107-108.

nuevo el panorama artístico español a las vanguardias prebélicas se combinaba con la subsistencia de ejercicios miméticos sin mayor relevancia. Lo significativo es, sin embargo, la apertura de d'Ors a jóvenes con inquietudes nuevas, desde la concepción de los Salones de los Once como abastecedores de las salas del Museo Nacional de Arte Contemporáneo, creado en los mismos años y donde el propio d'Ors actuaría como consejero. Mientras los más afines al surrealismo de Dau al set, todavía lejanos de la abstracción o el informalismo, o algunos de los futuros integrantes de El Paso, podían exponer en los últimos salones orsianos, otros jóvenes abstractos en la Zaragoza de los años cuarenta, como el grupo Pórtico, fundado en 1947 (Santiago Lagunas, Eloy Laguardia, Fermín Aguayo)⁵⁰, quedaron excluidos del futuro mapa artístico español al carecer de ese vínculo pseudo-oficial que significó la Academia de d'Ors. De las contradicciones inherentes a aquel proyecto habla con transparencia uno de sus beneficiarios más directos, Antoni Tàpies. Pese a que "l'Ors era massa del règim i no gaire grat als intel·lectuals catalans", pese que

vèiem la seva autoritat com a expert d'art més artificial que no realment guanyada a pols (...), vam decidir d'acceptar perquè creïem que s'havia de passar per damunt de moltes coses, si no eren essencials, per tal de fer conèixer la nostra obra⁵¹.

⁵⁰ Cf. G. Ureña, *Las vanguardias artísticas*, ob. cit., pp. 61-66.

⁵¹ Antoni Tàpies, *Memòria personal. Fragment per a una autobiografia*, Barcelona, Ed. Crítica, 1977, p. 230.

La mera enumeración de las actividades impulsadas desde organismos estatales en pro del arte abstracto da suficiente idea de su alcance. La consolidación propagandista en el gabinete de 1951 y su apoyo en el falangismo menos intransigente, iba a coincidir en múltiples iniciativas que acabaron instalando el arte español en una órbita internacional. Mientras Ruiz-Giménez alertaba en el catálogo de la Exposición de la primera Bienal de 1951 (inaugurada el "Día de la Hispanidad") contra los dos males de la política artística del Estado - "el indiferentismo agnóstico y la intromisión totalitaria"⁵²-, lo propio había hecho Angel Alvarez de Miranda en 1945, pero más confusamente, al asignar al Estado un papel tutelar en la actuación político-artística⁵³.

Los hechos más conocidos son las tres Bienales Hispanoamericanas de 1951, 1953 y 1955, impulsadas por Alfredo Sánchez Bella como Director del Instituto de Cultura Hispánica. Decisivas fueron las intervenciones de Leopoldo Panero y, en la parte catalana, Juan Ramón Masoliver (como se encargaría de subrayar Dionisio Ridruejo⁵⁴) para atraer hacia Madrid la pintura de los jóvenes catalanes, por un lado, y

⁵² Apud Ureña, *Las vanguardias artísticas*, ob. cit., p. 105, n. 25.

⁵³ Cf. A. Alvarez de Miranda, "Arte y política", *Revista de Estudios Políticos*, XIII (nov.-dic., 1945), pp. 33-34.

⁵⁴ Cf. la transcripción parcial que reprodujo Laye de la conferencia de Ridruejo sobre "La presencia de Cataluña en la [I] Bienal", que ha seleccionado Laureano Bonet, *La revista Laye. Estudio y antología*, Barcelona, Península, 1988, pp. 299-303.

garantizar la apertura de la exposición también al abstracto, por el otro. Se seleccionaría a Millares, Planasdurà, Pong o Tàpies, que en la tercera y última Bienal Hispanoamericana, celebrada en Barcelona, alumbraría la primera muestra autóctona del informalismo.

Pero a lo largo de esa primera mitad de los cincuenta tuvieron lugar numerosas iniciativas favorecedoras del arte abstracto, nacional e internacional, de nuevo con la intervención del Instituto de Cultura Hispánica o el Museo Nacional de Arte Contemporáneo (y su Sala Negra, obra de A. Saura), contando con J.L. Fernández del Amo. Ya en la segunda mitad de los cuarenta había sido promotor de los ilustradores más asiduos de la prensa seuísta (él mismo lo era) y jóvenes pintores que inauguraban una sensibilidad con los diversos caminos de Valdivieso, Antonio Lago, Palazuelo o Pascual de Lara. El éxito de la Semana de Arte Abstracto de Santander puede medirse por la ineficacia de una oposición interna - tanto oficial como política- que no llegaría a afectarle. Ureña subraya cómo en aquella Semana se había obtenido la continuidad con los esfuerzos de Altamira, de apenas unos años antes. Fundamentalmente Santander significó la confirmación de que "el arte abstracto no sólo encontrará desbrozado el camino, sino incluso contará en lo sucesivo con la protección oficial"⁵⁵. Fue el Museo Municipal de Santander el que acogió las muestras de Arte abstracto internacional, entre las que figuraron las aportaciones españolas todavía difíciles de

⁵⁵ G. Ureña, *Las vanguardias artísticas*, ob. cit., p. 113.

catalogar entre lo realmente abstracto, de Caballero, Lagunas, Mampaso, Millares, Valdivieso, Saura o Tharrats.

No es extraño, en este terreno, que el galerismo privado sólo parcialmente pudiese hacer competencia a las instituciones oficiales, muy numerosas, que efectivamente trataron de buscar una alternativa estética que combinar con el tradicionalismo español. Si en 1954 la Delegación Nacional de Educación organizó un Museo Ambulante -de inevitables resonancias republicanas- con obra desde Ghagall y Picasso a Kandinsky, en el Colegio Mayor Giménez de Cisneros, al año siguiente el activo e importante Círculo Tiempo Nuevo, presentaba la obra de 38 artistas beneficiarios hasta entonces de las becas concedidas por el Departamento de Cultura. Un año después verían editadas sus obras en el libro **Treinta y ocho artistas jóvenes**, prologado por Gaspar Gómez de la Serna y E. Lafuente Ferrari⁵⁶. Entre ellos figuraban Suárez, García Ochoa, Feito, Lucio Muñoz, Antonio López, Alvaro Delgado -ilustrador de **Pueblo cautivo**, de Nora- o Máximo de Pablo (responsable gráfico del primer número de **Acento cultural**, como Suárez sería accésit de su premio de pintura). Tampoco fueron escasas las ocasiones en que pudieron exponer en Colegios Mayores los jóvenes pintores del abstracto español. El Nebrija exhibe obra de Luis Feito, en 1956 (junto al veterano A. Ferrant), mientras el Moncloa, del Opus, cedía sus jardines al año siguiente para las obras de Eduardo Chillida (y otro maestro,

⁵⁶ Cf. Ureña, **Las vanguardias artísticas españolas**, ob. cit., pp. 94 y 98-99. Véase además, el trabajo de Lafuente Ferrari en la celebración del aniversario de **Insula**, 284-285 (julio-agosto, 1970), p. 3.

Pablo Serrano). En este sentido son aleccionadoras algunas de las biografías intelectuales de quienes estuvieron más cerca del mundo oficial, y de Falange en particular, al tiempo que se aventuraban en el terreno del arte abstracto sin contradicciones entre una y otra carrera. Manuel Mampaso colaboraría en el Departamento de Plástica del Frente de Juventudes, sería Delegado Nacional del SEU de artistas, autor de diversos encargos de murales oficiales, decorador de varios montajes del TEU, seleccionado con obra abstracta en las dos primeras Bienales y regular ilustrador de la mejor prensa seuísta, como **La hora** o **Alcalá**⁹⁷.

Pero también fuera de los Departamentos de Educación o Cultura fue acogido el abstracto a través del encargo de murales o esculturas (de Angel Ferrant, por ejemplo), por parte del Instituto Nacional de Colonización o del apoyo obtenido en las Bienales de Venecia y Sao Paulo, de 1956 y 1959, gracias al papel desempeñado por su comisario Luis González Robles⁹⁸. El alcance de un giro alentado oficialmente lo corrobora la proliferación misma de exposiciones de jóvenes abstractos por municipios y ayuntamientos, la organización en 1956 del I Salón Nacional de Arte No Figurativo en Valencia, con la colaboración del Museo Nacional de Arte Contemporáneo, o, en fin, la misma Exposición Nacional de 1957 con obra abstracta de Calvo, César Manrique, Lucio Muñoz o Labra.

En esta segunda mitad de los años cincuenta el panorama

⁹⁷ Cf. G. Ureña, **Las vanguardias artísticas españolas**, ob. cit., pp. 120 y n. 35 y 265-266.

⁹⁸ Ibidem, p. 174 y ss.

artístico español verá incrementar notablemente su vitalidad con algunas de las agrupaciones artísticas no figurativas que más sólidamente han quedado instaladas en la memoria del período. Son los grupos Parpalló, Equipo 57, El Paso, Grupo Córdoba, surgidos ya netamente de la iniciativa personal y desentendidos de los lazos con el Estado que habían contraído al principio de sus carreras, al igual que sucedería en las demás ramas culturales de la España del momento. La significación de estos grupos la expone críticamente, una vez más, Gabriel Ureña, sobre el fondo del panorama del arte de la España de los años cincuenta. La aparición de estos grupos

es tardía, si bien algunos de sus integrantes habían sido individualmente pioneros del Movimiento; no supusieron ninguna ruptura radical en la cultura artística de su tiempo ni crearon ninguna nueva Poética; su acción no fue de oposición -ni cultural ni mucho menos política- respecto a la ideología artística dominante o a la estrategia cultural del Régimen franquista, sino, por el contrario, el desarrollo y afirmación de los postulados que el Sistema había venido prefijando desde los inicios de la década.⁵⁹

En este punto conviene recapitular parte de las revisiones realizadas hasta ahora para subrayar las diferencias que separan a los distintos núcleos intelectuales universitarios. La confluencia de intereses entre el Estado y los artistas plásticos no es extrapolable a los distintos equipos intelectuales del momento. Lo es únicamente la comprobación de un respaldo oficial a la obra de los jóvenes universitarios crecidos en el régimen, pero sin que sea posible dar un alcance semejante al que exhibe la pintura. Las

⁵⁹ G. Ureña, *Las vanguardias artísticas*, ob. cit., p. 156.

revistas del SEU, como órganos de expresión de los universitarios, no vivieron el mismo clima de tolerancia por mor de su misma entidad cultural. El discurso crítico en torno a la realidad española que pudo significar, con los reparos que se quiera, el abstracto o el informalismo no tuvo un correlato equiparable entre los escritores y colaboradores de la prensa escrita. El hecho de que encontremos síntomas de disidencia ideológica o evidentes signos de la recuperación de una cultura liberal, no desmiente un riguroso control de las ideas. Si la sintonía del lenguaje abstracto español con la plástica europea moderna no presentaba excesivos problemas -y sí ventajas-, el mismo fenómeno en el terreno de las ideas no pasó de ser una aspiración repetidamente reprimida. Fueron lógicas distintas las que inspiraron la prosperidad del arte informal, por un lado, y la conquista de cotas crecientes de libertad crítica, por otro. Mientras a la segunda no le cupo otra opción que inventar camuflajes y remedios de ocasión para crecer, la primera generaba una clara rentabilidad política y, en el más optimista de los casos, hasta podía asegurar la integración política de alguno de aquellos nuevos pintores.

. Una vanguardia musical rezagada.

Son esos también los años de esperanzador optimismo en torno a los nuevos compositores de las promociones más jóvenes. Forzosamente cerca de organismos del Estado, sus

orígenes musicales permiten obtener un perfil análogo al trazado ya con respecto a otros ámbitos culturales. La utilidad del Estado como plataforma de lanzamiento internacional y nacional, por un parte, y como base de pruebas, experiencias y formación personal, constituye de nuevo un rasgo decisivo en las biografías profesionales de compositores básicos del repertorio nacional contemporáneo. Más adelante veremos que la positiva subsistencia de algunos representantes de escuelas intelectuales y tradiciones inconciliables con la nueva España, pudo tener una real incidencia en sus primeros pasos. Sin embargo, por lo que hace a la evolución específicamente estética de la nueva música, la deuda contraída con maestros, en su mayor parte ausentes o de edad avanzada, no fue relevante, salvo en aspectos técnicos de base -el magisterio de Conrado del Campo o el virtuosismo de José Cubiles, por ejemplo, en el Conservatorio de Madrid.

En este sentido, las páginas finales de la **Historia de la música española contemporánea** (1958) del Padre Sopeña constituyen una preciosa radiografía de la respiración colectiva de los jóvenes músicos a la altura de los primeros años cincuenta. El agotamiento de las fórmulas nacionales y andaluzas, apegadas a la tradición prebélica -tanto Ernesto Halffter o Turina como Esplá-, y consagradas con el **Concierto de Aranjuez**, de J. Rodrigo, había hecho mella en la ansiedad universitaria por nuevos lenguajes que apenas podían reconocer en los conciertos de los años cuarenta y cincuenta. Con la salvedad del Concierto de Rodrigo, aclara Sopeña,

la música española no les interesa (...).
Abroquelados contra el pintoresquismo, a vueltas con

su 'contenido del corazón', o se entregan tranquilamente a la música de ayer, con ciertos matices en el disimulo, o conocen muy bien la música de Bela Bartok [o Schönberg]⁶⁰.

En las postrimerías de la autarquía, la única vanguardia con vigencia y nombre español prosperaba fuera de la península y en las inmediaciones del dodecafonismo, con Gerhard o su discípulo J. Homs. En la medida en que el dodecafonismo tuvo incidencia en los más jóvenes, como transición hacia formas más modernas, cabe destacar tanto la soledad formativa de quienes estuvieron próximos a esa forma de composición -Cercós o C. Halffter- como la insularidad informativa española. Tomás Marco señalaba la desconexión entre los supervivientes de la España prebélica y los nuevos compositores. Ligado a la figura de Paul Guinard y el Instituto Francés de Barcelona, el Círculo Manuel de Falla ensayaría todavía muy incipientes formas renovadoras, alejadas de aquella herencia españolista, que se materializaría en los citados Cercós, Benguerel, o más episódicamente, Mestres-Quadreny o Juan-Eduardo Cirlot, autor de primeros ensayos de carácter atonal⁶¹. La vida breve del Círculo, entre 1947 y 1953, deshizo un núcleo de jóvenes que derivarían hacia otros intereses -abandonando la composición por la crítica o renunciando a la música por la literatura-,

⁶⁰ Federico Sopeña, **Historia de la música española contemporánea**, Madrid, Rialp, Biblioteca de Pensamiento Actual, 1958, pp. 327-8 y 335-336. Véase este botón de M. Sacristán: "desde que se marchó Salazar, no hay nadie que entienda ni gorda de ópera ni de música en general, excepto el lacónico Sopeña, que en vez de dedicarse a ilustrarnos sólo considera dignos de conversación a Dios y sus alféreces"; cf. M.S.L., "Entre sol y sol", *Laye*, 11 (feb.-1951), p. 39.

⁶¹ Cf. Tomás Marco, **Historia de la música española. 6. Siglo XX**, ob. cit., p. 208.

como Cercós y Mestres-Quadreny, Blancafort y Casanovas -ambos críticos de **Acento** y **Laye** respectivamente, y el primero vinculado a las nuevas iniciativas madrileñas desde entonces- o Juan-Eduardo Cirlot, que suspendería allí su carrera de compositor.

El Círculo funcionó como primer anticipo de los nuevos equipos que irían instalando la nueva música en organismos oficiales. Mientras la doctrina básica de la Dirección General de Música buscaba sus modelos de signo netamente español en el **Concierto de Aranjuez**, o no renunciaba al tonalismo del propio Oscar Esplá, los jóvenes músicos y universitarios ejercerían la presión debida sobre entidades oficiales. Así, nuevas promociones, próximas a las desatendidas corrientes atonales del extranjero, lograban espacios oficiales de actuación cuya disponibilidad no era ajena a los nuevos rumbos ya conocidos que había de seguir, desde los años cincuenta, la cultura española.

Hasta la posguerra europea, sin embargo, los canales de información musical, de estudios, biografías o, simplemente, las partituras de las nuevas obras, hubieron de refugiarse en la iniciativa estrictamente privada. Apenas pudieron significar nada el estreno de **Juego de cartas** de Strawinsky o la audición de alguna pieza de Bela Bartok⁶². En torno al dodecafonismo, en tanto que presunta transición a formas más actuales de la vanguardia europea -serialismo integral, electroacústica, música aleatoria-, parece discutible su

⁶² Cf. F. Sopeña, **Historia de la música española**, ob. cit., p. 221.

influencia en los jóvenes desde figuras de éxito -como Gerhard o Joaquim Homs, en los mismos años del barcelonés Círculo Manuel de Falla- ensayaba la recuperación de lo menos pintoresquista y más impopular del propio Falla, como el **Retablo de Maese Pedro**, de 1923, y en cuya tradición el primero en instalarse renovadoramente sería Cristóbal Halffter⁶³. La crónica musical de Manuel Sacristán en 1952 no desmentía esa impopularidad, a la vista de la menguada asistencia con que contó esa misma obra, presentada por el Club 49 (que integraban también algunos miembros de ADLAN): "la música del año veinte sigue siendo para la mayoría de nuestros conciudadanos filarmónicos una 'novedad' poco grata"⁶⁴.

El testimonio de Luis de Pablo sobre su propia formación intelectual ilustra bien las precarias condiciones en que hubo de madurar musicalmente una generación de compositores. Pensar que el **Doctor Faustus** de Thomas Mann tuviese una importancia decisiva en su propia familiarización con los principios del dodecafonismo confirma la miseria bibliográfica de los años finales de la década del cuarenta, apenas "aliviada por las iniciales porciones de Sudamérica, siendo casi imposible de conseguir la existente en otras lenguas"⁶⁵.

⁶³ Cf. T. Marco, **Música española de vanguardia**, ob. cit., pp. 32-33 y F. Sopena, **Historia de la música española**, ob. cit., pp. 150-153.

⁶⁴ M.S.L., "Entre sol y sol", **Laye**, 18 (marzo-abril, 1952), p. 18. Para el Club 49, cf. C. Rodríguez-Aguilera, **Arte moderno en Cataluña**, ob. cit., pp. 112-113.

⁶⁵ Citado por Tomás Marco, **Música española de vanguardia**, ob. cit., p. 46.

El aprecio unánime de los años setenta en torno a la altura internacional de los compositores crecidos bajo el franquismo, no es producto, sin embargo, de la vocación suicida de un puñado de jóvenes melómanos. Las energías de nuevas promociones supieron hallar y promover los instrumentos culturales hábiles para sus respectivas carreras. Lo que originariamente funcionó como descubrimientos apropiables por la cultura oficial, constituyó después el presupuesto lógico en torno al cual se pudieron programar los conciertos de Alea, en 1965. La autonomía oficial de esa muestra evidente de la solidez musical de una nueva vanguardia, sólo contaba unos pocos años de retraso con respecto a análogas iniciativas en ámbitos culturales distintos. La serie de conciertos organizada y dirigida por Luis de Pablo, con el concurso de Bernaola, Halffter o Marco, culminaba una línea evolutiva cuyo arranque cabe fechar menos en el entorno barcelonés de finales de los cuarenta que en la agrupación madrileña Nueva Música y lo que constituyó su matriz operativa, las Juventudes Musicales fundadas unos años antes, en 1952 y 1953, en Barcelona y Madrid⁶⁶.

Conviene destacar el hecho básico que recorre esta sucinta nota histórico-cultural. La prosperidad y operatividad de los nuevos compositores, jóvenes universitarios de la autodenominada "Generación de 1951", estuvo estrechamente vinculada a organismos oficiales o paraestatales. La recuperación del ritmo creativo europeo pagó -como en la

⁶⁶ Cf. Fernández-Cid, **La música española en el siglo XX**, Madrid, Fundación Juan March/ Rioduero, 1973, pp. 375-382.

pintura, el cine o la arquitectura- el peaje de una inicial -y recíprocamente interesada- cooperación con el Estado. Sin su concurso poco de lo que se realizó hubiese tenido alguna viabilidad. Mientras Barcelona pudo contar con jóvenes ligados a las corrientes dodecafónicas, en alguno de sus momentos, para saltar al serialismo integral u otras fórmulas de vanguardia (Benguereel, Mestres-Quadreny), el manifiesto de Nueva Música, en 1958, venía firmado, entre otros, por Ramón Barce, Moreno Buendía, García Abril, Blancafort, C. Halffter, Luis de Pablo o quien por entonces dirigía en Madrid las Juventudes Musicales, Fernando Ember (para pasar poco después a manos de L. de Pablo). Este último dato comportaba la previsible protección del grupo que, muy pronto, se vería positivamente acogido por el Aula de Música del Ateneo, con Fernando Ruiz Coca a la cabeza y dentro de la política cultural modernizante -y neutralizable- que el Opus Dei quiso imprimir al Ateneo en los años cincuenta⁶⁷.

La obvia heterogeneidad estética de sus componentes (desde las concesiones tradicionales de García Abril hasta el futuro promotor del primer laboratorio de música electrónica en España, Luis de Pablo), refleja bien el estado de tibieza e inmadurez que atravesaban las nuevas fórmulas. Pero era igualmente una fehaciente promesa. Tras los tanteos practicados por Barce, de Pablo o Halffter en ese mismo entorno, la institucionalización de una vanguardia atonal, serialista, llegaría en 1959 y en los locales del Instituto de

⁶⁷ Cf. T. Marco, *Historia de la música española*, ob. cit., pp. 213-214.

Cultura Hispánica. Esos tres autores estrenarían allí las obras que formalizarían oficialmente un espacio propio para una corriente extranjerizante, no española. Si bien aquel mismo concierto colectivo significaba la disolución *de facto* del grupo Nueva Música, también aseguraba la apertura del margen de maniobra para los ejercicios musicalmente innovadores y experimentales de Halffter, de Pablo, Barce o más tardíamente, Bernaola. No en vano, además, de Pablo regía la sección musical de una revista con afinidades y colaboradores cercanos al PCE, **Acento cultural**, o fundaría en 1961, en las postrimerías de la revista, "Tiempo y música", en la misma casa del SEU, primero, y después en el Servicio Nacional de Educación. En todo caso, el grado de institucionalización de esas nuevas formas, y la posibilidad de reeducar el oído de los aficionados, vinieron a materializarlo la ejecución de las **Cinco Microformas**, de C. Halffter, por la Orquesta Nacional de España, dirigida por Odón Alonso, en 1961, después de su estreno el año anterior en un acto organizado por las Juventudes Musicales, junto a otras obras de L. de Pablo y Mestres-Quadreny. La resonancia de esta ejecución está ligada al escándalo que produjo, "sin que apenas pudiera reanudarse el concierto" tras el descanso⁶⁸. Pero es una obra cuyo dodecafonismo e insinuación de elementos seriales comparte también Luis de Pablo en las mismas fechas, con **Cuatro invenciones para orquesta** (1955 y 1960), estrenada

⁶⁸ T. Marco, *ibidem*, p. 212 y nota 7.

en el mismo concierto que las **Microformas** de Halffter⁶⁷.

La ausencia de lazos institucionales en los conciertos organizados por Luis de Pablo en Alea sancionaba la independencia ganada por compositores enrolados en las formas europeas de la nueva música y cuya difusión internacional había encontrado un ritmo suficientemente animoso. Las similitudes que cabe extraer de estas trayectorias, sumadas a la conciencia política y social que adquieren algunos de estos compositores, acerca una vez más el comportamiento que los colectivos culturales universitarios desarrollaron en sus primeros pasos profesionales. Incluso rasgos específicos de la sensibilidad de la España no oficial, como la solidaridad, el énfasis ético, la ansiedad por involucrar la música en su propia sociedad (en Barce o Bernaola), configuran el ala politizada de una vanguardia que, en su mayor parte, aleja este tipo de ingredientes de la estructura formal de su discurso artístico.

La atención prestada a los nuevos rumbos de la música española bajo el franquismo no debe eclipsar otros datos de interés en torno a ese mismo ámbito. La protección señalada por parte del Estado a las manifestaciones musicales de los jóvenes convivió con la necesidad de dotar de personal cualificado a la organización de la música nacional. La cantera obligada para ese empeño no podía ser otra que la formada por quienes permanecieron profesionalmente en activo

⁶⁷ Ibidem, p. 221. En esos momentos, tanto Halffter como de Pablo anticipaban las primeras técnicas aleatorias en el panorama español.

en España tras la derrota republicana, muchas veces a pesar de antiguas afinidades con el régimen de 1931. Un balance altamente crítico con la inmediata posguerra, como el de Tomás Marco, contiene importantes contradicciones con el que esbozan autores implicados en la política cultural del régimen desde sus orígenes y, singularmente, con Federico Sopeña. Si bien desde el punto de vista estético, como se ha visto, las conclusiones de Marco son difícilmente rebatibles, no lo son en la misma medida desde el punto de vista de una callada continuidad, hostigada e incómoda pero perceptible, entre quienes estuvieron a cargo de los destinos de la música durante la República y quienes lo hicieron desde el nuevo régimen. En torno a 1970, Tomás Marco sintetiza el balance de los primeros años cuarenta señalando la "ruptura brutal de las directrices musicales y artísticas en general de España", cuya consecuencia fue "el barrer materialmente todos los intentos de continuación de una línea a nivel europeo en nuestra música"⁷⁰.

Pero si es cierto que la familiaridad con que pudo escucharse en la Residencia de Estudiantes a Strawinsky, Ravel

⁷⁰ Tomás Marco, **Música española de vanguardia**, ob. cit., p. 17. Para un juicio notablemente matizado, véase su más reciente **Historia de la música española. Siglo XX**, ob. cit., pp. 150 ó 163.

o Bela Bartok⁷¹ quedaba ahora reducida a alguna ocasional audición en un Colegio Mayor, conviene no desatender los testimonios que ha cedido un hombre como Federico Sopeña. No es sólo un piadoso propósito rescatador el que permite comprobar un esfuerzo de continuación, ni siguiera un exceso de credulidad en autodefensas tan explícitas como las redactadas por Sopeña con no poca autoridad, sino más bien la urgencia por ordenar testimonios dispersos que insinúan un panorama menos monolíticamente obtuso. Ha sido el propio Tomás Marco quien ha anotado cómo buena parte de los ideales de la generación del 27 "fueron preservados y sólo los aspectos más vanguardistas quedaron más hibernados que suprimidos, pues (...) hay autores que conservan un nexo de unión con ellos aunque estén relativamente oscurecidos en este período"⁷².

En virtud de su cargo de secretario de la Comisaría General de la Música -obvia heredera, como veremos, de un proyecto de Adolfo Salazar anterior a la República pero impulsado por ella-, asegura Sopeña que este organismo nació a finales de 1939 con "el trabajo y la alegría de unos pocos, viejos y recién llegados, que querían, a toda costa, tender

⁷¹ Los testimonios son múltiples pero este de Celaya tiene particular interés: "En la época de la Residencia, había una especie de peña de músicos; los domingos por la mañana íbamos al Teatro de la Zarzuela. éramos muy de música clásica, clásica pero moderna (...). Nos gustaba una música más intrascendente; Stravinsky, Ravel, que era una música medio de circo, medio de juego", en Angel Vivas, **Lo que faltaba de Gabriel Celaya**, Madrid, Anjana Ediciones, 1984, pp. 56-57.

⁷² Tomás Marco, **Historia de la música española**, ob. cit., p. 165.

todos los puentes necesarios para continuar la ruta"⁷³. La urgencia de esos enlaces con el pasado se veía agudizada por la ausencia -y prolongadísimo silencio, en algún caso- de Manuel de Falla y Enrique Halffter, Gustavo Pittaluga y Pau Casals, inicialmente Oscar Esplá y Joaquín Turina, etc. Y sin embargo, al margen ahora de los músicos que regresaron o permanecieron en España, la reanudación de la vida musical española no sólo anduvo estrechamente ligada a los organismos responsables del Nuevo Estado sino que éstos fueron claros herederos del trazado previsto bajo la República. Basta repasar el plan que Adolfo Salazar había esbozado como base de la actividad musical del Estado -centrado en torno a una Junta de Música que se continuó en la Comisaría General- para advertir algo más que meras coincidencias.

Federico Sopeña, secretario hasta su ingreso en el Seminario en 1943 de la mencionada Comisaría General de la Música, aseguraba en 1967 con respecto a la inmediata posguerra:

No se inventa nada: la Comisaría de Música, la creación de la Orquesta Nacional, de la Agrupación de Orquesta de Cámara, el intento de unificar la vida musical a través del Consejo de Música -organismo consultivo- y de la Comisaría -organismo ejecutivo-, todo eso no es sino volver a empezar lo que el informe de Salazar el año 1930 había señalado a D. Manuel García Morente.⁷⁴

⁷³ Federico Sopeña, *Historia de la música española*, ob. cit., pp. 215-6.

⁷⁴ F. Sopeña, *Historia Crítica del Conservatorio de Madrid*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1967, p. 159.

Según las fuentes, discrepan notoriamente los balances sobre la aplicación de estos planes. Mientras Sopeña registra la perduración de un espíritu afín, T. Marco concluye que durante la República "no fue puesto en práctica en ninguna de sus partes, y lo que es más preocupante, dicho informe sigue siendo válido hoy en su casi total integridad"⁷⁵. Valga añadir que la Junta acusó una notoria degradación durante el bienio negro, con el relevo de sus miembros originales (Falla, Turina, Esplá, Halffter, Pérez Casas, Arbós, Conrado del Campo y Guridi) por hombres de muy otra dedicación y aficiones, entre el teatro lírico menor y la zarzuela: Guerrero, Alonso, Luna y la excepción de Serrano. No es poco sintomático que seis de los ocho componentes de aquella primera Junta Nacional de Música continuaran con eficacia y fricciones diversas sus actividades anteriores, a pesar de su exclusión de un organismo pensado -escribió Salazar- como

entidad oficial que reuniese en su seno todos los esfuerzos dispersos, una entidad compuesta por personas relevantes en la sociedad y en el arte y con firme prestigio en todas las esferas colocadas fuera de las alternativas políticas y puesta bajo la presidencia de una personalidad que garantizase el interés que por esta entidad habría de sentirse en las altas esferas⁷⁶.

La búsqueda de la independencia del arte con respecto a los avatares políticos del país sólo parcialmente fracasó en este aspecto concreto del programa. La Comisaría General, dependiente de la Dirección General de Bellas Artes bajo el

⁷⁵ T. Marco, *Historia de la música española*, ob. cit., p. 157.

⁷⁶ *Apud* F. Sopeña, *Historia de la música española*, ob. cit., pp. 181-182.

mandato del Marqués de Lozoya, estuvo originariamente compuesta desde la Orden Ministerial de 1939 que la constitutía, por una tríada de nombres -el P. Nemesio Otaño, Joaquín Turina y José Cubiles, con Federico Sopeña de Secretario- que se reduciría enseguida a J. Turina sin que faltase una atención continuada -y problemática- a exiliados como Falla o Ernesto Halffter⁷⁷. Desde 1943 el secretario del organismo sería Antonio de las Heras, que actuaría desde la muerte de Turina, en 1949, bajo la dirección de Pérez Casas, cuando éste dejara la dirección de la Orquesta Nacional en manos de Ataúlfo Argenta. Como señalaría el crítico musical de **Arriba**, Antonio Fernández-Cid, muerto Fernández Arbós, Pérez Casas encontró "dificultades absurdas para volver al 'podium', que han de vencerse, claro, a los pocos meses y habrán de superarse hasta el punto de que se le confíe la nave nacional, que tanto precisa de su guía"⁷⁸.

No está de más añadir que la Sinfónica que dirigía Arbós continuó en manos del titular de la Banda Republicana, Emilio Vega, continuadora a su vez de la de Alabarderos -que dirigió Pérez Casas- y cuya heredera sería por largo tiempo la Banda del Generalísimo⁷⁹. Por otra parte, y a pesar de humillaciones

⁷⁷ Cf. Sopeña, **Historia crítica del Conservatorio de Madrid**, ob. cit., p. 159. Para el conflicto interior de Manuel de Falla en los años de la guerra, nombrado presidente del Instituto de España sin que llegara a ejercer como tal, cf. A. Alted Vigil, **Política del Nuevo Estado**, ob. cit., pp. 244-248.

⁷⁸ A. Fernández-Cid, **La música española en el siglo XX**, ob. cit., p. 251.

⁷⁹ A. Fernández-Cid, **La música española en el siglo XX**, ob. cit., pp. 251-253.

o vetos ideológicos, en torno al Conservatorio subsistió una línea básica de calidad y continuidad, como ha señalado incluso el propio Marco, "porque, pese a la pérdida de algunos elementos, básicamente la situación y el profesorado eran los mismos"⁸⁰. En Madrid permaneció un equipo personalmente cercano a la República, como algunos de los citados, Oscar Esplá o E. Toldrá. Éste último dirigiría, desde su fundación en 1944, la Banda Municipal de Barcelona sin que tampoco fuera extraña su presencia en los conciertos de la Nacional, en Madrid. Desde 1935 la guitarra entraría en aquella casa de la mano de Regino Sainz de la Maza, ese "caballero andante" que glosaría García Lorca en la Granada de 1920⁸¹ y que, veinte años después, estrenaría en la Facultad de Letras de Madrid el **Concierto de Aranjuez** que Joaquín Rodrigo le dedicara, suministrando así la réplica continuista, musical y española, al acento político del Nuevo Estado.

Las restantes propuestas del programa fueron si no cumplidas, sí asumidas por la Comisaría General de la Música de 1939. Con Adolfo Salazar en el exilio, surgen las resistencias para aceptar la presencia de sus componentes originales o para encomendar la dirección del Conservatorio a

⁸⁰ T. Marco, **Historia de la música española**, ob. cit., p. 170.

⁸¹ Cf. F. García Lorca, **Obras completas**, Madrid, Aguilar, 1969, 15a ed., p. 160.

Conrado del Campo⁸², que sí profesó en él y entre sus discípulos estuvo C. Halffter -futuro y breve director de la casa entre 1964 y 1966. Los cuatro puntos concretos del programa de Salazar, sobre la base de que "la Junta debe vigilar y conseguir que el apoyo del Estado recaiga íntegramente en beneficio del arte y de la cultura"⁸³, contemplan primero la herencia del cierre del Teatro Real de Madrid en 1925 y la urgencia por hurtarlo de las manos privadas y convertirlo en Teatro Lírico Nacional, "es decir, como entidad oficial de cultura pública"⁸⁴. Fracaso rotundo fue también del franquismo la soledad barcelonesa del Liceo en el mapa lírico español, que no aliviaría la recuperación del Teatro Real en 1966 como sede de la Orquesta Nacional (después de un largo recorrido que la llevó al María Guerrero, al Español, y desde 1944 al Palacio de la Música)⁸⁵.

Los tres puntos siguientes fueron contemplados por el Nuevo Estado y sus antiguos gestores: la conservación de una Orquesta Nacional de España en 1940, bajo la dirección primero de Pérez Casas, después Ataúlfo Argenta, y forzosamente

⁸² A este propósito indica Sopeña: "aunque hemos de reconocer con alegría que la 'depuración' entre los músicos no fue encarnizada, había restos que, desgraciadamente, impidieron esa solución."; cf. F. Sopeña, **Historia crítica del Conservatorio de Madrid**, ob. cit., p. 162.

⁸³ *Apud* Sopeña, **Historia de la música española**, ob. cit., p. 184.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 183.

⁸⁵ Cf. Fernández-Cid, **La música española del siglo XX**, ob. cit., pp. 419-420. Los cincuenta años de la O.N.E. han producido bibliografía de interés y, en especial, un volumen editado en 1992 por el Ministerio de Cultura a cargo de Enrique Franco, **Memoria de la Orquesta Nacional de España**.

compuesta a costa de lo que habían sido dos grandes entidades orquestales, la Sinfónica y la Filarmónica de Madrid, bajo la dirección respectivamente de Arbós y Pérez Casas. Todo ello a sabiendas de estar desarrollando una fundación republicana de 1938, en plena guerra, cuyo director había sido entonces el mismo que lo sería después⁶⁶. La interpretación de las obras premiadas en los concursos nacionales, o de autores jóvenes, están en la base de la primera historia de compositores españoles de proyección internacional como Cristóbal Halffter, Premio Nacional de Música en 1953 con un concierto ligado a su propia tradición familiar, o Carmelo Bernaola, premiado en 1962, a su regreso de Roma, con el **Cuarteto n. 1** que ensayaba formas seriales⁶⁷. Por fin, la "Edición Nacional de Música", pero también su estudio e historia, fueron competencia del CSIC, en particular su Instituto de Musicología (con figuras clave como Higinio Anglés, José Subirá, García Matos, Torner, cercano colaborador de Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos, o el propio Sopeña) y la misma Comisaría imprimió obras tanto de dentro como de fuera: Falla, Rodrigo, Guridi, Turina.

Un punto adicional de ese programa afecta directamente a la respiración ideológica e incluso sentimental, si se quiere, del afán nacionalizador de Salazar y, en todo caso, de los esfuerzos utopistas de la Segunda República de que se declara heredero Sopeña. Me refiero a la subsistencia en la primera

⁶⁶ Cf. T. Marco, **Historia de la música española**, ob. cit., pp. 98 y n. 25; 166 y n. 7.

⁶⁷ Cf. T. Marco, *ibidem*, pp. 216 y 227.

posguerra, a pesar de las dificultades, de la voluntad de establecer un calendario itinerante para la Orquesta Nacional, fuera de sus actuaciones madrileñas:

dotar a las provincias de música suficiente, viva, sólo sería posible mediante la colaboración del Estado y de las sociedades con una especie de organismo paraestatal, donde el concepto de subvención, el de "conferencia-concierto" gratis y el del servicio a la música española se reunieran para empresa nueva⁸⁸.

No en vano señalaba Sopeña con la amargura de quien vio frustrados proyectos semejantes, que con la muerte de Conrado del Campo, Pérez Casas, García de la Parra -y cabe añadir al menos a Fernández Arbós- "se iba toda una época"⁸⁹. De lo que habla es, en realidad, de la impregnación de una sensibilidad, aquella que desde una cierta ejemplaridad institucionista⁹⁰ buscó -incluso bajo un régimen totalitario- los lazos de continuidad con la propia biografía, con los momentos históricos en que fue posible llenar España "de grandes y hermosos pianos que luego danzarían como reliquia"⁹¹ y en que los deseados desplazamientos de la Orquesta Nacional se hacían bajo el impulso de un Pérez Casas, en los años cuarenta ya demasiado envejecido. Una mayor juventud de los maestros

⁸⁸ F. Sopeña, *Historia de la música española*, ob. cit., p. 286.

⁸⁹ F. Sopeña, *Historia crítica del Conservatorio*, ob. cit., p. 186 y cf. T. Marco, *Historia de la música española*, ob. cit., p. 152.

⁹⁰ Cf. la innominada Institución a que reiteradamente alude Sopeña en *Defensa de una generación*, Madrid, Taurus, 1970, pp. 32, 34, 36 y 77.

⁹¹ F. Sopeña, *Historia de la música española*, ob. cit., p. 171.

hubiese podido "garantizar viajes largos como antes [pero] tampoco hay el espíritu para ello, espíritu que se fue con Arbós y Pérez Casas"⁹².

Con todo, fue Pérez Casas quien inició los conciertos sinfónicos radiados en serie⁹³. Ello obliga a evocar el interés de los músicos en Radio Unión, interés que continuará con el Nuevo Estado en Radio Nacional, con predilección por la programación musical, cuyo tratamiento fue "más que especial, especialísimo", según su reciente cronista Juan Munsó Cabús⁹⁴. Contaría además con la intervención de E. Franco, responsable de una "Crónica de la vida musical española" en los años cincuenta y cuyo papel ha sido comparado a menudo con el que ejerció en su momento Adolfo Salazar. La misma Radio Nacional de España, fundada en Salamanca en enero de 1937, hubo de concretar otro proyecto republicano, el Servicio Nacional de Radiodifusión, creado por ley de junio de 1934 y a propósito de cuya frustración señalaba Antonio Tovar en 1938: "Está claro lo que no se hizo, que es justamente todo lo que se tiene que hacer"⁹⁵.

Nada de lo cual debe hacer olvidar el resultado último de una situación con contradicciones profundas y análogas a las registradas en los demás aspectos de la cultura oficial. La

⁹² Sopeña, *Historia de la música española*, ob. cit., pp. 285-6 y A. Fernández-Cid, *La música española del siglo XX*, ob. cit., pp. 42 y 95.

⁹³ Cf. F. Sopeña, *ibidem*, p. 209.

⁹⁴ J. Munsó Cabús, *Escrito en el aire. 50 años de Radio Nacional de España*, Madrid, RTVE, 1988, p. 77.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 23.

revitalización teórica de proyectos anteriores, la tolerancia que pudo imprimir un discípulo de Fernando de los Ríos y frecuentador en su juventud de la Residencia de Estudiantes como lo fue Federico Sopeña, chocaron con la resistencia ideológica a las personas y las ideas, aliada a la incuria tradicional del Estado en la promoción de la música (y la explicable necesidad de hallar profesionales preparados en cualquier cantera). La naturaleza ambigua de los resultados tangibles la corrobora, con sesgo negativo, incluso un protagonista de los años cuarenta en el panorama musical como Fernández-Cid. En tanto crítico musical de **Arriba** desde 1943, colaborador habitual de **La estafeta literaria**, Premio Nacional de Crítica en 1945 y director desde 1944 de la **Revista musical** de RNE, estampa en 1949 su **Panorama de la música española**, en directa sintonía con la confesión de insuficiencia expresada por Sopeña y avalada por los períodos formativos en el extranjero de la mayor parte de la *generación de 1951*: "Todos los que hemos hecho, hacemos o queremos hacer algo en la música española -escribía Sopeña en 1957- lo aprendimos viajando por Europa"⁹⁶.

⁹⁶ F. Sopeña, **Historia de la música española**, ob. cit., p. 312 y cf. A. Fernández-Cid, **Panorama de la música en España**, Madrid, Dossat, 1949, *passim*.

CAPITULO III: IDEOLOGIA Y CULTURA EN LA VIDA UNIVERSITARIA

DEL FRANQUISMO

Entre 1933 y 1965 transcurren los poco más de treinta años de vida de un Sindicato Español Universitario tempranamente fracasado en sus objetivos esenciales, políticamente maltratado por presuntos compañeros de filas y perpetuado históricamente por cuanto suscitaban sus propios y preceptivos afiliados desde la crítica o la disidencia interior. Cuando en 1965 el Estado franquista promulgaba los decretos para la nueva organización de los estudiantes en las Agrupaciones Profesionales de Estudiantes, el SEU era un cadáver político unánimemente repudiado¹. Sobre poco más o menos aquellos años es esta sentenciosa definición de E. Tierno Galván: "De suyo, el SEU significaba poco. En política casi nada y, en otros aspectos, apenas nada. Se había ido convirtiendo en una empresa gestora de vacaciones, de becas, de empleos, etc."². La pretendida adaptación de las APE a las demandas estudiantiles -y su supuesta sintonía liberalizadora con los jóvenes equipos gubernamentales de la década- no iban

¹ El nuevo aparato legal del Sindicato Español Universitario fue recogido en las entregas mensuales que, desde enero de 1960 hasta 1964, editó la Jefatura Nacional con el título **Boletín de Información del SEU**.

² E. Tierno Galván, **Cabos sueltos**, Barcelona, Bruguera, 1981, p. 339.

a revitalizar una estructura largo tiempo moribunda, ni iban tampoco a sustituir mecanismos agotados por otros más ágiles o eficaces. Un ensayo consciente de fortalecimiento se había emprendido ya sin excesivo éxito en 1957, mediante el aumento de la cuota de representación de los estudiantes en la Universidad³. El movimiento estudiantil de protesta había adquirido una dinámica propia. La proliferación de agrupaciones estudiantiles independientes y, por lo general, mucho más explícitas en su voluntad de acceder al juego democrático, las había vinculado de uno u otro modo a los incipientes partidos políticos del interior⁴. Los núcleos originarios de algunos de ellos -Frente de Liberación Popular, Agrupación Socialista Universitaria, Moviment Socialista de Catalunya⁵- arrancaban justamente de las etapas universitarias de sus miembros. La misma creación de las APE confirmaría

³ Detallada explicación de esa nueva estructura interna en **Memoria del curso 1957-1958**, Madrid, Jefatura Nacional del SEU, 1958, pp. 12-14.

⁴ Cf. Pablo Lizcano, **La generación de 1956. La Universidad contra Franco**, Barcelona, Grijalbo, 1981, passim, J.M. Colomer i Calsina, **Els estudiants de Barcelona sota el franquisme. 1**, Barcelona, Curial, 1978, cap. IV, Harmut Heine, "La contribución de la 'Nueva Izquierda' al resurgir de la democracia española", en J. Fontana, ed., **España bajo el franquismo**, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 142-159; Salvador Giner, "Libertad y poder político en la Universidad española: el movimiento democrático bajo el franquismo", en P. Preston, ed., **España en crisis. Evolución y decadencia del régimen de Franco**, Madrid, FCE, 1978, esp. pp. 313 y ss.; Ricardo Montoro, **La universidad en la España de Franco (1939-1970). Un análisis sociológico**, Madrid, CIS, 1981, pp. 107-120.

⁵ Contribución reciente sobre las dos últimas es la de Abdón Mateos, "La Agrupación Socialista Universitaria, 1956-1962", en J.J. Carreras Ares y M.A. Ruiz Carnicer, eds., **La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)**, ob. cit., pp. 541-572.

definitivamente el acierto de la fórmula organizativa independiente, hasta conducir a tomas de postura y movilizaciones espectaculares como la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona, en el Convento de los Capuchinos de Sarrià, en marzo de 1966⁶.

Para entonces, avanzada la década de los años sesenta, el SEU no sólo había perdido cualquier protagonismo en la vida intelectual de la Universidad española sino que se había convertido en el adversario consabido de todo universitario inquieto e informado. El exclusivo papel burocrático que había venido desempeñando en los primeros años sesenta, de manera particularmente clara con el acceso a la Jefatura Nacional del SEU de Jesús Aparicio Bernal, en 1957, y de R. Martín Villa, en 1962, estaba enterrando irreversiblemente unas estructuras que carecían ya de la fuerza de atracción de antaño e, incluso, del valor funcional del Sindicato como centro de reclutamiento para agrupaciones políticas o culturales de oposición. Las estrategias infiltradoras del PCE o del FLP habían surtido su efecto e iniciativas legítimamente seuístas (aunque adoptadas de particulares de la relevancia del padre Llanos, como el SUT), habían suministrado no pocos cuadros de dirigentes o simpatizantes a los grupos de oposición política. La ejecución real de las consignas propagandísticas del régimen, la estricta fidelidad a la letra de la doctrina falangista, e incluso la luminosa tentación de un marxismo

⁶ Cf. Joan Crexell, **La caputxinada**, Barcelona, Ed. 62, 1987.

militante estuvieron en el origen de esa colaboración. Las energías se agotarían con la primera madurez de sus miembros y los desencantos revolucionarios de unos y de otros.

Pero el SEU experimentó en esos poco más de treinta años fases de una vitalidad mucho mayor de lo que la crónica de sus calamidades y claudicaciones, o su propio final programado, pueden hacer sospechar. Los orígenes intelectuales de la mayor parte de escritores, artistas, cineastas o profesionales de los años cincuenta y sesenta remiten a contactos iniciales y espontáneos con grupos falangistas, a veces de signo crítico, adueñados de parcelas de escasa vigilancia oficial o responsables de órganos de expresión aprovechables. Y muy en primer lugar, las revistas que editó el Sindicato y sus a menudo tortuosas trayectorias. La explicación de esta bolsa de oxígeno dentro de la estructura general de un Estado autoritario⁷ no está lejos de las motivaciones que impulsaron interesadamente el arte abstracto o brindaron salas oficiales

⁷ A pesar de la inicial vocación totalitaria del primer franquismo, su evolución no parece corresponderse con buena parte de los resultados de este mismo trabajo y, sin duda, tampoco con el clásico de la materia, Hannah Arendt, **Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo**, Madrid, Alianza Ed., 1982, espec. el capítulo "Ideología y terror: una nueva forma de gobierno", pp. 595-616. De ahí la adopción del término *autoritarismo* y sin la menor intención de polemizar sobre el tema, del que algunas referencias básicas son: Juan J. Linz, "An Authoritarian Regime: The Case of Spain", de 1964, y en versión española en M. Fraga et. al, ed., **La España de los setenta. III. El Estado y la política**, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, pp. 1467-1531 y "Una interpretación de los regímenes autoritarios", en **Papers. Revista de Sociología**, 8 (1978), pp. 11-26. En el mismo lugar, en reelaboración de dos trabajos anteriores, cf. E. Sevilla Guzmán, S. Giner y M. Pérez Yruela, "Despotismo moderno y dominación de clase: Para una sociología del régimen franquista", pp. 103-141 y un apasionado balance, en S. Vilar, **La naturaleza del franquismo**, Barcelona, Península, 1977, pp. 191-194, n. 41.

a los jóvenes músicos de la España de Franco. En todo caso, no afecta al diagnóstico que aquí importa retener: el SEU constituyó en los años cincuenta el frente más activo y tolerado de cultura alternativa y crítica con los fundamentos ideológicos del régimen. Actuó por procedimientos indirectos y crípticos (representaciones teatrales o programaciones cineclubísticas) o a través de la circulación y divulgación de libros e ideas inaccesibles fuera de la protección de una institución falangista. Una vez más, se hace ineludible extremar la precaución para apreciar detrás del espíritu oficial y ramplón de las consignas o de los grises y leales editoriales de cualquier revista, los indicios del verdadero estado interior de grupos jóvenes. A menudo será ya la irremediable incredulidad o el sarcasmo la reacción inicial ante el discurso revolucionario, pero no perderá del todo un cierto poder de fascinación sobre estados de inmadurez propicia a un utopismo contagioso y vitalista. Lo que tampoco tardaría en desmoronarse frente a la realidad socio-política del régimen (para hacer aumentar las siempre menguadas filas de una oposición nutrida muchas veces de antiguos equipos falangistas defraudados). Las publicaciones del SEU son la fuente de documentación más rica para comprobar la transición experimentada, desde los primeros años cincuenta, por jóvenes intelectuales que sustituyen el amparo de la Falange por posiciones extraoficiales y democráticas. Pero es igualmente decisiva la participación en la vida intelectual de los Colegios Mayores, las actividades paralelas como los Cine-Clubs, los TEUs o los actos programados por el Servicio

Universitario del Trabajo. Constituyen, en su conjunto, fiables indicadores de una viva ebullición crítica entre los universitarios. Ahí había de encarnar la discrepancia cultural, ideológica, política o simplemente biológica de jóvenes conscientes de la mezquindad del cerco.

- Iglesia y Falange en la pugna por la Educación.

Desde la fundación misma de Falange, José Antonio presumió que su clientela más activa y fecunda, su "gracia y levadura"⁸, en lema acuñado en 1935, había de hallarla entre los jóvenes universitarios. Aglutinó estudiantes atraídos por la seducción de un mimetismo germano-italiano tanto como por el hallazgo de una vía de expresión del descontento por una República desconcertante unas veces, claudicante otras y ofensiva las más de ellas. David Jato, cronista y parte de los primeros pasos del partido, subraya (citando en su apoyo una autoridad *del campo enemigo*, el Luis Ramírez [Luciano Rincón] de **Nuestros primeros veinticinco años**): "La Falange, si atendemos a su constitución humana, nació con un inconfundible eco juvenil y universitario. Ello explica que sin haber transcurrido un mes del mitin de la Comedia [29 de octubre de

⁸ J. A. Primo de Rivera, **Obras Completas**, Madrid, Ed. cronológica de A. del Río Cisneros, Delegación Nacional de la Sección Femenina de FET y de las JONS, 1954, p. 522 (en el discurso de apertura del primer Consejo Nacional del SEU, el 11 de abril de 1935).

1933] se hubieran cubierto ya los trámites legales para el funcionamiento del SEU"⁹. Menos de un año después, la Falange había crecido "ostensiblemente, no contaba ya como única sustentación importante con los jóvenes universitarios" y, aun así, en 1935, "estimar que en los estudiantes estaba lo mejor de la Falange era un punto de vista unánime"¹⁰. El cuarto punto del acuerdo de fusión entre las JONS y Falange tampoco olvidaba la tendencia del nuevo organismo a "a ser la expresión vigorosa de toda la juventud", hasta el extremo de excluir para los mandos a afiliados mayores de cuarenta y cinco años¹¹.

La vocación juvenil y universitaria de Falange estuvo generosamente asistida por el SEU en la lucha por el control de una Universidad republicana muy politizada, como base de reclutamiento durante los años de la guerra y en la templadora expedición de la División Azul¹², pero no logró cuajar coherentemente en un equipo capaz de asumir las tareas educativas tras la derrota del bando leal a la República. El aliado que sí sabría obtener la máxima rentabilidad a esa victoria no iba a ser el núcleo más combativo y comprometido del falangismo, sino el que más eficazmente habría de generar,

⁹ David Jato, **La rebelión de los estudiantes**, Madrid, 1967, 2a ed., p. 130.

¹⁰ Ibidem, pp. 174 y 208. Y cf. F. Bravo Martínez, **Historia de Falange Española y de las JONS**, Madrid, Ediciones FE/ Editora Nacional, 1940, p. 145.

¹¹ Cita de JONS, 9 (abril-1934), *apud* F. Bravo Martínez, **Historia de Falange**, ob. cit., p. 19.

¹² Cf., p. e., la glosa anónima que incluye la **Revista Nacional de Educación**, 8 (agosto-1941), pp. 106-107.

a medio y largo plazo, una solvente fuente legitimadora al nuevo régimen (y, por supuesto, las ventajas más tangibles para la aceptación internacional del gobierno armado en el Burgos de 1938). Esta hipótesis de trabajo ha sido examinada pormenorizadamente por un excelente libro de Gregorio Cámara Villar, lo que exime de entrar en detalles ahora. Si interesa tener presente la pugna que entablaron unos y otros por el control de un Ministerio de Educación Nacional que venía a sustituir al de Instrucción Pública en enero de 1938. Como han estudiado en pormenor Alicia Alted Vigil y G. Cámara Villar, el breve paso de su primer titular Sainz Rodríguez y un compacto equipo de neto dominio católico (Pemartín, García Valdecasas o Romualdo de Toledo), entre febrero de 1938 y el final de la guerra, había de dejar el camino señalado para el futuro¹³. Se iniciaba así "una dinámica política propia que sería continuada y profundizada en su significación más general por su sucesor, Ibáñez Martín, a lo largo de toda la década de los cuarenta"¹⁴. Su significación estaría basada fundamentalmente en el restablecimiento de la hegemonía de la Iglesia, con dominio abrumador en los distintos órganos directivos de leales y firmes católicos, con vínculos con

¹³ Cf. A. Alted Vigil, **Política del Nuevo Estado**, ob. cit., en especial, Caps. IV y V.

¹⁴ Gregorio Cámara Villar, **Nacional-Catolicismo y Escuela. La Socialización Política del Franquismo (1936-1951)**, Jaén, Hesperia, 1984, p. 80. Para la significación del ministerio de Ibáñez Martín, cf. un detenido examen en pp. 108 y ss. y A. Alted Vigil, "Bases político-ideológicas y jurídicas de la Universidad franquista durante los ministerios de Sainz Rodríguez y primera época de Ibáñez Martín (1938-1945)", en J.J. Carreras y M.A. Ruiz Carnicer, **La Universidad española bajo el régimen de Franco**, ob. cit., pp. 95-124.

Acción Española o la ACNP y en tanto que respuesta anticipada al crecimiento de las ideas totalitarias en el Nuevo Estado: "la configuración del aparato educativo supuso definitivamente una derrota de los postulados de los camisas viejas y, por contra, la entera satisfacción de los principios e intereses de la jerarquía de la Iglesia y de los sectores políticos y sociales afectos a la misma."¹⁵

Hay datos externos de la trayectoria del Ministerio que revelan bien la pérdida irreparable de protagonismo de Falange, su adaptación a un papel ornamental y todo ello a costa de una hegemonía católica de alcance mucho mayor que el área educativa¹⁶. Mientras hasta 1945 la Vicesecretaría de Educación Popular había dependido de la Secretaría General de Falange, a partir de entonces ese organismo pasaba a ser una Subsecretaría del propio Ministerio de Educación Nacional. Y debe tenerse en cuenta que esa nueva Subsecretaría de Educación Popular incluiría hasta 1951, con la creación del Ministerio de Información y Turismo, la Dirección General de Prensa, Radiodifusión, Propaganda, Cine y Teatro, quedando así en manos de un equipo cerradamente católico el control de la información en los años cuarenta. Control que no iba a perder tampoco desde 1951, con el nuevo Ministerio en manos de otro

¹⁵ G. Cámara Villar, **Nacional-Catolicismo y Escuela**, ob. cit., p. 119 y cf. José Angel Tello, **Ideología y política. La Iglesia católica española (1936-1959)**, Zaragoza, Libros Pórtico, Ciencia política, 5, 1984, pp. 187-216.

¹⁶ No han perdido validez las páginas que Stanley G. Payne dedicó a este momento en su obra clásica, **Falange. Historia del fascismo español**, París, Ruedo Ibérico, 1965, trad. de Francisco Farreras, pp. 189-193 y el Epílogo.

enérgico católico, Arias Salgado¹⁷.

Pero tampoco en un órgano como la **Revista Nacional de Educación**, en apariencia frecuentado por falangistas acreditados, como Lain o Pilar Primo de Rivera, e inicial divulgador de los éxitos educativos de la Alemania nazi o la Italia fascista, iban a obtener mayor fortuna los hombres y las ideas del falangismo¹⁸. Incluidos los primeros números, la presencia falangista será progresivamente tibia a lo largo de la década en que existió (1941-1951) bajo la dominación constante del fiel colaborador de Ibáñez Martín, Pedro Rocamora. Como él, y como tantos otros altos cargos del Ministerio (entre ellos futuros titulares de esta y otras carteras, como Ruiz-Giménez, Martín Artajo o Castiella), procedían de las filas de los propagandistas de posterior filiación falangista¹⁹. Si la regular presencia de Ibáñez

¹⁷ Cf. la valoración de R. Chueca, **El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS**, Madrid, CIS, 1983, pp. 286-294 y cf. Antonio Fontán, **Los católicos en la Universidad española actual**, Madrid, Rialp, 1961, pp. 70-72.

¹⁸ El primer artículo de la **Revista** lo firma Giuseppe Bottai, Ministro de Educación de Italia, "Trabajo y trabajadores en 'La Carta de la Escuela'" y Guillermo Petersen explica "La Pedagogía en la nueva Alemania" (**Revista Nacional de Educación**, 1 [enero-1941]), sobre la que vuelven expresamente los números 3, 4 y 5. En la sexta entrega es el propio Ibáñez Martín quien subraya "La confluencia de las culturas germana e hispana" **RNE**, 6 (junio-1941), pp. 7-13. Reúne datos de interés a este propósito Sheelagh Ellwood, **Prietas las filas. Historia de la Falange Española, 1933-1983**, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 136-138.

¹⁹ Para la incidencia de los acenepistas en la formación del Estado, cf. A. Sáez Alba, **La otra 'cosa nostra'. La Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el caso de El correo de Andalucía**, París, Ruedo Ibérico, 1971, pp. XXIX-XXXVII.

Martín pudiera no llamar especialmente la atención si habría de hacerlo la acusada disminución de contenidos falangistas (a pesar de un cuadro de colaboradores afín) y su adaptación a la evolución desfavorable de la II Guerra Mundial para los intereses de las fuerzas de Eje²⁰. La previsible victoria de los aliados en Europa iba a significar, desde los parámetros del interior, la reducción de signos externos e internos de carácter falangista, la liberación de las energías comprimidas de una Iglesia expectante y, sobre todo, un predominio católico que había de tomar cuerpo definitivamente, en el terreno de la enseñanza superior, a través de la Ley de Ordenación Universitaria de 1943 y, singularmente, de la interpretación y significación que descubre en ella su inspirador, el propio Ibáñez Martín. Es cierto que ello pertenece a la "hojarasca ideológica"²¹ que acompaña la promulgación de la Ley, pero es un material que delata muy insistentemente la intención con que se concibe y confecciona un texto pactado con otras fuerzas que, en ese momento, parecen tan firmes como las propias.

El oportunismo histórico de importantes propagandistas de los años treinta, rápidamente integrados en Falange en los primeros momentos de la guerra, como Ibáñez Martín, Rocamora,

²⁰ Cf. Cámara Villar, **Nacional-Catolicismo y Escuela**, ob. cit., p. 176 y ss. y Miguel Jérez, "La Revista Nacional de Educación (1941-1945)", en Manuel Ramírez, ed., **Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)**, Zaragoza, Libros Pórtico, 1978, pp. 202 y ss.

²¹ Mariano Peset, "La Ley de Ordenación Universitaria de 1943", en J.J. Carreras y M.A. Ruiz Carnicer, **La Universidad española bajo el régimen de Franco**, ob. cit., p. 154.

Ruiz-Giménez, Castiella o Pemán, iba a favorecer la causa católica en la ordenación de la enseñanza de la España de los años cuarenta. Mientras las relaciones entre Falange y la Iglesia católica no habían pasado de ser tibias en los años treinta, templadas necesariamente por el punto programático 25 y la separación de poderes que establecía entre Iglesia y Estado, los vínculos personales que sembraron los citados con Falange rendirían sus frutos de manera inmediata por cuanto no comprometían formalmente la obligada presencia de camisas azules en los equipos gubernamentales²².

No era idéntica la perspectiva del falangismo intelectual de esos años. El manifiesto carácter nacional-católico de la LOU de 1943 y las disposiciones legales para la refundación de los Colegios Mayores del año anterior, preludiaban la derrota de Falange en el reparto de cuotas de poder, al mismo tiempo que anunciaba inevitablemente una ostensible disminución de su influencia política. Su campo de acción retrocedería en ambición y cedería más o menos gustosamente a la oratoria oficial un formulismo tópico y revolucionario pero neutralizado en sus fines. En la práctica, únicamente sería capaz de excitar las ilusiones transformadoras de los jóvenes universitarios del SEU (a pesar de padecer, en su propio orden jurídico y político, una equivalente reducción de fuerzas e influencia tras su integración en el Frente de Juventudes en 1940 y su desnaturalización como Sindicato de Partido con la

²² Para la relación entre el poder político y la Iglesia hasta la firma del Concordato de 1953, cf. J.J. Ruiz Rico, **El papel político de la Iglesia católica en la España de Franco**, Madrid, Tecnos, 1977, Cap. II, pp. 75-137.

filiación obligatoria de todo universitario, como veremos). La derrota de Falange en manos de la Iglesia constituía un primer anticipo del destino que aguardaba a una doctrina instalada entre el ilusionismo del prestidigitador y la tenaz integridad de una denuncia común a sectores ideológicos y políticos antitéticos²³.

Tanto desde las confesiones retrospectivas de Laín Entralgo como desde el examen de los discursos de Ibáñez Martín en torno al Nuevo Estado y la educación, es posible obtener una imagen cabal del sentido de la LOU. La culminación, con la firma del Concordato de 1953, de los ventajosos servicios que se prestaron Iglesia y Estado, tenía todo un sólido antecedente en la Ley de 1943. Javier Tusell, el historiador más minucioso de la gestación del Concordato, lo estudia como "consagración de una realidad ya existente y que probablemente empezaba ya a agotarse. Representaba mucho mejor el espíritu de 1945 que el de 1956"²⁴. Lo cual no está lejos de la afirmación de Puelles Benítez en el sentido de que 1953 únicamente culmina jurídica y, sobre todo, internacionalmente, una realidad que de hecho estaba legalmente respaldada, en el mundo universitario, desde por lo

²³ Cf. Ricardo Chueca, **El fascismo en los orígenes del régimen de Franco**, ob. cit., *passim* y, siguiendo a Chueca, J. Tusell, **La dictadura de Franco**, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 205-211.

²⁴ Javier Tusell, **Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957**, Madrid, Alianza Ed., 1984, p. 282, pero véase el análisis selectivo de J.J. Ruiz Rico, **El papel político de la Iglesia católica**, ob. cit., pp. 140 y 144 y ss.

menos la promulgación de la LOU²⁵. Un reciente examen de la Ley de M. Peset ha apuntado a Falange como "la gran ganadora, con una amplísima presencia institucional en el texto legal", pero reconoce que "en el desenvolvimiento futuro iban a ganar los 'católicos'"²⁶. Conviene reparar, por tanto, en que el supuesto predominio falangista en la Ley de 1943 está apretadamente delimitado por unas condiciones generales de índole puramente católica, destinadas a sembrar un esperanzador futuro católico mucho más que propiamente falangista. Antonio Fontán buscaba una explicación histórica al equilibrio formal de poderes en el único compromiso entonces posible -pero favorable a la Iglesia-, "la dilación 'ad calendas graecas' de toda solución de las incompatibilidades de espíritu y de letra que las distintas presiones planteaban"²⁷. Incluso para quien, como Fuelles Benítez, define la LOU como ley de "de claro predominio falangista", es obligado subrayar la significación política y religiosa de los titulares y equipos que rigieron durante todo el franquismo los destinos de la educación: "la entrega del Ministerio de Educación a hombres católicos, es decir, a hombres que hacían de su catolicismo una adhesión pública a la doctrina de la Iglesia y a sus líneas de actuación, será una constante desde 1938" hasta la extinción

²⁵ Cf. Manuel de Fuelles Benítez, **Educación e ideología en la España contemporánea (1767-1975)**, Barcelona, Labor, 1980, pp. 393-395.

²⁶ M. Peset, "La Ley de Ordenación Universitaria de 1943", en J.J. Carreras y M.A. Ruiz Carnicer, **La Universidad española bajo el régimen de Franco**, ob. cit., , pp. 139 y 156.

²⁷ Antonio Fontán, **Los católicos en la Universidad española actual**, ob. cit., p. 74.

política del régimen²⁸. El aparente equilibrio de poderes que consagraba su articulado interno se desmoronaba ante la evidencia de un predominio católico por encima de las aspiraciones políticas e ideológicas de Falange. Y en este sentido fue percibida su gestación por los protagonistas del lado falangista, obligados a presentar numerosas enmiendas que, según el examen de Oscar Alzaga, resultan "de mínima relevancia"²⁹.

No es difícil, por tanto, evaluar la LOU más como la consagración formalista de un ritual y unas pretensiones falangistas, sin auténtica proyección de futuro, que como efectiva incorporación de un programa pedagógico-político específico del partido. El carácter más aparential y escenificador del componente falangista, sin afectar a las auténticas bases doctrinales de una Ley medularmente católica, puede explicar tanto las irritaciones que suscitó su gestación en Loin o Tovar como la tranquila aquiescencia del ministro responsable. La relectura de sus discursos de entonces invita a pensar en una especie de afortunada simetría entre su integrismo católico, proyectado en la Ley, y la evolución de la historia de esos años, en tanto que decisivo factor en la pérdida de influencia de Falange tras 1942 y, desde luego,

²⁸ Fuelles Benítez, **Educación e ideología en la España contemporánea**, ob. cit., p. 374.

²⁹ Aunque precipitado en algún punto, e inexplicablemente hermético en relación con la influencia católica en la Ley, que ni siquiera se menciona, revisa su elaboración Oscar Alzaga en "En torno a la Ley de Ordenación Universitaria", **Cuadernos para el diálogo. Extraordinario V. La Universidad**, (mayo-1967), pp. 71-74 y nótese, por cierto, la resignación de Jato en **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., p. 456.

1945³⁰. De ahí que para glosar y exaltar la LOU Ibáñez Martín obviara la menor alusión a Falange o a otra inspiración distinta de la restauración de la España auténtica, eterna y católica. Quizá es la desatención a este doble nivel de análisis de la presencia de lo falangista lo que conduce a Javier Tusell a ubicar a Ibáñez Martín en estrecha relación con el falangismo. Lo más significativo es, precisamente, que el propio Tusell subraya el carácter escenográfico del falangismo de Ibáñez Martín -rito, retórica, disfraz-, sin extraer la razonable consecuencia de su adaptación al papel que mejor enmascaraba una labor de base en pro de intereses espirituales de más vasto alcance³¹. Mucho mayor empeño requiere sostener la práctica ausencia o insignificancia de las alusiones a la Iglesia o la religión católica que, como veremos, pueblan literalmente los discursos de Ibáñez Martín en las fechas de la LOU³².

Laín enmarca su participación en la LOU en el contexto de lo que llama "una total carencia de voluntad del Estado para mantener frente a la Iglesia (...) sus propios principios

³⁰ Cf. A. Alted Vigil, "Bases político-ideológicas y jurídicas...", en J.J. Carreras y M.A. Ruiz Carnicer, **La Universidad española bajo el régimen de Franco**, ob. cit., p. 110 y nota 10.

³¹ Cf. Javier Tusell, **Franco y los católicos**, ob. cit., pp. 33-34, dedicadas a un rápido examen de los años 1939-1943 en la biografía política de Ibáñez Martín.

³² Una interpretación ponderada del texto legal en G. Cámara Villar, **Nacional-Catolicismo y Escuela**, ob. cit., pp. 211-234 pero, sobre todo, pp. 220-222.

políticos".³³ Es también el momento en que su fugaz dirección del C.M. Ximénez de Cisneros da paso a otro personaje ideológicamente más próximo al ministro Ibáñez Martín, Pedro Rocamora. Con él llegaba a los locales de la antigua Residencia de Estudiantes el fin de la neutralidad ideológica (sancionado por la LOU) y un marcado énfasis en la naturaleza católica y militante que se espera de los colegiales, según recoge la revista del centro, **Cisneros**³⁴. Pero si estos son síntomas marginales de la dirección legal que tomaba el ordenamiento de la vida universitaria, no lo es la imposición en la Comisión de las Cortes encargada del texto de los criterios de la Iglesia en la gestación de la LOU, a pesar de la mayoría favorable a la rectificación en sentido civil (es decir, falangista) de su articulado³⁵. Poco ha de extrañar, por lo demás, si se releen los supuestos ideológicos que guiaban al titular de la cartera en los primeros años cuarenta, o se tiene en cuenta la confesión directa de algunos de sus más estrechos colaboradores en torno a la labor refundadora.

Entre las imaginativas valoraciones vertidas en torno a la fecundidad de la Institución Libre de Enseñanza desde la

³³ P. Laín Entralgo, **Descargo de conciencia (1930-1960)**, Barcelona, Barral Ed., 1976, p. 291.

³⁴ Cf. **Suplemento** n. 2 de **Cisneros** (1943), pp. 1-2: "Toma de posesión del nuevo Director" y cf. Laín Entralgo, **Descargo de conciencia**, ob. cit., pp. 294-296. A. Sáez Alba destaca el carácter de vivero de *acenepestas* del C.M. Cisneros hasta la fundación del C.M.U. San Pablo, en 1950; cf. Sáez Alba, **La otra 'cosa nostra'**, ob. cit., p. LXIII, n. 96.

³⁵ Cf. Laín Entralgo, **Descargo de conciencia**, ob. cit., pp. 292-293 y A. Tovar, **Universidad y educación de masas**, Barcelona, Ariel, Hora de España, 1968, p. 38, n. 2.

misma guerra, figura ésta de José Femartín, que cita Cámara Villar: "De la Institución Libre de Enseñanza, anti-Católica, anti-Española, no ha de quedar piedra sobre piedra. Se ha de transformar en Centro de Españolismo. La Alta Enseñanza Madrileña, habrá de ser, inexorablemente, de aquí en adelante, Patriótica, Católica y Leal. O no ser."³⁶ No es este mal anticipo de la auténtica entidad ideológica de la próxima ordenación universitaria. Si la exclusión de un futuro de signo falangista para la *enseñanza madrileña más alta* puede imputarse a la confusa hora inicial en que está escrito el *desideratum* (1937), menos indulgencia merece el presunto descuido del ministro con su propia filiación política al redactar su "Defensa y glosa de la Ley universitaria", de 17 de julio de 1943. Tras las generalidades de rigor sobre la función social de la Universidad y, particularmente, tras llamar la atención sobre la "guerra sin cuartel a los corifeos del error y de la anarquía" que la fe católica presentó en los Colegios Mayores ahora renacidos, Ibáñez Martín expone una primera recapitulación del sentido de la ley en términos taxativos poco citados y muy reveladores:

Todo este concepto de Universidad, todas las funciones que se le asignan, representan una misión que el Estado le confiere. Esta excelsa misión de

³⁶ *Apud* Cámara Villar, **Nacional-Catolicismo y Escuela**, ob. cit., p. 75, de *¿Qué es lo nuevo?* (1937), y cf. la enjundiosa nota 35 en pág. 99. Iluminador de una de tantas paradojas del régimen nacido en 1938 es que la segunda edición del libro fuese advertida de una retirada próxima en librerías, que no llegó a consumarse; cf. A. Alted Vigil, **Política del Nuevo Estado**, ob. cit., p. 70. Numerosos textos sobre la *poderosa fuerza secreta* en Elías Díaz, "Los intelectuales de la *Institución* y la España del nacional-catolicismo", en **Socialismo en España: el partido y el Estado**, Madrid, Mezquita, 1982, pp. 41-80.

formar íntegramente a la juventud está inspirada en unos principios fundamentales, sin los que sería vana la docencia, peligrosas la investigación y la profesionalidad e infructuosa la educación. Unas y otras funciones *han de servir, ante todo, a un mismo principio unitario y vivificante: el espíritu católico.* Decir que una Universidad es católica es afirmar que vive sometida a la vigilancia de la Iglesia -la eterna Maestra de la verdad-; y que, por tanto, está lejos, no sólo de heterodoxia dogmática, sino de extravíos en el orden moral. En España (...), *lo verdaderamente importante, hasta desde un punto de vista político, es cristianizar las enseñanzas del Estado, arrancar de la docencia y de la creación científica la neutralidad ideológica y desterrar el laicismo (...)*³⁷.

Si algo hubiera que echar de menos de este programa no es precisamente su vitamínico catolicismo sino la llamativa ausencia del falangismo, subordinado, también *desde el punto de vista político*, al proyecto católico. En otros momentos del texto y otros discursos de Ibáñez Martín, sí está presente el marchamo más vistoso de un estilo y una selección léxica cuidada: "destino", "revolución", "aristocracia espiritual". Pero la glosa a la formación "cívica o política -como nosotros la llamamos"-, y la misma asignación de funciones a Falange, vienen también encabezadas por doctrina católica de relumbrón, ya que se autorizan ambas en "el sentir de Pío XI", según el cual "es tan amplia y múltiple, que comprende casi toda la obra del Estado en favor del bien común"³⁸.

Este evidente énfasis en el valor católico de la LOU, en texto de 1943, culmina una serie de discursos divulgadores de

³⁷ José Ibáñez Martín, "Defensa y glosa de la Ley universitaria", discurso ante las Cortes de 17 de julio de 1943, recogido en el volumen **La Nueva Universidad Española**, Madrid, Ediciones Cisneros, s.f [1944], p. 19. La cursiva es mía.

³⁸ Ibidem, p. 21.

la lenta confección de la ley, orientados en el mismo sentido. La presencia falangista se resuelve en apenas un par de tópicos citas de José Antonio frente a abrumadoras defensas de la nación como entidad indisolublemente unida a la fe católica. Los discursos inaugurales de los cursos académicos, entre 1940 y 1942, abordan insistentemente la reforma universitaria, pero su acento recae en el caso concreto de una norma general autárquica: la "renacionalización" frente al extranjerismo republicano, la negación de todo hipotético modelo importado y la autosuficiencia de una tradición tan española como católica. El factor católico ha de ser, pues, el definidor de una España "con singularidades propias que no se deben olvidar"³⁹. De ahí que la reforma "didáctica" incorpore como "innovación fundamental"

los estudios de cultura superior religiosa, que abarcarán un círculo común formativo y otro adaptado a las especialidades profesionales, cual cumple a un país católico, en el que con suprema razón, como afirmaba Menéndez Pelayo, el mayor vínculo de unidad nacional es el espíritu religioso.⁴⁰

No acudía el Ministro por azar a la autoridad de quien simbolizaba en esos momentos el reencuentro con la esencia cultural española y cuyas Obras Completas, en Edición Nacional, había emprendido el CSIC desde 1940⁴¹. Y no parece

³⁹ José Ibáñez Martín, **Hacia un nuevo orden universitario**. Discurso de inauguración del curso académico 1940-41 en la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1940, p. 18 y cf. el subapartado "Renacionalización universitaria", p. 15.

⁴⁰ Ibidem, p. 19.

⁴¹ Cf. A. Alted Vigil, **Política del Nuevo Estado**, ob. cit., pp. 68-69 y para el peso de Menéndez Pelayo en los planteamientos de Sainz Rodríguez, cf., p.e., ibidem, p. 155.

tampoco equiparable la importancia prestada a este nervio central de la nueva Universidad, el catolicismo, a la discreta relevancia que concede Ibáñez Martín, mediante retórica oportuna, al difuso esfuerzo de "adaptación al dinamismo y al estilo de la Revolución nacional española"⁴².

Los progresos de la Comisión encargada de la LOU agudizaron más aún el sentido que inspiraba al nuevo aparato legislativo. La "renacionalización" pasa muy pronto, en el discurso de inauguración de 1941, a ser, más propiamente, "recristianización de la cultura". Para ello se funda el CSIC, dedicado a todas las ciencias pero en el que "el Estado español dio rango primordial al estudio de la Teología". Pero, como asegura el propio Ibáñez Martín, "no termina ahí el sentido religioso que inspira toda la legislación de nuestra educación nacional":

Que el Estado proteja con su alto mecenazgo el estudio de la ciencia teológica española, equivale casi a una solemne profesión de fe. Por eso España, que nunca ha dejado de ser católica, vuelve, como en los mejores tiempos de su Imperio, por los eternos fueros de la Teología, y en su lucha contra el positivismo racionalista, se esfuerza en fomentar y difundir la doctrina de aquella rama científica que más acerca al hombre al conocimiento de Dios⁴³.

El texto ofrece un anticipo, poco después, de los principios que han de ser "carne de la vida universitaria" y que quedarán plasmados en el texto legal. Se subraya la doble

⁴² J. Ibáñez Martín, **Hacia un nuevo orden universitario**, ob. cit., p. 19.

⁴³ José Ibáñez Martín, "Un año de política docente". Discurso inaugural del año académico 1941-42 en la Universidad de Barcelona, que cito de **Revista Nacional de Educación**, 10 (oct.-1941), p. 8. Y cf., desde otra ladera, Federico Sopeña, **Defensa de una generación**, ob. cit., pp. 50-56.

apoyatura de la Universidad en la Iglesia y Falange, pero la significación de ésta última consiste en haber renovado "en nuestros días, el viejo concepto de la Hispanidad". La redundancia con respecto al principio primordial es manifiesta. Como expresará en el discurso de 1942, "la Religión va tan metida en la médula de nuestra Historia, de nuestro arte, de nuestras letras, de nuestro pensamiento, que todo ello sería incomprensible sin la luz de los conocimientos religiosos"⁴⁴. En todo caso, y volviendo al discurso de 1941, lo que importa es la afirmación católica de la Universidad, lo que

querrá decir, efectivamente, que inspirarán todas sus actividades el dogma y la moral cristiana; que, en el orden de la formación científica, serán obligatorios, para todos los alumnos, los cursos de cultura superior religiosa; que no podrá faltar el ambiente de la piedad en la educación de la juventud⁴⁵.

El previsible avance en la materialización legal de la nueva Universidad se refleja meridianamente en las concesiones de Ibáñez Martín a Falange, mucho más explícitas que en discursos anteriores. Estos discursos inaugurales constituyen un registro indirecto de la evolución interna de una comisión redactora del proyecto, de mayoría falangista pero, en última instancia, dominada por fieles católicos como Luis Ortiz o, desde luego, Leopoldo Eijo.

Significativamente leído en la Universidad Central, en

⁴⁴ J. Ibáñez Martín, "Defensa y glosa de la ley universitaria", en *La Nueva Universidad Española*, ob. cit., p. 19.

⁴⁵ J. Ibáñez Martín, "Un año de política docente", art. cit., p. 36.

Madrid, el discurso de 1942-43 anunciaba que la ley sobre la Universidad estaba "terminada y cumplida en su difícilísima preparación y elaboración"⁴⁶. Los trámites finales impedían aún su promulgación pero, por fin, el ministro podía exhibir algún resultado tangible de tan larga gestación. El texto del Decreto sobre los Colegios Mayores, fechado el 21 de septiembre de 1942, aparece en el BOE el 1 de octubre para consagrar tales instituciones como los "pilares básicos de la grandeza de la cultura española"⁴⁷ y anunciar en su preámbulo lo que iba a ser una de las joyas de la literatura jurídica de la España contemporánea, el preámbulo de la propia LOU.

En el discurso de 1942-43, "El sentido político de la cultura en la hora presente", es cierta la identificación de la religión católica "con la Falange como una sola cosa", como subraya Tusell⁴⁸. Pero eso significa no la falangistización de Ibáñez Martín sino, justamente, lo contrario: la desnaturalización del proyecto falangista en manos de un católico que juzga como nervio central del Movimiento una "revolución espiritual" cuyo eje básico, cuya "unidad de doctrina" como "gran secreto del poderío y de la continuidad del Estado", se encuentra en la historia de una España que

tiene, por suerte para ella, la fuerza de unos principios absolutos, que han sido y son

⁴⁶ J. Ibáñez Martín, "El sentido político de la cultura en la hora presente", **Revista Nacional de Educación**, 22 (oct.-1942), p. 8.

⁴⁷ Lo reproduce con las modificaciones posteriores de noviembre de 1943 el volumen citado **La Nueva Universidad Española**, p. 80 y ss. La cita es del preámbulo, que ignora por entero el siglo XVII (como hará después la LOU).

⁴⁸ Tusell, **Franco y los católicos**, ob. cit., p. 33.

consustanciales con su pasado. El sentido religioso ha sido -ente éstos-, con frase del Fundador de Falange, la clave de los mejores arcos de nuestra Historia⁴⁹.

En el terreno de las autoridades, la cita de José Antonio se compensará de inmediato con otra de la "voz profética" de Menéndez Pelayo, pero lo llamativo está en el pretexto con el que se menciona a José Antonio y, naturalmente, el olvido de los postulados más críticos de Falange, y de José Antonio en particular, con respecto a los lazos institucionales entre Iglesia y Estado. Basta con añadir que la frase citada procede del Discurso de fundación de Falange, de octubre de 1933. Allí encabezaba la expresión del respeto y el amparo que merece el espíritu religioso

sin que por eso el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias ni comparta -como lo hacía, tal vez por otros intereses que los de la verdadera Religión- funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo,

en alusión al mundo de la enseñanza⁵⁰.

La promulgación de la LOU no frustrará ninguna de las expectativas despertadas por los discursos ahora revisados. El capítulo segundo, el más lacónico, consigna los derechos docentes de la Iglesia y reconoce a ésta una titularidad análoga al Estado, en tanto que una de las dos "supremas potestades". El equilibrio formal de poderes de Iglesia y Falange se respeta con la asignación a cada instancia de dos artículos independientes, tercero y cuarto, y aún se acumulan

⁴⁹ J. Ibáñez Martín, "El sentido político de la cultura", art. cit., pp. 12 y 13.

⁵⁰ J. A. Primo de Rivera, **Obras completas**, ob. cit., p. 67.

los datos que explican el acuerdo posterior en torno al carácter fascista de la Ley: las facultades generales que se concede a Falange en la fiscalización de la vida universitaria, el encuadramiento del profesorado y el alumnado (SEPES y SEU: arts. 33 y 34), la obligada adhesión a los principios del Movimiento (art. 58d, cuarto) y la preceptiva militancia en Falange del Rector (art. 40), la uniformidad falangista en los actos académicos (art. 70b y c), etc.

Pero sigue siendo la declaración de principios preliminar el terreno propicio para dar cuenta de la voluntad política que inspira al legislador, al amparo de la encíclica **Divini Ilius Magistri**, de 1929, a la que Ibáñez Martín alude en diversos discursos (y tácitamente respaldado por la protesta frente al nazismo que fue la **Mit brennender Sorge**, en marzo de 1937 y del mismo Pío XI), frente a las aspiraciones ideológicas de Falange, recogidas, como se ha visto, en un extenso articulado, pero bajo la sumisión a un ordenamiento general de inspiración nacional-católica. El largo disparate histórico que encabeza el preámbulo de la LOU vale tanto como el espejo en el que ha de reflejarse la nueva Universidad, con la ambigua salvedad de su adaptación a "las normas y el estilo de un nuevo Estado antítesis del liberalismo". Pero lo que importa es que la nueva Universidad anude su presente con "la gloriosa tradición hispánica", no sólo "inspirada en los más sólidos principios tradicionales", sino emuladora de la institución que cumplió "plenamente en la Historia su auténtica misión espiritual", es decir, la creadora "del ejército teológico que se apresta a la batalla contra la

herejía para defender la unidad religiosa de Europa y de la falange misionera que ha de afirmar la unidad católica del orbe."⁵¹

El equilibrio de poderes habría de quedar subrayado con la firma de sendos decretos sobre, primero, formación religiosa, el 22 de febrero de 1944, y, segundo, la formación política de los universitarios, el 29 de marzo del mismo año. Síntoma muy marginal pero no del todo despreciable es la simultánea aparición, el mismo 29 de marzo, del decreto que regulaba la educación física. Entre sus notables consideraciones preliminares figura el énfasis en el deporte como "un medio importantísimo para la educación intelectual de la juventud". Se apreciaba allí, además, el aprendizaje insustituible de una facultad que no pocos falangistas iban a explotar, a saber, "el espíritu de previsión, en tanto que [la] práctica racional [del deporte] proporciona seguridad en el juicio por el hábito de aprovechar valiosamente las circunstancias"⁵².

⁵¹ Cito la Ley por Roberto Mesa, ed., **Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid**, Madrid, Universidad Complutense, 1982, que la reproduce en Apéndice, p. 354.

⁵² "La educación física en las Universidades", Decreto de 29 de marzo de 1944, que reproduce, junto a los de formación política y religiosa, el volumen citado **La Nueva Universidad Española**. La cita en pág. 97.

- Una vanguardia domada: el SEU de los años cuarenta.

El saldo de la pugna anterior preludiaba las flaquezas de Falange en el frente en que su participación fue también fundacional, el ámbito de la información⁵³. Las pretensiones de ambos aliados durante la reciente guerra entraban en conflicto abiertamente, no sólo por las distancias doctrinales de un fascismo que deberá asumir una originalidad forzada, en el contexto de los totalitarismos europeos⁵⁴ (su alianza católica, frente a reticencias más firmes tanto germánicas como italianas), sino porque ambos reconocían en la enseñanza su principal centro de expansión. Para la Iglesia se trataba de recuperar el área de influencia y control arrebatada por el descreimiento liberal de la República y, para Falange, su más firme compromiso con el régimen pasaba por asegurar la perpetuación de una ideología capaz de impulsar la realidad de una revolución, por el momento, estancada.

La evolución del falangismo es asequible desde otros enfoques, más acá de su pugna con la Iglesia por el control de la Educación. Los gérmenes de las frustraciones que confesarán más tarde los Instructores Oficiales del Frente de Juventudes o la irascibilidad de tantas publicaciones seuistas decepcionadas en los años cincuenta, tienen un origen

⁵³ Cf. Ricardo Chueca, **El fascismo en los comienzos del régimen de Franco**, ob. cit., pp. 293-294.

⁵⁴ Lo veremos después, pero cf. ahora Tusell, **La dictadura de Franco**, ob. cit., p. 169.

distinto. El Nuevo Estado se aprestó, desde muy temprano, al control político de las energías que bullían en el sentido revolucionario y anti-burgués de las bases más activas del falangismo, es decir, del SEU. La búsqueda de los mecanismos de neutralización política de ese importante aliado arrancaba de los mismos días de la guerra civil. Ya en ese entorno había de hacerse patente la básica disfuncionalidad que significaba el SEU en el Nuevo Estado e incluso en el Partido⁵⁵. No es únicamente el contexto bélico el que explica la naturaleza de los objetivos políticos expresados por el SEU en un folleto tan explícito como el titulado **Sentido de las Falanges universitarias. El SEU**. Fechado en Salamanca, en 1938, es un documento extremadamente revelador tanto de la inmadurez programática de Falange como de las diferencias que muy pronto habían de separar un cierto falangismo leal a la doctrina, del más abiertamente integrado en los intereses conservadores del Estado. La apelación continua al sentido revolucionario, la inadmisión de la paz porque "el SEU se mueve dentro de un espacio constante de Revolución", la exigencia de una Universidad Nacional Obrera capaz de un acercamiento entre el estudiante y el obrero "lleno de compenetración y camaradería", o, por fin, la demanda de la sindicación única y obligatoria⁵⁶, serían objetivos que, como tanta literatura programática falangista, nunca pasarían del papel. O sólo en

⁵⁵ Cf. R. Chueca, **El fascismo en los comienzos del régimen de Franco**, ob. cit., pp. 331-332.

⁵⁶ Cf. **Sentido de las Falanges universitarias. El SEU**, Madrid, Editora Nacional, 1939, pp. 28, 30 y 42.

su forma más atenuada llegarían a reflejarse en el ordenamiento jurídico del SEU y la Universidad española.

Las afinidades básicas de los responsables del folleto apuntan al entorno de Enrique Sotomayor y su frustrado proyecto de 1939 en torno a un Frente de Juventudes que aglutinase también a los obreros. Sotomayor figuraría por muy poco tiempo como Secretario General del primer Jefe Nacional de la posguerra, José Miguel Guitarte. Entre sus objetivos fundamentales figuraba esa alianza obrera para crear "un gigantesco frente de todas las juventudes revolucionarias de España", capaz de reunir -en términos de Jato- a "cuantos estaban decididos a una terminante acción social y política"⁵⁷. J. Sáez Marín, que ha examinado la brevísima trayectoria pública de Sotomayor, muerto en la División Azul y anteriormente relevado por Diego Salas Pombo en la Secretaría General, define su papel como catalizador del "difuso sentir de una amplia minoría de universitarios que se resistían a licenciarse sin pena ni gloria"⁵⁸. Alguna de las ponencias del IV Consejo Nacional del SEU, primero de la posguerra y reunido en El Escorial en enero de 1940, puso de manifiesto, en una órbita cercana a la de Sotomayor, el incumplimiento en que todavía se hallaban los objetivos básicos de una revolución de

⁵⁷ D. Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., pp. 423, 426. Y Cf. Stanley G. Payne, **Falange**, ob. cit., pp. 170-172.

⁵⁸ J. Sáez Marín, **El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la postguerra (1937-1960)**, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 61.

la que el SEU se reclamaba primera vanguardia⁵⁹.

Muy pronto, en 1940, la fusión en una instancia única del SEU y un Frente de Juventudes lejano del ímpetu y el "explicable apasionamiento"⁶⁰ de algunos sectores, dio la razón a quienes temían, en los Consejos Nacionales de la inmediata posguerra, la neutralización del Sindicato y el entreguismo de Falange a intereses espurios de Estado. La estrategia aglutinadora de dos organismos de naturaleza y trayectorias tan distintas, fue recibida inevitablemente como el potente secante con que respondía el nuevo Estado a la expeditiva impaciencia de sus jóvenes inconformistas. Vendría poco después la decisiva y crítica afiliación obligatoria y la definitiva pérdida del sentido de una vanguardia política que hasta entonces había definido al SEU. El desguace del Sindicato culminaría, ideológicamente, con la abierta contradicción, entrados los cincuenta, entre la política de pactos internacionales de Franco (Bases de EE.UU. y Concordato Vaticano) y la que inspiraban, desde sus órganos de prensa, los universitarios falangistas. Las cuentas del rosario del fracaso de Falange se irían sumando lentamente, con golpes a la base ideológica y con una directa repercusión en la desmoralización de miembros todavía adictos a un concepto muy embrionario de la entidad política de la España de Franco.

Mediante una normativa específica y minuciosa, el SEU había ido siendo descargado hasta los primeros cuarenta de los

⁵⁹ Cf. David Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., p. 429.

⁶⁰ Jato, *ibidem*, p. 432.

ingredientes que pudieron asegurarle el papel de reserva ideológica, pero también movilizadora y revolucionaria. En 1937 se formalizaban los nuevos Estatutos del SEU y ahí había de expresarse ya la tónica espiritual de los nuevos tiempos, marcada por el decreto de unificación de abril de 1937 (y la eliminación del punto 27, que expresaba su negativa a toda política de pactos⁶¹). Si el SEU había nacido para "fomentar el espíritu nacional", según rezaba el artículo primero de los Estatutos de 1934, ahora perdía un puesto jerárquico nada accidental ante la Iglesia, al figurar entre sus fines primordiales la exaltación de "la intelectualidad profesional dentro de un sentido profundamente católico y español"⁶². La alusión originaria, de 1934, a la tendencia a la filiación única y obligatoria, seguía intacta y sería objeto específico de discusión tras 1939. Pero como ha subrayado Ricardo Chueca, los intereses de los nuevos estatutos iban orientados tanto a mitigar las pretensiones políticas del Sindicato como a asegurar el control de los universitarios. Lo harían a través de una estructura orgánica que favoreciera el incremento rápido de la burocracia y la política asistencial, a costa de una actuación política definida por objetivos incompatibles con la España de Franco. En efecto, el SEU "pasaba de órgano agitador a mantenedor del orden, de partisano a 'guardia de

⁶¹ Cf. Jato, *La rebelión de los estudiantes*, ob. cit., p. 368.

⁶² Cf. R. Chueca, *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco*, ob. cit., p. 332, n. 106.

corps' "63.

Ahí había comenzado ya el camino de la domesticación del Sindicato y sus aspiraciones más activamente intervencionistas. Hacia 1940 el propio Jato únicamente podía argumentar contra la burocratización del SEU la numerosa afluencia de seuístas con que contó la División Azul. De hecho, el propio Jato veía para entonces "escasas posibilidades de mando político" y apreciaba una creciente disconformidad del falangismo originario con las "medidas de sedimentación" que exigía el momento histórico frente a los postulados de una revolución pendiente⁶⁴.

De diciembre de 1940 es la promulgación de la Ley del Frente de Juventudes en virtud de la cual el SEU quedaba integrado en un organismo superior, de marcado carácter profesional. El mejor conocedor del Frente de Juventudes, Juan Sáez Marín, ha precisado la doble salida que se sirvió a quienes vivieron con intensidad las fases germinales del Sindicato de la posguerra. Mientras los núcleos más combativos, en torno a Sotomayor y su abortado proyecto de Sindicato, gastaban sus energías en la División Azul,

el sector de los posibilistas, en cambio, -escribe Sáez Marín- sería captado por Elola para su laboriosa operación de alumbramiento de la nueva criatura (...). A ellos se irían agregando algunos de los que regresaban de Rusia, con los ánimos algo más aquietados que a la salida. El resto, por último, manifestaba síntomas evidentes de haber asumido la situación real, colocándose en un estado de domesticidad que, ya a finales de 1941, en el V

⁶³ R. Chueca, **El fascismo en los comienzos del régimen de Franco**, ob. cit., p. 333.

⁶⁴ Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., p. 435-436.

Consejo Nacional de Alcalá de Henares, presentaba escasos peligros⁶⁵.

La sindicación obligatoria y la integración en el Frente de Juventudes significaban la profesionalización del Sindicato, la sustancial disminución de un hipotético papel político del SEU en el futuro y el comienzo de una burocracia que acabaría adueñándose de los resortes del Sindicato. Nada hacía alentar excesivas esperanzas en el entorno del IV Consejo Nacional del SEU en El Escorial, en enero de 1940 y de ahí el crudo diagnóstico de uno de sus protagonistas:

Con el extraordinario crecimiento del Movimiento Nacional, y con la paz política, el papel de los estudiantes, al limitarse a lo universitario se empequeñecía. El Sindicato, en definitiva, no influía en la vida política, ni siquiera en la Falange, y esto era decepcionante e inesperado⁶⁶.

La disciplina y la resignación hubieron de ser, para quienes no partieron con Sotomayor a Rusia, las normas de conducta que confirmarían los IV y V Consejos Nacionales de 1940 y 1941.

El carácter decisivo de aquella integración reside en la devaluación del impulso originario que constituyó al Sindicato de Falange durante la República. Ahora abandonaba aquel perfil para asumir la representatividad derivada de una victoria evidentemente pírrica: la pertenencia obligatoria de todo universitario al SEU limaba forzosamente los elementos de una perdida combatividad ideológica y contradecía intrínsecamente

⁶⁵ J. Sáez Marín, **El Frente de Juventudes**, ob. cit., pp. 129-130 y cf. Salvador Giner, "Libertad y poder político en la Universidad española", en P. Preston, ed., **España en crisis**, ob. cit., pp. 310-311.

⁶⁶ D. Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., p. 433.

el papel de vanguardia política que se asignara desde su origen. La misma pérdida de sus referentes políticos e ideológicos, o la atenuación de sus aspectos más combativos iba a valer tanto para acabar con una fuerza medianamente eficaz en el terreno formativo, político e ideológico, como para favorecer la integración de intelectuales universitarios. Una parte de ellos no hubieron de estar necesariamente comprometidos con la revolución pendiente, pero sí menesterosos de una cuantía de cambios que, hasta el momento, no pasaban de ser buenas palabras, promesas, y, en el peor de los casos, indigesta retórica triunfalista. Como diría Dionisio Ridruejo, los ingredientes del falangismo originario "más explosivos por su carga potencial inconformista, han tenido que conciliarse con un conformismo a ultranza fundado en la uniformización, el espíritu de obediencia, la mitificación de los jefes inapelables y la admisión cotidiana de que lo blanco era negro", y sobre todo, en este último punto, la evidencia de una Revolución aparcada⁶⁷. La originaria concepción de un Sindicato de estudiantes como fuente de inoculación de los principios falangistas en el medio universitario quedó devaluada en la misma medida en que la domesticación de sus elementos más críticos y activos ganó terreno a la vigencia de un programa esencialmente inconciliable con los intereses inmediatos y mediatos del Nuevo Estado. La moderación pragmática que experimentará el Partido tan sólo recién terminada la guerra tuvo su paralelo

⁶⁷ D. Ridruejo, **Escrito en España**, Buenos Aires, Losada, 1964, 2a ed. p. 217.

en la integración del SEU en el Frente de Juventudes. Ha sido leída incluso como exponente de la pérdida de identidad política de Falange en el Nuevo Estado:

La conversión, la metamorfosis del SEU, es sin duda un fenómeno político de alcance paradigmático en el estudio de FET-JONS. Su transustanciación política no significó en modo alguno su desaparición ni la de sus integrantes. Ambos se trasladaron -con gusto o sin él, que ello es políticamente irrelevante- a los nuevos campamentos burocráticos⁶⁸.

El último y decisivo paso para la desnaturalización del SEU lo iba a dar la Ley de Ordenación Universitaria de 1943. Promulgada ya la Ley, el acto de clausura del VI Consejo Nacional del SEU, de 1944 y en Santiago de Compostela, cerraba por boca de Rodríguez de Valcárcel, su presidente, la etapa fundacional del Sindicato y abría las puertas de una anhelada madurez política, ahora al servicio de bien poca cosa, con el desaliento ya instalado en los ánimos de los viejos seuístas⁶⁹. Las conclusiones del Congreso, para Jato, expresaban que "no había ya el espíritu de antaño". Registro nostálgico que, en la segunda edición de su libro, acentúa en aspereza y sentido del fraude, puesto que para el hombre de 1969, tales conclusiones fueron aprobadas "ya sin esperanza. No eran más que literatura"⁷⁰.

No por azar, ese Consejo era sólo unos meses posterior a una LOU escasamente receptiva a las aspiraciones políticas de

⁶⁸ R. Chueca, **El fascismo en los comienzos del régimen de Franco**, ob. cit., p. 337.

⁶⁹ Cf. D. Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., p. 460.

⁷⁰ David Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., 1953, p. 335 y 1969, p. 460.

los primeros seuístas. Quedaban muy lejos los propósitos consignados en el folleto antes citado y el mismo proceso de elaboración de la LOU no auguraba demasiada prosperidad a una Falange crítica. La misma Ley vendría a significar la pérdida de la iniciativa política del Sindicato a favor de competencias únicamente profesionales y, por ende, deshacía todo compromiso real del SEU futuro con algo semejante al Sindicato de Partido que había sido. El artículo 34 de la nueva Ley configuraba un organismo administrativo destinado a encuadrar a los universitarios, en el marco general de una ley que restituía la Universidad española a su "sustancia histórica" y contenía su caída por la "pendiente del aniquilamiento y la desespañolización" en la que la abandonó la República (Preámbulo de la LOU). Al SEU se asignaba la misión de "infundir con sus actividades e instituciones el espíritu de la Falange en los escolares universitarios", según su artículo 34 c e implicaba la obligatoriedad de una afiliación que sería confirmada por Orden Ministerial posterior, de noviembre de 1943. David Jato apenas logra remontar su decepción: "Con ello desaparecía el viejo SEU. Pasaba a ser patrimonio de todos los estudiantes". La primera edición de la obra añadía una apostilla que merece ser reproducida, sobre todo teniendo en cuenta su posterior omisión: "El Sindicato de un grupo de exaltados se convertía, en gracia al triunfo político, en alma de la unidad universitaria"⁷¹.

⁷¹ David Jato, *La rebelión de los estudiantes*, 1ª ed., 1953, p. 332. Un examen del libro como tal, en Marie-Aline Barrachina, "Remarques sur *La rebelión de los estudiantes*, de

Esa misma primera edición de 1953 incluía un Epílogo de Jorge Jordana Fuentes, en ese momento Jefe Nacional del SEU, que habla más francamente todavía del futuro que esperaba al SEU y lo hace expulsando de manera abierta los fantasmas que acosan también a Jato. La omisión del Epílogo en posteriores ediciones es, probablemente, significativa de la equivocada presunción de Jato (o de un fino cinismo autoirónico) -el SEU no sería alma de la unidad universitaria- y, aún más, de la disconformidad de una vieja guardia con las tareas que prometía al Sindicato su mismo Jefe Nacional:

Muchos camaradas, con la mejor intención del mundo, querían que el militante heroísmo del SEU de los años 34, ó 38, ó 42 siguiera manifestándose en el 48 ó en el 50. Todavía quedan algunos que lo creen así. Sin embargo, el Sindicato de ahora no es, por sistema, un instrumento de oposición o de batalla, sino un arma para la tarea de hacer una Universidad dentro de un Estado rescatado. Y ésta es -¡qué duda cabe!- predominante función de la inteligencia.⁷²

La historia posterior del Sindicato es inevitablemente la crónica de un fracaso político gestado desde dos frentes internos: los entusiasmos residuales de un Sindicato que no pudo ser el que deseaba Sotomayor, por una parte, y de otra, el que impulsaban aquellos que sin otra afinidad que un cierto entusiasmo transformador, más ético y biológico que ideológico, explotaban y explotarán los recursos que la legislación universitaria ponía en sus manos. Caballo de Troya no lo fue, pero sí experimentó el SEU, antes de la

D. Jato Miranda", en J.-L. Guereña, ed., *L'Université en Espagne et en Amérique Latine. (Enjeux, contenus et images)*, Tours, Université de Tours/ CIREMIA, en prensa.

⁷² Jorge Jordana Fuentes, Epílogo a la 1a ed. de D. Jato, *La rebelión de los estudiantes*, ob. cit., p. 344.

infiltración de las fuerzas de oposición, la erosión de unos ideales sin respaldo político en el medio en el que esperaban hallarlo y a manos de quienes supuestamente estaban ahí para fortalecerlo. El examen de las actividades culturales y la prensa confeccionada por sus miembros enseñará esa doble dirección de una decadencia segura y alumbrará claramente la sustitución de modelos de Estados e ideas. A ello apunta el propio Jato, con prosa algo críptica, después de enunciar los orígenes falangistas de Sánchez Ferlosio, Bardem, Berlanga o Sastre, en la edición de 1969 de **La rebelión de los estudiantes**: "Sus miembros [de la generación intermedia] navegarían por todos los rumbos de la rosa de las ideas, anarquizados como colectividad. Aquellos que se acercaron a la generación de 1936 sufrieron los efectos desorientados de la transfiguración ideológica que la afectaba"⁷³.

⁷³ Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., p. 462.

- Una agonía asistida: el SEU entre 1956 y 1965.

El generalizado estado de alarma que no ocultan las propias filas falangistas en la década de los cincuenta, revela con particular patetismo las dificultades de penetración de una doctrina en la mentalidad e intereses de los jóvenes universitarios. Pero es igualmente cierto que, después de 1945, el SEU, desde el punto de vista ideológico doctrinario, tampoco iba a encontrar el respaldo esperado en el Estado franquista. El balance que proponía Mariano Aguilar Navarro, en 1971, como hombre que conocería los orígenes republicanos del SEU y seguiría de cerca los pasos siguientes del Sindicato no ha perdido vigencia. Si bien los jóvenes adolescentes no hallaban en la retórica revolucionaria el estímulo suficiente para apropiársela, tampoco el régimen iba a ceder ese espacio de libertad a un grupo de impulsivos que ya hubo de controlar en fechas muy tempranas: "El SEU libró una batalla perdida de antemano, tratando de mantener actitudes revolucionarias, cuando eran las fuerzas más reciamente conservadoras las que se aprestaban a cotizar los éxitos castrenses"⁷⁴. Por una parte, la devaluación de mensajes propagandísticos contradictorios con una ejecutoria política mucho más mezquina, alimentó inquietudes entre cuadros medios en contacto diario con la realidad educativa. Un instructor del Frente de Juventudes confesaba ya en la segunda mitad de

⁷⁴ M. Aguilar Navarro, "¿Resurrección del SEU?", **Cuadernos para el diálogo**, 90 (marzo-1971), p. 12.

los años cuarenta la insalvable paradoja que la omnipresencia de Falange creaba entre los jóvenes:

La vida se hace más dura, el cinturón se aprieta y por todas partes continúan visibles los emblemas de la Falange, aunque sobran en la mayoría de los sitios. El Yugo y las Flechas, es para muchos españoles, un signo odioso que ven en los lugares donde se hace estraperlo; de los dos peligros en que pueden caer los símbolos, el abuso y el prescindir de ellos, nosotros caemos en el primero⁷⁵.

Por otra parte, la continua vulneración de algunos de los supuestos ideológicos que alimentaron en los años cincuenta el falangismo seuista más batallador -antiamericanismo, reticencias vaticanistas, criticismo utopista al capitalismo, etc.- no era el mejor estímulo para una militancia activa. Significaba, en realidad, la vinculación poco menos que formal y administrativa (pero no ideológica y política) de Falange con el régimen. Y, sobre todo, esterilizaba el posible instrumento de adoctrinamiento y reclutamiento que pudieron haber sido los cursos de Formación Política. Los numerosos y ásperos testimonios que aduce a este respecto Sáez Marín son los mejores indicadores del deterioro de unos cimientos y, aún más, de la amenaza de una inmediata consunción por inanidad. En las mismas fechas que el texto anterior, otro instructor esquematiza la radiografía de la situación en puntos convergentes: desilusión política tras la victoria aliada de 1945, desmoralización por la inoperancia de Falange como instrumento del Estado, pérdida de fe en el mando y la "crítica amarga y destructiva en muchos casos" y, por último,

⁷⁵ Cit. por Juan Sáez Marín, **El Frente de Juventudes**, ob. cit., p. 202.

ese rasgo omnipresente en la prensa seuista más activa, un "afán de sinceridad rabiosa y en casos agresiva, como reacción contra la corriente de mentira de la vida oficial y social que prolifera no ya sólo en nuestra Patria, sino en el mundo"⁷⁶.

Pero vale la pena todavía reproducir dos análisis más de sendos Oficiales Instructores porque acusan la franqueza propia de la confesión de un fracaso no únicamente profesional. La importancia de estos testimonios estriba fundamentalmente en la identificación del espacio abierto, de la disponibilidad intelectual e ideológica que define a una juventud todavía no universitaria. De mediados de los años cincuenta es este encadenamiento de despropósitos y frustraciones:

La juventud nota cómo se va pasando el tiempo y muy pocas esperanzas se han convertido en realidades. Es más, todos los ideales (...) han quedado totalmente teorizados. [La realidad] es insatisfacción política, indiferencia, descreimiento, confusión (...), desilusión y alejamiento. *En la práctica no encaja lo que se ha explicado en la teoría.*⁷⁷

Los informes de estos Instructores a la altura de 1958, registran de manera vehemente el fracaso personal y profesional de sus orientaciones, las deserciones, la desconfianza por la jerarquía o la impotencia frente a las nuevas demandas de los jóvenes. Los textos pueden llegar de las fibras más hondas del autor, como esta última confidencia:

La Falange, como entidad política, está asimismo fracasada por culpa de sus mandos y de los estamentos rectores. Su credo y su moral, en la práctica es un puro mito, una entelequia. (...) Yo no quiero hacerme responsable de tanta cosa sucia y

⁷⁶ Ibidem, p. 205.

⁷⁷ Ibidem, pp. 226-227. El subrayado es mío.

me repugna todo eso [cargos y prebendas]. (...) Me importa España, su juventud, que hemos perdido totalmente, nuestra dignidad de hombres españoles, mi condición de hombre falangista que mantiene la misma insatisfacción que hace 20 años. Todo eso me importa más que las sonrisas que pueda dedicarme un mando en quien, por otra parte, yo no puedo tener fe porque no ha sabido alzar la voz a tiempo, porque ha fracasado, en una palabra⁷⁹.

El desánimo había cundido también lejos de las voluntariosas bases con bastante anterioridad a esa tardía y concluyente confesión. El propio Jefe Nacional del SEU, Jorge Jordana Fuentes, registraba sólo dos años después de acceder al cargo, y en lugar ya conocido, el Epílogo a los **Apuntes para la historia del alegre SEU**, de David Jato, el estado de parálisis y la atonía en que vegetaba un Sindicato destinado a formar los cuadros que el régimen necesitaba. Lo que con el tiempo había de terminar con el termómetro vital que registran las citas de las páginas anteriores había sido anticipadamente asimilado por el régimen. El texto de Jordana es quizá el mejor testimonio interior de la languidez que hubo de remontar el SEU en el período de su propio mandato y, naturalmente, del ministerio de Ruiz-Giménez. Su texto es una llamada de atención y un signo de alarma:

Pero Jato no ha vivido desde dentro la tragedia del SEU de los últimos años, del SEU que mandaba José María del Moral. Un SEU cuyos miembros cambiaban cada cinco años. Un SEU con escasísimos medios económicos y prácticamente con ningún apoyo político. En el que los estudiantes no querían ver más que el gendarme de la Universidad y las autoridades académicas el elemento de perturbación. Un Sindicato que se encontró por efecto de su integración en el Frente de Juventudes, sin sus cuadros de mandos, teniendo que improvisar los nuevos entre camaradas dotados de bonísima

⁷⁹ Ibidem, p. 233.

intención, pero no siempre de capacidad probada.⁷⁹

Confesiones de este tenor no hacían otra cosa que sancionar la decadencia ideológica de un organismo político y educativo que se sobreviviría a sí mismo en el terreno funcional y organizativo. La sintonía de estas palabras con los diagnósticos de un Ridruejo o un Laín Entralgo en torno a la crisis universitaria de 1956 revelan bien, como veremos, la confianza común en un proyecto político liberalizador -Ruiz-Giménez-, pero evidencia sobre todo la impotencia por inocular entre los jóvenes cuanto la LOU había confiado, en los primeros años cuarenta, al Sindicato Español Universitario.

El trabajo clásico de Gino Germani sobre Italia y España apuntaba ya decididamente a este fracaso de la socialización política de la juventud en los regímenes autoritarios de ambos países. El fracaso anidaba en las contradicciones inherentes a ambos Estados y, sobre todo, en la pugna entre una estrategia de excitación y exaltación ideológica de la juventud, por un lado, y, por el otro, el control político de unas energías entusiastas que hallaban en plena desmovilización a los receptores del discurso social de Falange desde finales de la década de los cuarenta⁸⁰. La nueva impronta liberalizadora de 1951, paradójicamente, iba a suministrar confianza renovada en

⁷⁹ Epílogo a David Jato, *La rebelión de los estudiantes*, ob. cit., p. 342.

⁸⁰ Cf. Gino Germani, "Political Socialization of Youth in Fascist Regimes: Italy and Spain", en G. Germani, *Authoritarianism, Fascism and National Populism*, New Jersey, Transaction Books, 1978, pp. 245-247. Hay versión española e italiana de este trabajo clásico: *Revista Latino-americana de Sociología*, Vol. V, n. 3 (nov.-1969) y *Quaderni di Sociologia*, n. 1-2 (en.-junio, 1969).

las propias fuerzas y, sobre todo, nuevos canales de actuación a una juventud falangista en actitud defensiva. El aumento del volumen de voz y el registro más acusadamente crítico se acentúan, fundados en el respeto a la doctrina sistemáticamente desatendida por la tarea de un gobierno que oficialmente la encarnaba. Este último coletazo de lealtad entusiasta a la doctrina de José Antonio, que arranca de los últimos años cuarenta, como ha examinado M.A. Ruiz Carnicer⁹¹ en el marco de las hipótesis establecidas por Germani, tuvo algo del canto del cisne falangista. La dinamización cultural que caracterizó el mandato de Ruiz-Giménez en los primeros cincuenta constituía también el primer anuncio del fracaso ideológico del SEU. La doctrina que animó la prensa más ágil y viva de su historia, *La hora*, *Alcalá* o incluso boletines universitarios como la primera época de *Laye*, sería anegada, de nuevo, en la impotencia por materializar con holgura los principios de justicia social y de solidaridad que constituían el grueso y el marco genérico de la crítica falangista (pero también de los grupúsculos clandestinos de oposición que entonces habían de nacer). Para muchos, la boca del túnel de salida estaría en las inmediaciones de otro proyecto revolucionario, el que propugnaba un ideal social semejante

⁹¹ Cf. M.A. Ruiz Carnicer, "El Sindicato Español Universitario (SEU) y el surgimiento de la oposición estudiantil al régimen", en J. Tusell, A. Alted, A. Mateos, ed., *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*, Madrid, UNED, 1990, T. II, pp. 230-231 y "Actitudes políticas, sociales y sindicales de los estudiantes universitarios españoles (1939-1960)", en J.-L. Guereña et al., ed., *L'Université en Espagne et en Amérique Latine du Moyen Age a nos jours*, Tours, Université François Rabelais/ CIREMIA, 1991, pp. 397-422.

desde supuestos políticos alejados, pero no totalmente contradictorios, con doctrinas fundadas en la fortaleza del Estado.

En este sentido cabe leer los precoces diagnósticos de Ridruejo y Laín en torno a las motivaciones para una agitación universitaria, ausente de España desde los años de la República (y, en buena parte, por impulso de la subversión antaño favorecida y hoy refrenada del propio SEU). Ambos señalarán prioritariamente el factor social entre los causantes de una búsqueda de nuevas respuestas ante el agotamiento de un corpus ideológico cuya metabolización, por parte del régimen, ha anulado toda capacidad de actuación e intervención política eficaz. Es aleccionador que las inclinaciones más conservadoras que incubaba la Falange de aluvión de la guerra, no pasasen inadvertidas a un cronista de primera hora, como Francisco Bravo Martínez. En 1940 registraba su ofensa por la hipotética participación de Falange en la restauración "de una mediocridad burguesa conservadora (de la que España ha conocido tan largas muestras) orlada, para mayor escarnio, con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules"⁸². Las oportunas correcciones metafóricas bastarán para hacer válidas estas palabras de 1940 en la mentalidad de los jóvenes seuístas y subrayar el acierto de sus augurios. El gradual e implacable desplazamiento de la doctrina al cajón de las nostalgias vehementes, lo expresaba Ridruejo en un balance frecuentemente

⁸² Francisco Bravo Martínez, *Historia de Falange Española de las JONS*, ob. cit., p. 204.

citado⁸³:

Si se estudiase la formación de la conciencia discrepante de la juventud, expresada de un modo o de otro en los diez últimos años, se vería que ésta ha sido sucesivamente: 1o. Una presión impaciente por hacercorrer los escalafones del 'Movimiento' oficial ocupados por jóvenes algo menos jóvenes. 2o. Una confrontación desengañada entre los ideales del mismo Movimiento y sus realizaciones prácticas, sobre todo las de orden social. 3o. Una tentativa de replanteamiento de 'los mismos' ideales del Movimiento en corrientes, grupos o larvadas organizaciones discrepantes de su disciplina. 4o. La ruptura con la disciplina y la ideología y la apertura de un panorama electivo, forzosamente limitado, arbitrado por la propia juventud a través de una información más bien clandestina y de una búsqueda de guías casi desesperada⁸⁴.

Otro trabajo de 1957, "Sobre la juventud española", incidía de nuevo en el mismo enfoque. Subrayaba ahí que es en el SEU donde se originarían los movimientos críticos basados en el desengaño: "El contraste entre lo que se les enseña y lo que en la sociedad española ven por sus ojos, basta para explicar un estado de ambigüedad y turbación que fácilmente pasa a la denuncia"⁸⁵. Tal como apuntaba un Oficial Instructor citado más arriba, una de las claves del desencanto falangista está en la futilidad de sus proclamas y el carácter ornamental de un trabajo ideológico y político con vocación transformadora. Pero muy particularmente, ese desengaño

⁸³ El propio G. Germani veía en el pasaje una óptima síntesis de la evolución de los jóvenes en Italia y España, cf. "Political Socialization of Youth...", art. cit., p. 266.

⁸⁴ Dionisio Ridruejo, **Escrito en España**, ob. cit., p. 216, donde transcribe estas palabras suyas de 1958. Cf. también su Prólogo a Francisco Fernández-Santos, **El hombre y su historia**, Madrid, Ed. Arión, 1961.

⁸⁵ D. Ridruejo, "Sobre la juventud española" [1957], en Ridruejo, **Entre literatura y política**, Madrid, Seminarios y Ediciones, Hora H, 1973, p. 118.

arrancaba de una ansiedad compartida por los universitarios encuadrados tanto en desacreditadas instancias oficiales como en los primeros afiliados a los partidos clandestinos. Si Ridruejo estimaba hacia 1961 que "el socialismo, entendiendo la palabra con gran amplitud, polariza magnéticamente las oscilaciones de la brújula juvenil en España"⁸⁶, el informe sobre la juventud de Laín Entralgo, en diciembre de 1955, apuntaba a inquietudes de la misma naturaleza. En este caso, sin embargo, importa notar la implicación culpable del Estado en la conciencia de quienes critican una actuación política que, en el terreno de lo social, se aleja desoladoramente de su expresión verbal y propagandística:

La inquietud política consiste, ante todo, en una viva desazón por el futuro de España y en la crítica acuciosa de falta de brío de nuestro Estado para resolver con justicia y eficacia los problemas de la vida española, *sobre todo los de orden social y administrativo*. Cualesquiera que sean las tendencias hoy perceptibles dentro de la minoría estudiantil - la falangista, la monárquica y la democrático-radical- todos sus grupos comulgan en la desazón y la crítica antes señalada. Un movimiento de opinión marxista no es todavía muy aparente, pero no sería extraño que fuese fraguándose entre aquellos cuya conciencia social -*muy viva e impaciente en el alma de nuestros jóvenes*- propen[d]a al radicalismo.⁸⁷

Más adelante nos detendremos en lo que ahora sólo cabe apuntar: la ofensiva falangista de los números finales de **Alcalá**, en 1955, con expresas reafirmaciones en la doctrina joseantoniana y muy intencionadas evocaciones del abortado SEU

⁸⁶ Ridruejo, *Escrito en España*, ob. cit., p. 220.

⁸⁷ Reproduce el Informe Roberto Mesa, ed., *Jaraneros y alborotadores*, ob. cit., p. 47. Y cf. P. Laín Entralgo en *Descargo de conciencia*, ob. cit., pp. 414-41 y J. Sáez Marín, *El Frente de Juventudes*, ob. cit., pp. 238-239.

de Enrique Sotomayor. El doble lenguaje del régimen y la madurez adquirida en sucesivos desencantos conduciría a los falangistas que José Bugeda llamó de la "generación del 49"⁸⁸ a suscribir en gran parte el diagnóstico de Carlos París, referido a la segunda mitad de los cincuenta. Tomando como eje decisivo la evaluación de la guerra civil, el falangismo "hipotético", que dijera Ridruejo, fue haciendo descubrimientos de este calado:

aunque considerábamos la guerra como una gran tragedia (...) seguíamos exaltando al bando nacional y creyendo que había que partir de él, de su sector de izquierda, por así hablar, que para nosotros era la Falange originaria y pura. Pero entonces empecé a ver que quienes verdaderamente representaban y encarnaban nuestros ideales eran los partidos clásicos de izquierda que habían luchado contra el franquismo y a los que el lavado cerebral sufrido nos había presentado con una máscara siniestra.⁸⁹

Las trayectorias paralelas fueron creciendo desde esos momentos y el abandono de un encuadramiento por otro, para la conquista de una utopía semejante, sería el destino final de lo que había comenzado, al menos, en las páginas de **La hora** como lucha contra la desideologización y el pragmatismo acomodaticio⁹⁰. Ese mismo destino llevaría al falangismo a revistas como **Índice**, donde debieron convivir con las fórmulas más renovadoras del catolicismo, e incluso hubieron de

⁸⁸ Ssecretario de redacción de **La hora** entre 1948 y 1950, cf. J. Bugeda Sanchiz, **...Y el pueblo al fondo**, Barcelona, Ed. Linosa, 1969, p.109 y ss.

⁸⁹ C. París en J.F. Marsal, **Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta**, Barcelona, Península, 1979, p. 208.

⁹⁰ Cf. José Bugeda, "La generación del 49", en **...Y el pueblo al fondo**, ob. cit., pp. 109-141.

contemplar cómo su propia disolución se resolvía en propuestas de signo abiertamente socialista (que no eludían referencias obvias a los mismos fines y objetivos socio-políticos que Falange había exaltado y cuya teoría seguía exaltando: la justicia social y el principio de solidaridad, por delante de todos.)

Ante la deprimida conciencia colectiva descrita, el régimen arbitró formas de solución transitoria a un problema viciado de origen. Las alternativas a una organización estudiantil no se buscarán en las vías democráticas que exigen los estudiantes pero sí afectarán éstas a la normativa futura en torno al SEU. Los decretos de 1958 y 1961 son evidentes reflejos de una agitación universitaria con mechas ideológicas que sitúan al régimen en una posición defensiva. La necesidad de demostrar los méritos del SEU era así el motivo de fondo para preparar una detallada **Memoria del curso 1957-1958**, que oficialmente conmemoraba el vigesimoquinto aniversario del Sindicato:

Esperamos que el examen de estos datos lleve a los estudiantes y a cuantos se interesan por la vida del Sindicato a un conocimiento exacto de la extensión y de la eficacia de su actividad y sirva para poner de relieve la absoluta superioridad sobre cualquier otro pensable de un sistema cuyo funcionamiento se deriven tales frutos.⁹¹

Y en el examen de la recién operada reorganización del Sindicato -desde 1957 encuadrado en la Delegación Nacional de Asociaciones del Movimiento-, el motivo prioritario había sido

⁹¹ El texto es anónimo pero marcadamente personal; bien pudiera ser de Jesús Aparicio Bernal, **Memoria del curso 1957-58**, Madrid, Jefatura Nacional del SEU, 1958, p. 7.

"ante todo, afrontar francamente el general recelo que se levantaba ante el Sindicato, y su escasa vitalidad"⁹².

La conciencia íntima de estar organizando un cadáver político, a la altura de 1961, late en el espíritu tanto como en la letra del preámbulo del **Decreto sobre Organización del SEU**, que confirma y desarrolla la orden conjunta de la Secretaría General del Movimiento y el Ministerio de Educación de 18 de octubre de 1958. En virtud de un abigarrado aparato legal se reestructuraba el Sindicato "con el propósito de reafirmar su condición de auténtica corporación estudiantil para la defensa de los intereses de sus miembros"⁹³. Pero bajo esos supuestos el decreto acusa indirectamente la presión de las movilizaciones universitarias que inició febrero de 1956. La justificación del Decreto se vincula a lo que, según el legislador, fue la mejor virtud de la orden conjunta anterior ("ofrecer a los estudiantes una mayor participación"⁹⁴), que ahora viene a cumplir más estrictamente lo que habían sido las demandas estudiantiles expuestas en el III Consejo Nacional del SEU. Así lo veía también, en estudiada sintonía, un órgano informativo de la Jefatura Nacional como **Noticia**. En portada titulaba la crónica de un discurso de Aparicio Bernal en términos democratizantes: "Aumento de la representación

⁹² Ibidem, p. 12. El detalle legislativo de estos cambios, en pp. 12-14.

⁹³ **Decreto sobre Organización del SEU y Orden de la Presidencia del Gobierno desarrolladora del mismo**, Madrid, Gabinete de Estudios del SEU, Legislación Universitaria, 1962, p. 5.

⁹⁴ Ibidem.

estudiantil, vieja aspiración cumplida"⁹⁵. El propio texto de la LOU, en singular lectura de Jorge Jordana Fuentes, restablecía, "aunque debidamente atenuado, el sistema de participación estudiantil en su gobierno que caracterizó a nuestra mejor Universidad de Salamanca"⁹⁶. La demanda de "una ampliación de los órganos representativos" se refleja en el Decreto de 1961 al aceptar la "elección directa del Delegado del Centro por los propios estudiantes", por una parte, y "la ampliación del número de miembros del Consejo Nacional, elegidos por los estudiantes"⁹⁷, por otra.

Las concesiones que suponen estas explícitas referencias a una participación democrática tienen su cara oscura en las abundantes precauciones legales y disuasorias que también contempla la normativa. La agitación histórica de los universitarios de esos años aparece en estos documentos⁹⁸ vía penalización, que evidencia la peligrosidad y la previsibilidad de conflictos bien delimitados. No se trata sólo de que un Decano pueda "negar el placet" a cualquiera de los candidatos a Delegado de Centro (art. 10), sino de consignas todavía más precisas y reiterativas. El artículo 12

⁹⁵ *Noticia*, 19 (16-oct.-1958), p. 1.

⁹⁶ J. Jordana Fuentes, "Congreso de Estudiantes", *Alcalá*, 31 (25-abril, 1953), [p. 1].

⁹⁷ *Decreto sobre Organización*, ob. cit., p. 6.

⁹⁸ Y el propio boletín de la Jefatura lo registra; la portada del 23 de enero de 1957 (sin numeración) de *Noticia. Hoja Informativa*, trae una nota sobre el cierre de la Universidad de Barcelona, tras los sucesos "con el motivo inicial de la subida de los precios de los transportes". Otra nota sobre Barcelona, todavía menos comprometida, dos meses después, en *Noticia*, número de 6 de marzo de 1957.

define las competencias de los Consejos de Facultades con esta coda: "No constituye en ningún caso competencia del Consejo de Facultad o Escuela la discusión de problemas ajenos al ámbito académico y sindical de la misma." Con esa intención controladora y persiguiendo la estricta profesionalización de una actividad sindical, la sección de "Ruegos y preguntas" de un Consejo deberá haber sido expresamente pactada con antelación, del mismo modo que el Decano velará por que "los órganos representativos de los centros no deliberen sobre temas que excedan de su competencia" (art. 14). Y, por supuesto, toda actividad de propaganda o publicidad deberá ser aprobada por el Decano o el Jefe del Distrito y sólo "referirse a asuntos profesionales, académicos o culturales de los alumnos de la propia Facultad o Escuela, a juicio del Decano o Director" (art. 21)⁹⁹.

No siempre los textos legales acusan de manera tan clara el estado crítico de aquel aspecto cuya ordenación pretenden. Tan escrupulosa delimitación de competencias no parece fruto del azar sino respuesta condicionada por una protesta estudiantil compleja y camaleónica. Disposiciones legales tan continuadas, y su misma orientación, constituyen menos los apuntalamientos legales de una estructura sólida que últimos

⁹⁹ M.A. Ruiz Carnicer examina detenidamente estos y otros aspectos legales del SEU en el apartado "El ordenamiento jurídico del SEU. Configuración y evolución" de la tesis doctoral de próxima publicación (y cuya consulta agradezco de nuevo a su autor), **El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo**, leída en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, 1990. Distintos anticipos del trabajo se han citado ya. Véase Bibliografía.

esfuerzos apenas testimoniales para hacer sobrevivir un organismo desbordado por sus usuarios y desautorizado en todos los terrenos. En esos mismos años, entre 1956 y 1958, con el acceso a la Jefatura Nacional del SEU de Jesús Aparicio Bernal, el SEU quedaría encuadrado en la Delegación Nacional de Asociaciones del Movimiento -con Manuel Fraga Iribarne al frente¹⁰⁰- hasta que una reorganización de 1958 procedería a eliminar de sus fines los que reconocían los Estatutos de 1937. Se consagraba así el papel meramente burocrático del ingreso en el SEU y se hacía irreversible "su situación como una parte más del engranaje del Estado"¹⁰¹.

No sólo desde la década del sesenta el SEU perdía cualquier instrumento de expresión de alguna calidad sino que entre los protagonistas de su misma historia primera subsistía la memoria mítica de publicaciones seuístas ya desaparecidas. La propia institución vivía su decrepitud de la forma más desapacible: alentando en la memoria los mitos originarios de su propia biografía. Mientras **Laye** pasaba a la mitología local en forma de "la inolvidable", el mismo papel ejercieron en Madrid dos órganos de la Jefatura Nacional del SEU, **La hora** o **Alcalá**, como pruebas de una solvencia institucional irrecuperable. Y lo más curioso: solvencia fundada en los gérmenes de una defección inminente mucho más que en la

¹⁰⁰ Cf. la ya citada **Memoria del curso 1957-1958**, p. 8.

¹⁰¹ M. A. Ruiz Carnicer, **El Sindicato Español Universitario**, tesis inédita cit., pp. 177-186. La **Memoria del curso 1957-58** procuraba desmentir esa misma evidencia: "No ha perdido por ello [el SEU] su carácter de corporación, porque en ningún caso el Sindicato puede transformarse en un Servicio administrativo", ob. cit., p. 8.

adhesión razonada al sistema. El coletazo final y más digno de esas expresiones inconformistas del SEU, las que hicieron de él algo más que unas siglas huecas, pero ya envenenadas por virus ideológicos diversos, fue **Acento cultural**, moribundo a lo largo de 1961 y enterrado con la llegada de R. Martín Villa a la Jefatura Nacional del SEU en febrero de 1962.

- Rentabilidad cultural de una crisis ideológica (1951-1956)

Las raíces históricas de la reconstrucción de la razón¹⁰² y la cultura liberal de los años sesenta retrotraen por fuerza a uno de los periodos más fructíferos de la cultura paradójicamente franquista. De organismos concebidos para su perpetuación ideológica y política, y con el ejemplo próximo de intelectuales incipientemente heterodoxos (Ridruejo, Tierno, Aranguren, Lain), ha de surgir la expresión difusa pero viva de una nueva conciencia crítica en torno a los primeros años cincuenta. Lo hará de la mano del cariz liberal que retoma el régimen desde la familia católica menos integrista, mejor templada en los aires europeos vaticanistas y más receptiva a los todavía vivos mensajes de un falangismo de inclinación liberal, respetos orteguianos y espiritualidad

¹⁰² En frase de M. Vázquez Montalbán, **Crónica sentimental de España**, Barcelona, Lumen, 1971, p. 15 y ss.

católica, procedente de **Escorial**¹⁰³. Con la confianza obtenida por Laín, Tovar o Ridruejo en sus distintos ámbitos por parte del nuevo ministro de Educación Nacional de 1951, Joaquín Ruiz-Giménez, junto a la Jefatura Nacional del SEU de Jorge Jordana Fuentes y factores histórico-biológicos que apuntaremos, la vitalidad cultural del SEU experimentaría entonces un importante resurgimiento. La singular ubicación de la prensa seuísta en el mapa político español -exenta de censura por delegación de confianza del Jefe Nacional en el director de la publicación¹⁰⁴ - convertirá a esos órganos en el frente cuantitativa, pero también cualitativamente, más atractivo y sugerente hasta el final de la década. Durante cinco años surgirán nuevos proyectos (Departamento de Actividades Culturales), se institucionalizarán ensayos de actuación social anteriores (como el SUT), reanudarán su vida pública o nacerán publicaciones clave (de **La hora** a **Alcalá** y **Laye**) o ingresarán en las universidades segmentos juveniles nacidos al filo de los años treinta y casi enteramente ajenos a las raíces políticas e históricas de la guerra civil, aunque no a una posguerra que mantuvo vivas las brasas. Con esa reactivación biológica pero también política, levantaría cabeza con fuerza un discurso ideológico muy a menudo fiel al

¹⁰³ Para la cual sigue siendo indispensable, José-Carlos Mainer, "La revista **Escorial** en la vida literaria de su tiempo (1941-1950)", recogido en **Literatura y pequeña burguesía en España**, Madrid, Edicusa, 1972, pp. 241-262 y cf. Sultana Wahnón, **Estética y crítica literarias en España (1940-1950)**, Granada, Universidad de Granada, 1988.

¹⁰⁴ Cf. M.A. Ruiz Carnicer, "El SEU y el surgimiento de la oposición estudiantil al régimen", art. cit., p. 232.

purismo doctrinal de Falange, pese al cerco de una realidad intransigente que sólo compensaba el calor narcisista de una doctrina de ribetes utopistas. Lo veremos más adelante, pero ahora importa advertir que los análisis en parte ya citados de Ridruejo y Lain, o la elegíaca melancolía del Epílogo de J. Jordana Fuentes a D. Jato, sólo encuentran explicación cabal detrás de la intuición, en unos casos, y la confirmación, en otros, del fracaso de unas ambiciosas expectativas teóricas. Sin dejar de ser, para el lector actual, el resorte estilístico de una conciencia culpable de precipitar el entierro de un organismo vagamente intimidatorio para el poder y excesivamente idealista para la realidad cotidiana. Y sobre todo, provisionalmente eficaz en las tareas asignadas de socialización política, a través de la entrega idealista a una causa: "No era pues [la nuestra] una actitud táctica sino sincera, el pensar que se trataba de defender los elementos más puros que había en el fondo de este Estado y que el franquismo había desvirtuado", según proponía Carlos París sobre la fidelidad universitaria a José Antonio en los últimos cuarenta y primeros cincuenta¹⁰⁹.

Lo decisivo para el futuro de la cultura española de los años sesenta y setenta es la agitación intelectual que favoreció ese intento de reanimación de las constantes vitales del Sindicato. Los instrumentos fueron diversos, a menudo con generosas dotaciones económicas y muchas veces con programaciones ambiciosas. Pocas revistas estuvieron a la

¹⁰⁹ C. París en J.F. Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., p. 206.

altura gráfica e intelectual de **Acento cultural** y pocos espacios más libres que revistas como **Cinema universitario** - del Cine-Club del SEU de Salamanca-, pudo hallar el universitario en la década del cincuenta. Si el cine encontraría el apoyo institucional de la consiguiente Dirección General, con J.M. García Escudero, para organizar las I Conversaciones Cinematográficas de Salamanca, el aficionado al teatro pudo ver en el TEU y los Colegios Mayores las piezas que se estrenaban por Europa, impracticables para la cicatería empresarial de la mayor parte de salas comerciales. Y si la penetración del pensamiento y la literatura europea, desde las formas sociales del catolicismo de l'Abbé Pierre y el obrerismo católico al existencialismo progresivamente marxista, no pudo acceder a plataformas divulgadoras normalizadas hasta los años sesenta, las primeras informaciones en torno a esa vida intelectual europea se hallarán en publicaciones seuístas o muy próximas a una sensibilidad juvenil, confusamente revolucionaria, como **Indice**.

No importan tanto, de este período del SEU, sus intentos de rearme político, con la creación de la Primera Línea¹⁰⁶ pero también del Centro Nacional de Estudios Políticos¹⁰⁷, como la creatividad cultural que desarrolló y en la que se formó la nómina más significativa de la cultura española del inmediato

¹⁰⁶ Cf. M.A. Ruiz Carnicer, "El SEU y el surgimiento de la oposición estudiantil al régimen", art. cit., p. 231.

¹⁰⁷ Cf. "Centro Nacional de Estudios Políticos", Alcalá, 22 (10-dic., 1952), [p. 4].

futuro. Un libro reciente de Barry Jordan, **Writing and Politics in Franco's Spain** ha buceado con provecho en las biografías de algunos narradores del cincuenta (Fernández Santos, Sánchez Ferlosio o Aldecoa) para comprobar ese origen falangista compartido y la lenta separación, silenciosa pero real, de sus medios y hábitos político-culturales¹⁰⁸. El procedimiento surtirá efectos semejantes aplicado a los distintos campos de la cultura contemporánea tal como parcialmente se ha indicado ya en el capítulo primero. Instituciones oficiales como el IIEC, primero, y el decisivo congreso de Salamanca de 1955, después, llaman la atención sobre una estética cinematográfica importada, con claros signos de tipo político, del mismo modo que la producción literaria más sintonizada con esos supuestos surgirá inicialmente del entorno seuísta, hasta dar el salto emancipador de la tutela del Estado. En el primer caso, a través de la búsqueda de financiación independiente y, en el segundo, por la vía de la inteligente articulación de unos circuitos culturales que aseguraron la viabilidad de una literatura crítica sin excesivo público, pero con el apoyo de la crítica mejor preparada.

No sólo el terreno artístico es patrimonio originario de la cultura del SEU. Lo son también los primeros ejercicios de independencia ideológica a través de la divulgación del pensamiento socialista, nacidos en tantas ocasiones de las oportunidades que significaron para una cabal toma de

¹⁰⁸ Cf. Barry Jordan, **Writing and Politics in Franco's Spain**, London-New York, Routledge, 1990, *passim*.

conciencia, los veranos transcurridos entre pescadores, mineros o agricultores por medio del Servicio Universitario del Trabajo (SUT). La raíz católico-falangista de la experiencia obliga a mencionar la efervescencia de las agrupaciones jóvenes de Acción Católica, las HOAC y JOC, altamente motivadas por empresas europeas en el campo de la infiltración católica en el obrerismo, a las puertas del Concilio Vaticano II, en España entreabiertas por los intelectuales reunidos en **El Ciervo**, o las voces más independientes de los medios eclesiásticos como los padres Díez Alegría, González Ruiz o Llanos.

Esta sucinta nota histórica justifica por sí sola la necesidad de atender especialmente a las actividades y las publicaciones que emprendió el SEU en el período en que su Ministro de Educación fue Ruiz-Giménez. Los años posteriores aportarán modificaciones sustanciales a ese panorama pero las raíces y las condiciones objetivas indispensables surgieron, con alguna antelación, de la desorientación ideológica que en los primeros años cincuenta padecería un falangismo universitario desencantado. Entre sus motores básicos figuraba el que más unánimemente agrupa la sensibilidad de los jóvenes intelectuales del momento, el "problema social". Como veremos, el SUT es tanto su cumplimiento práctico como el exponente más contundente de la conciencia de una corresponsabilización solidaria en la vida social, que impregna *físicamente* la producción intelectual más valiosa del período.

. Primera madurez de un compromiso social: el SUT

A la altura de 1953, la ponencia en torno a la Extensión Universitaria presentada en el I Congreso Nacional de Estudiantes, marcaba una de las pautas más emblemáticas (y más reveladoramente irrespetuosa con la condena de la República) de esta nueva sensibilidad. Proponía como programa urgente "giras del TEU, creación de centros musicales en ciudades y pueblos, actividades plásticas, apertura de casas de cultura, labor de concienciación respecto a la higiene y el bienestar". Es decir, como anota Ruiz Carnicer, la fidelidad al "espíritu social para llegar a zonas a las que el poder público nunca llegó"¹⁰⁹.

No es este el lugar para detallar la organización interior del SEU de aquel período, pero sí es indispensable registrar algunos de sus fenómenos más significativos. Del Congreso de Estudiantes de 1953 saldrían teóricamente reforzados los aspectos citados de Extensión Universitaria¹¹⁰. Al año siguiente, el SEU editaba un folleto informativo en torno a su situación actual. Existía la conciencia de divulgar una reorganización de departamentos y nuevas creaciones, entre ellas las que estaban obteniendo, en la propia prensa seuísta,

¹⁰⁹ M.A. Ruiz Carnicer, **El Sindicato Español Universitario**, tesis doctoral cit., p. 617.

¹¹⁰ Para las conclusiones del mismo, cf. **Alcalá**, 31 (25-abril, 1953), [pp. 4-5]. Del SUT, en concreto, se pedía su difusión "a todos los distritos universitarios y ampliación del mismo a las universitarias del SEU".

una atención más continuada. Entre estas últimas figuran las actividades del Departamento de Intercambio Cultural, que incluía Cursos y Bolsas de Viaje al extranjero, a menudo tan decisivas como las que disfrutaron Manuel Sacristán o J.M. Castellet¹¹¹. Las publicaciones universitarias subrayarían particularmente esta apertura al extranjero. Laye insertó en las ocho páginas azules de su penúltima salida la convocatoria de 24 Bolsas de Viaje¹¹². Tras el nombramiento de A. Lago Carballo en 1955 como Comisario de Protección Escolar se dotan 15 becas para el Colegio Español en París¹¹³ y Alcalá acogía regularmente la crónica de algún alumno becado sobre la Universidad que había conocido, o reportajes detallados sobre Universidades extranjeras, europeas y norteamericanas¹¹⁴.

El otro Departamento más insistentemente potenciado y mejor acogido en la prensa seuísta, tan costoso a largo plazo a los intereses del régimen como el anterior, iba a ser el que incluía el Servicio Universitario del Trabajo, es decir, el Departamento del Trabajo Universitario. Su creación data de 1952 pero sus orígenes arrancan del padre J.M. de Llanos, un

¹¹¹ Cf. *¿Qué es el SEU?*, Madrid, Jefatura Nacional del SEU, 1954, pp. 21-22 y, para la salida europea de Castellet, J. F. Marsal, *Pensar bajo el franquismo*, ob. cit., pp. 84 y 88.

¹¹² Cf. Laye, 23 (abril-junio, 1953).

¹¹³ Cf. Alcalá, 74 (julio-1955).

¹¹⁴ Cf., p. e., Gonzalo Sobejano, "Las dos universidades de Heidelberg", Alcalá, 3 (25-feb., 1952), el n. 26 (10-feb., 1953) -con trabajos de Serrano Vicens sobre "Los estudiantes de Leeds" o de R. Drudis Baldrich sobre la reforma de la Universidad alemana- o, entre otros, Alvaro de Zárate, "El Polythecnic de Londres", en la misma Alcalá 31 (25-abril, 1953).

falangista de primera hora, consejero en los primeros cuarenta del propio Franco, que llevaría hasta sus últimas consecuencias la doctrina social de Falange y la Iglesia, acercándose tanto al Partido Comunista como practicando el intervencionismo social más directo. La idea se fundaba en la asistencia de universitarios a Campos de Trabajo en flotas pesqueras, la minería, servicios de repoblación forestal o la construcción de viviendas. El proyecto pudo guardar alguna semejanza con el ensayo que había iniciado la Universidad alemana en 1950 y que tanto impresionó a Manuel Sacristán. En la tercera entrega de **Laye** glosaba la idea como "promesa" de futura plenitud humana:

He aquí, pues, que el intercambio entre obreros y estudiantes se articula sobre esta rótula sociológica fundamental: la sociedad debe poner al alcance de todos los hombres *en cuanto tales*, al margen de toda especialización, los medios adecuados para la profundización de la existencia.¹¹⁵

Sacristán se ajustaba aquí a los deseos del Papa Pío XII, también en relación con aquellos estudiantes alemanes: "Lo que hacéis por necesidad, ojalá llegue el día en que se haga por ideal". Es el testigo que retomó el Padre Llanos y que legitimaría las iniciativas emprendidas en SUT¹¹⁶. La conquista de un "sentido social" se basaba en diluir las fronteras clasistas, accediendo el obrero a una formación cultural que

¹¹⁵ Manuel Sacristán, "Comentario a un gesto intrascendente", **Laye**, 3 (mayo-1950), recogido en **Intervenciones políticas, Panfletos y Materiales III**, Barcelona, Icaria, 1985, p. 15.

¹¹⁶ Cf. J.M. de Llanos, S.J., "Carta del padre Llanos a un editorialista de **Pueblo**", **Noticia**, 28 de febrero de 1957, p.s.n.

podía proporcionarle el universitario que también empuñaría la herramienta:

Una juventud en busca de la otra y rompiendo compartimentos estancos, para no tener que romperse la crisma a tiros como consecuencia de su distanciamiento, de su oposición, de esa lucha de clases, irremediable mientras no haya más que estudiantes meramente tales y obreros exclusivamente tales¹¹⁷.

El preámbulo que creaba el SUT ponía sus distancias, sin embargo, entre las intenciones que animaban al padre Llanos y las que inspiraban en realidad al Servicio oficial, lo que explicaría la relativa distancia tutelar que se reservaría el promotor de la idea¹¹⁸. El preámbulo acudía a la retórica del elitismo universitario, poco afín con el proyecto del padre Llanos, para justificar la necesidad de formar una minoría dirigente que sepa con qué pelajes habrá de bregar:

La consideración del universitario, no como mero profesional del estudio, sino como hombre con vocación rectora y exigente para su más íntegra formación del contacto con todos los elementos humanos encajados en su tiempo y circunstancias, mueve al SEU a organizar el trabajo universitario en la industria, en el campo y en el mar, aprovechando en principio la época de las vacaciones veraniegas¹¹⁹.

Muy parcial es la semejanza entre esta declaración de propósitos y los que se traslucen en los testimonios de los participantes en que la huella fue más duradera. Carlos París ha narrado el sentido de la experiencia en su momento, y el intento que significó de "llevar a la práctica algunos de los

¹¹⁷ Ibidem.

¹¹⁸ Cf. M.A. Ruiz Carnicer, *El SEU*, tesis inédita citada, p. 911, que recoge el testimonio personal del padre Llanos.

¹¹⁹ *¿Qué es el SEU?*, ob. cit., p. 29.

ideales revolucionarios o, más genéricamente, sociales", como "esfuerzo un poco ingenuo pero sincero por trascender los límites que percibíamos en nuestro ambiente"¹²⁰. El ya citado número de **Alcalá**, "en el dintel del verano", detallaba la oferta de Campos de Trabajo e incluía la crónica de un sutista del año anterior en Almería, José Luis Algarabel, "Fue en un Campo de Trabajo"¹²¹. En 1955, la misma **Alcalá** recordaba el propósito de los campos del SUT por medio de una crónica que resumía los criterios básicos del padre Llanos: entablar diálogo entre los obreros y estudiantes, "diálogo tan necesario entre unas y otras clases de España, que ha de traer, a la larga, una mutua comprensión y solidaridad"¹²².

El periódico que mejor y más detallada información suministra a propósito del SUT es una publicación de la Jefatura Nacional del SEU, **Noticia**, que pasaría por distintas etapas y subtítulos entre 1955 y 1959, pero siempre con información de detalle valiosa sobre las actividades culturales y artísticas del SEU (sesiones de Cine-Club, estrenos de los TEUs, conferencias...). Pudo ser, incluso, el mejor órgano de propaganda del SUT¹²³, en particular con el

¹²⁰ J.F. Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., pp. 204-205 y véase Pablo Lizcano, **La generación del 56**, ob. cit., pp. 103-105.

¹²¹ **Alcalá**, 31 (25-abril, 1953), pp. 8-9 y 13.

¹²² José Ramón Ferrer, "El SUT como diálogo", **Alcalá**, 68 (25-marzo, 1955), [p. 5] y cf. Esteve Sabater, "Una experiencia en el SUT", **Alcalá**, 66 (25-feb., 1955), [p.5].

¹²³ El "Resumen de las actividades de la Jefatura Nacional del SEU durante el Año Académico 1959-1960", en el **Boletín de Información del SEU**, 11 (nov.-1960), pp. 488-489 cita como publicaciones del SUT una **Gaceta Informativa** y un **Boletín Ideológico** (que anuncian también la **Memoria** citada, p. 187 y

traslado del Sindicato desde los locales de Alcalá, 44 a la madrileña Glorieta de Quevedo, en 1956. Desde esas fechas, bajo la dirección de Julián Plana y Francisco Daunis como Redactor-Jefe, se titularía "Información universitaria". Es habitual la reserva de numerosas páginas -de portada, centrales, o contraportadas- para las actividades de unos Campos de Trabajo destinados a

borrar de la faz de España la figura del estudiante despreocupado y egoísta, carente de toda preocupación humana. (...) Codo con codo en el tajo, en la mina, o en el mar, se busca la convivencia con una realidad dura.¹²⁴

De las páginas de **Noticia** proceden dos pies de foto provocativos. En torno a una mesa de café: "La 'Tertulia': el humo y las palabras se desvanecen"; en "La calle: El padre Llanos y un grupo de obreros y universitarios"¹²⁵. Puede ser la prosa arrebatada del propio Llanos quien explique en **Noticia** de qué tentación ha de huir un Campo de Trabajo:

por su dureza y porque esta experiencia no puede convertirse en uno de tantos movimientos poéticos ineficaces a la hora de rendir cuentas, la aportación de todos nosotros a los Campos de Trabajo debe ser auténticamente universitaria, sacrificada al máximo y desinteresada hasta el límite¹²⁶.

el trabajo "Conocimiento real del mundo del trabajo desde el Sindicato de Estudiantes", **Noticia**, 20-nov., 1957, p. 5), que he no logrado hallar.

¹²⁴ Memoria del curso 1957-1958, ob. cit., p. 184. Los dos tipos de campos fundamentales fueron el "normal" y el "austero": "Se distingue por la mayor austeridad, viviendo más auténticamente la realidad obrera" (p. 185). Los campos del año 1958, en pp. 188-189.

¹²⁵ Cf. **Noticia**, 15 de marzo de 1957, p. 5.

¹²⁶ Anónimo, "Esto es un Campo de Trabajo", **Noticia**, 13 de mayo de 1957, p. 5 (con una selección de textos del libro *La oración del trabajo*, de 1954).

Deben ser los campos un "Ancla en la realidad" para "crear un contacto íntimo, callado, duro, responsable, entre la Universidad, inquietud intelectual, y la fábrica, el tajo, la barca, que deben respaldar esta inquietud"¹²⁷.

Sensibles indicios, sin embargo, de los tropiezos que hubo de dar la iniciativa los suministra la protesta de un corresponsal de **Noticia**. A. Muñoz lamenta las dificultades de institucionalización del Servicio en el seno del SEU, teniendo en cuenta que es, escribe en 1957, la actividad que "más universitarios ha aportado al mismo seno del SEU, de toda índole política, social y universitaria, ya que el SUT es abierto a todos"¹²⁸. Esta última definición apunta al talante "prepolítico" que Llanos quiso subrayar en diversas ocasiones como perfil del SUT¹²⁹.

Pero probablemente la iniciativa que suscitó un impacto más directo en los medios universitarios fue la regularidad del llamado Trabajo Dominical, orientado a la actuación en los arrabales a los que Luis Martín-Santos conduce a Pedro, en **Tiempo de silencio** (1962), o de los que huye el médico del

¹²⁷ "Campos de Trabajo. Ancla en la realidad", contraportada anónima de **Noticia**, 31 de enero de 1957, que recoge la oferta para el verano de Campos de Trabajo, reiterada, por ejemplo, en la página 4 del 9 de octubre de 1957: la mayoría son en la mina, la industria y la construcción y, en menor número, en la pesca o la repoblación forestal.

¹²⁸ **Noticia**, 13 de noviembre de 1957, p. 6.

¹²⁹ Cf. el punto 9 de las "Conclusiones presentadas por el SUT al Jefe Nacional del SEU", en **Noticia**, 11 (28-enero, 1958), p. 1 y el trabajo anónimo "Sentido y esperanza del SUT", **Noticia**, 8 de mayo de 1957, p. 9.

relato **La conciencia tranquila**, de C. Martín Gaité¹³⁰. Una expresa invitación a colaborar se realiza desde las páginas de **Noticia** para "intentar modificar la realidad social en el pequeño ámbito de nuestra modesta influencia personal. (...) Desde construir viviendas, sanear poblados, hasta hacer regueros para que no se inunden las chabolas en los días de lluvia". El servicio dispuso de camiones hacia el Pozo del Tío Raimundo con varias salidas desde Madrid, a primera hora de la mañana, todos los domingos (como recordaban los números de **Noticia**):

Es curioso ver la importancia de esta aportación personal, de este arrimarse a los obreros en su mismo tajo, cuando sacrifica uno el domingo, al igual que aquél, para buscar una nueva hermandad en las clases sociales de España, tan diferenciadas entre sí¹³¹.

Las actividades habían de extenderse a la alfabetización de la población trabajadora con el concurso de residentes de los Colegios Mayores, a pesar de fracasos iniciales de los primeros intentos¹³². En abril de 1957, Víctor Aúz -en ese momento jefe del Servicio de Actividades Culturales, a las órdenes de Carlos Vélez (los reencontraremos un año después en **Acento cultural**)- informa de "los Campamentos de Extensión Universitaria que proyectamos en las Hurdes durante todo el verano" y convoca una reunión para "los que luchan por la

¹³⁰ Aparecido en enero de 1956, en **Destino**, y que cito por **Cuentos completos**, Madrid, Alianza Ed., 1978, pp. 309-324.

¹³¹ Todas las citas proceden de la crónica anónima "Los universitarios madrileños colaboran en la construcción de barriadas extremas", **Noticia**, 20 de febrero de 1957, contraportada.

¹³² Como registra **Noticia**, 22 de marzo de 1957, p. 8.

elevación de la cultura popular"¹³³. Los Campos de Trabajo se extendieron también a Barcelona con idénticos propósitos. Tomo esta llamada de un número de **Estilo**, del SEU de Cataluña, que evoca con fuerza alguno de los escenarios, por ejemplo, de **Fiestas**, de Juan Goytisolo:

Sobre las latas, la uralita rota y los maderos carcomidos: hombres, mujeres y niños esperan del SEU -del esfuerzo de sus afiliados-, la ayuda manual precisa para alzar sus nuevos refugios claros y alegres. 300 casas limpias para 300 familias obreras. Una tarea que será la mejor cristalización de la hermandad lograda -estudiantes y obreros, codo a codo en el tajo, en la mina, sobre el mar, junto al torno y al telar- en la dura tarea veraniega de los Campos de Trabajo¹³⁴.

No ha de extrañar que el origen católico de la iniciativa interesase a otros jóvenes también universitarios cuya sensibilidad se orientaba ya en un sentido crítico hacia la Iglesia. El personalismo mouneriano, activista y apremiante, de los redactores de **El Ciervo**, sintonizaba con las actividades del SUT y, sobre todo, como subrayaba Jaime Lorés, con la capacidad concienciadora de la iniciativa¹³⁵. No pocos de los futuros integrantes del Frente de Liberación Popular habrían pasado antes por el SUT, como Rodríguez Méndez, fundador del teatro popular La Pipironda, M. Vázquez

¹³³ **Noticia**, 10 de abril de 1957, p. 8.

¹³⁴ "El S.U.T., una obra en marcha", **Estilo**, 2 (dic.-1953), p. 6 e I. Alegre Moya, "SUT", **Estilo**, 1 (nov.-1953), p. 12 y la nota en p. 3, "Seis Campos de Trabajo funcionaron este verano en Barcelona" (junto a una fotografía que registra la constitución de la unidad "Gillermo Lambruschini" de la Guardia de Franco en la Universidad barcelonesa).

¹³⁵ Cf. Jaime Lorés, "El SUT", **El ciervo**, 25 (mayo-1954).

Montalbán, o Nicolás Sartorius¹³⁶. Julio Cerón, fundador del FLP y colaborador de **El Ciervo**, incluía en la biografía imaginaria de un próspero empresario con la conciencia social limpia, un juvenil paso por el SUT, sin las consecuencias morales que la lealtad ideológica acarrea a su amigo de infancia¹³⁷.

El padre Llanos había encabezado un grupo de jóvenes (dos curas, dos abogados, un practicante y un maestro, según relata un colaborador de **El Ciervo**¹³⁸) que se instalaría en el Pozo del Tío Raimundo, como forma más directa y constante de apoyo. El impacto de esta actuación en el medio obrero lo acusan testimonios como los citados y agudizó las inquietudes ideológicas de jóvenes católicos como Alfonso Carlos Comín¹³⁹. Buena parte de la significación histórica del fenómeno la describe el muy lúcido **Manifiesto de las generaciones ajenas a la guerra civil**, de 1956-1957. Los Campos de Trabajo sirvieron para comprobar

la angustiosa distancia que separa a las clases de nuestro país, el abandono social en el que yacen precisamente los que realizan mayor esfuerzo, la falta de culpabilidad de tantos hombres por su impotencia para elevarse por encima del mundo cerrado en que viven, y el tesoro de posibilidades que hay en el fondo de todo español, y que no pueden

¹³⁶ Cf. Pablo Lizcano, **La generación del 56**, ob. cit., pp. 235 y ss.

¹³⁷ Cf. J. Cerón, "Biografía de un universitario", **El Ciervo**, 76 (junio-1959), p. 10.

¹³⁸ Cf. **El Ciervo**, 40 (dic.-1955) y cf. P. Lizcano, **La generación del 56**, ob. cit., pp. 53-54.

¹³⁹ Cf. A. C. Comín, "Cristiano en el Partido y comunista en la Iglesia", recogido en **Obras (1974-1977)**. II, Barcelona, Fundació Alfons Comín, 1986, p. 820.

actualizarse nunca¹⁴⁰.

Y mucho hay también de esa iniciativa en el personaje más entrañable de **Nuevas amistades** (1959), de García Hortelano. La función contrapuntística de Juan con respecto al mundo de estudiante burgués al que renuncia, se expresa en el compromiso adquirido en las afueras de Madrid, "en unos desmontes parduscos, más allá de unas casuchas" y entre "botes herrumbrosos, alambres de espino, maderas podridas, pedazos de pizarra, trapos..."¹⁴¹. El guión que quiere filmar Carlos, en **Presagio**, de Luis Delgado Benavente, lo define en términos familiares uno de los personajes, Amparo: "Todo él transcurre en descampados, en suburbios, en barracones, en tabernas inmundas. El paisaje más risueño: una carretera lluviosa, sin un solo árbol"¹⁴² (tan cerca del paisaje recortado de **Muerte de un ciclista**, de 1955). Y directamente inspirado por otra experiencia en el SUT, con los marineros de Cudillero (Asturias), es el poemario de Jesús López Pacheco, **Mi corazón se llama Cudillero**, "resultado de su aprendizaje de vida difícil y humana solidaridad"¹⁴³. Presumiblemente, experiencias

¹⁴⁰ El epígrafe de este apartado del Manifiesto dice "Nuestra experiencia real. Los muchachos del SUT"; lo ha reproducido E. Pinilla de las Heras, **En menos de la libertad. Dimensiones políticas del grupo Laye en Barcelona y en España**, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 317.

¹⁴¹ J. García Hortelano, **Nuevas amistades** [1959], Barcelona, Seix Barral, 1982 7a ed., pp. 127 y 128.

¹⁴² L. Delgado Benavente, **Presagio**, en *Laye*, 24 (1954), p. 66.

¹⁴³ Ignacio Soldevila, "Jesús López Pacheco (verídica 'Novela de emigrante')", en el "Homenaje a J.L.P." de la **Revista Canadiense de Estudios Hispánicos**, X, n. 1 (Otoño, 1985), p. 22.

semejantes instensificaron la evolución ideológica que acercó a Javier Pradera, Ramón Tamames o al propio López Pacheco, al Partido Comunista.

. Un teatro universitario de información y vanguardia.

La misérrima cartelera teatral de la primera posguerra es el paisaje de fondo que explica las numerosas iniciativas teatrales desarrolladas también por universitarios en los años cuarenta, continuadas en los cincuenta y, sobre todo, en la década de los sesenta, con teatros independientes de trayectorias no menos azarosas, como Els Joglars, en Barcelona, o el TEI, en Madrid. Sin embargo, la oferta teatral del primer momento pudo hallar valiosos reductos de calidad en instituciones de financiación pública, en tanto que alternativa al subproducto dramático que dominaba la cartelera comercial¹⁴⁴. La programación de Luis Escobar y H. Pérez de la Ossa, al frente del Teatro Nacional, o la de Modesto Higuera, después, en el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo (Escobar e Higuera colaboradores de La Barraca), facilitó estrenos inesperados, desde **La muerte de un viajante** a **Rinoceronte** de

¹⁴⁴ Cf., p.e., C. Gortari, "Las estructuras teatrales", en Equipo Reseña, **La cultura española durante el franquismo**, Bilbao, Ed. Mensajero, 1977, p. 114.

Ionesco, **Historia de una escalera** (1949) como **Las Meninas** (1960), de Buero Vallejo.

El Teatro Español Universitario (TEU) quiso jugar un papel análogo en una de las vertientes de su política cultural. Sus modestos orígenes en los días de la guerra civil fueron corregidos al alza con la incorporación de hombres como Gustavo Pérez Puig o José Tamayo a lo largo de los cincuenta, que conseguirían hacer virar la nave del teatro universitario, no sólo hacia las jóvenes promesas, sino también hacia las novedades de un panorama internacional no precisamente pobre pero sí comercialmente impredecible.

David Jato ha dado noticia *titubeante* de esos orígenes bélicos del TEU. La segunda edición de **La rebelión de los estudiantes** suprime íntegramente un párrafo sobre sus primeros pasos, que es particularmente revelador por varios motivos. En tono crítico y escasamente entusiasta, registra Jato la primera andadura del TEU con "ensayos tendentes a la consecución de un teatro remozado". A pesar de los esfuerzos, no fue satisfactorio porque "ni se conseguía un teatro de masas, ni los esfuerzos minoritarios pasaban de un poco grato punto medio"¹⁴⁵. Punto que recibe una inmediata y transparente aclaración en nota, también suprimida en la segunda edición. Destaca en ella la labor desarrollada por Modesto Higuera o las interpretaciones de González Aller, "pero poco para una ambiciosa generación, en la que destacaría uno de los de

¹⁴⁵ D. Jato, **La rebelión de los estudiantes**, 1a ed, 1953, p. 305.

enfrente: Buero Vallejo"¹⁴⁶. Lo más significativo son los vínculos del propio Higuera con La Barraca, como los de Luis Escobar o José Caballero¹⁴⁷ y, sobre todo, el hecho de que esta decepción del TEU tenga su origen en la admiración que suscita, y suscitó en su momento, el proyecto lorquiano, fuente directa de inspiración para el TEU. Hablando de 1934, anota Jato que

se comentó también, con envidia mal disimulada, las actuaciones del teatro de estudiantes que, con el nombre de "La Barraca", puso en marcha García Lorca tomando como base la FUE. (...) se mostraban claros deseos de participar en aquella bella idea de repartir por los campos las más atractivas palabras de nuestra literatura clásica¹⁴⁸.

La evidente inspiración del TEU y otros teatros universitarios independientes de los años cincuenta, como La Pipironda, en aquel emblemático proyecto republicano, está relacionada con otra nota del propio Jato sobre la estima de José Antonio por La Barraca: "Se acercaba su imagen [del universitario] al espíritu del grupo de Misiones Pedagógicas que protagonizaban **Nuestra Natacha**, incluso con la figura del sugestivo e inconcreto Lalo"¹⁴⁹. El TEU de Zaragoza, uno de los más activos de la primera posguerra, montaría entre 1939 y 1943 tanto **La Zapatera prodigiosa** y **Bodas de sangre** como **El tímido Serafín**,

¹⁴⁶ Ibidem, p. 305 y n. 1.

¹⁴⁷ Cf. Luis Sáenz de la Calzada, **La Barraca. Teatro Universitario**, Madrid, Revista de Occidente, 1976, pp. 46-47.

¹⁴⁸ D. Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., 2a ed., p. 173-174.

¹⁴⁹ Jato, **La rebelión de los estudiantes**, ob. cit., p. 429 y p. 470, en que vuelve a aludir tangencialmente a **Nuestra Natacha**.

del falangista Julián Ayesta¹⁵⁰.

El detalle de las citas se explica porque, como veremos después, la inspiración popular que pretende el teatro joven de los años cincuenta se relaciona expresamente con la sensibilidad que impulsó García Lorca en La Barraca y que quiso prolongar desde 1952 el Teatro Popular Universitario, con desplazamientos a las zonas rurales o barrios de las capitales alejados de los circuitos culturales habituales. Lo que importa retener para este apartado es, sin embargo, el crecimiento y la importancia que van a adquirir los TEUs de los Distritos Universitarios españoles y el hecho de ser los bancos de pruebas para futuros autores, actores o directores: desde Gustavo Pérez Puig o José Tamayo hasta Adolfo Marsillach o Eulalia Soldevilla. Por Orden Ministerial de 24 de septiembre de 1952, se creaba el Departamento Nacional de Actividades Culturales del SEU, bajo la dirección de Jaime Ferrán¹⁵¹, al que seguirían Carlos Vélez o Francisco Eguiagaray. Iba a dar cabida a distintos Servicios Nacionales y, en especial, los del Teatro y Cine¹⁵². A los ya existentes Teatros universitarios de los distintos distritos (y entre ellos, Madrid, Zaragoza, Granada, Murcia, Valencia, Palma de Mallorca, etc.), se sumaba ahora el Teatro Popular

¹⁵⁰ Cf. M.A. Ruiz Carnicer, *Los estudiantes de Zaragoza. Aproximación a la historia de la Universidad de Zaragoza (1939-1947)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, pp. 59 y 61.

¹⁵¹ Cf. Marsal, *Pensar bajo el franquismo*, ob. cit., p. 125.

¹⁵² Cf. Alcalá, 22 (10-dic., 1952), [p. 4] y *Qué es el SEU*, ob. cit., p. 31.

Universitario con la misión básica de buscar la renovación desde los nuevos autores¹⁵³. Lo dirigiría inicialmente Salvador Salazar y, en seguida, Gustavo Pérez Puig, director hasta entonces del TEU madrileño¹⁵⁴. De allí arrancarían algunos de los éxitos más notorios de la posguerra teatral. No es de extrañar que, muchos años después, el propio Alfonso Sastre sintetizase la situación del teatro universitario de 1953 en estos términos:

Hubo un momento en que se crearon muchos TEUs, Teatro Español Universitario de la Facultad de Filosofía y Letras, de Medicina, de Derecho... Después había un TEU provincial, generalmente Teatro Español Universitario de Madrid, de Barcelona, de Valencia, etc. Además había un TEU nacional, que no era universitario, que lo dirigía Ernesto Higuera.^[155] En un momento en que fue jefe de las actividades culturales del SEU Fernando Cobos (...) se le ocurrió un Teatro Popular Universitario, financiado por el SEU, pero a nivel nacional¹⁵⁶.

Iba a ser **Escuadra hacia la muerte**, dirigida por Pérez Puig en 1953, el primer estreno en Madrid, y luego itinerante, del TPU. Y no era sorprendente que la elección recayese en

¹⁵³ Cf. "Teatro Popular Universitario", Alcalá, 49 (25-enero, 1954), [p. 4].

¹⁵⁴ Cf. José Gordón, **Teatro experimental en España. (Antología e historia)**, Madrid, Escelicer, 1965, p. 50.

¹⁵⁵ Sin duda se refiere a Modesto Higuera, que por entonces dirigía el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo con especial atención a jóvenes autores como Carlos Muñiz, Luis Delgado Benavente o R. Rodríguez Buded. Cf. J. Gordón, **Teatro experimental en España**, ob. cit., p. 33.

¹⁵⁶ Francisco Caudet, **Crónica de una marginación. Conversaciones con Alfonso Sastre**, Madrid, Ediciones de La Torre, 1984, p. 31. En 1956, el propio Sastre subrayaba para este período que "los teatros universitarios irrumpieron audazmente en la vida pública de la escena española y sus representaciones resonarían e influirían en la marcha de los acontecimientos"; cf. **Drama y sociedad**, Madrid, Taurus, 1956, p. 174.

Alfonso Sastre, al menos por dos motivos. Pérez Puig había sido, como director del TEU madrileño, quien rescató el año anterior una pieza de 1932 con anticipos virtuales de un teatro europeo que sólo surgiría en la década de los cincuenta, **Tres sombreros de copa**, de Miguel Mihura¹⁵⁷. Pero Alfonso Sastre era, además, autor que había compatibilizado intentos de un teatro independiente, como la efímera agrupación con José Gordón y Alfonso Paso, entre otros, en **Arte Nuevo** (1945), o la colaboración con Jesús Fernández Santos en un Teatro Universitario de Ensayo de escasa vida, con actividades expresamente vinculadas a los medios intelectuales del SEU¹⁵⁸. Entre lo mejor de la segunda época de **La hora**, revista del SEU dirigida por Jaime Suárez y M.A. Castiella entre 1948 y 1950, fue justamente la página de teatro que firmaban el propio Sastre, Gordón, J.M. de Quinto, Carlos José Costas o Alfonso Paso y de la que saldría el primero de los múltiples manifiestos que Sastre haría públicos durante los años cincuenta y sesenta.¹⁵⁹ Juan Emilio Aragonés, colaborador de la prensa falangista y crítico de teatro de, entre otras publicaciones, **Revista**, expresó numerosas veces su

¹⁵⁷ Ha narrado con gracia el propio Mihura el origen del estreno en la Introducción a **Tres sombreros de copa**. Maribel y la extraña familia, Madrid, Castalia, 1987 3a ed., pp. 25-31.

¹⁵⁸ Cf. José Gordón, "Cincuenta años de teatro experimental en España", **La hora**, número extraordinario (abril-1950), [p.s.n.], sobre La Carátula, el TUDE o El Corral, de Barcelona.

¹⁵⁹ Me refiero al "Teatro de Agitación Social", **La hora**, 63 (1-oct., 1950). Aunque volveré sobre estos textos, véase Francisco Caudet, "La hora (1948-1950) y la renovación del teatro español de posguerra", en López de Abiada, ed., **Entre la cruz y la espada**. ob. cit., pp. 109-126.

proximidad a un teatro de acción social semejante al propugnado por Sastre (en llamativo paralelo, por cierto, con las afinidades de otro firme falangista como Marcelo Arroita-Jáuregui con las propuestas de quien iniciaba una rápida evolución en los primeros cincuenta, como J.M. Castellet). Lo haría, una vez más, a propósito del estreno de **Escuadra hacia la muerte** desde las páginas de **Alcalá** para confirmar la fidelidad de Sastre a sus propios principios teóricos¹⁶⁰. Y del lugar del autor de **La mordaza** en la vida cultural universitaria del momento, hablan meridianamente tanto su papel de jurado en el Concurso Nacional del TEU de 1957, en Murcia, como el hecho de que en la temporada 1957-1958, al menos dos TEUs provinciales, los de Cádiz y León, dedicasen sendos ciclos a la obra de quien era, ese año, Víctor de Plata "por servicios prestados al SEU"¹⁶¹. Por lo demás, si el valor revulsivo de las propuestas del TAS y la audacia de su quimérica programación iban a mantenerse en gran parte vigentes a lo largo de la década siguiente, su beligerancia venía arropada por un artículo de uno de los dos firmantes del manifiesto, José María de Quinto. En octubre de 1950, en el número siguiente al de la publicación del TAS en la misma **La hora**, explicaba de Quinto la "Coincidencia del TAS con la

¹⁶⁰ Cf. Juan Emilio Aragonés, "Alfonso Sastre y las trágicas preguntas", **Alcalá**, 28-29 (25-marzo, 1953), [p. 22].

¹⁶¹ Cf. Víctor Aúz, "TEU, 1957-1958", **Acento cultural**, 1 (nov.-1958), p. 62 y para el Víctor de Plata, véase la **Memoria del curso 1957-58**, ob. cit., p. 220, concedido ese año también a Rodolfo Martín Villa (futuro Jefe Nacional del SEU, en 1962, entre otras cosas) o a Adolfo Muñoz Alonso.

Falange del 35"¹⁶².

A lo largo de 1953, el TPU iba a estrenar una pieza cómica de Alfonso Paso y de otro de los jóvenes autores mejor tratados por la vida literaria del momento. Luis Delgado Benavente estrenaba **Tres ventanas**, ese mismo año aparecía en el primer número de **Revista española** su pieza dramática **La voz de dentro** y al año siguiente **Laye** imprimía la ya citada **Presagio**¹⁶³. También el TPU montaría **El jugador**, de Ugo Betti, que sería uno de los autores más representados por el teatro universitario de los años cincuenta.

Si bien una de las más tempranas objeciones que se formuló contra el TEU fue su excesiva atención a los clásicos (Sófocles y Esquilo o Lope y Calderón)¹⁶⁴, la evolución del teatro universitario de los años cincuenta iba a dar cabida también a la cartelera internacional más atractiva del momento. **Tres sombreros de copa** fue interpretada, desde ese punto de vista pro-europeo, como síntoma de la dedicación del TEU "al teatro moderno, al que abre un hueco entre su hasta ahora excesiva predilección por las representaciones clásicas"¹⁶⁵. No iba a variar esa predilección, heredera como

¹⁶² Cf. **La hora**, 64 (8-oct., 1950).

¹⁶³ Cf. **Revista española**, 1 (mayo-junio, 1953), pp. 65-74 y **Laye**, 24 (1954), pp. 59-76.

¹⁶⁴ Cf. Jaime Ferrán, "Pasión de lo clásico en el Teatro Universitario", **Alcalá**, 70 (25-abril, 1955), [p. 1]. Para ese aspecto en el TEU barcelonés, cf. A. Alonso Cortés, "Teatro en la Universidad", **La hora**, 24 (15-abril, 1949), [p. 11] y los habituales trabajos de J.A. de la Loma en la segunda época de **Estilo**, de 1948 y 1949.

¹⁶⁵ Cf. "El TEU estrena **Tres sombreros de copa**", **Alcalá**, 22 (10-dic., 1952), [p. 4].

era del populismo republicano de sus orígenes, pero sí valía el síntoma advertido. Obedecía, además, a lo que la prosa propagandística del SEU definió como "otra clase de obras de interés artístico y cultural que no son representadas para el público por las compañías y teatros comerciales"¹⁶⁶.

Sin abandonar la programación de jóvenes autores desconocidos o sus versiones de los clásicos (por Martín Recuerda, Jaime Ferrán, J. A. Novais o Antonio Prieto), el espectro de autores iba a alcanzar a clásicos contemporáneos como Lorca, Valle Inclán, Casona o Buero Vallejo. Pero, sobre todo, se emprendía el estreno de un repertorio dramático europeo particularmente denso y sugerente. Desde la vertiente católica progresista, son muy frecuentes los estrenos de Ugo Betti, *El jugador* o *La fugitiva*, de Graham Greene, *El cuarto de estar* o, en las proximidades existencialistas, la obra de Gabriel Marcel, *Roma ya no está en Roma* o Albert Camus, *Los justos*¹⁶⁷. *Esperando a Godot* se estrenaría en el Paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en 1955¹⁶⁸, y con la edición de esa obra iniciaba su labor divulgadora, en 1957,

¹⁶⁶ Qué es el SEU, ob. cit., p. 31.

¹⁶⁷ Cf., por ejemplo, Jaime Ferrán, "El TEU presentó a Gabriel Marcel", *Alcalá*, 49 (25-enero, 1954), [pp. 10-11], de quien el propio Ferrán se había ocupado ya en las páginas de *Laye* (cf. "Notas sobre existencialismo cristiano: la figura de Gabriel Marcel", *Laye*, 19, marzo-abril, 1952, pp. 17-25, con detallada bibliografía de la obra filosófica y dramática del autor) y véase su traducción parcial de *The living room*, de Greene, en el mismo número de *Alcalá*. Cf. también V. Aúz, "TEU, 1957-58", *Acento Cultural*, art. cit., pp. 61-62.

¹⁶⁸ Cf. *Alcalá*, 73 (10-junio, 1955).

una revista independiente decisiva, **Primer acto**¹⁶⁹. De Norteamérica había de irrumpir con fuerza la tendencia social con O'Neill, Arthur Miller o Saroyan que, junto con Priestley, T. Williams, Sartre, Anouilh o Brecht, completan la nómina de los autores más significativos y, en algún caso (O'Neill, Saroyan o Anouilh), más representados por el teatro universitario de los años cincuenta¹⁷⁰.

Por fin, las Aulas de Teatro universitarias, las actividades de los Colegios Mayores -en el José Antonio de Madrid se leerían, por ejemplo, **El cuarto de estar** de Greene o **Delito en la Isla de las Cabras** de Betti¹⁷¹ -, o las lecturas dialogadas de Saroyan o Simone de Beauvoir¹⁷², fueron otras muestras del impulso dado a la divulgación del teatro europeo por el Departamento de Actividades Culturales, unas veces, o por los grupos y núcleos universitarios que anunciaban ya la progresiva emancipación del Estado, después mayoritaria. Esa misma lógica habían de seguir los colaboradores de las revistas oficiales del SEU o financiadas por las Facultades de Filosofía y Letras respectivas, como los **Cuadernos de arte y pensamiento** en Madrid. Dinámica que afectará igualmente a la

¹⁶⁹ Véase más adelante, pero disponemos ya de un volumen antológico de sus treinta años de existencia y de los índices de la publicación; cf. **Primer Acto, 30 años. I, Antología. II, Índices**, Madrid, Centro de Documentación Teatral, 1992.

¹⁷⁰ Cf. también **Acento amarillo** (p. XXVI) en **Acento cultural**, 3 (enero-1959).

¹⁷¹ Cf. **Alcalá**, 49 (25-enero, 1954), [p. 4].

¹⁷² Cf. Juan Emilio Aragonés, "Lecturas teatrales, dialogadas, en la Universidad", **Alcalá**, 68 (25-marzo, 1955), [p. 14].

industria cinematográfica del país, con intentos de productoras independientes, como UNINCI, y que no llegarían a prosperar más allá de un *casus belli* que las aniquila. *Viridiana*, en 1961, sería el de la citada UNINCI, vinculada a través de Bardem o Muñoz Suay al PCE¹⁷³. Simbólicamente, al año siguiente, 1962, se cerraba el período de máxima actividad cineclubística de vanguardia con un homenaje a Berlanga, uno de los directores más asequibles a los universitarios de los Cine-Clubs.

A esas alturas, sin embargo, los resortes que el Ministerio de Ruiz-Giménez había habilitado estaban en manos distintas y se aceleraba el proceso de separación de los universitarios con respecto a las instancias oficiales. La vitalidad del Departamento de Actividades Culturales iniciaba su agotamiento natural, arrastrado por la devaluación general del Sindiato. El resultado de aquel rearme del SEU había significado, para el cine de los años cincuenta, una intensa actividad que serviría para la fundación de numerosísimos Cine-Clubs, nuevos equipos jóvenes después amparados por García Escudero (a su regreso a la Dirección General de Cinematografía en 1962) y la programación del llamado Nuevo Cine Español, con hombres implicados en la primera trayectoria de los Cine-Clubs o algo más jóvenes, de la llamada Escuela de

¹⁷³ Cf. R. Gubern y D. Font, *Un cine para el cadalso. Cuarenta años de censura cinematográfica en España*, Barcelona, Euros, 1975, p. 98 y cf. Iván Tubau, *Crítica cinematográfica española. Bazin contra Aristarco: la gran polémica de los años 60*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la UB, 1983, p. 18 y Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*, Madrid, Planeta, 1986, p. 348 y ss.

Barcelona, como J. Feliu, J.L. Font o J. Esteva.

. Cineclubismo seuísta de los años cincuenta y el nuevo cine español.

Es probablemente abusivo asignar a los Cine-Clubs del SEU un protagonismo decisivo en el renacimiento del cine en los años cincuenta. No lo es, sin embargo, llamar la atención sobre una insustituible labor de apoyo y difusión a la vanguardia crítica del momento, canalizada por algunos Cine-Clubs clave y algunas de las publicaciones con las que contaron. Los años cincuenta fueron su breve época dorada: de ellos resucitó gran parte de una cultura cinematográfica y en su entorno se promovió una política cultural que, de contar únicamente con la formación básica aprendida en el IIEC, no hubiese alcanzado la influencia que ejerció entre los jóvenes universitarios de los cincuenta.

A pesar de que el cine contara desde 1941 con una cátedra en la Escuela de Ingenieros Industriales, de Madrid, o de que entrase desde 1945 en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, sólo desde 1947, bajo la dirección de Serrano de Osma y el impulso inicial de Victoriano López García, los universitarios españoles iban a disponer de una réplica del

entonces prestigioso y pujante Centro Sperimentalle della Cinematografia, es decir, el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas¹⁷⁴. Allí aprendieron los rudimentos del oficio futuros directores como Bardem o Berlanga y, andando el tiempo, Basilio M. Patino, Carlos Saura y un largo etcétera de jóvenes realizadores.

Pero si el respaldo a la labor de los responsables de **¡Bienvenido Mr. Marshall!**, **Esa pareja feliz**, **Cómicos o Muerte de un ciclista** tendría a veces su origen en certámenes internacionales que descubrían en España una manera original de seguir los pasos de Zavattini o de Sica, su efecto de arrastre hubiese sido bastante menos apreciable sin la colaboración del cineclubismo universitario. Pero incluso desde la misma jerarquía cinematográfica del SEU, la sintonía entre jefes y realizadores explica el predicamento de un cine de calidad que perdía el registro heroico-histórico, folklórico y, a veces, únicamente chapucero, para acercar la cámara a la realidad española del momento y aplicar lentes de aumento crítico de manera tan selectiva y dirigida como la narrativa social que entonces publicaba **La hora** o **Revista española**, premiaba la Ed. Destino o aplaudían Castellet, Juan Goytisolo o Antonio Vilanova.

La reordenación del SEU de 1952, que hemos venido siguiendo en los últimos apartados, creaba en el seno del Departamento de Actividades Culturales un Servicio Nacional de

¹⁷⁴ Cf. Santiago Pozo, **La industria del cine en España. Legislación y aspectos económicos (1896-1970)**, ob. cit., pp. 75-82.

Cine que, como misión fundamental,

dispone y orienta la labor de los Cine-Clubs en todos los Distritos Universitarios que, dentro de las naturales restricciones y limitaciones, ofrecen y dan a conocer documentales y películas de interés cultural y de carácter experimental¹⁷⁵.

Alude el texto a la obligatoriedad del paso previo de censura que limita las actividades cineclubísticas, si no se cuenta con alguien como Alfonso García-Seguí, director del Universitario de Barcelona, entre 1951 y 1955 (y a quien sucedería otro militante del PSUC, Román Gubern): "Jamás se presentó ninguna película censurada; para ello recurrí a falsificación de permisos y a engañar a los censores que visionaban las películas inéditas."¹⁷⁶

No todos los directores de Cine-Clubs adoptaron las mismas medidas de fuerza pero sí ganaron un margen de maniobra y libertad expositiva que a menudo fueron únicos en los años cincuenta. Tras su origen en la España de la República, con dos sesiones de 1935, la presencia de José Antonio y la emisión de **Camicie nere**, de Forzano, y una efímera resurrección en 1941, las cosas empezarán a cambiar sustancialmente en los Cine-Club del SEU desde 1951. El cineclubismo tuvo su modelo paradigmático en el que fundaran en la Zaragoza de 1945 Manuel Rotellar, Eduardo Ducay y O. Ortega Frisón y tampoco los universitarios iban a sustraerse a esa misma tradición en el funcionamiento de los más

¹⁷⁵ Qué es el SEU, ob. cit., p. 31.

¹⁷⁶ J.F. Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., p. 147. Lo había fundado J.M. Castellet en 1949; cf. **Estilo**, s.n., 1-junio, 1949, p. 10.

importantes, como los de Salamanca o de Barcelona¹⁷⁷. De ambos surgirían, en el terreno de la realización, la crítica y la administración, nombres claves de los años posteriores. En Barcelona, dirigiría García-Seguí el Cine-Club universitario entre 1951 y 1955, con la subdirección de Manuel Rabanal Taylor en 1952. éste último, de militancia también comunista, pasaría a ser en 1953 el responsable del Cine-Club del SEU de Madrid y en 1954 accede a la Jefatura del Servicio Nacional del Cine, cargo desde el que defendería la anulación de la censura en los Cine-Clubs en su ponencia en las Conversaciones de Salamanca de ese mismo año. La reactivación intensa de los Cine-Clubs universitarios serviría eficazmente de caja de resonancia de las propuestas y la nueva sensibilidad de signo realista que representó el encuentro salmantino. Mientras organismos no universitarios, como los Institutos Francés y Norteamericano de Barcelona, habían contado en los primeros cincuenta con hombres como García-Seguí, Alexandre Cirici o M. Porter Moix, los universitarios habían fundado los de Pamplona y Monterols (vinculado éste al Opus Dei y del que surgiría una publicación importante, en la vertiente *cahierista* del momento, **Film ideal** de 1956)¹⁷⁸. En 1951, Luis Tomás Melgar, después colaborador de **Acento cultural**, fundaba el de Valladolid; en 1954 aparecían, entre otros, los de Pontevedra,

¹⁷⁷ Cf. Hernández Marcos y Ruiz Butrón, **Historia de los Cine-Clubs en España**, ob. cit., pp. 39-40.

¹⁷⁸ El debate estético e ideológico entre *aristarquistas* y *cahieristas* vertebró la ágil y documentada exposición (y las útiles entrevistas) del libro citado de Iván Tubau, **Crítica cinematográfica española**.

Cádiz, Oviedo o, en 1955, los de Bilbao, el "Palafox", de Cuenca, o renacía el desaparecido Cine-Club de Zaragoza, ahora bajo patrocinio del SEU, con José Grañena (que sucedería en 1956 a Juan Cobos, sustituto a su vez de Rabanal Taylor en la Jefatura del Servicio Nacional de Cine del SEU¹⁷⁹). Hacia 1957, el SEU cuenta ya con algo más de treinta Cine-Clubs de muy distinta actividad. Entre los más constantes figuraban los de Salamanca, Valladolid, Zaragoza, Granada o Barcelona. Y sus estrenos para Cine-Club pudieron ser **Iván el terrible** (en Madrid) o **La Strada** (en el de Granada), además de exhibir **Tormenta sobre Méjico** de Eisenstein, títulos clásicos del neorrealismo o joyas como **El hombre tranquilo** de John Ford y **Las vacaciones de M. Hulot**, de Jacques Tati¹⁸⁰.

Pero es sin duda el Cine-Club universitario de Salamanca el que lograría una actividad más fecunda, gracias a los vínculos establecidos entre Basilio M. Patino, su fundador, y uno de los grupos culturales y políticos más activos del momento. Fundado en marzo de 1953 por un universitario becado poco antes por la Universidad de Perugia¹⁸¹, Basilio Martín Patino, el Cine-Club del SEU de Salamanca ejercería de plataforma decisiva para una ofensiva neorrealista de entidad crítica notable. Hacia 1957, la crítica española de cine estaba compuesta, en su opinión, por "simples comentaristas

¹⁷⁹ Cf. Hernández Marcos y Ruiz Butrón, **Historia de los Cine-Clubs en España**, ob. cit., 46-57.

¹⁸⁰ Cf. para estos últimos datos la **Memoria del curso 1957-58**, ob. cit., pp. 116-119.

¹⁸¹ Cf. José Luis Guarner, **30 años de cine español**, Barcelona, Kairós, 1971, p. 61.

amanerados de lo que va viniendo, en vez de marcar la dirección más conveniente y formar al pueblo conforme a un concepto superior del arte al servicio de su bien"¹⁶². El secretario del Cine-Club sería Joaquín de Prada y entre sus más constantes colaboradores figuran J.L. Hernández Marcos, su futuro director, y crítico también de **Acento cultural**. El propio Hernández Marcos ha subrayado el mimetismo que, con respecto al Cine-Club de Zaragoza ya citado, afectó a cuantos irían surgiendo en los años cincuenta. Los ciclos dedicados al cine ruso o al documentalismo (éste último tema constante de las páginas de cine de las publicaciones universitarias y no universitarias), la colaboración de hombres como Giménez Caballero o la proyección de **Un chien andalou**, de Buñuel, son buenos indicadores de la vitalidad que imprimió Salamanca a su Cine-Club universitario. Vitalidad que lograría abrir en 1954 un Coloquio sobre Cine español con participación de L. Gómez Mesa, Ducay o secuencias ilustrativas de Berlanga y, al año siguiente, crear el Primer Curso de Estudios Universitarios sobre Cine (con J.A. Bardem o Tierno Galván entre los ponentes). Era el anticipo de las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales de Salamanca del mismo año 1955 (y

¹⁶² B. Martín Patino, "Invitación a la crítica", **Noticia. Información universitaria** (23-oct., 1957), p. 7. El trabajo es una minuciosa y divertida catilinaria contra cuantos ejercen la crítica cinematográfica (con muy pocas salvedades, y entre ellas, la bien indicativa de Juan Francisco de Lasa, por ejemplo). Deben verse también las dos entregas en la misma revista de "Unas notas a los Cine-Clubs españoles", **Noticia**, 7 (20-nov., 1957), p. 7 y n. 8 (27-nov., 1957), p. 2.

el estreno allí de **Muerte de un ciclista**)¹⁸³.

Las actividades del Cine-Club del SEU contarían, por lo demás, con el apoyo directo y explícito -tanto en las Conversaciones como en la actividad regular del Cine-Club- no únicamente de nombres clásicos del cine español (como Carlos Fernández-Cuenca, Luis Gómez Mesa o Antonio del Amo) sino también de falangistas estrictos como Marcelo Arroita-Jáuregui¹⁸⁴, de la Dirección General de Cinematografía (Manuel Torres López), García Escudero y, por fin, con los catedráticos de la misma universidad anfitriona, Fernando Lázaro Carreter (presidente honorario del Cine-Club en los primeros meses), Alonso Zamora Vicente, E. Tierno Galván, Antonio Tovar, Miguel Cruz Hernández o el propio Ministro de Educación y catedrático de aquella Universidad, Joaquín Ruiz-Giménez.

Pero si este respaldo tenía tanto de estrategia proteccionista como de positiva respuesta social y política a una iniciativa fecunda, el propio Martín Patino contaría para su Cine-Club con el apoyo del grupo de filiación comunista que, en 1953 y con financiación inicial de Juan Fernández Figueroa, había fundado el primer órgano de prensa

¹⁸³ Cf. J. L. Hernández Marcos y E.A. Ruiz Butrón, **Historia de los Cine-Clubs en España**, ob. cit., p. 49.

¹⁸⁴ Los archivos policiales de febrero de 1956 situaban a Arroita cerca de **Objetivo**, pero es "falangista y, al parecer, intachable políticamente"; cf. Roberto Mesa, ed., **Jaraneros y alborotadores**, ob. cit., p. 41. En la pág. 57 sugieren su ingreso en la Institución Libre de Enseñanza (?), junto con Tovar y C. Alonso del Real. El origen puede estar en un ecuaníme artículo de Arroita-Jáuregui, "Sobre la 'Institución'", en **Alcalá**, 4 (10-marzo, 1952), [p. 3].

especializado de explícita confesión neorrealista, **Objetivo**. El origen de la revista estaba en la página de crítica de cine que cediera el director de **Indice**¹⁸⁵ a Berlanga, desde 1951, y de la que se harían cargo de manera efectiva el propio Berlanga, Bardem, Ducay (colaborador de **Insula**, al que seguiría Rabanal Taylor) pero sobre todo, Ricardo Muñoz Suay¹⁸⁶. A su serie "Nuestro cine necesita" se deben algunos de los análisis críticos más duros sobre la realidad institucional del cine, su precariedad industrial, su inanidad ideológica y su irrelevancia artística¹⁸⁷. Los mencionados, junto con Paulino Garagorri, sacarían adelante los ocho números de **Objetivo**, hasta que en 1955 se suspendería la publicación tomando el relevo la recién nacida **Cinema universitario**, y después de haber sido adquirida desde el número 5, de mayo de 1955, por José Ángel Ezcurra (ulterior responsable financiero de otras empresas fundamentales, como **Primer acto**, **Nuestro cine** o **Triunfo**). Lo que Iván Tubau ha llamado la "línea aristarquista", estaba representada de manera casi exclusiva en **Objetivo**, con trabajos de los

¹⁸⁵ En relación con **Indice**, cf. Jeroen Oskam, **Interferencias entre política y literatura bajo el franquismo. La revista *Indice* durante los años 1951-1976**, Amsterdam, Universiteit van Amsterdam, 1992, pp. 66-68.

¹⁸⁶ Cf. sobre su trayectoria y antecedentes político-culturales desde los años de la República, R. Muñoz Suay, "Fragmentos de una clandestinidad permanente", **Tiempo de historia**, 92-93 (julio-agosto, 1982), pp. 68-69 y Luis Galán, **Después de todo. Recuerdos de un periodista de la Pirenaica**, Barcelona, Anthropos, 1988.

¹⁸⁷ Cf. en **Indice**, 46 (15-dic., 1952) la síntesis de la crítica que irá desgranando en sucesivas entregas, y después en los editoriales de **Objetivo**, probablemente suyos.

redactores sobre el neorrealismo italiano y colaboraciones de hombres como el propio Zavattini (presente en la Semana de Cine Italiano de 1950) o críticos nacionales e internacionales como George Sadoul, Fernández-Cuenca (propicio director de la Filmoteca Nacional por entonces), el regresado M. Villegas López, Antonio del Amo (colaborador de la mítica **Nuestro cinema**, de Juan Piqueras), Fernando Vela o el crítico de **Revista** y después **La Jirafa**, Juan Francisco de Lasa. Ni en la forma ni en el fondo ocultaba **Cinema universitario** la fundamental continuidad conceptual entre una y otra. Pero además surgía como apoyatura a las Conversaciones de Salamanca. En aquella convocatoria encontraba la revista el pretexto de su misma existencia, como órgano de divulgación de los problemas y las soluciones para un cine español cuya áspera radiografía propondrían los ponentes reunidos entre los días 15 y 19 de mayo de 1955.

El primer número de **Cinema universitario**, de enero-marzo de 1953 y bajo la dirección de Patino, que en los siguientes asume Luciano G. Egido, incluía el **Boletín de las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales**. El folleto recoge el Llamamiento ampliamente divulgado por **Alcalá**, **Índice** o **Insula**, adheridas las tres, el patrocinio de J. Pérez Villanueva y Manuel Torres (Directores Generales de Enseñanza Universitaria y Cinematografía) y unas minuciosas notas de gratitud encabezadas por quien fuera responsable del texto, R. Muñoz Suay¹⁰⁰, y al que seguía la mención de García Escudero.

¹⁰⁰ Cf. R. Gubern, **Un cine para el cadalso**, ob. cit. p. 80 y S. Pozo, **La industria del cine en España**, ob. cit., p. 130.

En tanto que autor de la **Historia en cien palabras del cine español**, como único título editado por el Cine-Club en 1953, estaba estrechamente ligado al medio y había quemado en los seis meses de Director General de Cinematografía, entre 1951 y 1952, las posibilidades de una renovación del cine español.

Tan explícito como el propio Llamamiento, fechado el 15 de marzo de 1955, lo era una aguda sección preliminar de **Cinema universitario**, "El doncel y la espada". En esa primera entrega, firmaba Patino las notas y comentarios y sentaba sintéticamente la base programática que buscaba Salamanca. No sólo llegaba una nueva generación sino que le bastaban interrogantes retóricos para expresar la evidencia de un camino necesario:

¿Que existe la propensión de salir de un cine burgués falso y aporoblemático para irse hacia otras formas más izquierdistas y proletarias? Pero ¿no se hubiera podido hacer esta misma pregunta sensata cuando de **La cárcel de amor** y de las novelas pastoriles se creó la verdadera novela española del **Lazarillo** o del pícaro **Guzmán**?¹⁸⁷

Bastaba revisar el contenido del número para percibir el peso del grupo que todavía redactaba, por poco tiempo, **Objetivo** y que tendría un protagonismo básico en el sentido de las Conversaciones. Joaquín de Prada habla del cine y la "España tangible", próxima a la información sobre un "ciclo documental puro" y, naturalmente, a "Un material neorrealista", de R. Muñoz Suay, en que relata el largo viaje que compartieron por tierras españolas los redactores de **Objetivo** con C. Zavattini en 1954. La edición de una secuencia de **Muerte de un ciclista**

¹⁸⁷ B[asilio] M[artín] P[atino], "Un doncel, una espada", **Cinema universitario**, 1 (ene-marzo, 1955), p. 4.

en ese primer número prometía el estreno de la cinta en las mismas Conversaciones y preludiaba otras secuencias, en números siguientes, de **Los Gancheros**, de Berlanga (en el n. 2 y guión sobre la novela de J.L. Sampedro que suprimiría íntegramente la censura) o **Calle mayor** (en el n. 3). Seguirían más adelante otros fragmentos de **La venganza** o **Jueves, milagro**, mientras reincidían colaboraciones de Zavattini, Sadoul, se entrevista a De Sica, escriben Caro Baroja o Zamora Vicente, se informa detalladamente de la vida cineclubística universitaria y se dedican monográficos y artículos al cine documental y a la reivindicación de Buñuel, pero también de Fío Baroja tras su muerte.

No otra iba a ser la orientación global, estética pero también política e ideológica, que marcaría el desarrollo del Congreso¹⁹⁰. Lo cual explicaría tanto la decapitación próxima de **Objetivo**, cuyo equipo pasa a colaborar a **Cinema universitario** y parcialmente a otro de los resultados indirectos del Congreso. En torno a **Film ideal**, dirigida y fundada en 1956 por J.M. Pérez Lozano, se articularía un frente de oposición estética e ideológica a una línea llamativamente poblada de comunistas. **Film ideal** estuvo definida por sus estrechos vínculos con los medios

¹⁹⁰ Cf. Hernández Marcos y Ruiz Butrón, **Historia de los Cine-Clubs en España**, ob. cit., pp. 58-83; R. Gubern-D. Font, **Un cine para el cadalso**, pp. 81-84; para las conclusiones y el texto de las ponencias presentadas por Bardem, Arroita-Jáuregui, García Escudero, Pérez Lozano, Muñoz Suay, Rabanal Taylor, J.J. Baena y E. Salcedo, véase uno de los últimos números de **Objetivo**, dedicado monográficamente al Congreso, 6 (junio de 1955). Santiago Pozo, **La industria del cine en España**, ob. cit., reproduce también las conclusiones del congreso en pp. 135-139, con marcada animosidad.

eclesiásticos -la cabecera de la revista procede de una famosa encíclica de Pío XII- y más particularmente con el núcleo barcelonés opusdeísta que orientaba el Cine-Club Monterols.

Es inoportuno detallar con mayor precisión los debates suscitados por las Conversaciones y el contenido de intervenciones como las de Guido Aristarco o Fernando Fernán-Gómez. Román Gubern sintetizaba en estos términos la situación creada poco después de las Conversaciones y en el período de máxima vitalidad de los Cine-Clubs universitarios:

Portavoces visibles de las nuevas tensiones en el campo intelectual eran los cineclubs, con frecuencia adscritos al falangista y obligatorio SEU, pero en los que se evidenciaba cada vez más claramente la voraz apetencia del público joven por conocer películas célebres que no gozaban de franquicia censora, como ocurría con los títulos clásicos del cine soviético¹⁹¹.

Poco habría de extrañar, así, que la ponencia de Rabanal, como Jefe del Servicio Nacional de Cine del SEU, jugase en la cuerda floja cuando juzgaba innecesaria la censura en los Cine-Clubs universitarios "por estimar que ha de suponerse la solvencia moral de los directivos, ya reconocida para los Cine Clubs Universitarios del SEU por el Estatuto del Estudiante Español. Se entiende que los directivos de los Cine Clubs se responsabilizan ante las autoridades gubernativas del uso de esta libertad, en cuanto pueda convertirse en motivo de escándalo público, delito perfectamente conocido por la

¹⁹¹ R. Gubern, *Un cine para el cadalso*, ob. cit., p. 9 y cf. Jesús Ruiz, "Notas sobre el neorrealismo. I", en *Laye*, 17 (ene-feb., 1952), pp. 51-54 y su segunda parte, dedicada a Pudovkin o Eisenstein, en *Laye*, 18 (marzo-abril, 1952), pp. 42-46.

legislación española"¹⁹². Semejante confianza en la formalidad política de los directivos, probablemente cuadraba mal con la muy frecuente programación de cintas de Pudovkin, rescates como los de **Tierra sin pan** de Buñuel y del documentalismo español reciente, con **Cuenca**, de Saura, por ejemplo, ciclos rusos que incluían a Eisenstein y **Octubre**, neorrealismo italiano o español con **Ladrón de bicicletas**, o los primeros títulos de Marco Ferreri, Rossellini y **Roma, città aperta** o el escándalo que suscitó la reiterada proyección de **El acorazado Potemkin**, desde que la exhibiera en 1952 el Cine-Club del SEU de Madrid¹⁹³.

En todo caso, y a la altura de abril de 1961, **Acento cultural**, por medio del responsable de cine, Hernández Marcos, dedicaba al cine español su sección subrayando el cualitativo y cuantitativo avance que significaban las nuevas promociones del IIEC y de ese año en particular (con **Los golfos**, **Los chicos**, **El cochecito** o **A las cinco de la tarde**¹⁹⁴). Las consabidas expresiones de esperanza en un futuro luminoso se remitían, y no gratuitamente, a la labor seminal de los Cine-Clubs como instrumentos que eran y habían sido del sentido pedagógico social que debía impulsarlos¹⁹⁵.

¹⁹² M. Rabanal Taylor, "Extensión Cinematográfica", **Objetivo**, 6 (junio-1955), p. 23.

¹⁹³ Cf. R. Gubern, **Un cine para el cadalso**, ob. cit., pp. 96-97.

¹⁹⁴ Cf. **Acento cultural**, 11 (abril-1961), p. 86 y ss.

¹⁹⁵ Cf., en este sentido, Alfonso García-Seguí, "Hacia un nuevo Cine-Club", **Alcalá**, 28-29 (25-marzo, 1953), [p. 23] y, especialmente, "Tres notas sobre una sesión de Cine-Club", **Laye**, 21 (nov.-dic, 1952), pp. 79-80 y "Tres notas para una crítica", **Laye**, 24 (1954), pp. 94-101.

PARTE II

LOS GÉRMENES DE UNA DISIDENCIA

CAPITULO IV: SINTOMATOLOGIA DE UNA DISIDENCIA EN AGRAZ.

En páginas anteriores he acudido con frecuencia a la prensa del SEU para esbozar una crónica cultural que es, por sí misma, exponente de una crisis ideológica profunda. Pero el guión más pormenorizado del futuro de una conciencia crítica lo encontraremos en el examen de aquellas páginas, ya no como fuentes documentales sino como episodios embrionarios de una disidencia. En esta Segunda Parte me ocuparé de la caracterización detenida de las publicaciones universitarias más relevantes hasta 1955 en Madrid y Barcelona. La diseminación de revistas literarias en otras capitales evidencia una relevante y densa actividad minoritaria, fuera de ese eje, pero sólo tangencialmente afecta al itinerario ideológico del que me ocupo.

La división interior del material se ha realizado sobre el hecho político de mayor repercusión en la vida cultural y universitaria de la España del medio siglo. Ruiz-Giménez y la dinámica ideológica y cultural que su etapa ministerial había de suscitar, definen con bastante precisión la frontera cronológica de los distintos empeños culturales a uno y otro lado de 1951. El lector verá que tampoco en el terreno de la prensa seuísta el inventario de publicaciones es exhaustivo: la selección se ha guiado por el hallazgo de fuentes consistentes de una disidencia ideológica y cultural capaz de

dar fundamento histórico a lo que será la ejecutoria cultural de los hombres de letras de los años cincuenta y sesenta. Tanto **Alcalá** como **Laye**, como principales ejemplos de lo que dio de sí ese tiempo entre las promociones más jóvenes, son herederos de lo que iniciaron algunas firmas en revistas anteriores, de la década de los cuarenta. **Haz** o **Juventud** podían haber obtenido aquí apartados específicos pero sospecho que pertenecen a un episodio histórico distinto: el del fracaso de la construcción de un lenguaje y de una cultura específicamente fascistas, muy beligerantes, pero también muy pronto abandonados a su propia suerte por la evolución de la historia política europea. Los indicios de una restauración de la razón y un sentido liberal de la cultura no son distintos a los que hallamos en lugares algo más tardíos, como la segunda época de **La hora** o **Alférez**, pero sí son muy poco numerosos y de entidad apenas relevante. Sólo quizá en el terreno estricto de la poesía o el relato breve es posible rescatar algo de aquella prensa para confeccionar la prehistoria de movimientos literarios prósperos en los años cincuenta.

En cualquier caso, sólo de una manera indirecta u oblicua, las revistas aquí examinadas pueden ofrecer datos fiables para la definición colectiva de una conciencia crítica. Sí son los antecedentes indispensables para ensayar una explicación histórica al capítulo al que quiere contribuir este trabajo: el de la historia intelectual de la primera mitad del franquismo en lo que tiene de solución hacia la España contemporánea. Es considerable la tenacidad que exigen revistas de escasa entidad para dar con este o aquel indicio

razonablemente feliz de la aspiración a una España distinta. Publicaciones como **Alerta**, **Estilo** o **Qvadrante**, en Barcelona, y **Cisneros**, **Alfárez** o **La hora**, en Madrid, reenvían a un futuro próximo para poder obtener indicios más solventes de una disposición intelectual tolerante y crítica. Son, muchas veces, testimonios de frustraciones ideológicas, de impotencias culturales y, muy a menudo, de esfuerzos de adaptación apresurados. Las publicaciones y la actividad cultural de los años cincuenta, beneficiadas por unas efímeras circunstancias políticas favorables, contienen efectivamente los gérmenes de una disidencia progresivamente politizada pero, en su origen, únicamente ética, literaria o cultural. De ahí arranca con un paso más firme el impulso para mantener y ampliar los precarios espacios de libertad que han ido conquistándose. Equipos intelectuales madrileños y catalanes emprenderán desde la segunda mitad de los cincuenta empresas de envergadura, y fundamentales en la historia de la cultura española de la segunda mitad del siglo, como la Biblioteca Breve de Seix Barral o las colecciones de ensayo de Taurus; la novela crítica, realista, prosperará entre las candidaturas de los premios mejor dotados y de mayor prestigio; accederán al público nuevos datos ideológicos prohibidos (rastros léxicos marxistas, combatividad crítica cristiana). La emancipación de la tutela del Estado de aquellos mismos intelectuales permitirá afrontar nuevas empresas para los años sesenta o finales de los cincuenta como **Papeles de son Armadans**, **Primer acto**, **Triunfo** o **Cuadernos para el diálogo**. Todas ellas confirman la existencia de canales inéditos hasta entonces y

aptos ya para difundir una cultura crítica.

He comentado arriba la polarización cultural de España entre Madrid y Barcelona. No es sólo un fenómeno estructural y fundamentalmente económico sino también cultural e intelectual. El conjunto de iniciativas y actividades de este orden en una y otra ciudad estuvo también marcado por sensibilidades distintas desde los mismos años cuarenta (y poco después basta contrastar **Alcalá** y la segunda época de **Laye**). Madrid asume un papel estrechamente ligado a la vida política oficial, fuertemente marcada por la presión institucional de la capital, mientras Barcelona reencuentra un cierto papel de vanguardia cultural, de puente de conexión con formas de vida más espontáneamente liberales, menos encorsetadas por arcaísmos sociales y, sobre todo, poderosamente seducida por una proximidad europea que anima empresas culturales singulares. La actuación de una cierta burguesía ilustrada, bien avenida con un gobierno modernizador de tintes católicos y técnicos desde finales de los cincuenta, completan una primera imagen de ambas capitales. Ello se manifiesta muy visiblemente en las publicaciones universitarias que producen uno y otro ámbito. Lo veremos con detenimiento en un apartado posterior y de ahí la descripción de trayectorias paralelas, finalmente convergentes. Pero mientras Barcelona no dispone de ninguna publicación oficial relevante desde 1953, Madrid todavía ha de impulsar dos sólidas revistas como **Acento cultural** y **Cuadernos de arte y pensamiento**.

La historia de la prensa universitaria y, en su mayor

parte seuísta, es probablemente el mejor vehículo para apreciar la evolución ideológica, estética y política que siguió un amplio sector de intelectuales formados en el franquismo. Establecer los pasos seguidos desde Barcelona y Madrid es un peaje forzoso, dado el valor de primer laboratorio para experiencias que posteriormente se separarían del Estado. De esa misma prensa surgen los primeros indicios de deserciones minoritarias de los principios totalitarios y falangistas defendidos en los años de la guerra o la inmediata posguerra. Algunos nombres son, en este capítulo, casi legendarios: las apologías del Nuevo Estado vertidas por Ridruejo, Laín Entralgo o A. Tovar irían convirtiéndose en defecciones controladas que buscaban la raíz cuadrada del posibilismo reformista desde las instituciones del propio Estado. La protección de algunas figuras del régimen como Laín o Ruiz-Giménez en relación con Alcalá, o antes Alférez, ayuda a explicar una cierta modalidad tímidamente liberalizadora, o la receptividad a las novedades del catolicismo europeo del momento. La difusión de un pensamiento crítico independiente del Estado y sus mecanismos, como el núcleo salmantino de E. Tierno Galván, a pesar de convertir las aulas universitarias en la importante cantera de la oposición política al régimen, estuvo presente también en aquella prensa.

Pero esta última manifestación marginal de un nuevo pensamiento vivió inmersa en un proyecto político con horizontes democráticos. No es este el caso ni las circunstancias en que se desenvuelve la actividad intelectual del SEU. La ausencia de maestros y el clima eufórico de la

posguerra excitan las ilusiones que pudieron nacer de una teoría política falangista hipertrofiada y magnificada. La adhesión a una revolución de sentido social y a la vez elitista se alimentaba, en los años cuarenta, recorriendo las ciudades todavía arruinadas, comprobando el crecimiento irracional de los arrabales -primero en los poblados de chabolas y después en el *barraquismo vertical*- o experimentando, con los libros bajo el brazo, las distancias que la realidad ponía entre ella y las proyecciones ideales. Aspectos sobre los que, por lo demás, suministra información cualquier bibliografía mínimamente fiable¹ de autores consagrados durante los años cincuenta y sesenta, al reseñar las primeras ediciones de sus relatos, poemas o ensayos en revistas como *La hora*, *Alcalá*, *Juventud*. Incluso cabeceras no universitarias, como *El Español* o *La Estafeta literaria*, de Juan Aparicio -tan activo promotor de equipos literarios: Cela, García Nieto-, dieron cabida a los relatos primeros de Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaité o, andando el tiempo, un Francisco Umbral.

La decepción ideológica que experimentan esos jóvenes se resuelve, de manera aproximativa, en dos fases: una primera radicalización falangista en sentido social, y la superación, después, del totalitarismo inherente a aquella propuesta sin renunciar a la legitimidad de la intervención efectiva de un Estado fuerte. Un modelo de Estado solidario que acercará a

¹ Por más que en los casos concretos de Aldecoa, Martín Gaité o García Hortelano sigan sin serlo, justamente por la omisión de las que fueron sus primeras publicaciones en esta prensa.

postulados políticos de la socialdemocracia europea en los años cincuenta y sesenta. La aproximación de no pocas biografías intelectuales desde un originario falangismo hacia las formas menos dogmáticas de un socialismo humanista es indicio especialmente significativo. La trayectoria personal de un Dionisio Ridruejo obtuvo no pocas réplicas miméticas entre los jóvenes que comenzaron a reflexionar en público desde los aparatos del Estado y, singularmente, como universitarios, desde los medios seuistas. La meta última de esas inquietudes apuntaba a lo que un clima de victoria había aparcado por muchos años: un conjunto de valores en torno a la solidaridad, expresados desde expedientes tan elementales como el mero testimonio de simpatía hacia todas las formas de la derrota, moral, económica, biológica.

- Primeras contradicciones de la cultura del SEU: **Alerta**.

En los años inmediatos de la posguerra española, aparecen dos publicaciones universitarias de muy distinto carácter, formato y posibles, **Cisneros**, en Madrid, y **Alerta**, en Barcelona. La reanudación de la vida cultural en la posguerra partió de círculos falangistas del entorno de **Escorial**, la "Juventud creadora", las empresas de Juan Aparicio y alguna

duradera tertulia. Lo hizo, como anotó tempranamente Mainer², bajo el peso de un pasado cultural del que eran herederos forzosos y del que fueron muy parciales e irregulares continuadores. También las citadas **Cisneros** y **Alerta** o **Estilo**, reúnen en sus páginas literarias y, más generalmente, culturales, referencias ligadas al período republicano y afanes renovadores que empalman muy de cerca con la rehumanización experimentada por la poesía española en los años treinta³. Si la consabida edición de unas **Obras completas** de Antonio Machado en 1941⁴ o la cauta huella orteguiana del entorno de **Escorial** constituyen datos precoces del singular papel que había de jugar un sector intelectual de Falange, alguna prensa universitaria descubrió entre sus colaboradores el trabajo de jóvenes que llevaban ese empeño continuista algo más allá. Se ha mencionado en un capítulo anterior la representación de **Bodas de Sangre** o **La zapatera prodigiosa** por el TEU de Zaragoza en 1940 y conviene ahora situar en el contexto ideológico de un falangismo combativo y beligerante

² Cf. J.-C. Mainer, "La revista **Escorial** en la vida literaria de su tiempo (1941-1950)", en **Literatura y pequeña-burguesía en España**. ob. cit. pp. 241-262 y **Falange y Literatura**, Barcelona, Labor, 1971, pp. 46-52. Para la incautación y puesta en marcha del sector editorial, cf. A. Alted, **Política del Nuevo Estado**, ob. cit., pp. 65-70. Charles David Ley registró algunas de estas tertulias (en casa de Baroja, en el Fénix y, naturalmente, en el Gijón); cf. **La Costanilla de los diablos. (Memorias literarias, 1943-1952)**, Madrid, J. Esteban, 1981.

³ Cf. el primer estudio a fondo de la cuestión, Juan Cano Ballesta, **La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)**, ob. cit.

⁴ Con prólogo de Ridruejo, anticipado en el primer Cuaderno de **Escorial**, 1 (nov.-1940).

un fenómeno análogo. Bajo el impreciso pero rentable amparo de la retórica exaltadora del valor de la juventud, algunas revistas oficiales -**Alerta, Cisneros**- ganaron para sus páginas culturales espacios inéditos de libertad crítica.

Por otra parte, únicamente la sintomatología ideológica que a veces registra la literatura, es capaz de articular conjuntamente las trayectorias de publicaciones divergentes en planteamientos y propósitos. El agotamiento del neoclasicismo renacentista y la inanidad temática de la poesía de la "juventud creadora" es el punto de unión esencial entre los colaboradores más relevantes de estas revistas. Eugenio de Nora, V. Crémer y A. G. de Lama, por un lado, y Antonio Vilanova y Néstor Luján, por otro, encabezan en sus respectivas ciudades las demandas más razonadas y concretas para una renovación estética no sólo de la poesía -como se encargarán de mostrar los inminentes fundadores de **Espadaña** (1944)-, sino de la literatura española de la posguerra en su conjunto²⁵. Debe tenerse en cuenta, en cualquier caso, el carácter de atípica excepción que estos colaboradores aportan a la irrespirable mezquindad de la mayor parte de las secciones de sus revistas. De ahí que su revisión crítica enfatice contenidos que insinúan o anticipan ingredientes que más tarde adquirirán un peso específico mayor. Apuntan a una

²⁵ **Espadaña** cuenta ya con una bibliografía crítica notable y temprana, comenzando por los Preliminares de Nora y Crémer a la reedición facsímil de **Espadaña**, León, 1978, pp. IX-XXXI. Véase V. García de la Concha, **La poesía española de 1935 a 1975. I. De la preguerra a los años oscuros**, ob. cit., pp. 445 y ss. y Fanny Rubio, **Las revistas poéticas españolas (1939-1975)**, Madrid, Turner, 1976, pp. 256-272.

caracterización temprana del proceso ideológico e intelectual que distingue a unos de otros colaboradores de prensa tan regularmente anodina. Los resultados de estas revisiones registran horizontes y aspiraciones culturales cuando apenas tienen viabilidad o arrancan una resonancia inapreciable.

Alerta comenzó subtitulándose en su primera entrega, abril de 1942, como "Revista del SEU de Barcelona" para pasar desde el tercer número a aparecer, también transitoriamente, como "Revista universitaria". Los fueros del Sindicato no tardarían en imponerse para restaurar el orden de las cosas. El número ocho, tras seis meses de silencio, aparecía el 29 de mayo de 1943 como **Boletín de Información del Distrito Universitario de Barcelona**⁶. Pudiera no ser este detalle otra cosa que negligencia bastante común en publicaciones de este tipo. Pero si es producto de ese descuido, lo es sin duda intencionado. Los destellos violentamente falangistas que despiden los últimos números de la colección, desde 1943, reflejan un relevo en la dirección de la revista o, cuando menos, un giro importante en el tono y maneras de sus editoriales. Seguramente la defensiva actitud del régimen frente al momento internacional no es ajena a esa inflexión, y menos todavía a la extendida conciencia falangista en torno a la traición de una doctrina sacrificada a intereses ajenos al espíritu político del partido. Un trabajo del primer número procuraba introducir matices y precisiones técnicas en el

⁶ Cf. la esquemática pero útil nota sobre **Alerta** de J.M. Colomer i Alsina, **Els estudiants de Barcelona sota el franquisme**, ob. cit., vol. II, p. 145.

estereotipo -erróneo, desde luego- de España como Estado totalitario en régimen económico de autarquía. Ni lo uno ni lo otro. Del mismo modo que el Estado no es totalitario "porque el fin trascendente del mismo, *por lo menos en España*, es de carácter marcadamente espiritual", tampoco España "puede hablar hoy, en propiedad, de su autarquía económica"⁷. Algún eco podía haber, sin duda, de la campaña de adecentamiento lexicológico del régimen que impulsaba Agustín del Río Cisneros, desde **El Español**⁸, para hacer de España un Estado "unitario", no totalitario, en fórmula que adopta también Castán.

En cualquier caso no van a ser materias de tanta elevación las que habitualmente ocupen las pocas páginas de la revista. Muy poco sustancioso era su primer editorial, a pesar de registrar que la Universidad "no recuerda la de antaño, hay ausencia de inquietudes, modorra, siesta". El lector supondrá bien que la memoria histórica del autor era inmejorable: la Universidad que debe restaurar el falangismo se remonta a la "España patria imperial" para despertar "la ambición de las águilas, para hacerla alcázar y reducto del pensamiento español, que por el estudio y la acción tiene que ser de nuevo

⁷ Y. Castán, "La Autarquía como un instrumento del Estado totalitario al servicio de su independencia integral", **Alerta**, 1, s.f. [abril-1942], p. 10.

⁸ Por cierto única publicación que no recibirá "Mandobles", significativo título de una sección de ese momento, según este breve: "No todo ha de ser crítica demoledora, algo hay bueno, aunque poco. Nuestro primer elogio lo dirigimos, escueto y sincero, al semanario nacionalsindicalista **El Español**", **Alerta**, 9 (12-junio, 1943), p. 2.

pensamiento imperial"⁹.

Semejantes propósitos buscarían sus fuentes de energía más seguras en sendas crónicas sobre las juventudes fascistas italianas -los GUF- y alemanas, a cargo de los respectivos directores de sus institutos culturales en Barcelona, A. Gasparetti y Erik A. Krotz. Poca reseña más piden los dos primeros números: una nota sobre estética de Guillermo Díaz-Plaja, la página de cine firmada por Ángel Zúñiga -ambos violentamente satirizados cuando la revista se halle en otras manos más viscerales-, o los sonetos de Gerardo Diego y Dionisio Ridruejo en esas dos primeras entregas. Por el momento, y a pesar del editorial del segundo número, los postulados seuísticos aguardan "como si fueran meras frases retóricas desprovistas de sentido realista"¹⁰.

Formato, dirección postal y redacción es lo que iba a cambiar con la tercera salida de **Alerta**, en agosto de 1942¹¹. Aunque muy brevemente, Joan Perucho ha recordado en unas memorias recientes algo de aquella aventura, con especial hincapié en la fidelidad cultural a una tradición inmediata:

ens enginyàrem per fer una revista que, sota l'aparença d'acatament al pensament oficial (figuraria com a òrgan del SEU, (...)), servia en realitat a una actitud rebel de reivindicació de la

⁹ J. Encuentra Morer, Jefe del Distrito Universitario de Barcelona, "Misión", en **Alerta**, 1 [abril-1942], p. 6.

¹⁰ Ignacio Javier de Olazábal, Editorial, **Alerta**, 2 (mayo-1942), p. 4.

¹¹ Aunque mantiene la administración en Paseo de Gracia, 4, la redacción se traslada a Aragón, 282, 1^ª 1^ª. En la siguiente etapa regresará al Paseo de Gracia.

literatura i l'art que es feia abans de la guerra¹².

El formato en cuarto pasa a folio y papel de diario, empeora la calidad gráfica de la revista (que suprime la abundante publicidad de su primer número) pero incorpora a algunos jóvenes que mejoran en sus respectivas secciones el nivel intelectual de la revista. Antonio Vilanova, Néstor Luján, Juan Perucho, Juan Francisco de Lasa y Manuel Valls Gorina redactan las páginas culturales del quincenal con tintes novedosos e incluso alguna audacia que el tiempo mitigaría¹³. Perucho en la sección de pintura, Lasa y J.M. de Martín (futuro ilustrador de *Laye*) en la de cine, Valls en la sección musical y, sobre todo, Vilanova y Néstor Luján en el terreno literario, significan un esfuerzo de independencia valiente y apreciable. Si García Lorca es cita obligada en casi todas las colaboraciones de Vilanova, Néstor Luján ha de aprovechar una reseña de los sonetos de Díaz-Plaja para establecer un crítico balance del estado actual de la poesía española y sus "artistas reposteros"¹⁴. Ausencia de todo acento robusto, anémica limitación de temas, abandono de la fecunda pista del surrealismo, enclaustramiento en la suntuosidad de

¹² Joan Perucho, *Els jardins de la malenconia. Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1992, p. 82.

¹³ Carme Riera *La Escuela de Barcelona. Barral, Gil de Biedma, Goytisolo: el núcleo poético de la generación de los 50*, Barcelona, Anagrama, 1988, p. 145, n. 2 registra su conversación con F. Farreras, según la cual es él el "director ejecutivo" de *Alerta* y quien les llamó a colaborar en sus páginas.

¹⁴ Digno antecedente, por cierto, del Younger [Eugenio de Nora] que firmaba "De la influencia del azúcar en la joven poesía", en *España*, 4 (julio de 1944).

miniaturista, pero nada que haga enterrar "el recuerdo de una voz terrible en el Llanto por el torero de Pino Montano"¹⁵.

Muy semejantes son los términos de los trabajos de Vilanova, por cuenta del cual corren desde ese número las notas sobre literatura. Alguna de ellas especialmente memorable, como el muy crítico balance de la poesía del año 43 y la urgencia por restablecer el sentido común en una crítica incapaz de "subrayar que esta tendencia [neoclásica] carece por completo de sentido en un aspecto renovador"¹⁶. Adriano del Valle será también, como en la nota de Luján, objeto y pretexto para un enfrentamiento frontal a la mediocridad estética del garcilasismo clasicista, el neogongorismo de A. del Valle y el miedo al irracionalismo, que "además de habernos dado el llanto lorquiano, ha creado el más puro lirismo de Occidente desde Rimbaud a Rainer María Rilke"¹⁷. El

¹⁵ Néstor Luján, "Sobre la poesía española, con motivo de un libro de sonetos de Díaz-Plaja", *Alerta*, 3 (15-agosto, 1942), p. 4. El artículo termina con la transcripción de una respuesta de García Lorca a Giménez Caballero, en entrevista de 1928: "Que no lo olviden los jóvenes poetas", sentencia Luján.

¹⁶ Antonio Vilanova, "Poesía 43. En torno al clasicismo", *Alerta*, 8 (21-mayo, 1943), p. 10. Para el inventario de las colaboraciones de Vilanova en *Alerta* (1942-1943) y *Estilo* (1944-1945), cf. Adolfo Sotelo, "Bibliografía del profesor Antonio Vilanova", en A. Sotelo y M. Cristina, coords., *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1989, I, p. XXIX. Sobre estos aspectos de *Alerta* me he ocupado en "Notas en torno a una disidencia intelectual: dos voces críticas en *Alerta*", en *L'Université en Espagne et en Amérique Latine. (Enjeux, contenus et images)*, Tours, Université François Rabelais/CIREMIA, en prensa.

¹⁷ A. Vilanova, "Adriano del Valle. El arpa italo-andaluza de un poeta fiel", *Alerta*, 5 (15-sept., 1942), pp. 6-7. Para una ponderación distinta de A. del Valle, cf. Joaquín de Entrambasaguas, "Hispanidad en la poesía de A. del V.", en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, I (1942), pp. 84-90.

sentido de la renovación urgente de los métodos de trabajo y la solidez de la cultura literaria moderna y contemporánea que exhiben Vilanova, Luján¹⁸ o Ferucho sólo tiene lejana comparación por aquellos años en las más agresivas y programáticas páginas de otra de las publicaciones de las primeras hornadas universitarias, Cisneros¹⁹.

Hasta el octavo número de la colección, con el desembarco de un falangismo acorralado, agresivo y despechado, la línea editorial carece del empuje militante que subrayará después pero, sobre todo, busca el reclutamiento ideológico desde la confianza en la propia fuerza no amenazada. El tercer número inserta un recuadro en negrita con ánimo proselitista y afán revitalizador de la crónica indiferencia política de la masa estudiantil. Perdidas las ansias del "alegre SEU" que había de historiar David Jato, la meta es ahora restaurar la fe en la Revolución incumplida pero inminente. En la página del editorial del n. 5 se registra "un natural e imprevisto retraso, impuesto en su casi totalidad por contingencias

¹⁸ Cf. la implacable ridiculización que se ganó J.M. Pemán en la reseña de Luján sobre **Metternich** -y de paso la larga y razonada desautorización del crítico de **Madrid-**, **Alerta**, 9 (12-junio, 1943), p. 15.

¹⁹ Para revistas poéticas como **Corcel**, **Proel** o, un poco después, **Cántico**, remito a los libros, y la bibliografía que allí consignan, de Fanny Rubio, **Las revistas poéticas españolas**, ob. cit., V. García de la Concha, **La poesía española de 1935 a 1975**, ob. cit., el Cap. II de Emilio E. de Torre, **José Hierro: poeta de testimonio**, Madrid, Porrúa Turanzas, 1984 y el libro de G. Carnero, **El grupo "Cántico" de Córdoba. Un episodio clave la historia de la poesía española de postguerra**, Madrid, Ed. Nacional, 1976. De aparición más reciente es el libro con abundante información de A. García Cantalapiedra, **Desde el borde de la memoria. De artes y letras en los años del mediosiglo en Santander**, ya citado.

ajenas al afán primario de impulsarla vigorosamente", pero se confía en los caminos para continuarla. La mermada fuerza de esas armas, sin embargo, aflora en la reiterada apelación a la sangre de los caídos, a la oportunidad histórica no desperdiciable, a la españolidad posible de un proyecto sin contagios de "la blandura exótica del afrancesamiento". El impudor feliz con que registran sus aficiones poéticas es anzuelo sin plomada suficiente: "Una generación embebida, aunque en muchos no convencida, del bronco ideal de la Falange reconstituyó la unidad de España y ganó una guerra"²⁰. Quizá en la propia redacción temían semejante tibieza, pues es difícil conciliar las páginas de arte y literatura de Vilanova, Luján o Perucho con las limitaciones de algún colaborador. Ante la supervivencia de admiradores de Hugo, Zola, Voltaire, Mallarmé, Verlaine o J.J. Rousseau -citados por ese singular orden-, el editorialista no tiene otra respuesta que la afirmación primaria y enfermizamente chovinista: "Aborrec[emos] ese modo de ser y del decir francés en que se va siempre a lo tierno, a lo delicado, a lo sin brío, sin aristas; en que se huye de lo bronco, de la lucha, del azar y del albur"²¹. El compulsivo españolismo -la consigna "España por encima de todo" de un redactor fijo, José María García

²⁰ Cf. Editorial, **Alerta**, 4 (1-sept., 1942), p. 1.

²¹ Ibidem y cf. la anécdota que relata Perucho sobre la invitación de Luys Santamarina a tratar también de artistas españoles en su sección, en **Els jardins de la malenconia**, ob. cit., pp. 82 y 83-84.

Rodríguez²²-, la retórica joseantoniana notablemente empeorada y la urgencia del proselitismo se anudan en un devoto nacionalismo:

La actual generación, contaminada por el virus de lo exótico, tiene que volcarse sobre sí misma y bucear en el pasado español, no sólo para darlo a conocer, sino también como fuente de una renovada concepción cultural hispánica, capaz de volver a dictar nuevamente lecciones en todas las rosas de los vientos²³.

Ese mismo número sigue llamando a la movilización activa de la juventud falangista, en sintonía expresa con las consignas de un semanario como **Juventud**, porque "la paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la historia. La sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición", según asegura un suelto de la contraportada del número. Pero todavía subsiste firmemente la credibilidad en el propio proyecto. Un extracto del discurso de A. Tovar en el V Consejo Nacional del SEU ocupa una página completa para desenmascarar la hostilidad de origen innominado -pero católico-, que limita las prerrogativas totales que ha de tener el Estado en materia educativa. En esos momentos se redactaba la Ley de Ordenación Universitaria y se había cedido ya al Opus el control del CSIC:

Abandonar el resorte de esto [el Estado] es cortarnos las manos y no podemos dejar que una tras otra el Estado vaya perdiendo las manos -exámenes, Centros, programas- con que maneja la enseñanza, y se vaya quedando manco (...). Si somos aún un Partido revolucionario, todo lo hemos de esperar del

²² "Un grito por lo español", **Alerta**, 3 (15-agosto, 1942), p. 3.

²³ "Llamamiento a las juventudes universitarias", **Alerta**, 3 (15-agosto, 1942), p. 3.

impulso que dé el Estado²⁴.

No es accesoria la construcción condicional de la frase. Los jóvenes que relanzaron **Alerta** en mayo de 1943, tras más de seis meses de silencio, hablaban ya desde la frustración y la espiral emotiva del despecho y una alta irascibilidad. El insulto sin camuflaje, el registro sarcástico omnipresente y la pérdida sustancial de confianza en el futuro de un programa político, transforman la revista en un inventario compulsivo de chusquedades y amenazas que sólo eludirán Vilanova, Luján o Perucho. Sobreimpresionado en la portada y en grandes caracteres rojos, la revista toma posiciones: "'Alerta' contra los tranvías". Es únicamente el anuncio de un nuevo estilo, basado en los términos del editorial que en adelante llevará el título fijo de "Falangismo":

Sería imbécil y malvado afirmar que en España todo está ya en orden. Vivimos aún entre montones enormes de basura, entre incomprendiones y frivolidades suicidas, en vergonzosa mezcla con haraganes, hampones, traidores, pseudo-intelectuales rojos y demás ralea merecedora sólo de la picota y la horca. Contra este estado de cosas, contra la actual tristeza, renace **Alerta**. Reaparece **Alerta** para repetir, para gritar, con José Antonio que *no nos gusta todavía España*²⁵.

Son numerosos los datos de un rearme mucho menos moral que estrictamente físico y muscular por parte de los nuevos responsables, al hilo de la supervivencia ideológica de Falange en el SEU. Desde este número seguirán dos violentas campañas -contra los tranvías (empresa y usuarios, por cierto) y la prensa, "en plena e idílica edad de oro de la

²⁴ **Alerta**, 5 (15-sept., 1942), p. 16.

²⁵ "Reaparece **Alerta**", **Alerta**, 8 (29-mayo, 1943), p. 1.

inconsciencia"²⁶ - y la inserción de cuñas y consignas. El abanico va desde la ridiculización de la urbanidad en un "Elogio trascendente de la cortesía", hasta sección tan inequívoca como "Mandobles (Mandobles tanto vale como decir cuchilladas dadas blandiendo el arma con ambas manos)", pasando por la sustitución del espacio antes destinado al sumario por otro tipo de índice: "¡Hay palos en abundancia!" (n. 9), "¡Siguen los palos!" (n. 10). Todo ello en sintonía con el enérgico contenido de editoriales que llaman a la acción directa: "¡Camaradas, no vaciléis! Ante el más leve equívoco que afecte a la sagrada Unidad de España, sea cual sea la región o ciudad donde se produjere, descargad toda la fuerza de nuestra acción directa"²⁷.

Pero estas energías son justamente las que resultaban incontrontables desde todos los puntos de vista, y también desde el institucional. La lógica de la domesticación funcionó también en esta prensa, y costó el cargo a más de un cuadro falangista²⁸. La tónica de la revista hacía posible un trabajo sobre d'Ors desgranando lo que su título promete, "D'Ors en el reino del 'gazapo'"²⁹, o podía acusar como el animal herido el

²⁶ "Nuestra prensa. Propósito", **Alerta**, 8 (29-mayo, 1943), p. 2.

²⁷ "¡Aviso a los incautos!", **Alerta**, 10 (26-junio, 1943), p. 1.

²⁸ Cf. Colomer i Alsina, **Els estudiants de Barcelona sota el franquisme**, ob. cit., pp. 40-43.

²⁹ Una sección de "Crítica barata" venía firmada en esos números por "El epos de los destinos (No pertenece a la Real Academia Española)", en obvia alusión al título de aquel mismo año de E. d'Ors.

conocimiento por la prensa del relevo en la Jefatura del Distrito (del que presuntamente **Alerta** es órgano oficial). La urgencia del control aumentaría matemáticamente ante editoriales que se felicitan de la ausencia en un Estado totalitario de los mecanismos de control parlamentario, pero exigen a cambios fórmulas sustitutorias que beneficien al partido de las "pocas pero indudables ventajas" del sistema democrático. Actitud conciliadora con tradiciones liberales que no obedece a madurez ideológica alguna sino a las fuentes básicas tanto del desencanto como de la agresividad en que se traduce: "la juventud del partido único de un Estado totalitario se ve condenada al escepticismo, si se ve obligada a creer que no es interpretada fielmente la teoría política que supo reflejar 'su manera de ser', máxime si los intérpretes no están a la altura de las 'dificultades'"³⁰.

No cabe menospreciar la raíz básica de tanto desencanto y filiarla sólo a la impulsividad juvenil con instrumentos de expresión en sus manos. La agresividad y garrulería propias de esta prensa convive no ya con los trabajos escrupulosos y razonados de tipo cultural ya citados, sino con nuevas secciones destinadas a abordar con mayor sosiego y eficacia crítica las partes de la "teoría política" que el editorialista mencionaba como causantes del fraude del régimen actual. Algo de esa voluntad más analítica veremos también en los primeros ensayos de J.C. García-Borrón, Sacristán o Farreras en las páginas de **Estilo**. Bien significativo resulta

³⁰ "Dos inconvenientes y una posible solución", **Alerta**, 9 (12-junio, 1943), p. 1.

que desde el número ocho de **Alerta** se inicie una página completa destinada a aspectos económicos y la cuestión social, buscando la corrección de los problemas desde planteamientos técnicos más que ideológicos. A la melancólica reseña sobre las casetas de los escritorios públicos, ha de acompañar el trabajo aséptico de Higinio G. de Ruiz sobre política social en tanto que disciplina distinta del "simple ejercicio de la caridad o las medidas de orden público". La sensata desconfianza en "la moral progresiva de los hombres" obliga al Estado a "la aplicación de las llamadas 'reformas sociales', objetivo primordial de toda política, y caballo de batalla - precisa con toda oportunidad- de cuantos pretenden atraerse el apoyo incondicional de la masa."³¹

Sólo queda apuntado en **Alerta** este vector básico de la evolución ideológica de quienes seguirán cerca de Falange. Perdida o reprimida la agresividad verbal, y desacreditada una usual retórica inoperante, el trasvase de fuerzas a los programas sociales y solidarios amparados por la izquierda clandestina irá ganando los ánimos del falangismo doctrinario en los años cincuenta. En los más viejos, el origen está en el fraude de la realidad cotidiana y la evidencia del doble lenguaje oficial. En los más jóvenes, lo está en la patente artificiosidad de un discurso en desacuerdo con un entorno y unas biografías nuevas. Pero conjuntamente acaban condenando al fracaso a la Falange más ideologizada. El asidero y, a la vez, el paso fronterizo entre el dentro y el fuera del

³¹ Higinio G. de Ruiz, "Los principios éticos del trabajo y las reformas sociales", **Alerta**, 9 (12-junio, 1943), p. 6.

régimen, lo encarnan quienes se mantendrán fieles a la estructura seuísta desde una independencia de criterio capaz de colaborar con la izquierda. Esto sucederá ya entrados los cincuenta y, por lo pronto, cuando exista alguna articulación efectiva de esos nuevos equipos. En los años cuarenta, y en gentes de formación falangista, sólo puede aspirarse a una primera renuncia al *absolutismo* de una creencia o, incluso, a la adquisición insegura de hábitos racionalistas todavía embrionarios. Ellos pueden marcar, por ejemplo, distancias suficientes con el integrismo visceral que caracterizará a **Cisneros**. Y en esta tesitura ideológica se encontró parte del núcleo fundador de **Laye**, en 1950, con Manuel Sacristán, J.C. García-Borrón, F. Farreras, J. Ruiz o J.M. Castellet a lo largo de la agitada vida de dos publicaciones universitarias y también barcelonesas.

- Los orígenes intelectuales de **Laye** en dos revistas del SEU: **Estilo y Cuadrante**.

No es fácil reconstruir los antecedentes de **Laye** (1950-1954). Las informaciones de que disponemos, por parte de sus propios colaboradores, resultan a menudo imprecisas y contradictorias. Las colecciones conservadas entre las Bibliotecas públicas de Barcelona y Madrid son incompletas por

lo que hace a **Estilo** y sólo he localizado los dos primeros números de **Cuadrante**, el primero fechado el 5 de noviembre de 1946 y el segundo como Extraordinario de Año Nuevo 1947. Ambos se subtitularon "Los universitarios hablan", sin ninguna alusión al SEU. Juan Carlos García-Borrón asegura que salieron cuatro números, pero también advierte que los dos últimos "aparecieron por puro milagro"³². Ello puede explicar su ausencia en los archivos públicos. Pinilla de las Heras, en un valioso libro sobre las *dimensiones políticas* de **Laye**, cita en diversas ocasiones esos dos últimos números de la colección y reproduce algunas de sus páginas³³.

Más complicada de resolver es la peripecia de **Estilo**, ya que pasó por bastantes manos y épocas y la cabecera se prolonga hasta 1959. También es cierto que la etapa que comienza desde el "Número 1 del curso 1953-54" y llega, al menos, hasta finales de 1955, carece de interés, con muy pocas salvedades. Su propio saludo editorial no prometía demasiado: "venimos a vosotros con el espíritu humilde de quien se cree hijo, no de los potentes **Estilos** de otrora -**Alerta**, **Cuadrante**...- sino del desangelado y paupérrimo **Boletín**", en alusión, quizá, a la primera **Laye**³⁴. Se subtitula "Pregón de

³² J.C. García-Borrón, "La posición filosófica de M. Sacristán, desde sus años de formación", en **Mientras tanto**, 30/31 (mayo-1987), p. 43 y en J.F. Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., p. 133.

³³ Cf. Pinilla de las Heras, **En menos de la libertad**, ob. cit., pp. 74-75, 198 y 237-239.

³⁴ "Presentación y saludo", **Estilo**, 1 (nov.-1953), p. 3. Puede ser, muy probablemente, la respuesta oficial a los desvíos de la segunda época de **Laye**, ya que por esas fechas había de producirse su suspensión. La última etapa de **Estilo**, entre 1957-1959, se subtitulaba Hoja Informativa y tampoco

los estudiantes. SEU de Cataluña y Baleares" y lo único reseñable es la información y crítica sobre el TEU o el elogio del TPU madrileño (con Jaime Ferrán, Jefe Nacional de Actividades Culturales)³⁵, las notas sobre el SUT y alguna crónica personal sobre un Campo de Trabajo o actividades semejantes a las que registra **Noticia** para Madrid, y citadas en otro momento. En el terreno literario merece la pena anotar un primerizo artículo del Premio Internacional de Primera Novela, Antonio Rabinad, sobre la novela que nace, de "lenguaje parco, oscuro", que "intenta reflejar no ya el drama, sino el lirismo del drama"³⁶. En un número posterior, uno de los redactores de **Estilo**, Rafael Borrás, entrevista a J.M. Espinás, que augura un rotundo fracaso a los escritores catalanes en *castellano* -que para entonces no eran otros que Gironella, J.S. Arbó, Agustí o alguna primerísima novela de Juan Goytisolo³⁷.

De orden distinto es el interés y la atención que merecen las páginas de **Estilo** y **Quadrante** entre 1944 y 1949: fenómenos larvados de heterodoxia, muy ambiguos y nacidos apenas de un desasosiego de signo ético que no encaja en el triunfalismo político del momento y juega esencialmente dos bazas: la

remontó sus niveles de calidad o interés.

³⁵ Cf. "Fedra y Cargamento de sueños por el TPU", **Estilo**, 2 (dic.-1953), pp. 8 y 12 o la reproducción del trabajo sobre el TPU de Julio Manegat -"uno de nuestros mejores y más entrañables camaradas de las horas primeras y heroicas"- en **El Noticiero**, **Estilo**, 1 (nov.-1953), p. 7.

³⁶ Antonio Rabinad, "La fragata y la mina. Está naciendo una nueva novela", **Estilo**, 2 (dic.-1953), p. 9.

³⁷ Cf. **Estilo**, 14 (nov.-1955), p. 6.

respuesta al desencanto político falangista -García Borrón y Sacristán, Farreras, Núñez- y la apuesta por vehículos expresivos de signo cultural innovador o crítico -Castellet, Barral, Costafreda o el propio Sacristán. En estos tempranos momentos existe ya, de manera embrionaria, lo que Pinilla de las Heras ha llamado "la motivación pedagógico-política" de uno de los sectores de **Laye**. Su "pretensión de ser educadores del pueblo" acabaría llevando a la escisión más o menos palpable de sus colaboradores en dos equipos con intereses distintos: a un lado los Ferrater y en parte Castellet, y al otro Sacristán, Pinilla, Farreras, P. Gómez de Santamaría³⁸.

Vistas las referencias que existen sobre estas revistas y reunida la colección más completa posible, parece claro que **Qvadrante** procede del primer **Estilo** y fue una operación deliberada de emancipación del SEU, primero sólo formal y después también financiera³⁹. De ahí que Jaime Ferrán asegure en **Pensar bajo el franquismo** que **Qvadrante** fue anterior a **Estilo**, cuando fue tanto anterior como posterior⁴⁰. Durante esa

³⁸ Cf. E. Pinilla de las Heras, **En menos de la libertad**, ob. cit., p. 231. Cf. las pp. 84-85 y, en general el cap. IV de la Parte Primera. Intenté subrayar la complicidad última que agrupa en **Laye** ambas tendencias en "Joan Ferraté o los compromisos de la crítica literaria" en **Jaime Gil de Biedma y su generación poética**, Zaragoza, en prensa.

³⁹ Cf. Juan Carlos García-Borrón, "La posición filosófica de M. Sacristán", art. cit., p. 43. No menciona ninguna de las dos directamente: "habíamos cambiado la cabecera y sustituido "Revista del Sindicato Español Universitario" por 'Los universitarios hablan'". La siguiente etapa de **Estilo**, desde el primer número localizado, de 15 de junio de 1948, sí registraba "Órgano interno del SEU" y daría lugar a **Laye** desde 1950.

⁴⁰ Cf. J. Ferrán en Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., p. 120.

primera etapa, entre 1944-1946, **Estilo** es muy obvia heredera de **Alerta** y sus mejores colaboradores (como A. Vilanova), con una clara voluntad continuista en la composición y tratamiento gráfico de la revista⁴¹. La colaboración más constante de **Estilo**, hasta ser su director, corre a cargo de Juan Carlos García-Borrón, pero también Manuel Sacristán escribe en esa época camuflado de dos maneras: con el seudónimo *Mauri*, en las colaboraciones con García-Borrón, como ha explicado este último, por una parte⁴². Pero, por la otra, las iniciales E. L. sospecho que son también de Sacristán, a través de Enrique Luzón (nombre que aparece en algún trabajo de **Qvadrante**) y probablemente le servirían para firmar en **Estilo** antes y después. En todo caso, la raíz del seudónimo está tanto en su apellido materno como en la huella de Unamuno en Sacristán, a todas luces considerable en ese período: uno de esos trabajos suyos en **Qvadrante** es un minucioso análisis de la "Elegía en la muerte de un perro" de Unamuno⁴³. A pesar de que Riera subraye la ausencia de la firma de Sacristán en ese primer **Estilo**, el recuerdo de Farreras conforme sí redactaba páginas

⁴¹ Lo dice así expresamente un recuadro de portada del primer **Estilo. Revista del Distrito Universitario de Cataluña y Baleares del SEU**, 1 (1944), p. 1, en que agradecen el "celo" de Eugenio Fuentes Martín, Jefe del Distrito y responsable último también de **Laye**.

⁴² Juan Carlos García-Borrón, "La posición filosófica de M. Sacristán", art. cit., pp. 48-49.

⁴³ Cf. **Qvadrante**, 2 (1947), p. 9. Y cf. J.C. García-Borrón, "Manuel Sacristán en los años de **Laye**", en **Abalorio**, 17-18 (otoño-invierno, 1989-1990), pp. 49-50.

e incluso editoriales de **Estilo** avala esta hipótesis⁴⁴. La M. que firma algún editorial de **Qvadrante** puede ser la de *Maurus* o *Mauri*, así como las F. que firman otras colaboraciones pueden ser tanto las de Joaquín Forns como las de Farreras, más frecuentemente como F.F.

Del primer **Estilo** de 1944 se llega, tras un cambio de diseño de la cabecera en el número 14, hasta el número 25 (de 15 de marzo de 1946), y pudiera ser realmente el último ya que el primero de **Qvadrante** pertenece al inicio del próximo curso académico, en 5 de noviembre de 1946 y el segundo al mes de diciembre y fin de año, ya en 1947 (de marzo y mayo de ese año son los dos restantes). Por último, la continuación de **Qvadrante** sí fue el segundo **Estilo**, desde 1948, dirigido por Jesús Núñez y donde, por fin, aparecieron los poemas y trabajos de Barral, Castellet, Costafreda, Ferrán, Oliart. Cabe puntualizar, por lo demás, que la colección que he consultado en relación con esta segunda etapa, no numera cada entrega, lo que impide saber si el de 15 de junio de 1948 es realmente el primero, lo que parece improbable⁴⁵.

Pero ya en aquel primer **Estilo** de 1944-46 estuvieron algunos de los futuros integrantes de la redacción de **Laye**, y en particular, García-Borrón, Sacristán, Jesús Núñez, Jesús Ruiz, Farreras y Castellet. Vale la pena recuperar los términos de algunas colaboraciones, de signo más marcadamente

⁴⁴ Cf. Carme Riera, **La Escuela de Barcelona**, ob. cit., pp. 124-125.

⁴⁵ Lo da como inicial J.M. Colomer, **Els estudiants de Barcelona sota el franquisme**, ob. cit., p. 51.

literario en la segunda etapa de la revista y de tipo político e ideológico en la primera. Entre lo que sigue llamando la atención, como sucede también en **Alerta**, es la muy agresiva y reiterada enemistad con **Destino**, obviamente suscitada por la anglofilia de la revista y a veces por colaboradores concretos, como Angel Zúñiga. Su persistente menosprecio hacia el cine alemán le es censurado por Javier Arenas (3, 26-VIII-1944) y José Baixeras firma este ataque contra *Romano*, Manuel Brunet: "El fantasma de Canterville al habla.// ¿Romano, gran masón de Oriente?// Las chocheces de un pobre viejo o el peligro de los supervivientes" (12, 24-III-1945). No disuena el tono beligerante de **Estilo** en el ámbito de la prensa falangista del momento y no vamos a detenernos en ello tampoco en este caso. Persiste la euforia retórica, las manifestaciones de indocilidad de Falange frente a quienes confían en domesticarla -"que no se diga más de vosotros que sois una generación de buenos chicos", recomienda un Editorial (11, 14-III-1945)- y la preceptiva protesta por el abandono del saludo brazo en alto al inicio de las clases (4-5, 22-IX-1944). Los sarcasmos más escogidos para Radio España Independiente proceden de las iniciales del anterior jefe de Distrito, frecuentes en la revista, J. E.[ncuentra] M.[orer] (4-5, 22-IX-1944) y, en una inflexión que ya conocemos, aflora la afirmación nacionalista que corresponde al período exacto de separación de los otros modelos fascistas: "Se han equivocado lamentablemente los que imaginan que el régimen Nacional se fundaba en principios absolutistas o iba a remolque de

determinadas tendencias extranjeras"⁴⁶. Lo cual no llega al extremo de impedir una apología de Hitler en el editorial del número 15 (20-V-1945).

No obstante, entre la maraña eufórica los síntomas de desajustes con la realidad comienzan a aparecer. Los veremos después en algún trabajo de tema nacionalista, de Sacristán y García-Borrón, y puede citarse algún pasaje ahora, que recordará otros semejantes de la prensa falangista. Expresiones de impaciencia y hasta la subsistencia de "resabios de tiempos liberales", suscitan un punto de indisciplina disculpable⁴⁷. Una carta del director de ¡Hola!, Pedro María Voltes Bou, recomienza a **Estilo** que "pierda el exceso de crítica demoledora que contiene, para aumentar sus valores positivos"⁴⁸, lo que le ganará algún ocasional sarcasmo posterior.

Cerca del segundo aniversario de **Estilo** proliferan las llamadas al rearme político del Sindicato, como en tantas otras páginas seuístas de esta época:

Tras las ásperas jornadas de la anteguerra, un gran sector de camaradas ha querido convertir al SEU en un compartimento estanco con una función específicamente local, y sin revertimiento al resto de la sociedad (...). ¿El SEU universitario...? Si:

⁴⁶ Editorial, **Estilo**, 6 (22-oct., 1944), p. 1.

⁴⁷ Editorial. "Perfiles de un discurso", **Estilo**, 9 (10-ene., 1945), p. 1.

⁴⁸ Pedro M. Voltes, "Carta abierta al director de **Estilo**", en **Estilo**, 11 (14-marzo, 1945), p. 4. Era respuesta a una crítica columna contra la revista, firmada por F.[¿orns?] en el número anterior; cf. **Estilo**, 10 (27-ene., 1945), p. 4.

pero el SEU, político igualmente⁴⁹.

Sólo unos números después se acusa la relajación del espíritu heroico en la nostalgia del lector enfrentado a la segunda edición de **Eugenio o la proclamación de la primavera**: "¿Pero es que el tiempo en que vivimos no está pidiendo a voces el heroísmo otra vez? // Con Rafael García Serrano quisiéramos volver a los días en que fue concebida la novela. (...) Eugenio pide una resurrección. Una encarnación jubilosa y nueva de su alma" para salir a "este mundo que ha perdido el rumbo, estragado el ácido regusto de lo heroico"⁵⁰. Con muy otro temple, dos colaboradores de 1949, registran un estado de ánimo colectivo. Un recorrido reciente por tierras españolas ha hecho comprobar a *Almogávar* que los universitarios "además de hallarse asfixiados por un orden caduco y sentir el mismo imperativo de radical mutación de nuestros alrededores, todos constatan con amargura el fracaso revolucionario de los mayores"⁵¹. En el número siguiente las iniciales del director de **Estilo** en su segunda etapa, Jesús Núñez, desvelan las causas de ese fracaso y la frustración juvenil:

El sector falangista [de la juventud] ansía la realización de lo que una política de contemporización ecléctica y de soluciones transitorias no ha podido conseguir. Los demás, menos idealistas, propugnan soluciones limitadas,

⁴⁹ Cf. **Estilo**, 17-18 (13-junio, 1945), páginas centrales, sin numerar.

⁵⁰ J.[¿jesús?] R.[¿juiz?], "Ante la segunda edición de **Eugenio**", **Estilo**, 25 (15-marzo, 1946), p. 6.

⁵¹ *Almogávar*, "Aptitud para la misión revolucionaria de la juventud", **Estilo**, s.n., (1-junio-1949), p. 7.

'personalizadas' o de clase⁵².

Los síntomas habían aparecido ya en 1944, a tenor de este pasaje:

Parece que se perdió el nervio y con éste, las agallas. (...) Demasiadas ideas, demasiado cerebro, demasiado sutilizar (...). Hay que ser más humanos, más sensibles, descender de la torre de marfil. Descender... llegar al pueblo, comprenderlo y lograr su reivindicación social⁵³.

Es una nota anónima, muy breve, que enlaza con el contenido de otra, firmada por E.L., en el número 11 y que responde irritadamente al apelativo de "buen pueblo" que emplea un periodista de **Diario de Barcelona**. Hay pasajes ahí interesantes para documentar una forma de populismo agresivo y segregado por un concepto, intuitivo o consciente, de conciencia de clase. Los pueblos han cambiado de signo y detestan

cuanto les llega con la ganga de una determinación sentimental falsa, senilmente pseudotradicionalista, por claudicación de un espíritu viejo que acude al postrer recurso del parche histórico.

El pueblo no ha sentido los enunciados sociológicos de la 'Rerum novarum' porque antes los agitadores socialistas y comunistas le habían hecho sentir de verdad la problemática causa social. Que ellos estén equivocados y su solución sea injusta no

⁵² J.N., en **Estilo**, s.n. (abril-1949), pp. centrales sin numerar. El trabajo no lleva título pero las páginas son un combativo collage bajo el título general "Esta es la encrucijada". En la página par un artículo de Maurus sobre la Monarquía -ilustrado con la cruz y la corona- y en la página impar el trabajo de J. Núñez que es réplica a una página reproducida del órgano del PSUC, **Lluita**, editado en París, escrita en catalán y con una portada que dice: "Els gàngsters falangistes es maten entre ells". La ilustración de esta página impar es una pistola, un machete y una bomba con la mecha encendida, como en los comics. Un texto en el centro de la doble página reza así: "Entre la estulticia y la canalla, la Juventud española se halla en el mayor trance que la Historia registra. Dios le ayude a encontrar el camino recto".

⁵³ "Ideas purísimas", **Estilo**, 8 (20-dic., 1944), p. 4.

es problema que me planteo en estas líneas³⁴.

La protesta se dirige contra la fosilización de usos sociales tranquilizadores, contra el paternalismo indigesto y una sensibilidad piadosa pero exasperantemente inútil:

al pueblo que vive hoy no se le podrá hacer la trampa inconsciente; porque apartando de un manotazo los abrigoitos de punto que les lleven nuestras hermanas y novias y rompiendo los boletos de las Conferencias de San Vicente Paúl, el pueblo se nos echará encima pidiendo no justicia social -él no está aún capacitado para ello- sino tan sólo venganza. Hará muy bien.³⁵

En este capítulo debe entrar la reiterada atención prestada al problema social, todavía sin ese nombre, en el relevo de **Estilo**, la revista **Qvadrante**: el fenómeno del estraperlo, la denuncia del Estado como responsable de normalizar el comercio con el hambre e incluso la irritación frente a grandes reportajes -en **Destino**- sobre la mendicidad y la absoluta gratuidad de un gesto sin resultados prácticos. Un trabajo de *Pacholo*, seudónimo de Jesús Núñez, es una sarcástica burla sobre la ritualizada caridad de las Navidades³⁶. Las dos primeras portadas de esa misma revista venían ampliamente destinadas al tema del abastecimiento y a explicar que el exiguo racionamiento resultaba, a la postre, un "espaldarazo oficial al 'estraperlo'". A esa conclusión llega la "lógica - bastante malparada en estos tiempos". El trabajo termina

³⁴ E.L. [¿seud. de Sacristán?], "Para un señor que nos habla del 'buen pueblo búlgaro'", en **Estilo**, 11 (14-marzo, 1945), p. 4.

³⁵ Ibidem.

³⁶ *Pacholo*, "El invierno del 'Homo sapiens'", **Qvadrante**, Extraordinario de Año Nuevo 1947, p. 16.

proponiendo un mercado libre y otro intervenido⁵⁷. La estrategia crítica del siguiente número cambia de sentido. Bastan únicamente tres entrevistas obtenidas de tres personajes de modestísima economía y los tres estraperlistas: "Por hoy, nos basta la acusación de estas tres instantáneas"⁵⁸.

Conviene retener algo que está muy soterrado pero es perceptible: la confianza crítica en la fortaleza del Estado como expediente de solución a problemas nacionales de orden social y económico. Y ello desde la óptica de la eficacia. No es fácil distinguir los pasos iniciales de la descomposición de un ideario -en este caso falangista-, pero los muy escasos números de **Qvadrante** suministran pistas inverosímiles de esa primera transición. Por ejemplo, en la reiterada predilección por el razonamiento lógico. De ahí las definiciones ideológicas inconcretas, que veremos después, de sus dos editoriales iniciales. Hemos visto ya una invocación a la lógica, y de nuevo comparece, quizá de la misma mano, cuando comenta la "falta de lógica" que ha presidido toda la actuación de las democracias cristianas⁵⁹. En el contexto de estas reflexiones sobre Francia e Italia, recoge una ausencia:

Falta un partido socialista de signo positivo que recoja esas gentes desorientadas, esos defensores

⁵⁷ "Una fortuna... Dos fortunas...", **Qvadrante**, 1 (5 - nov., 1946), pp. 1 y 3.

⁵⁸ "...Y tras las fortunas, las miserias", **Qvadrante**, 2 (1947), pp. 1 y 4.

⁵⁹ "A tal principio, tal fin", **Qvadrante**, [2] (1947), p. 1: "la lógica de la falta de lógica ha sido la actuación constante de la democracia cristiana. Fundada para hacer frente al fascismo y al comunismo en los países latinos, parece dos veces en una misma generación en sacrificio voluntario y gustoso por sus enemigos", p. 5.

débiles y temerosos del 'antialgo', perdidos en la desorientación de su propia culpa. (En los países latinos ha repugnado siempre ese socialismo pacifista y paternal de tipo nórdico que tantos adeptos tiene entre los anglosajones y los escandinavos). Falta alguien que oponga la violencia a la violencia, la mística del espíritu frente la mística de la materia y -¡sobre todo!- que no se avenga a contemporizaciones⁶⁰.

No es inoportuno recordar ahora una precisión que encabeza las reflexiones de Maurus sobre la constitución de una nación en torno a "una comunidad de empresa. Digamos de destino para quienes nos entiendan, pero no se crea que aludimos a nada misterioso, sobrenatural ni mítico"⁶¹. Sigue de inmediato una cita de Ortega, como promotor de la idea de unos Estados Unidos de Europa, pero también teórico de la superioridad de la ética del guerrero frente a la ética industrial, a la que se une García-Borrón para, en fin, desestimar el proyecto en cuanto irrealizable. Sus predilecciones van en el sentido de una primera "comunidad ibérica", porque, como propone un recuadro al pie, "¿Estados Unidos de Europa? Bueno... Africa empieza en los Pirineos" (la última frase en mayúscula y un tipo de letra mucho mayor⁶²). Sin mengua en la retórica falangista, antijudía y progermana, F. Farreras ha de apoyarse en esa misma frase pero para desmentirla y clamar por una Europa "traicionada y abandonada a su triste suerte por sus propios hijos"⁶³.

⁶⁰ Ibidem, p. 5.

⁶¹ Maurus, "Estados Unidos de Europa", *Quadrante*, 1, p. 3.

⁶² Ibidem.

⁶³ F. Farreras, "El vacío de Europa", en *Estilo*, 19 (30-junio, 1945), p. 3.

Pero un propósito constructivo y de alcance nacional, muy netamente heredero del regeneracionismo y el nacionalismo orteguiano, está presente en el plan de mejora de la enseñanza universitaria y secundaria que no defienden como "una utopía juvenil", sino como proyecto reformista. El hincapié en la sensatez de las propuestas emitidas y el desdén explícito por planteamientos utopistas es latiguillo constante en esta publicación conforme se aborda cada nuevo problema. Vale la pena recordar a este propósito algunos pasajes de la correspondencia entre García-Borrón y Sacristán en esos años. El sentido de la responsabilidad suscita en Sacristán la idea de servicio nacional: "¿Cómo unos jovencitos estudiantes, pedantuelos y tal, pueden convertirse definitivamente en unos señores con dos profesiones que sirven con eficacia, no con inútil buena voluntad?⁶⁴". Algo de ese objetivo hay en las colaboraciones de ambos en **Qvadrante**, que en carta de 29 del octubre de 1949, todavía viva **Estilo**, explica Sacristán en estos términos, a propósito de una alusión a la política y el Estado:

me recuerda aquellas conversaciones nuestras que terminaban en el doble y terrible callejón sin salida de 'bienestar nacional necesario' y 'educación imprescindible de la nación'. Es decir, en la Despensa y Escuela de Costa y en la Liga para la Educación Política Española de Ortega, pasando por el Ateneo del Bar Club⁶⁵.

⁶⁴ J.C. García-Borrón, "La posición filosófica de M. Sacristán", art. cit., p. 44. Carta de 4-IV-1947.

⁶⁵ Ibidem, p. 45. Para el tratamiento de Ortega en la revista, presente en distintos artículos, véase E. Pinilla de las Heras, **En menos de la libertad**, ob. cit., pp. 74-75, que reproduce el editorial del n. 3 en defensa de Ortega y parte de una reseña de Sacristán sobre Julián Marías, **Introducción a la filosofía**, en que intenta desmitificar a Ortega en tanto

Unos y otros estuvieron en aquellas páginas de **Estilo** y **Qvadrante** -y años después en **Laye**. Ortega es repetidamente citado en las colaboraciones de García-Borrón o Sacristán pero sólo es abiertamente reivindicado a causa de su exclusión por el gobierno español de cierta reunión europea de intelectuales, en 1947:

empieza a ser hora de que superemos este carácter superpolítico de nuestro pueblo. Si es necesario, reduzcamos la política a los límites de una actividad técnica (...). La nación está contemplando tranquilamente cómo gente sin demasiada vergüenza mina o conquista sus instituciones culturales (...) Por eso enderezamos a Ortega este llamamiento tan abiertamente, sin miedo (...) porque vemos en él la única auténtica concreción actual del pensamiento español⁶⁶.

Dos textos se han de reproducir del autor, el uno "Democracia morbosa" -contra la *plebeyización* de la democracia, nunca impulsada por los *noventayochistas*, según concluyen en **Estilo**, y sí por las izquierdas de anteguerra⁶⁷-. El otro es un pasaje de **Misión de la universidad**, en el contexto de otros fragmentos sobre la enseñanza superior extraídos de obras de Valle Inclán, Larra, Unamuno, Ganimet, G. Miró, Azorín, Baroja

que pensamiento total y tomarlo como inspirador de nuevos desarrollos (por cierto, muy en la línea de un duro trabajo de Juan Ferrater, publicado en **Índice**, 129 (IX-1959), en torno a la momificación de Ortega por los orteguianos; con el título "Notas a un prólogo de Ortega" en Juan Ferraté, **Dinámica de la poesía. Ensayos de explicación, 1952-1966**, Barcelona, Seix Barral, 1982, pp. 141-145.)

⁶⁶ Cito este editorial de **Qvadrante**, 3 (marzo-1947) *apud* E. Pinilla de las Heras, **En menos de la libertad**, ob. cit., pp. 74-75.

⁶⁷ **Estilo**, 20 (18-julio, 1945), p. 16.

y Ortega⁶⁸. Y no es inoportuno ahora recordar que otra colaboración de E.L. es un nostálgico cuadro de deseos sobre la Universidad -quizá leído en la propia **Misión de la universidad**, como haría Castellet en un número inicial de **Laye**⁶⁹-:

Eso es "sabor" de universidad. Ese sentido científico que sabe ayudarse de la más juvenil camaradería: la antítesis del estudioso de estas latitudes, hombre insólito y aislado, como la lechuza, nocturna como el ave y desagradable y luctuoso de aspecto. El interés científico adquiriría entre nosotros el sentido natural, honroso y claro que la incultura de la clase media estudiantil le ha negado hasta ahora.⁷⁰

Y es, por cierto, el mismo E.L. quien firma una nota que, sobre la imagen imperial del sol y España, asegura que España como sol es inmóvil "casi en absoluto" y recomienda corregir la posición de hoy, "natural y forzosamente aislados del núcleo de vida internacional: la comunidad europea"⁷¹.

En entrevista incluida en un libro-encuesta de Sergio Vilar, Sacristán registra su abandono y/o expulsión del SEU hacia 1945-1946⁷². Coincide con la creación de **Quadrante**, pero

⁶⁸ "Ocho interpretaciones universitarias", en **Estilo**, 8 (20-dic., 1944), páginas centrales.

⁶⁹ Cf. J.M. Castellet, "¿Universidad formativa?", **Laye**, 4-5 (jul.-agosto, 1950), p. 4.

⁷⁰ E. L., "Universitas, Universitatem, Universitatis... Sabor", **Estilo**, 15 (20-mayo, 1945), p. 13.

⁷¹ E.L., "La hora de la confesión general y del propósito de enmienda", **Estilo**, 15 (20-mayo, 1945), p. 13.

⁷² Sergio Vilar, **La oposición a la dictadura. Protagonistas de la España democrática**, Barcelona, Aymá, 1976, [pero la Introducción está fechada en 1966-1968, p. 73], p. 242. De expulsión e incluso orden de "ejecución" habla J.M. Colomer, **Els estudiants de Barcelona sota el franquisme**, ob. cit., p. 50.

lo que importa es sobre todo el análisis -aunque lo retrotrae a fechas improbables, 1943- en torno al abandono ideológico del SEU y el "derrumbamiento de las dos bases teóricas, tan quebradizas, del falangismo: o sea, un fascismo con injerto medievalizante. La idea corporativista de la clase obrera y de las clases sociales en general, la idea del sindicato vertical, y la mística de la patria, que en el caso español era particularmente grotesca por las reivindicaciones de orden imperial"⁷³.

El tema del nacionalismo impregna la literatura falangista del momento, con evidentes muestras de chovinismo exclusivista y absurdas pretensiones imperiales. En la misma *Qvadrante* veíamos la defensa de una "comunidad ibérica", propuesta por Vázquez Mella y sostenida por los falangistas, preferible, según García-Borrón, a un impracticable proyecto sin vertebración posible -y el eco orteguiano, en el propio autor-, como eran los Estados Unidos de Europa que proponía Churchill. Es el mismo argumento que sirve al propio *Maurus* para desestimar la monarquía que propone una "dignísima revista intelectual española"⁷⁴, en obvia alusión a *Arbor*. Y de nuevo la inspiración orteguiano-joseantoniana marcará el criterio de comprensión del nacionalismo español frente al catalán. El plural de *Maurus*, el *Mauri* de García-Borrón y Sacristán, firma un trabajo donde la firmeza del nacionalismo español choca abiertamente con los "rebotes con pretensión de

⁷³ Ibidem.

⁷⁴ *Maurus*, "Lo que no se puede esperar de la Monarquía", *Estilo*, s.n., (abril-1949), p.s.n.

floración" de signo catalanista y alude veladamente a un incidente de escasa importancia⁷⁵. Los términos son sarcásticos, a menudo, y la posición muy clara: "si algo merece hoy el homenaje de una lanza quebrada es la defensa de la unidad fecunda frente a todo atávico regreso al clan y al hecho diferencial". La modalidad despectiva de la alusión, sin embargo, se compensa por la idea de un nacionalismo español integrador y expresamente inspirado en algunos textos joseantonianos, basados como se ha visto repetidamente, en la comunidad de empresa y de destino. Pero hay también un plus de racionalidad que busca separar el origen de la neurosis colectiva de algunos catalanes sobre la "hidra centralista envidiosa", de lo que son manifestaciones espurias de un nacionalismo español legítimo:

La hidra envidiosa no existe. Pero sí existen las almas bajas y estúpidas que desprecian lo que no conocen. Memeces y babeos como los del "a mí hábleme en cristiano" no merecen mejor trato que el que ahora damos a los memos de enfrente. Ciertos "centralistas" impenitentes merecen buen rosario de parrafitos. No son los primeros que les dediquemos ni tampoco los últimos.⁷⁶

Poco más que a título de conjetura, otro texto firmado por *Almogávar* pudiera proceder también de Sacristán o García-Borrón. Una comprensión diferenciada de la cultura catalana está presente también, con algunos latiguillos idénticos a los citados. Para lo primero, entiende que las lucubraciones

⁷⁵ Cf. J.M. Colomer i Calsina, **Els estudiants de Barcelona sota el franquisme**, ob. cit., pp. 45 y 66-67, que fecha el 9 de febrero un "acto de resistencia" catalanista.

⁷⁶ *Mauri*, "Ultimo brote primaveral del hombre-planta", **Estilo**, 25 (15-marzo, 1946), p. 3.

diferenciales "no hacen más que expresar el deseo de que el pueblo catalán sea respetado en lo que vale y comprendido dentro de la comunidad hispánica con todas sus características privativas". Para lo segundo, y no menos significativo, "tanto nos irrita el blando lloriqueo por la patria sojuzgada como el 'hable usted en cristiano'". El final del ensayo reitera la integración en una comunión de pueblos y empresa histórica, después de citar extensamente una conocida intervención parlamentaria de José Antonio sobre Cataluña, de 1934. Los términos son muy semejantes a un texto también de José Antonio, "La gaita y la lira", que con gran relieve acompañaba el artículo "Ultimo brote..." de Mauri. En todo caso, *Almogávar* concluía en términos afines a los de Mauri: "Todas las demás reticencias e incomprensiones [fuera de la empresa común] no son más que defectos en la educación cívica de los pueblos de España"⁷⁷.

Conviene recordar ahora los términos de rigurosa independencia en que intentan hacer su presentación pública los responsables de *Qvadrante*, desde el primer editorial "Nosotros somos nosotros". No es exactamente original ese esfuerzo de singularidad, pero en esta ocasión retrata un proceso de transición, una salida enormemente confusa y con muy pocos pilares seguros, como no sea esa herencia liberal que declaraba Sacristán como escollo, punto de partida y de

⁷⁷ *Almogávar*, "El problema catalán. Visión histórica y valor del regionalismo", *Estilo*. Extraordinario fin de curso (1-junio, 1949), p. 4. No sé si encaja del todo en este perfil del personaje otro trabajo, ya citado, de *Almogávar* en torno a la "Aptitud para la misión revolucionaria de la juventud", *ibidem*, p. 7.

llegada, de todas sus conversaciones políticas con García-Borrón. Las primeras notas sobre **Laye** en esa correspondencia aluden a ella como órgano falangista, bajo el dialogante dominio de Ferreras, y que puede ser aprovechada con "el nuevo formato" para dejar constancia "de ese grupo que tal vez no formamos más que tú y yo, pero que a lo mejor cuenta también con Castellet y *Pocholo*, cuando menos"⁷⁸. A pesar de la noticia que cede en esa correspondencia sobre el Partido Comunista, ésta sirve sólo para recordar que pueden llegar a comentar a Cela con "los mismos productos indigestos que suelen destilar los *Ópus*, *Sopeñas* y *Razonifés*"⁷⁹. Las expresiones de independencia deben tomarse como muy obvios síntomas de una evolución que desconoce sus referentes de salida. Véase esta negativa rotunda y repetida a que "cualquier carrascoso archivero lo catalogue [el periódico] en un estante y bajo una ficha. Nos negamos a eso, como nos negamos a muchos otros hábitos de la pereza lógica de los desecadores del espíritu". No ha de pasar inadvertida la nueva alusión a la lógica, la lógica del *sentido común*, ni la intencionada ausencia de alusiones falangistas, únicas con alguna pretensión de viabilidad en 1946 o 1947. Firma ese editorial M. y confiesa la conciencia de perder la ventaja de una "fácil identificación".

⁷⁸ J.C. García-Borrón, "La posición filosófica de M. Sacristán", art. cit., pp. 46-47. La carta es de febrero de 1951.

⁷⁹ Ibidem, pp. 47-48. La carta es de 9 de febrero de 1953.

La respuesta pública a ese primer número es intensamente explotada en el segundo editorial para acentuar la excepcionalidad de quienes confeccionan **Qvadrante**, esa singularidad que el propio Sacristán hacía patente en la correspondencia de ese mismo año 47 con García-Borrón. La respuesta general ha sido "¿Quiénes son éstos"? Y el editorial reincide en el mismo mensaje: "¿A qué viene la pregunta? ¿Por qué tienen que encasillarnos en un lugar determinado, con la correspondiente etiqueta y número de orden?". El final del editorial anticipa el lema de otras tomas de posición que veremos ya en plena etapa de Ruiz-Giménez:

A los cautos, a los que pronto se escandalizan, a los que no ven más allá de sus narices, parecerá una audacia nuestra soledad y nuestra intransigencia. No hemos sido vencidos ni somos vencedores⁸⁰.

García-Borrón es el colaborador más regular del primer **Estilo**, con una larga serie destinada a examinar los antecedentes del falangismo en el pensamiento español: desde las ideas internacionales de Vázquez Mella, que "sintió ya el imperativo poético de la falange"⁸¹, hasta el Donoso joven y liberal, llegando a Angel Ganivet, que opone enteramente a la "escuela de renegados del '98" y en quien encuentra de nuevo los fundamentos teóricos que ahora materializa Falange⁸². Vale como síntesis de los propósitos de la serie, que se remontó también a Quevedo, este preámbulo a su lectura de Antonio

⁸⁰ Sin firma, Editorial, **Qvadrante**, [2] (1947), p. 1.

⁸¹ J.C. García-Borrón, "Ideas internacionales de Vázquez Mella. II.", **Estilo**, 3 (26-agosto, 1944), p. 3.

⁸² J.C. García-Borrón, "La política del apoliticismo. Angel Ganivet", **Estilo**, 7 (25-nov., 1944), pp. 3 y 15.

Aparisi: "esta reiteración con que venimos encontrando pruebas y más pruebas de que los ideales reavivados al fuego de nuestra guerra (no fingidos con su humo), no son 'nuevos ideales', ni mucho menos trasunto de moda, sino, todo lo más, una versión actualizada (...) de los eternos ideales de España". No hace falta añadir que son los de la "unión española" de José Antonio y de "Franco, que la está imponiendo"⁸³.

Carme Riera recordaba que la atención a la literatura en los primeros números de **Estilo** es considerable⁸⁴. En efecto, se recogen allí versos y artículos de Dionisio Ridruejo y se abre una sección poética para universitarios. Mayor interés tiene la colaboración que inicia Juan-Eduardo Cirlot sobre música (4-5, 22-IX-1944), sobre Chirico y la pintura italiana (6, 22-X-1944) o poesía francesa moderna y Paul Eluard, en particular, en el mismo número en que Cirlot publica en la contraportada el cuento "La última noche" (7, 25-XI-1944). En la misma línea de la etapa anterior en **Alerta**, se incorporan en el número 8 (20-XII-1944) Manuel Valls, sobre el "Panorama musical", y Juan Perucho reincide en una línea reivindicativa conocida con "Actualidad del surrealismo. Dalí y Miró". Antonio Vilanova, que redacta en ese número tres largos artículos con el mismo formato de **Alerta**, se ocupa de "Poesía 44" y "Novela 44". El tercer trabajo destaca "Los buenos

⁸³ J. Carlos García-Borrón, "D. Antonio Aparisi y Guijarro", **Estilo**, 9 (10-ene., 1945), p. 3.

⁸⁴ Cf. Carme Riera, **La Escuela de Barcelona**, ob. cit., pp. 123-124.

libros del año", entre los que no está **Hijos de la ira**, pero sí un indispensable volumen de **Ensayos sobre poesía española**, del mismo Dámaso Alonso. Su valor estriba en "remozar un poco la absoluta carencia de gusto en que había caído gran parte de la opinión poética de nuestra juventud"⁸⁵. La recomendación va destinada a quienes son objeto, una vez más, del ataque directo de Vilanova en su página sobre poesía y han "intentado el retorno a un clasicismo formal en el que la insinceridad más elaborada, se funde estrechamente con la más absoluta carencia de emoción humana". La superioridad entre todos de Vicente Gaos -**Sonetos apasionados** y **Arcángel de mi noche**- y, sobre todo, de Vicente Aleixandre como gestor "de la profunda renovación que el año que muere ha traído a nuestro mapa lírico", con **Sombra del paraíso**, hace más patente todavía el anacronismo de

una poesía sin pulso y sin sangre, cuyo fracaso atroz se ha revelado en su absoluta impotencia de crear una poesía grande que reflejara en sus versos aquel vendabal de muerte que asoló nuestra tierra ensangrentada⁸⁶.

Una vez más, el mejor mérito de los trabajos de Vilanova está en la instalación de la poesía que examina en la tradición más reciente española, y muy particularmente sus brotes surrealistas. El comentario sobre Fernando Villalón, **Romances del 800**, parece más un pretexto para escribir sobre García Lorca, y el largo ensayo sobre "La poesía de Vicente Aleixandre" trata de remediar, monográficamente, la ausencia

⁸⁵ Sin firma, pero de Vilanova, "Los buenos libros del año", **Estilo**, 8 (20-dic., 1944), p. 11.

⁸⁶ Antonio Vilanova, "Poesía 44", *ibidem*, p. 10.

de estudios que ubiquen **Sombra del paraíso** en las inmediaciones del surrealismo. Otra vez el trabajo es un repertorio de noticias, informaciones y citas de y sobre Lorca, Alberti, Neruda, o rastreos de otros ecos, de William Blake a Lautréamont, "descubierto, según nos reveló el poeta, mediada la composición de **Pasión de la tierra**"⁸⁷. La página destinada a la novela confirma la prolongada crisis de la narrativa, desde los años treinta incapaz de dar "ninguna novela grande", y se detiene sólo en la decepción del Cela posterior a **Pascual Duarte** y el aceptable oficio de narrador de Ignacio Agustí y su **Mariona Rebull**⁸⁸.

Sólo hacia finales de esta primera etapa, en 1946, aparecerá algún trabajo de Castellet sobre cine norteamericano -su "verdadera fórmula fue haber sabido hacer cine para analfabetos"-, pero anticipa un debate al que atenderá con más pormenor en futuras colaboraciones y no exento de notable actualidad histórica, "La novela y el cine"⁸⁹. En los dos primeros números de **Cuadrante** sigue Castellet con una temática

⁸⁷ A. Vilanova, "La poesía de Vicente Aleixandre", **Estilo**, 10 (27-ene., 1945), p. 10. Cf. la "Noticia biográfica" en A. Sotelo y M. Cristina, Coods., **Homenaje al profesor Antonio Vilanova**, ob. cit., p. XIX.

⁸⁸ A.V., "Novela 44", **Estilo**, 8, p. 11.

⁸⁹ Cf. J.M. Castellet, "La renovación del cine americano" y J.M.C., "La novela y el cine", **Estilo**, 25 (15-marzo, 1946), p. 9. Alude a un artículo en el número anterior, que no he localizado. Téngase en cuenta que un libro decisivo para este tema, Claude-Edmonde Magny, **L'âge du roman américain** es de 1948. Cf. Barry Jordan, **Writing and Politics in Franco's Spain**, ob. cit., p. 119 y ss. y el detallado análisis de estas cuestiones que propuso muy tempranamente Antonio Vilanova en el volumen colectivo **Prosa novelesca actual**, Madrid, UIMP, 1968.

análoga, en torno a temas cinematográficos puros, primero, y en la segunda ocasión en su relación con la literatura. En "Misticismo y psicoanálisis" evaluaba muy positivamente **Recuerda** de A. Hitchcock frente a la mediocridad de las que llama "comedietas a lo religioso" de Hollywood⁹⁰. En el número siguiente firma un trabajo teórico sobre cine y literatura, que acompaña con el análisis de sendos ejemplos: el fracaso de la adaptación de **La pródiga** de Alarcón por Rafael Gil, frente al acierto de Juan de Orduña con **Un drama nuevo** de Tamayo y Baus⁹¹.

En la segunda etapa de **Estilo** se incorporan otros responsables de las páginas culturales, como J.A. de la Loma, Jefe del Servicio de Cultura y Arte del SEU y que se ocupa regularmente del teatro universitario buscando su actualización temática. Entre 1948 y 1949, pueden aparecer un ensayo de J.M. Rodríguez Méndez sobre la "inautenticidad de la poesía negra" (escrita por quienes no lo son: Moreno Villa) o, en el último número de la colección, un largo e interesante relato de Francisco González Ledesma, de realismo telegráfico, que transcurre entre 1937 y 1949⁹². En la sección más apretada, las páginas centrales bajo un título *marcado*, "La ventana abierta", puede aparecer una protesta por "la repetición

⁹⁰ J.M. Castellet, "Misticismo y psicoanálisis vistos por Hollywood", en **Qvadrante**, 1 (5-nov., 1946), p. 9.

⁹¹ J.M. Castellet, "Ante las nuevas interferencias de la dramática literaria con la cinematográfica" y "Fin de año del cine español. Dos literatos del siglo XIX y dos directores de cine", **Qvadrante**, 2 (1947), p. 13.

⁹² F. González Ledesma, "Tres días en mi ciudad", **Estilo**, s.n., (1-junio, 1949), pp. 12-14.

infinita de temas y géneros cuya época pasó" en el teatro español contemporáneo, el desdén por el cine norteamericano y su reducción de todo tema a "fórmula sentimental" sin interés, el clasicismo de fondo de un arte de vanguardia "retrógrado" o la defensa de Picasso, "indiscutible ya como maestro y como persona. Ha dejado de ser anécdota para convertirse en historia"⁹³. La página dedicada a los "Poetas en los claustros" recoge uno o dos poemas y una larga entrevista: se dedica a lo largo de 1949 a Alfonso Costafreda y a Carlos Barral, opuesto a la corriente mayoritaria que encarna Costafreda y proclive a una poesía técnica y cerebral -Mallarmé reiterado-. La sección sustituye la entrevista por el ensayo y el mismo Costafreda, con las iniciales, comenta un soneto de Ferrán con un largo preámbulo teórico que incluye una anécdota ocurrida entre ambos en visita a Vicente Aleixandre. Carlos Barral, por fin, dedica un denso ensayo a Jorge Folch, que termina con versos de Mallarmé⁹⁴.

Merece la pena destacar de estos números últimos de **Estilo** las colaboraciones de Castellet. Probablemente entre sus primeros asedios críticos a la novela estuvieron dos títulos no premiados en el Nadal, que pertenecen a estudiantes universitarios, Carlos Rojas y Alberto Oliart. En ambos detecta defectos de oficio, pero "les sobran aptitudes para

⁹³ Todas las referencias pertenecen a esa sección, en páginas centrales sin numerar de **Estilo**, Año Nuevo-1949 y 15 de febrero de 1949.

⁹⁴ Carme Riera reproduce ampliamente pasajes de estas entrevistas y ensayos; cf. **La Escuela de Barcelona**, ob. cit., pp. 125-127.

lanzarse hacia lo que parece en estos momentos imposible: vigorizar y renovar la decaída y caduca novelística española actual"⁹⁵. En el siguiente número de **Estilo** se inicia una de las constantes de la reflexión sobre el cine a partir, sobre todo, de los trabajos en **Índice** de Muñoz Suay y que desembocan en las Conversaciones de Salamanca: la regulación de la censura, con un tratamiento descriptivo, aséptico y enteramente transigente⁹⁶. No sucederá igual en dos números posteriores de **Estilo**. Por una parte, la reseña de Castellet que incluye el último número de 1949 se ocupa de **Le deuxième sexe**, de Simone de Beauvoir. El artículo contiene implícitamente una mirada crítica sobre la constitución ética de la cultura española, de la que la mujer es su exponente más caracterizado. Su ausencia de la vida pública podría reenviar a una determinada formación escolar, a una programación de su función social en lugares subalternos y, en general, a causas todas ellas instaladas en el corazón de la España franquista⁹⁷. Nada de todo esto está explícito en la reseña, salvo la humillante comparación con Francia: "¿Las causas? Es difícil averiguarlas y una vez conocidas, es posible que sea mejor

⁹⁵ J.M.C., "Dos universitarios en el Nadal", **Estilo**, s.n. (abril-1949), p. 6.

⁹⁶ J.M. Castellet, "Esquema para un estudio de los problemas que suscita la censura cinematográfica", **Estilo**, s.n., (abril-1949), p. 10.

⁹⁷ Cf., en general, M. Teresa Gallego Méndez, **Mujer, Falange y falangismo**, Madrid, Taurus, 1983 y Rosario Sánchez López, **Mujer española, una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de Sección Femenina de Falange (1934-1977)**, Murcia, Universidad de Murcia, 1990.

callarlas"⁹⁸.

En otro número de ese mismo 1949, aparece una columna que no lleva firma pero puede fundadamente atribuirse al mismo Castellet. Es un repaso al mercado literario tras "la última y anémica Feria del Libro" -Somerset Maugham, Cronin, Zilahy, Noel Clarasó...- pero, además, un alegato directo contra la censura, con anticipos del tono de sus **Notas sobre literatura española contemporánea**, de 1955:

Es a la censura a la que incumbe otro menester que el más o menos divertido de prohibir cuidadosamente las escenas sicalípticas. Ella es directamente responsable, con su intransigencia pueril - puritanismo y beatería ridículos- de la atonía del mundo de las Letras. (...) Y lo que tiene explicación en lo que se refiere al cine, espectáculo de masas, es inaceptable en literatura, donde generalmente los lectores no alcanzan número tan considerable como para suponer catástrofe nacional en puertas si un determinado libro se publica.⁹⁹

En la columna contigua, y esta vez firmado por Castellet, aparece el anuncio de la creación del Cine-Club, que pretende "solamente representar, en medio del desbarajuste de la cinematografía comercial, a la minoría selecta que busca en el cine lo que tiene de arte, de expresión estética". La ventaja de contar con la *protección que nos brinda* el SEU significa, entre otras cosas, "la proyección de películas que, reuniendo importantes cualidades técnicas o artísticas, por sus características especiales no pueden ofrecerse al gran

⁹⁸ Cf. **Estilo**, (dic.-1949), pp. centrales s.n. De las repercusiones de este trabajo registra algunos datos C. Riera, **La Escuela de Barcelona**, ob. cit., pp. 127-8.

⁹⁹ "La ventana abierta... al libro", **Estilo**, s.n. (1-junio-1949), p. 10.

público, la revisión de películas en versión original íntegra, etc."¹⁰⁰.

Estos últimos datos apuntan a los intentos de una cierta vida cultural universitaria. Son testimonios por sí mismas las revistas examinadas -a pesar de reiterar el desinterés de los colegas de aula- y lo es la trayectoria de ese Cine-Club barcelonés. Por entonces se hacen frecuentes también las lecturas poéticas de jóvenes autores en las Facultades universitarias y, transitoriamente, el Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona había incrementado poco antes sus actividades culturales. Barcelona, sin embargo, no dispuso de un aglutinador institucional para ese tipo de lazos personales, culturales y, a la postre, políticos, que significaron algunos de los mejores Colegios Mayores en el ámbito madrileño: Cisneros, César Carlos, Guadalupe o San Pablo. Si en la trayectoria de **Estilo** y antes de **Alerta**, el elemento católico carecía de toda relevancia, la revista del primer Colegio Mayor de la Universidad de Madrid, el Cisneros, nace de un entorno ideológico sustancialmente distinto. Sitúa su línea de actuación en los muy combativos rieles de un catolicismo militarizado y colonizador y apoya su ejecutoria global en la restauración de instituciones específicas de la nueva España de Franco, los Colegios Mayores. Como en seguida veremos, sus orígenes formativos y doctrinales, la explícita fidelidad a un catolicismo integrista y arcaizante, chocará con la evolución de los colegiales hasta convertir esas piezas

¹⁰⁰ J.M. Castellet, "El Cine-Club Universitario", ibidem.

angulares del sistema educativo en importantes focos de cultura crítica.

Quizá por eso una página editorial de **Laye** de 1951 lamentaba precisamente la despreocupación de su ciudad por estos complementos de la formación del universitario -y no desaprovechaba la ocasión para ironizar en torno a una formación profesional que tampoco logra sus fines: "-sería absurdo repetirlo si no fuese aún más absurdo su incumplimiento"¹⁰¹. Y quienes opinaban con esta sorna sobre la actividad académica estimaban, en cambio, que "en una ciudad llena de actividades culturales como es, por ejemplo, Madrid, no son en absoluto despreciables los ciclos de conferencias selectas organizados por sus Colegios Mayores"¹⁰². Mezclado el lenguaje oficial y el lenguaje propio de la revista, este trabajo es un indicio valioso de la virtualidad crítica y renovadora que incubaron tales centros, con "la extraordinaria ventaja de contar con un auditorio inquieto y joven, y [poseer] un aire íntimo bien alejado de la pomposidad ateneísta"¹⁰³. Todo lo cual tampoco es mal síntoma de las vías distintas que siguieron unas y otras formas de resistencia en Madrid y Barcelona.

¹⁰¹ "Colegios Mayores en Barcelona", **Laye**, 14 (junio-julio, 1951), p. 12.

¹⁰² Ibidem, pp. 12-13.

¹⁰³ Ibidem, p. 13.

Aunque algunos de los Colegios Mayores más activos de la posguerra fueron fundados por el SEU, como el César Carlos o el José Antonio, la obra de restauración de estas clásicas instituciones universitarias nace ligada a la hegemonía que la Iglesia católica intentó asegurarse desde muy pronto en el medio cultural español. En el contexto de las dificultades de socialización política de la juventud, Gino Germani explicaba la fundación de los Colegios Mayores como herramienta reforzadora de una política de adoctrinamiento con escasos resultados¹⁰⁴. Pero, probablemente, no es ese el mejor ángulo de enfoque para explicar el impulso que cobran estas desprestigiadas instituciones universitarias, tímidamente reanimadas por Primo de Rivera (y al margen, por ahora, de la brillante trayectoria de otro Colegio Mayor, la Residencia de Estudiantes)¹⁰⁵. Interpretar el Decreto sobre Colegios Mayores de 1942 desde la lógica de un falangismo combativo desatiende el peso de la ofensiva católica bajo la dirección de Ibáñez Martín, minimiza el papel histórico e ideológico de los

¹⁰⁴ Gino Germani, "Political Socialization of Youth in Fascists Regimes", art. cit., p. 264.

¹⁰⁵ Cf., p. e., C. Láscaris Comneno, **Colegios Mayores**, Madrid, Ed. de Cultura Hispánica, 1952, p. 73, y Alberto Jiménez Fraud, **Historia de la Universidad española**, Madrid, Alianza Ed., 1971, pp. 464-467, que reúne sus trabajos sobre la Universidad, publicados entre 1943 y 1947 por el Colegio de México.

Colegios Mayores como formadores de élites seguras y, por último, no contempla la velada pero real admiración por la obra desarrollada por Jiménez Fraud al frente de la Residencia de Estudiantes.

El contenido del Decreto sobre Colegios Mayores de 21 de septiembre de 1942 anticipa la tónica legislativa de la LOU e indica claramente la naturaleza multiplicadora del poder de la Iglesia que se asigna a las nuevas instituciones¹⁰⁶. Su artículo séptimo ni siquiera respeta formalmente el protagonismo de Iglesia y Falange en el Nuevo Estado. Las generalidades que atañen a los "postulados del Movimiento Nacional" se subordinan, como sucederá en la LOU, a un dictado superior:

Los Colegios Mayores se inspirarán, para realizar su función educadora, en los principios de la moral católica, y procurarán arraigar sólidamente en los colegiales el espíritu de disciplina, autoridad, amor al trabajo, culto del honor y servicio a Dios y a España, consustanciales con los postulados del Movimiento Nacional.¹⁰⁷

La teoría de las élites, de tan vigorosa tradición española (desde el regeneracionismo costista hasta los métodos acenepistas u opusdeístas pasando por un Ortega y la propia base doctrinal falangista, para limitar la nómina a los

¹⁰⁶ Gregorio Cámara Villar, **Nacional-catolicismo y Escuela**, ob. cit., p. 227 y véase Ricardo Montoro, **La Universidad en la España de Franco**, ob. cit., pp. 121-128.

¹⁰⁷ Cito el Decreto por su reproducción en **Revista Nacional de Educación**, 21 (septiembre-1942), p. 106. Láscaris Comneno, **Colegios Mayores**, ob. cit., recoge la mayor parte de la legislación en torno a los C.M. hasta 1951, aunque omite el preámbulo del Decreto de 1942. Puede verse también en el citado volumen, editado por el C.M. Cisneros, **La Nueva Universidad Española**.

tiempos más recientes), inspiraría la restauración de los Colegios Mayores. Lo cual significaba no estar lejos de los postulados programáticos de Jiménez Fraud o de la misma Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de la que era miembro Ibáñez Martín¹⁰⁸. El preámbulo del Decreto empleaba términos muy próximos a los de Jiménez Fraud en la definición de su propia Residencia de Estudiantes en tanto que empresa cuya función esencial es "la de formación de minorías ejemplares que, sirviendo de canon a la comunidad universitaria, impulsaran al mismo tiempo los estudios a que estas minorías consagraban sus esfuerzos"¹⁰⁹. Para el Ministerio de Ibáñez Martín esta concepción del Colegio Mayor -nombre genérico de la Residencia de Estudiantes, "nuevo Colegio" para el propio Alberto Jiménez- contribuía indirectamente a paliar, en la teoría, el alto déficit de plazas para colegiales (reconocida, por cierto, en el art. 5 del Decreto) y, sobre todo, reforzaba la idea clásica de la institución misma. Su misión específica era constituir la "cantera de educación íntegra de la juventud llamada a ocupar los puestos de más alta responsabilidad y trascendencia en la vida nacional"¹¹⁰. Es esta una retórica presente en todo documento oficial relativo a la vida de los Colegios y, por supuesto, también en las **Memorias** de curso que fueron

¹⁰⁸ Cf. Cámara Villar, **Nacional-Catolicismo y Escuela**, ob. cit., pp. 155 y 203, n. 14.

¹⁰⁹ Cf. Alberto Jiménez-Fraud, **Historia de la Universidad Española**, ob. cit., p. 133 y véase 121.

¹¹⁰ Cf. el Decreto en **RNE**, 21 (sept.-1942), p. 104.

editadas. Algunas veces, con llamativa confianza en la fecundidad formadora del Colegio, como en este pasaje sobre los hispanoamericanos residentes en el Guadalupe: "Nadie puede extrañarse de esta importancia concedida a la formación y a la personalidad de cada colegial, si piensa que cada uno de ellos puede ejercer, en un futuro próximo, puestos rectores en la vida de su país"¹¹¹.

Pero incluso para un hombre íntimamente vinculado a los Colegios Mayores, como Láscaris Comneno, el valor modélico de la Residencia era tan innegable como de obligado camuflaje. De ahí la versión franquista que ofrece de la Residencia, mezclando organismos y fechas literalmente incompatibles: "Con anterioridad a 1936, es interesante la experiencia de la Residencia de Estudiantes, de Madrid, fundada por la Junta de Ampliación de Estudios, en la cual, de 1940 a 1942, se gestaron gran parte de las ideas que luego se llevaron a la realización"¹¹². El propio Láscaris Comneno repetía la consabida fórmula con respecto al ideal del Colegio Mayor, "contar con cierto número de intelectuales que en Seminarios o reuniones se planteen temas de cierta altura. Es la manera de formar auténticas minorías capaces de llegar a ser elementos directivos de la sociedad"¹¹³.

¹¹¹ Colegio Mayor Hispanoamericano "Nuestra Señora de Guadalupe", **Memoria del curso 1949-1950**, Madrid, 1950, p. 6.

¹¹² Láscaris Comneno, **Colegios Mayores**, ob. cit., pp. 73-74.

¹¹³ Ibidem, p. 53.

Esta forma dubitativa y vergonzante de reconocer en la Residencia de Jiménez Fraud un modelo para los propios proyectos es un producto derivado de la lógica general que preside la restauración de los Colegios. El preámbulo del Decreto exhibe concretas lagunas en su recapitulación histórica de la vida universitaria colegial. La enfermiza asignación de todo virus espiritual al extranjerizante racionalismo ilustrado equivoca premeditadamente el origen de la decadencia de los Colegios. Omite toda alusión a los ensayos de restauración de su identidad originaria, intentados por equipos muy significativos de Carlos III -y encabezados en este terreno por Pérez Bayer¹¹⁴- pero, sobre todo, calla lo que señaló tempranamente el benemérito historiador de la Universidad española, Vicente de la Fuente. Ya en 1886 había establecido el origen de la decadencia de los Colegios a principios del siglo XVII, en plena Contrarreforma y por causas no ajenas al combate ideológico de la Iglesia frente a corrientes más modernas y europeístas¹¹⁵. Evidentemente, el silencio sobre esta parte de la historia universitaria

¹¹⁴ Cf. Jean Sarrailh, **La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII**, Madrid, FCE, 1979, 2a reimp. de la ed. esp., pp. 195-229 pero espec., pp. 209-211, y una apretada crónica sobre estas instituciones junto a la historia universitaria puede verse en los dos primeros capítulos de A. Jiménez-Landi, **La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Los orígenes**, Madrid, Taurus, 1973.

¹¹⁵ Cf. Vicente de la Fuente, **Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España**, Madrid, Imprenta de Fuentenebro, 1887, T. III, p. 254 y ss., T. IV, p. 39, y Mariano y José Luis Peset, **La Universidad Española. (Siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal**, Madrid, Taurus, 1974, pp. 107-114.

magnificaba la tarea de restauración emprendida, en la medida que anudaba el presente con la misma gloriosa época que trataban de evocar los resonantes nombres de las nuevas instituciones.

Por lo demás, la referencia a la Residencia era inevitable porque el mismo Alberto Jiménez concebía su proyecto desde una clara continuidad con el momento de mayor esplendor. Las páginas casi confesionales que cierran el capítulo sobre la fundación de los Colegios Mayores de su **Historia de la Universidad Española** son muy expresivas en este sentido, como lo es la positiva estimación que ofrece de los primeros pasos de los Colegios de los jesuitas¹¹⁶. El eje ideológico decisivo de esta sintonía entre una tradición fuertemente católica y los más recientes ensayos de la España liberal reside en la confianza (que comparten los propagandistas del CEU¹¹⁷, de Madrid) en la eficacia de una minoría selecta, rectora de los destinos del país y formada en condiciones especialmente favorables. No es poco revelador a este propósito el disgusto de M. Giménez Fernández ante los ensayos de reanimación del CEU por quienes, "no habiendo convivido en nuestra ACNP desde sus principios, quieren hacer de ella una Institución Libre con signo contrario, como es

¹¹⁶ Cf. A. Jiménez, **Historia de la Universidad Española**, ob. cit., pp. 134-135 y 244-245.

¹¹⁷ De este Centro de Estudios Universitarios surgiría el Colegio Mayor Universitario de San Pablo en 1950; cf. la **Crónica del C.M.U. San Pablo**, Madrid, 1953 y, sobre el CEU, del propio Colegio Mayor, la **Crónica 1956-57. 1957-58**, Madrid, 1958, pp. 87-104. Y cf. Sáez Alba, **La otra "cosa nostra"**, Introducción, passim, y Cámara-Villar, **Nacional-catolicismo y Escuela**, ob. cit., pp. 155-164.

desgraciadamente posible al amparo de silencios forzosamente impuestos"¹¹⁸. Y valga añadir todavía el testimonio de Ernesto Giménez Caballero, que sugería a Franco la conveniencia de apoyar la idea de Escrivá, que sintetizaba como "una Institución Libre de Enseñanza (pero a la católica)"¹¹⁹.

La restauración de los Colegios Mayores se emprendió, por tanto, al hilo de dos tradiciones contradictorias pero no del todo explícitas. Por una parte, se trató de recuperar el carácter católico de los Colegios de la España del XVI y el XVII y, por otra parte, se aprovechó de la más reciente tradición lo que ideológica o espiritualmente no resultara lesivo a los nuevos intereses. Como programa venía a significar la ruptura con los esfuerzos conciliadores que imprimió Giner de los Ríos a su tarea pedagógica, optando exclusivamente por explotar el resorte más fiel a la España católica y conservadora y desestimando cuantas fuentes de revisión crítica y reinterpretación pudiera suministrar la cultura europea contemporánea. El caso paradigmático de esta ley general fue, sin duda, el primer Colegio Mayor de la Universidad de Madrid, el Ximénez de Cisneros, creado en 1942

¹¹⁸ Cit. por José Calvo y Javier Tusell, **Giménez Fernández, precursor de la democracia**, Sevilla-Madrid, Mondadori/ Diputación de Sevilla, 1990, p. 235.

¹¹⁹ Cit. por J.L. Abellán y A. Monclús, eds., **El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. I. El pensamiento en España desde 1939**, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 57. Entre las conclusiones del análisis de la etapa de Sainz Rodríguez al frente de Educación, anota A. Alted que, pese a las protestas de novedad del Nuevo Estado y, "a pesar de lo que suponía de rechazo con respecto a una etapa anterior, continuó o asumió iniciativas de ese período, bien que con otro espíritu"; cf. A. Alted, **Política del Nuevo Estado**, ob. cit., p. 251.

e instalado en la antigua Residencia de Estudiantes¹²⁰. Pero incluso en esta primera piedra de la nueva Universidad iba a gestarse el clima que suscitara iniciales contradicciones intelectuales de los jóvenes universitarios. Sin que quepa desorbitar el valor crítico de publicaciones nacidas de su entorno, y sobre todo, **Cisneros** y **Alfárez**, en ellas se expresaron voces que prometían un futuro menos hermético y arrogante y buscaban salidas todavía muy confusas pero ya indicativas de inquietudes después frecuentes en la vida colegial. La circulación *manual* de una bibliografía más rica, la disponibilidad de una discoteca, la programación de cursos universitarios paralelos a la carrera o la proliferación de lecturas dialogadas de obras teatrales, lecturas de poemas o representaciones de los TEUs, figuraban entre los ingredientes previstos por la Ley para la formación de sus minorías. Algo distinto es que ese privilegiado entorno cultural favoreciese también el descubrimiento de cotas de libertad todavía inasequibles o vedadas y, por tanto, el principio de una conciencia crítica¹²¹. No parece casual que entre las conclusiones del examen de José Luis Pinillos sobre "las actitudes sociales" de los universitarios de Madrid, no sólo

¹²⁰ Sobre el final de la Residencia aporta información de interés el "Epílogo (1937-1964): Desde la desaparición de la Residencia de Estudiantes hasta la muerte de Alberto Jiménez Fraud", en **Poesía**, 18-19 (otoño-invierno, 1983), monográfico sobre La Residencia y A. Jiménez, pp. 165-176.

¹²¹ José María Rodríguez Méndez, **El cisne de Cisneros**, Barcelona, Plaza y Janés, 1981, reconstruye el ambiente colegial sobre distintos tipos, con curiosas noticias de la vida cultural de jóvenes universitarios y colegiales. En este caso, se trata del entorno de los años cincuenta y los nombres de personajes ligeramente desfigurados.

se registrase la incapacidad de los Colegios Mayores para la "contradifusión" de un estado de ánimo que abonaba el camino de la izquierda, sino que los datos "apuntaban hacia un mayor clima de disconformidad de los estudiantes de los Colegios Mayores"¹²². Es posiblemente una concesión generosa al propio pasado la atribución al Colegio Mayor Cisneros de toda fuente de vanguardias, por parte del padre Sopeña¹²³, pero no cabe duda que fueron esos algunos de los núcleos que facilitaron lecturas de Maritain, Simone Weil o el propio Sartre en contextos históricos poco propicios. De sus residentes saldrían los responsables, o fundadores allí mismo, de Cisneros y, más adelante, Alférez, y nutrieron de colaboradores las páginas de revistas del SEU como *La hora* o *Alcalá*.

A título meramente indicativo, dado que falta una monografía necesaria sobre la vida intelectual de los Colegios Mayores¹²⁴, es útil revisar las *Memorias* de algunos de ellos. Entre cursos y conferencias, durante 1948-1950, los colegiales del Hispanoamericano Ntra. Sra. de Guadalupe, fundación del Instituto de Cultura Hispánica, pudieron escuchar un ciclo sobre literatura hispanoamericana contemporánea, por Luis

¹²² Cf. José Luis Pinillos, "Las actitudes sociales en la Universidad de Madrid, 1955", recogido en R. Mesa, ed., *Jaraneros y alborotadores*, ob. cit., p. 64.

¹²³ Cf. Federico Sopeña, *Defensa de una generación*, ob. cit., p. 115.

¹²⁴ Cf. Olegario Negrín Fajardo, "Los Colegios Mayores durante el franquismo", en *L'Université en Espagne et en Amérique Latine (Enjeux, contenus et images)*, ob. cit., en prensa.

Rosales y Leopoldo Panero, y conferencias de personajes de la vida política y cultural del momento: desde residentes del Colegio como A. Alvarez de Miranda o Tomás Ducay a García Escudero, Francisco Sintés o Manuel Fraga Iribarne, como uno de los más asiduos conferenciantes. Visitaron el Colegio en esa época desde Aranguren, Tierno Galván, Federico Sopeña, Laín, D. Alonso, Valbuena Prat o J. Marías, hasta representaciones hispanoamericanas, como Pablo Antonio Cuadra, Coronel Urtecho, Ernesto Cardenal o J.C. Goyeneche (hombre de considerable influencia en estos universitarios¹²⁵). Las audiciones musicales comentadas pudieron contar con el propio Joaquín Rodrigo o los comentarios del joven crítico Enrique Franco¹²⁶.

Especialmente concebido en el entorno de la ACNF para crear "la levadura de vida cristiana que haya de fermentar la masa enfriada por los vientos materialistas que airean el mundo"¹²⁷, el C.M.U. San Pablo disfrutó de una vida cultural, ya entrados los años cincuenta, algo más viva. Dada su obvia orientación espiritual, el ciclo de cine dedicado a "El Director y su obra" contó con el ala católica surgida de las

¹²⁵ Figuró entre los patrocinadores de una idea de los inicios de la guerra, la redacción de la **Historia de la Revolución Nacional Española**, dirigida por P. Sainz Rodríguez; cf. A. Alted, **Política del Nuevo estado**, ob. cit., p. 69. Un texto inapreciable para el perfil intelectual del personaje en su nota preliminar a César Pico, "Hacia la Hispanidad", en **Revista Nacional de Educación**, IX (sept.-dic., 1944), pp. 591-598.

¹²⁶ Cf. las dos **Memorias**, de los cursos 1948-49 y 1949-50, editadas por el propio Guadalupe, ya citadas.

¹²⁷ C.M.U. San Pablo, **Crónica del C.M.U. San Pablo**, ob. cit., p. 1.

Conversaciones de Salamanca, de 1955, reunida en **Film ideal** (frente a quienes confeccionaban **Cinema universitario**). Allí intervinieron J.M. Pérez Lozano, Félix Martialay, Juan Cobos, García Escudero (todos ellos muy próximos a la revista barcelonesa), junto con L. Gómez Mesa o Carlos Fernández-Cuenca. Pero también ahí se realizó una lectura escenificada de Alfonso Sastre, **El pan de todos**, con la participación del colegial Feliciano Fidalgo (que también había de representar en solitario alguna otra obra, como **Las manos de Eurídice** del brasileño Pedro Bloch). El curso 1957-1958 organizó un ciclo sobre arte abstracto, con obra de los recientes fundadores de **El Paso**, Canogar, Chirino, Feito, Millares o Saura. Fue Juan Guerrero Zamora el encargado de presentar la lectura de **Esperando a Godot**, de S. Beckett, y el Cine-Club del Colegio pudo exhibir títulos emblemáticos de la época como **La Strada**, **Milagro en Milán** o **Viva Zapata**¹²⁸.

. **Cisneros** o la incombustible "religiosidad militante".

Hasta la inauguración del que iba a ser el buque insignia de los Colegios Mayores -el César Carlos, fundado en Madrid, en 1945 y únicamente para licenciados-, el pendón iba a

¹²⁸ Cf. el volumen en papel couché y numerosas ilustraciones fotográficas, C.M.U. San Pablo, **Crónica 1956-1957, 1957-58**, Madrid, 1958.

mantenerlo el Colegio Mayor Ximénez de Cisneros. Desde su misma ubicación, en la mítica calle del Pinar, hasta la elección de Pedro Laín Entralgo para dirigirlo en los primeros meses, el Colegio estuvo concebido expresamente como réplica a uno de los éxitos históricos y pedagógicos más resonantes de la España moderna¹²⁹. La Residencia de Estudiantes será el demonio familiar que servirá de fondo justificador del sentido positivo de la propia obra. El proyecto de un nuevo Colegio Mayor, hasta 1942 todavía como Residencia de Estudiantes, buscará su legitimación de manera apenas velada sobre un modelo continuista¹³⁰ y desde la voluntad de corregir deficiencias anteriores de orden espiritual y religioso.

Es muy acusado el lastre del pasado reciente en el entorno intelectual y cultural que confecciona la revista del Colegio. Son residentes como su director, M. Riera Clavillé (responsable de **Revista** en 1955, tras el fin de la aventura de Ridruejo), J. Ignacio Tena Ybarra, Eugenio de Nora, Fernández Carvajal, Lago Carballo o Rafael Ferreres. Los mismos edificios y lugares que unos años atrás acogieron la Residencia de Estudiantes, y su revista **Residencia**, estaban ahora destinados a alojar *colegiales* y, también, una revista

¹²⁹ Cf. "Inauguración del Colegio Mayor de la Universidad de Madrid", **Revista Nacional de Educación**, 23 (nov.-1942), pp. 68-74. A pesar de la amnésica apología del presente, el trabajo registra aspectos de interés de los modos de vida de los *colegiales*.

¹³⁰ Expresamente reconocido en diversos lugares, pero véase en especial la fusión realizada por los nuevos *colegiales* entre "el espíritu de fraternidad de la antigua Residencia con el nuevo pulso ganado en la guerra", en "Clausura del curso en Nuestro Colegio Mayor", **Cisneros**, 5 (1943), p. 170.

de formato y diseño irremediablemente deudores de su predecesora. Pero no concebida para los mismos fines. Su director, M. Riera Clavillé, había de definir **Cisneros** en 1950 como el intento de "una primera formulación de esta política del espíritu" que es complementaria a la "monumental **Defensa de la Hispanidad**," de Maeztu¹³¹.

La referencia inexcusable de lo que fue la antigua Residencia está presente de manera muy viva en el propio esfuerzo de autodefinición del Colegio Mayor, de sus fines, propósitos y, sobre todo, discrepancias con respecto a la Residencia. Una ansiada liberación debió acompañar al traslado que, a finales de 1943, realizaba el Colegio a su nuevo emplazamiento en la reconstruida Ciudad Universitaria. La lectura germinal de los meses allí vividos parece aliviar el desasosiego de una ejemplaridad demasiado reciente: "Aquel edificio evocador, enmarcando un ci[e]lo azul, festoneado de adelfas y árboles profusos, con el aire impregnado de recuerdos y con las salas llenas de la vívida presencia de personalidades ilustres, ha sido la cuna donde abrigamos los sueños preñados de autenticidad y que empiezan a cuajar en realidades alentadoras"¹³².

Las páginas de la revista dedicadas a subrayar la originalidad del **Cisneros** comienzan en el editorial del primer

¹³¹ M. Riera Clavillé, "Tres formas de política", **Laye**, 10 (dic.-1950), p. 10. Una destructiva reseña de su libro **El combate de la inteligencia**, la firma F. de T., que es F. Farreras, en la misma **Laye**, 18 (marzo-abril, 1952), pp. 98-100.

¹³² **Cisneros**, 6 (1943), p. 46.

número de la revista y continúan en el mismo cuaderno con un largo inventario de los equivocados rumbos intelectuales e ideológicos que siguió la Residencia. El empeño por borrar las huellas del pasado se resuelve en fórmulas de carácter positivo: el Cisneros sabrá aportar a la vida universitaria, por encima del "leve [peso] de más recientes intentos", tres notas ausentes hasta ahora: la raíz religiosa, la tradición nacional y la disciplina. Todo ello, sin embargo, desde el reconocimiento a los logros de la anterior Residencia, a saber, dignificación de la vida universitaria, higiene física y deportiva y la elevación a nivel europeo de la formación del estudiante.

Reconocimiento que no iba a cuajar en las páginas de la revista en que se expresaba. Su auténtico norte intelectual será el propósito de anular el efecto de cuanto presuntamente se reconocía a la Residencia pasada:

por falta de sentido nacional en la dirección, su misión rectora quedó desorbitada, pues al tratar de establecer contacto la cultura española con la universal, embarcó al estudiante en una nave sin timón que le llevó a falsear la cultura tradicional española y la deformación de su espíritu entre un fárrago ideológico le puso en trance de perderse¹³³.

Demasiado claro era el rumbo: los medios académicos anglosajones y la tradición liberal. No en vano, y al igual que en **Alerta**, las crónicas sobre la vida universitaria europea, sobre todo en el primer año, no van a aportar otra información que la relacionada con Italia, Alemania y Portugal, juntamente con los llamamientos a una Hispanidad

¹³³ José Luis Ochoa, "Singladuras de una nave sin rumbo", **Cisneros**, 1 (1943), p. 28.

esencialmente católica y de vocación fascista.

No todo fue tan fácil como la ocupación de una ciudad vencida porque sus rescoldos alimentaron muy rápidamente rebeldías con pretextos estéticos y literarios. Del propio vientre del Cisneros surgiría una de las primeras voces críticas colectivas y organizadas, aunque fuese en el registro críptico, indirecto y casi siempre precoz de la poesía. Del mismo modo que **Alerta** incluía páginas culturales y literarias abiertamente contradictorias con el sentido falangista de la publicación, **Cisneros**, en tanto que revista y órgano de expresión del Colegio Mayor, aportará una nueva perspectiva en dirección afín a la que emprenden desde Barcelona Antonio Vilanova y Néstor Luján.

Eso sucederá sólo a finales del año 1943, cuando han aparecido ya diversos números de la revista, muy bien compuestos e impresos. En formato folio y encuadernación libresca, mantuvo **Cisneros** diversas secciones fijas que se diluirían desde 1944. Un editorial marcadamente ideológico precedía a un apartado de ensayos del más diverso carácter. Desde la aséptica revisión histórica o la interpretación del pensamiento de Ganivet, hasta la formulación del ideal de hombre falangista o el anticipo de un futuro libro de Joaquín Ruiz-Giménez, predomina abrumadoramente la preocupación religiosa por encima de cualquier otra. Los asuntos universitarios obtienen su propia sección, nutrida en su mayor parte de crónicas e informes sobre el pasado académico español -Colegios Mayores y otras instituciones universitarias-, sobre las Universidades extranjeras y, prioritariamente, la alemana

(al igual que sucede en la **Revista Nacional de Educación**, dirigida por quien accedería en 1943 a la dirección del **Cisneros**, Pedro Rocamora). Una larga crónica histórica de la Universidad alemana se inserta en esa sección desde el primer número, al igual que se recogen las actividades e instituciones de Italia, la propia Alemania y, muy ocasionalmente, Inglaterra o Francia. Mientras la sección estético-literaria irá ganando protagonismo gradual de la mano de Eugenio de Nora y un resonante artículo de otro fundador de **Espadaña**, Antonio G. de Lama, no va a perder el que tenía de antemano la que es, sin duda, la sección más agresiva de **Cisneros**, "La cruz y la espada".

Es en sus páginas y en los explícitos editoriales y notas de redacción donde la línea ideológica aparece más expresamente definida por dos irrenunciables devociones: la misión religiosa que asume el estamento universitario y el sentido ascético militar del modo de vida escolar. La insuficiencia de la piedad y la vocación activa de un catolicismo misionero desautorizan posiciones abstencionistas profesional e individualmente. Así reza una nota de la redacción, en el número 3:

Nuestra creencia religiosa, la gran vocación sobrenatural que, en última instancia, debe llenar nuestra vida, ha de abarcar lo personal, y lo personal ha de valorarse, potenciarse, a través de lo profesional. Sólo por ella y a través de ella, nosotros, universitarios y militares, haremos eficaz apostolado.¹³⁴

¹³⁴ **Cisneros**, 3 (1943), p. 88.

La independencia que la tradición liberal ha respetado para el universitario, frente a la esfera militar y la religiosa, es corregida en el Orden Nuevo -y desde una óptica específicamente católico-jonsista- por la integración de los tres modelos de vida. Si "todas las empresas de genuino cuño español han sido realizadas por la cruz y con la espada", la nueva Universidad tiene ahora la oportunidad de aliar a ella sus fuerzas propias asimilando los altos valores que encarna. No perderá la conciencia de que son la Academia Militar y el Seminario quienes promueven "los cuadros de mandos necesarios para cumplir la misión que nos aguarda". Al contrario, es este "redescubrimiento de valores auténticos" el que explicará el respeto que para los universitarios ganan ambos estamentos. Se les dedicará, en consecuencia, la sección más comprometida de la historia de la revista,

para que los universitarios españoles, comprendiendo los valores que presiden sus obras, los defiendan, los hagan suyos y, sintiéndose todos unidos en el apretado haz de una generación combatiente, trabajen con la conciencia de estar sirviendo un alto y único ideal salvador, que discurre por los cauces de tres vocaciones, hasta hoy diferenciadas y desde hoy, en adelante y para siempre, irrevocablemente unidas¹³⁵.

Lo que más llama la atención lo hace involuntariamente: la retórica falangista, con estilemas típicos, hace pensar en el precario lugar cedido a Falange en este feliz haz generacional y combativo, y al margen del decepcionado registro que practica Julián Ayesta en sendas entregas dramáticas. La primera, **Simplemente así**, es el testimonio precoz de una frustración política que aprende el coste del

¹³⁵ Cf. la nota anónima en **Cisneros**, 2 (1943), p. 54.

tiempo y el valor de las ocasiones perdidas: "Esa es la trágica paradoja de nuestra generación: que lo pasado sobrevive al presente, que lo presente muere y lo pasado, incapaz de movilizarse en guerras ni ambiciones heroicas, se queda murmurando, disfrazado de futuro"¹³⁶. El acuse de recibo de tal fraude histórico bien podía ser la misma revista en que iba inserta la obra. La alternativa ideológica real al falangismo estaba ahora en la órbita de un catolicismo activista y luchador. En coherencia con la demanda de una vitalidad perdida entre las filas falangistas, dispersas e instaladas, iba a estar la definición misma de su segunda obra en Cisneros, **El tímido Serafín**:

es una bufonada escrita, entre otras cosas, para poner en ridículo a cierta generación que lo merece. Ataca al tipo de intelectual tímido, inhibido, que una generación templada tanto al filo de la muerte en guerra como al calor de las letras, no puede menos de rechazar¹³⁷.

Los distintos orígenes ideológicos del falangista Ayesta y el musculado catolicismo de **Cisneros** no impiden la confluencia en una exigencia concreta: restaurar las fuerzas transformadoras que habían animado un Alzamiento, ahora perturbado por la desfachatez legitimadora de su propio discurso ideológico.

De manera reveladora, por otra parte, la apología de la División Azul no va a realizarse desde los supuestos de su principal nodriza, Falange, sino desde coordenadas inesperadamente europeístas. A la altura de 1943, el editorial de la tercera entrega considera el nuevo orden europeo fundado

¹³⁶ Cisneros, 1 (1943), p. 94.

¹³⁷ Cisneros, 4 (1943), p. 154.

en el expansionismo germánico y garantiza la adhesión española a ese nuevo orden en virtud de su fundamento cristiano, esto es, por su oposición tanto al materialismo orientalista y marxistizante como al nacido del capitalismo de Occidente. Las distancias con respecto al falangismo quedan suficientemente marcadas -por vía de omisión o inhibición- en el colofón del editorial: "Esta es la primera y más inabdicable condición española -de nuestra mente y de nuestro corazón- para la marcha común en nombre de Europa, de una Europa entera y verdadera: clásica y latina, germánica y cristiana."¹³⁸

El énfasis fundamentalmente católico al que obedece la revista no es ajeno al rápido abandono de la dirección del Colegio por Laín¹³⁹. Tampoco lo es la continuidad y dirección interina de A. Sánchez Bella, ni la reiterada frecuentación de aquellas páginas por jóvenes católicos como Ruiz-Giménez ni, desde luego, los despropósitos estampados en el monográfico dedicado a Santo Tomás, advocación universitaria dictada por la LOU. Aunque el tomismo no necesitaba pretextos para fundar "Nuestra misión intelectual". Bajo las iniciales de J.M.Ll. (¿Llanos?), el primer número adopta el tono de arenga propio:

Basta ya de jugar a las ciencias, hora es ya de abrazarse seriamente a la Verdad. Con lentitud y alegría, con la Summa de Santo Tomás ante los ojos como ideal empresa a realizar. (...) Teología de la ciencia natural, de la experimental, de la práctica. Teología de la historia, Teología del derecho,

¹³⁸ Cf. "La cultura en el Nuevo Orden europeo", Cisneros, 3 (1943), pp. 6-8.

¹³⁹ Cf. P. Laín Entralgo, Descargo de conciencia, ob. cit., pp. 294-296.

La embriaguez retórica de la fe no deja lugar a dudas sobre el futuro intelectual. Fácilmente se explica, así, el enfriamiento falangista de la revista en el número monográfico sobre Santo Tomás. La colaboración del P. Teófilo Urdanoz debe verse en el contexto de la ofensiva del catolicismo más integrista, reanimada por la sumisión del falangismo ideológico. Por eso subrayará Urdanoz de manera enfática la herejía de un Estado excesivo:

Por eso, aquellos Estados que no han partido de ese principio de ordenamiento social que es Dios, sin el cual no es dado construir un orden jurídico estable, que han negado los vínculos morales y religiosos que ligan las conciencias individuales y los pueblos con su principio supremo, "abandonan la concepción espiritual y ética de la vida social templada al calor de una verdadera humanidad e iluminada con el resplandor de la fe cristiana" [Pío XII], y se erigen a sí mismos en norma suprema de derecho, violando arbitrariamente toda jerarquía de valores y el orden objetivo de las relaciones humanas establecido por Dios.¹⁴¹

El sentido último de un programa se desvela sin pudor al obviar la confección específicamente política del Estado:

Nada importarán las creaciones concretas de ese orden, las formas políticas como habrá de realizarse, con tal de que floten incólumes los postulados fundamentales ético-religiosos del orden social interno. Las diferencias de regímenes, de razas y cultura de los Estados, no se oponen a la instauración del orden nuevo; todas ellas y todas las naciones podrán reducirse al mismo común denominador que ordenó e informó los pueblos de la Edad Media: la cristiandad, el espiritualismo católico.¹⁴²

¹⁴⁰ J.M.Ll., "Nuestra misión intelectual", Cisneros, 1 (1943), p. 36.

¹⁴¹ R.P. Teófilo Urdanoz, O.F., "Santo Tomás y el orden social cristiano", Cisneros, 3 (1943), p. 18.

¹⁴² Ibidem, p. 19.

El nombramiento del secretario político de Ibáñez Martín, y director de la **Revista Nacional de Educación**, Pedro Rocamora, como nuevo director desde últimos de 1943, puede venir a sancionar externamente la incomodidad de Laín Entralgo ante los postulados finales de un catolicismo rampante. Su única colaboración, en la revista del Colegio que dirige¹⁴³, iba a ser, significativamente, "El ideal de hombre falangista", en su segunda entrega. Aunque otras conferencias de Laín ya habían sido reseñadas con anterioridad¹⁴⁴, es sorprendente la nota dedicada a una figura capital del integrismo católico de primera hora. Es el propio Tena Ybarra quien transcribe una exposición "En torno a don Marcelino"¹⁴⁵, sin mencionar al orador. No es difícil ver a Laín anticipando su inminente **Menéndez Pelayo** (1943), ni la tesis central que recoge el propio Tena Ybarra. La descripción de la trayectoria sosegadora de ardores juveniles del autor de las **Ideas estéticas** se compadece mal, en su esencia, con los supuestos del monográfico sobre Santo Tomás en que aparece la reseña. Si bien el catolicismo de Laín no es, obviamente, objetable, dados los postulados de un hombre fiel a Ibáñez Martín sí debió despertarle alguna irritación ese enfoque. Pedro

¹⁴³ Y cuyo nombre omite la reseña ya citada sobre su constitución, a pesar de dar noticia del curso sobre "El problema de la cultura española", cf. "Inauguración del Colegio Mayor de la Universidad de Madrid", **RNE**, art. cit., p. 72 y las páginas ya citadas de **Descargo de conciencia**.

¹⁴⁴ Cf. Tena Ybarra, "Conferencias del curso 'El problema de la cultura española contemporánea'", **Cisneros**, 2 (1943), pp. 97-99.

¹⁴⁵ **Cisneros**, 3 (1943), pp. 119-124.

Rocamora iba a proponer para la Universidad, no una neutralidad ideológica que enmascara "posturas falaces de desprecio a España y de profanación de su destino histórico", sino una actitud abiertamente dirigista y exclusivamente católica. Los futuros Colegiales han de adoptar una "actitud decidida y valiente. Haremos que [las generaciones estudiantiles] formulen una concepción católica del mundo y de la vida y que de ellas proclamen su fe en el destino histórico de España"¹⁴⁶.

El sesgo católicamente militante y activista es general de la publicación y acerca sus supuestos ideológicos a las formas supervivientes del jonsismo. Expresamente está en el lema del escudo del propio Colegio Mayor, "No parar hasta conquistar", según recuerda el editorial destinado a hacer el balance de la etapa que termina con la llegada de Rocamora. Y de nuevo se formula la insistente consigna de la participación activa en los problemas del mundo, la urgencia de comprometerse con la realidad diaria y no vivir exclusivamente pendiente de la parcela universitaria escogida: "no podemos ni debemos desmontarnos del tiempo, pues no cabe vivir renunciando a él, al espíritu de la época y a la edad que se tiene, aunque todo lo hagamos para la vida eterna, y empeñando muy de veras el corazón"¹⁴⁷.

¹⁴⁶ "Toma de posesión del nuevo Director", en **Cisneros. Suplementos**, n. 2, s. f. [1943], p. 2.

¹⁴⁷ "Libertad y responsabilidad", **Cisneros**, 7 (1943), p. 8.

Pero tiene poco de novedoso tal discurso. Inmediatamente antes de un texto de Oliveira Salazar, la revista razonará los motivos de ese como de otros artículos europeos, en la expresa voluntad de extender a la vida real la actuación del nuevo universitario: "la Universidad, sin olvidar lo especulativo, el asiduo esfuerzo que se ha dado en llamar cultivo de la ciencia pura, quiere completar la visión de las cosas abordando los temas vivos y palpitantes de la hora presente". La misma pluma del editorial recién citado, regresa a la primera persona del plural e insiste: "Es preciso, además, que no nos desmontemos del tiempo, que no renunciemos al ritmo de nuestra época, que sepamos desentrañar las inquietudes, los problemas, las angustias que atosigan al hombre en la hora presente."¹⁴⁸

La manifestación más evidente de la voluntad nacional-católica que anida detrás de la revista aflora a propósito del tema constante, la Hispanidad. No sólo va a dedicar la revista una de sus secciones, "De las Españas", a las voces hispanoamericanas sino que de ellas va a obtener buena parte de la validación de su propio ideario. Es reveladora en este sentido la estrecha colaboración que hubo entre hombres como Juan Carlos Goyeneche o, en general, las asociaciones estudiantiles más reaccionarias de América Latina. La relación con una revista como **Guión**, de Buenos Aires, se explica en términos de total afinidad y aún más, desde la seguridad de la meta alcanzada en España y todavía en lucha para las tierras

¹⁴⁸ Cf. nota anónima en **Cisneros**, 4 (1943), p. 92.

argentinas. El "Anuncio" de esa revista, reproducido por Cisneros, es llamativamente cercano a alguna de las premisas ideológicas de la revista madrileña: los "tres celosos guardianes de las esencias nacionales", asegura el autor con honrosa originalidad, son para Argentina, la Iglesia, el Ejército y la Universidad.¹⁴⁹

El orden de la enumeración es premeditado porque la Hispanidad ha de definirse en función del catolicismo. Las conclusiones presentadas y aclamadas en un congreso de estudiantes en Lima, constituyen una particular manifestación del mimetismo -o la fe en el funcionamiento materno-filial de las relaciones históricas y culturales-: "La identidad de ideal entre la Iglesia y el Estado como en la Monarquía Española, debe ser un ideal iberoamericano". La Hispanidad es, en esencia, la realidad espiritual nacida del catolicismo como cohesionador de nacionalidades distintas¹⁵⁰.

Todo ello está, evidentemente, muy en sintonía con planteamientos inherentes a la propia revista. La cuña católica como clave total de la existencia alcanzará a la investigación científica porque la ciencia es un posible camino de salvación inexplorado. Puede ser la fórmula original española: "Que nuestro trabajo y nuestros saberes hayan de ser, al menos intencionalmente, trabajo y saberes de salvación, no parece ni siquiera discutible siendo española nuestra empresa." Los esfuerzos de legitimación de una vía

¹⁴⁹ "Guión", en Cisneros, 3 (1943), p. 95-97.

¹⁵⁰ "Base y meta hispánicas (Conclusiones a la Asamblea de Lima)", Cisneros, 5 (1943), p. 149-151.

católica para la ciencia y sus posibilidades de fundar una auténtica existencia católica, conducen a formulaciones tan exóticamente originales como este programa de futuro: "Sin creer que también el experimento y la meditación sobre el electrón o la más rigurosa crítica paleográfica conducen desde dentro de sí mismos -o pueden conducir, con eso basta- a Dios, todo será vana y caduca táctica". La aspiración última, expresada con un inoportuno arranque lírico, es "encontrar dentro de la descripción, de la clasificación, de la papeleta y del 'aparato crítico', del experimento y de la ecuación diferencial -otra vez-, un secreto, cristiano y español cántico".¹⁵¹ El sentido de la milicia, la ascesis del esforzado luchador, ha de pasar al imaginario moral de una generación que termina por fin con la hipoteca de una vida heroica sólo apta para los servicios de armas:

Tan héroe es quien da su sangre en servicio de Dios, del prójimo o de la patria, como el que consume denodadamente su reposo y su vigilia por ofrecer a Dios un nuevo concepto teológico, por dar a su patria la patente de una nueva síntesis química o por brindar al prójimo un nuevo suero curativo.¹⁵²

El peso específico que gana la revista en su andadura es de índole fundamentalmente literaria. También mitigó en parte el enérgico carácter combativo de los editoriales de las secciones que acabamos de citar. Pero pierde también a los más significados poetas y críticos con la fundación de **España**, en los escasos números que desde entonces aparecen: en 1944, nos. 8 y 9, y dos más correspondientes a 1945 y 1946. Como

¹⁵¹ "Labor de fundación", Cisneros, 5 (1943), pp. 5-10.

¹⁵² "Heroísmo", Cisneros, 2 (1943), p. 5.

tantas veces había de suceder en la cultura de la resistencia al franquismo, las formas de protesta moral y vanguardia ideológica adoptan una traducción en términos literarios o estéticos. El enfrentamiento larvado con el garcilasismo neoclásico e insípido que llevará a **Espadaña**, se gesta de manera natural pero premeditada desde las páginas de **Cisneros**. Y no únicamente a través de proclamas explícitas sino con la sección crítica de Nora, sus propios versos o los de Victoriano Crémer. Si el trabajo más recordado de esta inflexión estética es el de Antonio G. de Lama, "Si Garcilaso volviera", en el denso número 6, el subsuelo de esa actitud y la raíz ética y literaria que la inspira, tienen una excelente manifestación, más espontánea, en las colaboraciones de Nora o Crémer.

El primer trabajo de Nora es una nota desdeñosa sobre Espronceda en tanto que "agitador irresponsable que enardece a las masas" o enturbia corazones femeninos, pero ya en ese segundo número aparecen "Tres poemas de la vida nueva"¹⁵³. En la siguiente entrega, dedica a J. C. Goyeneche un ensayo sobre Leopoldo Marechal y publica "La canción del joven", que había de encabezar su primer libro **Amor prometido**¹⁵⁴, inicialmente publicado en la revista de Juan Aparicio, **Fantasia**. Si su "Poema en tres tiempos" necesita una "Nota de la Redacción" para advertir "un sentido confuso o ambiguo que conviene

¹⁵³ Cf. E. de Nora, "Espronceda, ejemplo de indisciplina", en **Cisneros**, 2 (1943), pp. 95-97. Los poemas, en pp. 46-49.

¹⁵⁴ Cf. **Cisneros**, 3 (1943), pp. 29-30 y 63-64 y cf. Eugenio de Nora, **Poesía (1939-1964)**, León, Institución Fray Bernardino de Sahagún, 1975.

aclarar"¹⁵⁵, será la nueva sección "Saetas a la poesía" -en ese mismo número 4- la que reúna las primeras discrepancias con **Garcilaso**, inmediatamente después de reseñar la **Antología del Alba (1940-1942)**, de estudiantes de la Universidad de Madrid, y prologada por el director de los **Cuadernos de Literatura Contemporánea** y antiguo asesor, en 1938, de la Junta de Relaciones Culturales del gobierno de Burgos, J. de Entrambasaguas¹⁵⁶. Destaca ahí Nora los poemas de R. Morales y J.L. Cano, a quien dedica una larga reseña sobre los **Sonetos de la Bahía** con la previsible desconfianza ante la forma estrófica del soneto y la esperanza de que su "talento haga estallar pronto su técnica actual, y superando esa rigidez tan peligrosa que fácilmente decae en amaneramiento, nos rinda una poesía esencial y verdadera"¹⁵⁷.

La reseña del libro de Cano viene precedida de la noticia de la revista **Garcilaso**, que firma Nora también: "poesía engolada, sin sangre, presumida, de mal gusto, por llamarle de algún modo que exprese nuestro descontento"¹⁵⁸. Es el reencuentro de la voz también irritada de Antonio Vilanova en **Alerta o Estilo** y, en todo caso, el primer detonante, bien

¹⁵⁵ E. de Nora, "Poema en tres tiempos", **Cisneros**, 4 (1943), p. 68.

¹⁵⁶ Cf. A. Alted, **Política del Nuevo Estado**, ob. cit., p. 112.

¹⁵⁷ **Cisneros**, 4 (1943), pp. 86-89. Con reparos semejantes, también a los **Poemas del toro**, de Rafael Morales, dedica una reseña en el n. 6 (1943), pp. 119-120.

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 85.

conocido¹⁵⁹, hacia "Si Garcilaso volviera...", de A. G. de Lama y la creación de **Espadaña** en oposición a **Garcilaso**. En el mismo número 6 del manifiesto de Lama, y arropados por un delantal programático de conciliación de tradiciones culturales españolas, aparecen también los versos de **Tacto sonoro** de Crémer, con una nota sobre el autor de Gerardo Diego, y un ensayo de Nora en torno a Aleixandre. El énfasis de su análisis recae en la inmediatez de una poética: "Más allá de esos detalles técnicos, hablo de sinceridad y elementalidad máxima en esta poesía, porque expresa realidades poéticamente inmediatas"¹⁶⁰. La combativa sección "Saetas a la poesía" encabeza en este número una declaración de principios donde los "meses de simple tanteo y de labor anónima y dispersa" se convierten en la postulación de "un núcleo de ideas eficaces y de obras que puedan justificarlas", inmersas directamente en "la actual contienda poética"¹⁶¹. En su defensa debería jugar otra nueva publicación poética, **Corcel**, a la que Crémer toma de nuevo como pretexto para otro esbozo programático que conjure el riesgo de sentir el arrebató del

¹⁵⁹ Cf. Fanny Rubio, **Las revistas poéticas españolas**, ob. cit., pp. 257-261 y V. García de la Concha, **La poesía española de 1935 a 1975**, ob. cit., pp. 445-449.

¹⁶⁰ E. de Nora, "Hacia una revisión de libros capitales: **La destrucción o el amor**, de Vicente Aleixandre", **Cisneros**, 6 (1943), p. 98.

¹⁶¹ **Cisneros**, 6 (1943), p. 115.

"blando y superficial halago"¹⁶². Ni Crémer ni Lama reaparecen en aquella publicación. Sí lo hace Nora, pero únicamente en un homenaje a Paul Valéry, en el que colabora con un poema y una traducción. El mismo número contiene una elogiosa reseña de C. Láscaris Comneno sobre **Cantos al destino**, pero también un violento ataque a los hombres de **Espadaña**, firmado por Rodrigo Fernández Carvajal, que sigue a una revisión, con no mal criterio, de los resultados poéticos del primer lustro de la posguerra¹⁶³.

En torno a 1944 siguen en la revista firmas que reaparecerán en **Alférez**, como Angel Alvarez de Miranda, C. Láscaris Comneno o Rodrigo Fernández Carvajal, u otras que iniciarán trayectorias fulgurantes como Florentino Pérez Embid. Ese mismo año 1944 reseña también Carlos Bousoño **Sombra del paraíso** en términos desmedidos: Aleixandre es la "más robusta voz lírica del siglo, el poeta más profundo y completo de habla española, el de visión más trascendental y más genuina intimidad"¹⁶⁴. En el número siguiente, único de 1945, son probablemente las iniciales de José Riera Clavillé las que

¹⁶² Ibidem, p. 117. Tanto en esta expresión concreta como en la exigencia de una poesía *esencial y verdadera*, según reclamaba Nora en un pasaje citado anteriormente, puede rastrearse, quizá, un cierto eco cervantino, y en especial, de algunos momentos muy explícitos del **Viaje del Parnaso**.

¹⁶³ El primer artículo, "Notas a la poesía joven" en **Cisneros**, 11 (1946), pp. 96-103, al que sigue una rectificación explícita del tono expositivo y analítico del ensayo, en "Leones de circo", *ibidem*, pp. 104-106. Sus protagonistas son los *señores de Espadaña*, irrespetuosos ante fronteras que "están acostumbrados a traspasar con soltura excesiva" (p. 104.). La reseña de **Cantos del destino**, *ibidem*, pp. 115-117.

¹⁶⁴ Carlos Bousoño, **Cisneros**, 9 (1944), p. 98.

firman una desconcertante valoración de **Hijos de la ira** como "un manojo de poesía que es como un manojo de flores, de colores vivos, de olor penetrante"¹⁶⁵. Aunque el trabajo más valioso de estos irregulares números es quizá una temprana aportación a la historiografía filológica de Fernando Lázaro Carreter. En "Menéndez Pidal y la Filología Española" revisa la trayectoria científica del romanismo -desde "Federico" Díez a los Junggrammatiker y Meyer-Lübke- y sus resultados españoles a través de la biografía intelectual de D. Ramón Menéndez Pidal¹⁶⁶.

. **Alférez** o la asepsia de un catolicismo especulativo.

Pero sería inexacto reducir a la literatura la tarea de apertura intelectual que, en algunos casos, suscitó esta suerte de mercado cultural selectivo que fue la vida del colegial universitario. La revista **Alférez** estuvo estrechamente ligada, en sus orígenes, a la vida del Cisneros y poco después el Guadalupe, con residentes hispanoamericanos y la influencia de Juan Carlos Goyeneche y revistas argentinas como **Sol y Luna**. En ellas encontró **Alférez** los modelos para aparecer con una "presentación diferente, distinta en su

¹⁶⁵ J.R.C., **Cisneros**, 10 (1945), p. 112.

¹⁶⁶ Fernando Lázaro Carreter, "Menéndez Pidal y la Filología Española", **Cisneros**, 11 (1946), 83-91.

estética"¹⁶⁷. El dato debe retenerse para completar la búsqueda de un catolicismo matizado por los ambientes reaccionarios y filofascistas hispanoamericanos, y sin renunciar a una herencia organizada en torno a la **Defensa de la Hispanidad**, de Maeztu¹⁶⁸.

Una intención católicamente renovadora, junto a las primeras apariciones de firmas de muy jóvenes universitarios, permite alinearla en un movimiento de adecuación a los circuitos intelectuales europeos de signo católico y conservador. En este caso, más específicamente, el posible epigonismo de un catolicismo progresista no supo mantener la altura ni el tono de experiencias anteriores al estallido de la Segunda Guerra y registrado en España desde atentos receptores como **Cruz y Raya**. Los jóvenes profesores que la confeccionaban compartieron un programa católico de proyección hispanoamericana -la política de Hispanidad-, con propósitos restauradores de una unanimidad católica ortodoxa. Y, naturalmente, en abierta contradicción con los indicios de una voluntad modernizadora que registra **Alfárez** en relación con Europa.

¹⁶⁷ Cf. Antonio Lago Carballo en Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., p. 181 y 185 y su "Crónica y repaso de la revista **Alfárez**", en el **Homenaje al profesor Juan Velarde**, Madrid, Eudema, T. III, en prensa.

¹⁶⁸ Cf. J.L. Rubio Cordón, "El oficialismo institucional: el Instituto de Cultura Hispánica", en J.L. Abellán y A. Monclús, coords., **El pensamiento español contemporáneo y la idea de América**, ob. cit., pp. 123-124 y 129 y véase Raúl Morodo, **Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española**, Madrid, Alianza Ed., 1985, pp. 148-168.

No será, por tanto, en el grueso del núcleo fundador de la revista donde proliferen los rasgos de una modernización intelectual del universitario español. Más bien habrá que buscarlos en el repertorio de trabajos de quienes, como J.M. Valverde o Miguel Sánchez Mazas, por entonces se situaban por delante de los fundadores de la revista -y entre los que se contaban. La intensa colaboración inicial de Valverde, también como *Gambrinus*, explorará casi en solitario el espacio de una crítica de profesión católica pero precozmente inmunizada contra el mal común a otros colaboradores. A saber, el contumaz incumplimiento de la crítica concreta como repetido programa teórico de la revista, por un lado, y las dificultades para vencer la resistencia que ofrecía la aproximación a la tradición liberal menos combativa o, incluso, a una mera actitud autocrítica y tímidamente revisionista de los primeros años de posguerra y sus resultados. La ausencia de Valverde desde el número diez de la revista -y un provocador trabajo en el número 23-24 y último- marcan el límite de la renovación de ese nuevo catolicismo político. La dimensión católica de la Hispanidad actúa, en el mapa intelectual de *Alférez*, como poderoso analgésico de males más inmediatos y polariza las energías de numerosos colaboradores españoles e hispanoamericanos, empeñados en la defensa de un proyecto únicamente definido por su catolicismo medular y explícitamente medievalizante. Sin embargo, desde el grupo aglutinado en torno al Padre Llanos -M. Sánchez Mazas, José Fraga, C. París, C. Robles Piquer- la política de Hispanidad y su compromiso católico estuvieron fuertemente

teñidos por un activo falangismo y una consiguiente entrega personal sin resquicios. El propio Llanos definió esa combinación en términos muy exactos, como el empeño de "trabar bien lo confesional católico con lo falangista imperial y algo revolucionario"; la combinación, en fin, de Acción Católica y Falange¹⁶⁹.

Los responsables de **Alferez** constituyen un caso de impotencia por obrar según los fines que reiteradamente se proponen. Los llamamientos a la crítica concreta para borrar la imagen excesivamente especulativa de la revista, o el propósito de señalar los males concretos para aliviar la conciencia de transigir con ellos, resuelven en demasiadas ocasiones la papeleta del compromiso del intelectual desposeído de resortes efectivos de poder. Desde una cierta independencia de criterio, la beligerancia intelectual de un Fernández Carvajal no logra dar el paso que materialice con mayor exactitud —o con una complicidad suficiente—, el objeto real de la crítica. F. Farreras comentaría unos años después, a propósito de los trabajos de Carvajal reunidos en **Los diálogos perdidos**, que "la carga explosiva apenas detectada a lo largo de veintitantos números de una revista universitaria salpicada de expresiones del más profundo espíritu religioso, aparece ahora con toda su potencia acumulada"¹⁷⁰. La meditación

¹⁶⁹ Cf. José Luis González-Balado, **Padre Llanos. Un jesuita en el suburbio**, Madrid, Temas de Hoy, 1991, p. 180 y cf. también Juan Abarca Escobar, **Disculpad, si os he molestado. Conversaciones con el Padre Llanos, anciano**, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1991, pp. 85-86.

¹⁷⁰ Cf. **Laye**, 20 (agosto-oct., 1952), p. 85. Una nota anterior del mismo Farreras, sobre T. Fernández Miranda, **El problema político de nuestro tiempo** (Col. **Alferez**, 1950),

filosófico especulativa, la minuciosa etopeya de una generación y la identificación de enemigos intelectuales cubren el expediente de un pensamiento católico que se quiso comprometido y activo. En el terreno de los resultados, por tanto, **Alfárez** no es capaz de superar la contradicción entre una moderada voluntad crítica y una mecánica interiorización a la baja de sus límites. Una complicidad de fondo mayoritaria anega los márgenes de una posible discrepancia. A salvo queda muy poco, como veremos con algún detalle, y el destino natural de ese choque irresuelto es una apretada gavilla de colaboraciones más programáticas que ejecutivas, más desiderativas que pragmáticas. La exaltación de los ideales de la Hispanidad, el sueño de una Europa espiritualmente unida y católica, la obstinación en la unidad política de la juventud, el resorte salvador de la Iglesia en el marco de una Europa confundida y un activo recelo a las supervivencias de signo liberal (incluidos desde Ortega, como decepcionante maestro, a un Maritain demasiado aventurero), constituyen los núcleos teóricos más constantes de un equipo intelectual que profesionalmente accederá -o accedió entonces- a los cuerpos de la Administración del Estado y no ahondó en las fórmulas posibles de aproximación a la Europa política e intelectual contemporánea. Por eso **Alfárez** permanece a menudo en el territorio de nadie de una mala caricatura demócrata-

situaba la revista en el marco de "la ofensiva emprendida contra la llamada democracia cristiana", y no desde grupos laicos o izquierdistas, sino de los que "sirven y practican un catolicismo limpio y sin concesiones"; cf. **Laye**, 12 (marzo-abril, 1951), p. 67.

cristiana, en un lado, y, en el otro, no logra rehuir un formulismo retórico, un cierto mimetismo falangista volcado en la confección de un "estilo nuevo".

El primer número de **Alférez**, en febrero de 1947, registra en la contraportada la relación de sus fundadores. A excepción de Valverde y M. Sánchez Mazas, eran los demás residentes del Cisneros: A. Alvarez de Miranda, director en 1947 del C.M. Guadalupe, R. Fernández Carvajal, José María de Labra, responsable de la cabecera y del aspecto gráfico de una revista que marcaría a sucesoras como **La hora y Alcalá** e incluso **Moncloa**, Antonio Lago Carballo, sucesor de Alvarez de Miranda en la dirección del Colegio desde 1948¹⁷¹, Juan Ignacio Tena Ybarra y Juan de Luis Cambor. Sus ocho páginas en doble folio y un diseño muy disímil de otras revistas del momento (tan alejada de **Escorial** o **Cisneros** como de la prensa seuísta de entonces, como **Juventud**), invitaban a la lectura reflexiva y la meditación, a pesar de una advocación -y una cabecera- paradójicamente enérgicas. El alférez de la liturgia es el arcángel San Miguel y al pie de la letra ha de tomarse la doble aptitud simbólica del santo¹⁷². El padre Llanos recordará a uno de los fundadores, Fernández Carvajal, esa misma advocación cuando éste pretenda aconsejar el camino de San

¹⁷¹ Cf. C.M. Hispanoamericano Ntra. Sra. de Guadalupe, **Memoria del curso 1948-1949**, ob. cit., p. 9. Aparte los citados, fueron colegiales otros colaboradores como José Angel Valente o Tomás Ducay. Entre quienes siendo colegiales no escribieron en **Alférez** están J.A. Goytisolo o Emilio Lledó, que lo sería por muy poco tiempo (cf. **Memoria del curso 1949-1950**, ob. cit., p. 28).

¹⁷² Cf. Ed., "Nuestro propósito", **Alférez**, 1 (28-feb., 1947), [pp. 4-5].

Agustín y un cristianismo creador:

Más que iniciativas inteligentes, audaces creaciones o planes originales, la misión de alférezía [sic] es misión de grito, de pasión y de bandera, de "echar pa adelante" con esa carga elemental del paño brillante y el arma entre las manos, despertando a la masa y orientando su fidelidad en servicio de la inteligencia, y todo a fuerza de ejemplaridad, fiel hasta el heroísmo y alegre hasta la elegancia¹⁷³.

El vitalismo del padre Llanos está en línea con una de las constantes de la publicación y, a la vez, con la fuente de los reparos públicos que más tempranamente se opuso a **Alférez** -y lo ha recordado recientemente A. Lago Carballo¹⁷⁴-: ausencia de espontaneísmo juvenil, excesiva densidad y severidad intelectual e inhibición de la realidad cotidiana. Algunos trataron de salvar individualmente un escollo que en su conjunto la revista quiso sortear con notas breves de actualidad e intención incisiva. Pero igualmente característica de **Alférez** -y de la mayor parte de publicaciones universitarias de aquellos años-, es la solicitud a la juventud de una actitud más pragmática y la necesidad de una reflexión más y mejor ocupada en el terreno de lo real concreto. Así, y valga como exponente claro de una actitud colectiva, la Hispanidad será tratada reiteradamente desde enfoques teóricos y especulativos, al mismo tiempo que se rechaza con acritud y decepción el lenguaje altisonante

¹⁷³ J.M. de Llanos, S.J., "Carta a **Alférez**", **Alférez**, 5 (30-junio, 1947), [p. 8].

¹⁷⁴ "Crónica y repaso de la revista **Alférez**", en **Homenaje al profesor Juan Velarde Fuertes**, ob. cit. y los testimonios de A. Lago Carballo, ya citado, en J.F. Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., pp. 179-195 y el de Carlos París, p. 202.

para exaltar un concepto todavía indefinido en términos racionales. Julio Ycaza, desde el número tres, lanza una consigna significativa: "dar testimonio de la realidad", como síntesis de un compromiso intelectual con el presente:

Este **Alférez**, militar, puede y debe darnos el criterio de lo exacto, el sentido y la medida de lo estricto, de lo concreto como decían en su segundo número (...). En la Sociología y en la Política yendo a los problemas concretos y a las realidades vivas, y huyendo de las generalizaciones vagas, y de las tenues e inofensivas idealidades¹⁷⁵.

El aludido editorial del segundo número evocaba circunstanciadamente la urgencia de una "Invitación a lo concreto" de este tenor: "Ideales católicos, o mejor, ideal, fuerza y causa operativa católica. Pero para lograr hacer carne todo esto, política española y actual"¹⁷⁶. Alvarez de Miranda dedicará el artículo de portada de la tercera entrega a la degradación de las "Figuras del patriotismo" que ve detrás del "ingénito optimismo" que excita la "retórica ambiente"¹⁷⁷.

Con la intención de profundizar en esa misma línea, y con una honesta incursión en el pasado reciente, Rodrigo Fernández Carvajal, una de las firmas de catolicismo más ideológicamente independiente de la revista, diagnostica el fracaso pedagógico de la Iglesia -salvando a A. Manjón- al contrastar la vigente política educativa (la ya conocida LOU y la Ley de Enseñanza

¹⁷⁵ Julio Ycaza Tigerino, "La Hispanidad en retórica", **Alférez**, 3 (30-abril, 1947), [p. 6]. En la misma página, José Fraga, "Un problema concreto".

¹⁷⁶ Cf. **Alférez**, 2 (31-marzo, 1947), [p. 7].

¹⁷⁷ Cf. Angel Alvarez de Miranda, "Figuras del patriotismo", **Alférez**, 3 (30-abril, 1947), [pp. 1-2].

Secundaria) con el avance efectivo que logró en el terreno pedagógico su rival natural. Una "generación laica y disidente" sí comprendió el alcance de una política cultural de Estado y cuyas manifestaciones, explica, ha estudiado el padre Jobbit en el libro sobre **La Institución Libre de Enseñanza** y sus herederos culturales e intelectuales. Una impotencia actual que afecta a la degradada continuidad del CSIC con respecto a aquello de lo que se quiere heredero, la Junta de Ampliación de Estudios¹⁷⁸.

Este hilo de la memoria de una tradición liberal no igualada en la España de Franco reaparecerá en otros momentos con semejante transparencia. Aunque anónimo, sin duda el responsable del editorial "Cultura y organización" vuelve a ser Carvajal para acusar el vacío dejado por la ausencia de la ILE y la tétrica vigencia de un estilo indeseable. En los mismos años de la Institución,

el católico español, bajo su cáscara pétrea de casticismo -ya en otros lugares de esta revista se tocó el tema- permanecía anquilosado y retórico, andando a contrapelo de la Historia y, por tanto, sin esa conciencia viva de lo actual que es cualidad inseparable de gran educador. Tal espíritu castizo pasó de contrabando las fronteras del 18 de julio, donde tantos resabios viejos quedaron, y está teniendo en nuestros años el último despliegue.¹⁷⁹

La apostilla final del artículo disipa lealtades en entredicho puntualizando que firma esos reparos quien "lleva dentro el 18 de julio y la fidelidad al Caudillo". Evidentemente, lo

¹⁷⁸ Cf. R. Fernández Carvajal, "Educación y casticismo", *Alfárez*, 5 (30-junio, 1947), [pp. 2-3].

¹⁷⁹ *Alfárez*, Ed., "Cultura y organización", 14-15 (30-abril, 1948), [p. 7].

significativo es la nostalgia por formas pedagógicas de inspiración muy dispar a la de Ibáñez Martín, aunque se exprese a través de un registro críptico y calculado.

Bastante más compleja es la herencia y recepción de Ortega, que no de d'Ors, muy raramente discutido. Ortega es a la vez el padre intelectual innegable y el objeto de rebeldías concretas de unos hijos encarrilados en la verdad incontrovertible del catolicismo. Los tres últimos números de **Alférez** contienen diversos trabajos sobre él, aunque su figura planea sobre la revista como sombra irremediable. El recelo religioso hacia Ortega únicamente atenúa, delimita, una ejemplaridad a menudo teñida de nostalgia. Mientras un ex alumno como C. Alonso del Real defiende en tono confesional la estimación de su obra desde supuestos críticos distanciados (tanto del panegírico como de la denostación)¹⁸⁰, quienes escuchan a Ortega por primera vez en el Instituto de Humanidades experimentan un desencanto muy agudo que intentarán racionalizar. No se trata únicamente de la degradación de los discípulos con respecto al maestro -como anota un colaborador en el número 20-, o de la desfallecida asistencia femenina con que ha contado su conferencia "Una nueva interpretación de la Historia Universal"¹⁸¹ o, peor aún, de la inoportuna irreverencia con que alude a Menéndez Pelayo

¹⁸⁰ Cf. Carlos Alonso del Real, "Otra vez Ortega", **Alférez**, 21 (oct.-1948), [p. 4].

¹⁸¹ Comentario del que parece hacerse eco Julián Marías en **Ortega. II. Las trayectorias**, Madrid, Alianza, 1983, p. 405. Véase, en todo caso, el capítulo que dedica al Instituto de Humanidades, pp. 393-412.

un programa de mano del Instituto¹⁸². Se trata, más bien, de algo que afecta a la médula espiritual de los jóvenes lectores de Ortega, desanimados por su inhibición del proyecto que ellos preconizan, por su lealtad básica al pensamiento de los años de preguerra y por una patente animosidad hacia los ejes ideológicos del pensamiento español, y particularmente católico, del momento. Ningún otro texto de **Alfárez** evidencia mejor el origen de tales recelos que uno de los editoriales del número final de la revista, reveladoramente titulado "Ortega a destiempo". Quizá la condescendencia anterior y el respeto básico a la figura de quien la misma **Alfárez** había hecho modelo de compromiso histórico con la realidad (con Larra, Costa y Unamuno)¹⁸³, se revuelve ahora desengañada y defraudada hacia una voz demasiado tímida y, sobre todo, *desfasada*. Véase el cauto preámbulo que anuncia la opinión de la revista, en el momento de despedirse de los lectores: "Inútil es advertir que esta opinión en lo que tiene de crítica, sólo afecta a un aspecto de la obra de Ortega, y que únicamente puede comprenderse viéndola sobre el trasfondo de nuestra admiración por él". El mecanismo que actúa ahí afecta a la fuente de las contradicciones de **Alfárez**, ya señaladas: la impotencia por materializar una vocación crítica cuyos estrechos límites reales obligan a abstraer u omitir puntos doctrinales intocables. En otros términos, Ortega actualiza -o

¹⁸² "Ortega ha hablado", **Alfárez**, 22 (nov.-dic., 1948), [p. 6.] y C.[¿arvajal?], "'Este señor'", *ibidem*.

¹⁸³ Cf. "Tareas para nostálgicos", **Alfárez**, 6 (31-julio, 1947), [p. 7].

evoca- un pensamiento liberal no hipotecado por supuestos católicos determinantes¹⁸⁴. La respuesta de **Alfárez** es necesariamente el desengaño y la protesta por un "anacronismo" orteguiano que fundan en su inhibición de "una serie de hechos espirituales muy graves" de la historia reciente. La recatolización forzada de España está ausente del horizonte mental orteguiano en la misma medida que es la reforma de ese programa y la atenuación de sus formas más agresivas el patrimonio progresista más visible que reunió **Alfárez**. La vanguardia intelectual que pueda significar la revista sólo se entiende desde la asunción básica del catolicismo, y es el único termómetro apto para medir el respeto y la importancia de Ortega. Fuera de los márgenes ideológicos de un catolicismo fuerte, el pensamiento de Ortega pierde la vigencia histórica que esperan de él: "Su palabra no puede equipar la primera línea de nuestras necesidades intelectuales, sino una segunda línea de menor tensión". La frontera para entender a Ortega como un clásico vivo, un pensador y maestro innegable, se sitúa en 1930. Desde entonces, no puede ser ya más el guía de una generación:

Ortega es el padre de casi todos los españoles que piensan, incluidos muchos de los que le combaten. Pero no nos parece que hoy pueda hacer de atalaya; al menos si no logra escapar de esa isla de 1930.¹⁸⁵

Habrà ocasión de verlo más tarde pero este esquema de la

¹⁸⁴ Lo que explica los reproches de Carvajal en una inefable nota sobre Ortega y el misticismo, titulada "El respeto al misterio", **Alfárez**, 14-15 (30-abril, 1948), [p. 10].

¹⁸⁵ Ed., "Ortega a destiempo", **Alfárez**, 23-24 (enero-1949), [p. 3].

recepción de Ortega resume lo que separará a las generaciones más jóvenes de las que confeccionan **Alférez**. Lo que acercará a unos es lo mismo que aleja a otros: una libertad intelectual básica, una libertad interrogadora asequible al discurso crítico y, en fin, una encarnación emblemática, aunque pronto insuficiente, de la tradición liberal moderada y no católica de la España vencida.

Semejante recelo a Ortega inspira los trabajos de José María García Escudero, el más asiduo colaborador de la generación del 36 (junto a Laín Entralgo, G. Gómez de la Serna o A. Tovar) e insistente revalorizador de *tareas colectivas rubricadas con sangre*. Un trabajo con protagonista generacional aconseja a la novísima leva una actitud muy cauta hacia los maestros regresados del exilio —y al fondo Ortega—: "huérfana de maestros, está buscándose asideros mucho más firmes de los que ellos pudieran brindarle, mucho más firmes también que los nuestros, demasiado sentimentales, a menudo, aupados tan sólo en el primor de la expresión o en la elegante imprecisión del lenguaje"¹⁸⁶. Un indigesto paternalismo seguirá presidiendo otras colaboraciones del autor, pero es un testimonio muy fiable de lo que oculta ese registro de vocación crítica indefinida. La generación del 36 "ha de servirles de brújula en caso de extravío", es decir, orientará a esos "jóvenes, neoliberales, maritenianos o cosa parecida [que] más al borde se encuentren de perder, llevados por un hipercriticismo impertinente y soberbio, el ancho y viril

¹⁸⁶ J.M. García Escudero, "La vuelta de los padres Pródigos", **Alférez**, 5 (30-junio, 1947), [p. 5].

camino de 1936"¹⁸⁷.

Demasiado cerca sintieron algunos esta generación joven de la de sus padres. Valverde acusará el excesivo equipaje ideológico y político legado por los mayores, y lo hará parafraseando a un autor de la propia **Alférez**, León Bloy: "Los padres han sido demasiado padres, incluso patronos de sus hijos, y los hijos han tratado de ser sólo repeticiones, siervos más que hijos"¹⁸⁸. Pero no será compartida esa desazón por la voz oficial de la revista. El editorial de la octava entrega se apresura a puntualizar los límites de un diálogo reconciliador comenzando por excluir

los dogmas religiosos y una serie de intangibles principios patrióticos y políticos, para dejar solamente los de carácter opinable, esto es, aquellos que por no estar aún esclarecidos pueden beneficiarse de la luz que el diálogo produce.¹⁸⁹

Es lo que definen como "una nueva plataforma de convivencia", como recordaba recientemente un colaborador de **Alférez**, Manuel Fraga Iribarne¹⁹⁰.

Según el testimonio personal de Lago Carballo las iniciales X.Z. que firman un "Fragmento de una carta apócrifa"

¹⁸⁷ J.M. García Escudero, "La generación de los hermanos menores", **Alférez**, 8 (30-sept., 1947), [p. 3].

¹⁸⁸ *Gambrinus*, "La juventud como obligación", **Alférez**, 7 (31-agosto, 1947), [p. 4].

¹⁸⁹ Ed., "Puntos de política" **Alférez**, 8 (30-sept., 1947), [p. 8].

¹⁹⁰ Lo hacía en el programa de TVE, **Los años vividos**, emitido por el primer canal en febrero de 1992.

ocultan a Carvajal¹⁹¹. El tema vuelve a ser el universitario y el diagnóstico se recarga de energía y agresividad para denunciar la mojigatería de una juventud que Valverde veía mezquinamente pacata y "como presunto arquetipo de catolicidad" en el número 8¹⁹². Carvajal también la describe aquí afectada de una "astringencia espiritual agudísima", manifiesta en el miedo a las cosas concretas y determinante de su naturaleza "medrosa y ascética"¹⁹³.

Lo llamativo es que buena parte de ese preciso diagnóstico atañe a un respetable porcentaje de colaboradores de la misma **Alférez**. La imposibilidad intelectual y política de mantener un discurso crítico independiente adopta a veces un registro netamente adicto al régimen, como en el editorial del número 11. Probablemente es la más contundente afirmación franquista de la revista y la mejor radiografía política e intelectual de sus limitaciones. Puntos claves que resumen un programa, desde la base metafórica de ejecutar una partitura ya dada, la del Nuevo Estado, son, por este orden, la unidad territorial y moral, un Estado superador del liberalismo y el totalitarismo, la extirpación de toda "adherencia liberal" y la inoculación de "sentido católico", la renuncia a toda

¹⁹¹ Conversación con D. Antonio Lago Carballo, de 9.2.1992, a quien agradezco las facilidades prestadas para la consulta de la colección completa de **Alférez**.

¹⁹² Cf. *Gambrinus*, "Hegemonía del pacato y otras notas", **Alférez**, 8 (30-sept.-1947), [p. 2].

¹⁹³ X.Z., "Fragmento de una carta apócrifa", **Alférez**, 9-10 (oct.-nov., 1947), [p. 12]. Puede ser intencionada la ambigüedad de las iniciales, las mismas de Xavier Zubiri, que sería objeto del homenaje de **Alcalá** y de muchos de los que colaboran en **Alférez**.

tentación de "política mítica -pagada de gritos y fachada-", la incorporación de valores católicos a la vida pública y, en último lugar, la búsqueda de soluciones al problema social "fuera de la dialéctica marxista". El cumplimiento de este que "llamaríamos orteguianamente nuestro fondo vital insobornable", es misión de una juventud universitaria consciente de su valor minoritario:

Lo que hay que hacer, en vez de gritar en el desierto o esconder la cabeza bajo el ala de cualquier ficción propagandística, es poner manos a la tarea inmediata y propia. Nuestra tarea inmediata y propia es vertebrar a España: crear una minoría que la sirva, reclutada con aquella misma mezcla de rigor y anchura con que los Reyes Católicos seleccionaron la élite gobernante.¹⁹⁴

La desestimación de otras posiciones, en las primeras líneas -la militancia falangista más fiel a la revolución pendiente, por un lado, y de los círculos del falangismo instalado y conformista, por otro-, impregna la línea política de la revista de manera muy evidente. La reaparición de *La hora* en 1948, con Jaime Suárez, será muy bien acogida en virtud del cambio de tono que marcó la nueva salida: "No se insultaba a los franceses, no se daban gritos destemplados e innecesarios, había rigor, dignidad en la crítica"¹⁹⁵. Lo que obedecía a la protesta por los restos de un falangismo todavía combativo, que había firmado Carvajal en sus "Avisos a los

¹⁹⁴ Ed., "Profesión política", *Alférez*, 11 (31-dic., 1947), [p. 3].

¹⁹⁵ A., "La hora en punto", *Alférez*, 22 (nov.-dic., 1948), [p. 6].

universitarios fieles"¹⁹⁶, o que incluía J.I. Tena en "La política y las fórmulas". Entre los más jóvenes es mayoritaria

una especie de revolucionarismo de invernadero, que además de ser anacrónico, resulta sobre todo ineficaz. Petrificación en ademanes tremendistas, total desconexión con la realidad, son los peligros ciertos que acechan a esta postura, neoliberal en último extremo, que por otra parte alcanza hoy a grupos de los que por su ímpetu e inquietud cabe esperar aún algo que esté más a la altura de los principios defendidos.¹⁹⁷

El otro oponente es el triunfalismo retórico de la posguerra. Es el agente esterilizador de los afanes renovadores que inspiran a **Alfárez** desde la vocación teórica que reivindica un Editorial defensivamente titulado "Aclaraciones"¹⁹⁸. De ahí, la imprecisa pero sintomática acritud con que se ataca la "secreción de un patriotismo botánicamente elemental", íntimamente contradictorio con el "profesado por ese hombre, milagro de juventud irrumpiendo en nuestra historia, que era José Antonio"¹⁹⁹.

En todo caso, es una suerte de espasmódico y sentido nacionalismo el que predomina en la temática más fiel de la páginas de **Alfárez**, la Hispanidad. En tanto que resultado de una operación política de recambio, promovida por el régimen con el resultado de la Segunda Guerra y la exclusión española de los foros internacionales europeos, la política de

¹⁹⁶ Cf. R. Fernández Carvajal, **Alfárez**, 16 (mayo-1948), [pp. 6-7].

¹⁹⁷ J.I. Tena Ybarra, "La política y las fórmulas", **Alfárez**, 13 (29-febrero, 1948), [p. 4].

¹⁹⁸ **Alfárez**, 20 (sept.-1948), [p. 8].

¹⁹⁹ Ed., "La España panegírica", **Alfárez**, 18-19 (julio-agosto, 1948), [p. 6].

Hispanidad quiso ser la alternativa católica propiamente española y no la única alternativa histórica a un aislamiento internacional. El ropaje retórico de una maniobra política e institucional -Consejo de la Hispanidad, Instituto Cultural Iberoamericano, etc.- sintonizaba especialmente con el pujante peronismo argentino pero evidenciaba, sobre todo, la inconsistencia última de un programa hueco, como demasiado bien intuían muchos de los convencidos miembros de los "Grupos de Agitación Hispánica" que liderara José María de Llanos²⁰⁰.

Poco llama la atención, en esa combinación de ficción política y confianza ciega, que las colaboraciones en torno a la Hispanidad -y no hay número de **Alfárez** que no incluya alguna- vengan sistemáticamente precedidas por un sesudo desdén hacia la retórica inocua en torno a la Hispanidad. Animaba esos recelos una vocación teórica por definir programáticamente un proyecto común de todavía alarmante simplicidad argumental e inquietante elasticidad conceptual. C. Alonso del Real, por ejemplo, encontrará la formulación de la política de Hispanidad de Franco en textos de... José Gaos²⁰¹. Los vectores básicos de ese proyecto, sin embargo, estaban expuestos en diversos textos de la propia **Alfárez**, órgano virtual de la Hispanidad. Carvajal había definido en esencia esa meta política e ideológica en términos de

²⁰⁰ Cf. J.L. Rubio Cordón, "El oficialismo institucional: el Instituto de Cultura Hispánica", en J.L. Abellán y A. Monclús, coords., **El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. I.**, ob. cit., pp. 123-131, donde reproduce el Reglamento del ICH y otra documentación de interés.

²⁰¹ Cf. Carlos Alonso del Real, "Un texto de la emigración", **Alfárez**, 14-15 (30-abril, 1948), [p. 12].

restauración del clima espiritual de la Edad Media y la reconstrucción de una "unanimidad" religiosa perdida por Europa. España sorteaba la decadencia de Occidente por subsistir en ella los ejes ideológicos de la Edad Media. Su misión en el contexto internacional pasaba por renovar un aliento católico moribundo:

Lo que en el mundo queda de Edad Media es el gran repuesto con que se va a hacer la Edad novísima, y como la Hispanidad es hoy día la fracción humana que conserva mayor sustancia medieval, a ella hay que suponerla destinada, dentro de la economía de la Historia, para la gran tarea de presidir esta Edad novísima. El razonamiento tiene exactitud de silogismo y su consecuencia está clara²⁰².

En este contexto teórico, la tibieza del catolicismo joseantoniano, por ejemplo, se beneficiará de la pintoresca y sangrienta ventaja de no haber sido purificado por la guerra²⁰³. El mismo número enuncia a través de Ycaza el objetivo de la Hispanidad en la dinámica expansiva del catolicismo por encima de las fronteras políticas peninsulares, para allanar las históricamente consanguíneas de Latinoamérica²⁰⁴. En virtud de ese catolicismo expansivo y colonizador de la España de Franco, Alvarez de Miranda prefiere el Cervantes joven y militar al autor maduro del Quijote²⁰⁵. En buena lógica, los lemas que la revista

²⁰² R. Fernández Carvajal, "Precisiones sobre la Hispanidad", *Alférez*, 1 (28-feb., 1947), [p. 7].

²⁰³ Cf. R. Fernández Carvajal, "Lecciones de José Antonio", *Alférez*, 9-10 (oct.-nov., 1947), [pp. 1-2].

²⁰⁴ Cf. J. Ycaza Tigerino, "Notas sobre la Hispanidad", *Alférez*, 9-10 (oct.-nov., 1947), [p. 11].

²⁰⁵ Cf. A. Alvarez de Miranda, "Cervantes y nosotros", *Alférez*, 12 (31-enero, 1948), [p. 1]. Y el examen desde la idea de Hispanidad da buenos resultados a Giuliana di Febo en

seleccionaba para la contraportada de cada número suelen ser exultantes fragmentos de los cronistas de indias (en recurso expresivo que, con muy otros fines, rescataría doce años más tarde Jesús López Pacheco para la página editorial de **Acento cultural**).

Pero ese perfil no agota la caracterización de los jóvenes responsables de **Alférez** porque omite las fuentes del tímido liberalismo que supuso en su momento. La frecuentación en aquellas páginas de Ortega o Unamuno para oponerles reparos mayores o menores (pero reconocer su paternidad intelectual), o las afinidades básicas con quienes constituían los sectores del régimen más próximos a sus propias inquietudes intelectuales (como Lain o Ruiz-Giménez), acreditan un esfuerzo de progresión y avance que compartirán después otras publicaciones, **La hora** o **Alcalá**, desde cotas de libertad que arrancan en numerosos casos de la labor de **Alférez**. Sus reticencias orteguianas no eran la ofensiva reaccionaria de otros²⁰⁶, la intransigencia de Osvaldo Lira frente a Maritain se compensaba por la atención a Bloy, el catolicismo más dogmático y expansivo de la Hispanidad convive con el reconocimiento de la obra pedagógica del institucionismo y, en fin, la memoria viva de los muertos de guerra transige con la crónica favorable de la obra intelectual del exilio

La Santa de la raza. Un culto barroco en la España franquista, Barcelona, Icaria, 1988, pp. 85-95.

²⁰⁶ Y es reveladora la nota firmada por D.M., "La crítica y Ortega", señalando la deseable superación de actitudes primariamente positivas o negativas (Marías frente al Padre Iriarte), **Alférez**, 20 (sept.-1948), [p. 7].

republicano. Como veremos con algún detalle, pocas miradas distanciadas o autorreflexivas concurren en la revista, y lo hacen en lugares marginales. Pero son los mejores anticipos desestabilizadores del hegemónico integrismo católico del momento y anuncian, en más de un caso, una futura evolución claramente liberal y democrática²⁰⁷.

Dos de esos anticipos son a la vez acertadísimos diagnósticos de la dolencia que afecta al entorno católico e intelectual de **Alférez**. Mientras R. Sánchez Ferlosio acusa al joven intelectual de "una mística retórica, absurda"²⁰⁸, una de las "Notas ingenuas" que firma J.A., en el número 14-15, y que, no sin cierta ironía histórica, podían ser las iniciales de Julián Ayesta²⁰⁹, extrae valiosas lecciones de dos trabajos recientes de Juan Ramón Jiménez y Dámaso Alonso:

¿Por qué tan pocos escriben hoy así en España? ¿Esta despersonalización tan espantosa es rigor ascético o impotencia? ¿Por qué esa manía de escribir siempre con ese énfasis interno, como si nuestras palabras fuesen a ser grabadas en mármoles perennes y tuviesen que tener un valor pedantemente intemporal? ¿Por qué no escribir ceñidos al momento, con graciosa humildad? (...) ¡Qué horrible ausencia de salero y de humor! Con el pretexto más nimio se nos encaja toda una borrosa y pesada teoría general del arte o de la vida, y hasta nociones de Teología a medio digerir. ¿Se trata, como a veces se pretende, de que el sentido de la responsabilidad es tan fuerte hoy entre los escritores españoles de la nueva generación que los hace cautos como a la

²⁰⁷ Cf. Federico Sopeña, **Defensa de una generación**, ob. cit., pp. 40-41.

²⁰⁸ R. Sánchez Ferlosio, "De la Paciencia", **Alférez**, 5 (30-junio, 1947), [p. 3].

²⁰⁹ Irónico porque **Helena o el mar de los veranos**, de Ayesta, sería la víctima propiciatoria de un reproche análogo, pero mucho más incisivo y violento, por parte de Juan Ferrater unos años después; cf. **Laye**, 20 (agosto-oct., 1952), pp. 83-84.

diplomacia vaticana? ¿Pero no resulta ridícula en algunas cosas tanta cautela? Y, además, ¿qué tiene que ver cautela con la pesadez y el aburrimiento? Absolutamente nada. Al revés. Un escritor pesado y aburrido, por mucha cautela que tenga, no podrá ocultar lo que más le interesaría: que es un mediocre y que no tiene nada o casi nada que decir.²¹⁰

El pasaje es un espléndido pliego de cargos contra aquello que estimularía la rebeldía o la desazón de algunos otros redactores y colaboradores de **Alfárez** y, en adelante, de los más activos universitarios de la España de los años cincuenta. La reflexión de estilo registra un malestar con implicaciones más vastas y que afectan a la configuración ideológica de una generación. Podrán ser la energía movilizadora del padre Llanos, como en M. Sánchez Mazas, o los primeros escrúpulos de raíz espiritual, como en Valverde, pero el resultado de esos y otros estímulos converge en la misma búsqueda de salidas ajenas a las que ofrece la España franquista.

En este orden de cosas, la excentricidad ocasional de algún trabajo de M. Sánchez Mazas radica en una minuciosa disección del catolicismo como obstáculo para la investigación. Un extenso ensayo suyo denunciará la desmemoria en que permanece el mensaje más vigente de Unamuno en torno a Europa:

ya no es posible defender nuestra actitud acientífica, disfrazada de preocupación religiosa, pero que esconde en su interior, sobre todo, abulia, pereza, falta de valor intelectual para enfrentarse

²¹⁰ J. A. [¿Julián Ayesta?], "Notas ingenuas", **Alfárez**, 14-15 (30-abril, 1948), [p. 4].

con las dificultades de la Ciencia.²¹¹

Más que la obvia impregnación unamuniana, interesa el valor de anticipo de quien fundará con Carlos París la primera revista española sobre Historia de la ciencia, *Theoría*, y será autor de muy precisas recusaciones del mundo científico español y sus nefastas hipotecas ideológicas, en los editoriales de aquella revista. Su proximidad entonces a la militancia falangista y católica del Padre Llanos²¹² anuda el último cabo de una conciencia colectiva profundamente contradictoria. M. Sánchez Mazas encarna bien la frontera en que se hallaban algunos intelectuales de la España del momento, todavía inhábiles para superar las barreras impuestas por un catolicismo muy explícitamente retrógrado, fieles a una doctrina espiritual coercitiva, pero al mismo tiempo vagamente conscientes de una necesaria apertura al espíritu liberal europeo. Valverde había reclamado en el segundo número de *Alférez*, y a través de una "Carta sobre el tema de Europa", una flexibilidad de criterio y una capacidad de comprensión que acabaría redundando en beneficio propio. El ejemplo de Santo Tomás de Aquino -y, como sabemos, la propuesta de San Agustín por parte de Carvajal ya fue desestimada por J.M. Llanos- serviría para

²¹¹ Miguel Sánchez Mazas, "Ante Europa: anverso y reverso", *Alférez*, 18-19 (julio-agosto, 1948), [pp. 4-5].

²¹² Cf. el valioso testimonio personal de M. Sánchez Mazas que reproduce en apéndice el libro de Juan Abarca, *Disculpad, si os he molestado*, ob. cit., pp. 269-271, originariamente publicado en *El Mundo*, y su participación en actos ya no anteriores al Pozo del Tío Raimundo sino incluso a la constitución del Colegio Cor Iesu, del que habría de surgir un incipiente Servicio Universitario del Trabajo.

recoger de Europa todo lo que por su dignidad humana y ante Dios, merezca conservarse para seguir fructificando perennemente en las almas. Y mucho cuidado con la estrechez de manga al asumir esa herencia (...). Hasta la última 'brizna' de belleza, de poesía de verdad, hay que sacar de 'nuestros' europeos para que, a la sombra del catolicismo, aproveche a otras culturas.

Y la autoridad de Santo Tomás de Aquino introduce oportunamente el pensamiento europeo contemporáneo: "¿es imposible que pueda haber, en su día, quien asimile a Kant o a los existencialistas?"²¹³.

La posición expuesta por Miguel Sánchez Mazas en el pasaje antes transcrito, los textos mismos de Valverde, el castellano ascetismo liberador de fantasías heroicas de Sánchez Ferlosio o la evolución que posteriormente seguirán un Carlos París o un José Angel Valente -por citar sólo a jóvenes colaboradores de **Alférez**-, constituyen parciales pero tempranas deserciones de la explosiva contundencia con que el padre Osvaldo Lira concibe la Hispanidad. En teoría, "no agresiva" aunque sí entregada a la conquista de una "Europa que vuelva a ser europea", una "Europa espiritual" y, por supuesto, espiritualmente católica²¹⁴. La intransigencia beligerante que enarbola entonces el padre Llanos estará muy cerca de estos postulados, desde la afirmación taxativa de

²¹³ *Gambrinus*, "Carta sobre el tema de Europa", **Alférez**, 2 (31-marzo, 1947), [p. 5]. Valga añadir que dos años después, en 1949, e integrado en el cuerpo del ensayo, Eugenio Frutos reproducía "El existencialismo es un humanismo" de J.-P. Sartre, en su librito, **El humanismo y la moral de Juan Pablo Sartre**, quinto volumen de la col. Proel; cf. A. García Cantalapiedra, **Desde el borde de la memoria**, ob. cit., p. 46.

²¹⁴ Cf. Osvaldo Lira, SS.CC., "¿Hispanidad versus Europa?", **Alférez**, 21 (oct.-1948), [p. 8].

patrimonializar la Verdad ("es una y sólo nuestra en cuanto la abrazamos nosotros") y de un autoritarismo crispado: "no es predicándonos la tolerancia y la libertad mayor de pensamiento como se llegará con nosotros al abrazo cristiano"²¹⁵.

Pero como decía arriba, **Alférez** será también el órgano en que un perseverante José Luis Fernández del Amo defenderá número a número la modernización de la arquitectura y estética religiosas o donde influirá la vocación netamente europeísta de un Federico Sopeña, autor de una **Historia de la música española** que dedicaría a sus editores, los hombres de **Alférez** o, todavía, donde el profesor Juan Velarde divulgará los principios básicos de una economía mixta de intervencionismo y libre mercado. Conviene recordar que el origen, entre 1946 y 1949, de su ensayo "El pensamiento económico de José Antonio" está en las notas de un curso en la Universidad Menéndez Pelayo al que acudieron, con Lago Carballo a la cabeza, M. Sánchez Mazas, T. Ducay, F. Soler, J.M. Ruiz Callardón, J. Suárez y Fernández Carvajal²¹⁶.

La única colaboración del futuro autor de **El Jarama** -como única y temprana será su firma en **Alcalá-**, anticipa parcialmente el contenido de la carta abierta que publica **Alcalá** en su cuarta entrega. La censura del continuismo estetizante y desnutrido entre **Alférez** y **Alcalá** está fundada

²¹⁵ Cf. la réplica de J.M. Llanos, S.J. a su hermano de orden, "Respuesta a un padre francés", **Alférez**, 21 (oct.-1948), [p. 5].

²¹⁶ Cf. Juan Velarde Fuertes, **El nacional-sindicalismo, cuarenta años después**, Madrid, Editora Nacional, 1972, pp. 81-118. En Apéndice recoge notas de aquellas charlas, pp. 119-126 y véase el prólogo, pp. 13-14.

en una impaciente reflexión de Sánchez Ferlosio en ese primer trabajo de **Alférez**. Una ascética castellana y tenaz, una defensa cerrada del trabajo oscuro y mortificante ha de suplir ese mayoritario y mezquino entusiasmo por "el gesto retórico, apariencial; la postura, el estilo, en fin, lo que nos parece bello nos importa más que el fondo de las cosas". En lugar de practicar una "ascética, si no fuerte, a lo menos ordenada, metódica e intransigente", los jóvenes han apostado por acostumbrar el cuerpo al abandono, "completamente corrompido por las comodidades de nuestro tiempo"²¹⁷.

José María Valverde, por su parte, dará precoces muestras de lo que sería una trayectoria intelectual notablemente independiente. Y de un sentido autocrítico que resucitará a *Gambrinus* en el último número de **Alférez** para ironizar sobre una suerte de toxina llamada "profesionalismo generacional" y que obliga a filiaciones forzadas y, sobre todo, prematuras. La vocación generacional que exhibe en toda su trayectoria **Alférez**, la autodefinición de quienes la redactan como hijos de una generación sacrificada, había estado significativamente presente en las primeras colaboraciones de *Gambrinus*, y no tanto desde el punto de vista apologético como desde el crítico. De ahí la alarma que despierta en Valverde el temor del Estado a la saludable disconformidad intelectual e histórica de los jóvenes. En Estados "míticos y heroicos", como Alemania, Italia (y España), han sido motores de una

²¹⁷ Rafael Sánchez Ferlosio, "De la Paciencia", **Alférez**, 5 (30-junio, 1947), [p. 3].

maquinaria en la que no intervenían²¹⁸.

Ese es uno de los orígenes de la defensa de una actitud crítica que debiera ser "eco objetivador" y legítima aportación generacional a un diálogo pluralista que autoriza Valverde en un largo pasaje de Eugenio d'Ors²¹⁹. Y el propio Valverde ensayaría ese mismo programa teórico con colaboraciones no siempre bien compenetradas con la línea básica de la revista, reivindicando la exigencia de la humildad entre los católicos y la urgencia de rehuir ese retoricismo místico que denunciaba también el trabajo de Sánchez Ferlosio. De este paisaje intelectual deriva la apuesta por datos de carácter estético de signo renovador e imaginativo, tanto en el futuro autor de **Alfanhuí** como en Valverde: de ahí la denuncia por la subversión del lenguaje en manos del grito y el aspaviento, el entusiasmo que suscita el primer fragmento conocido de **Espacio**, de Juan Ramón Jiménez, o la feliz reunión de Rubén, Vallejo, Neruda y la "vena lírica provinciana de la Argentina" que halla en Gabriela Mistral²²⁰.

La deserción de Valverde de las páginas de **Alférez** coincide con su notable asiduidad en una publicación de distinto carácter, **Finisterre**. Otros de los nombres más

²¹⁸ *Gambrinus*, "La degeneración de la generación", **Alférez**, 23-24 (enero-1949), [p. 4] y "La crítica como colaboración", *id.*, 6 (31-julio, 1947), [p. 3].

²¹⁹ Cf. *Gambrinus*, "La crítica como colaboración", **Alférez**, 6 (31-julio, 1947), [p. 3].

²²⁰ Cf. J.M. Valverde, "Defensa del lenguaje", **Alférez**, 4 (31-mayo, 1947), [p. 6], "El clasicismo astronómico y JRJ", *ibid.*, 6 (31-julio, 1947), [p. 3] y "La verdadera Gabriela", *ibid.*, 7 (31-agosto, 1947), [p. 7].

habituales de **Alfárez** los reencontramos en las secciones menores de una revista con ambición cultural y un notable repertorio de firmas. La cabecera existía ya, pero desde 1948 Leopoldo Eulogio Palacios abriría una Segunda época para componer un producto abierto a las generaciones que conviven en la segunda mitad de los años cuarenta, y también receptivo a todos los géneros, desde el ensayo divulgativo al erudito, del verso a la prosa, y hasta con su sección de notas de actualidad, "Nótulas". El modelo no está lejos de las otras dos cabeceras que había editado y editaba Silverio Aguirre, **Cruz y Raya** y **Escorial**, como recuerda F. Rubio²²¹. Dentro de un catolicismo seguro, **Finisterre** respira con premisas ideológicas moderadamente abiertas a las voces liberales.

La justificación de la revista, sin título y anónima, se redacta sobre la idea de aceptar cualquier tendencia pero intentando que "se convierta lo menos posible en una selva selvaggia, cuidando de oponer, contra la corriente del uso, a las locuras de los tiempos las puntualidades de la verdad"²²². Con alguna sutileza, el programa señalaba su alergia al ditirambo y la provocación polemista que practicaron **La Estafeta** o **El Español**. Una aclaración añadida sobre los objetivos de la revista se inserta en lugar más discreto del primer número, bajo el título "La importancia de llamarse **Finisterre**":

Pero sea cual fuere la suerte de las civilizaciones,

²²¹ Cf. F. Rubio, **Las revistas poéticas españolas**, ob. cit., p. 75.

²²² Nota anónima en **Finisterre**, n. 33, Segunda época (enero-1948), [p. 4].

la obra de nuestra revista, recordando el ejemplo de los españoles que superaron un día el finisterre de la geografía, propone a nuestros contemporáneos el ideal de superar, hoy también, el finisterre actual de la Historia²²³.

Esos esfuerzos se materializaron contando con la presencia regular de miembros del grupo de **Escorial**, buena parte de los orteguianos en activo, y el aliciente de los jóvenes que compartían las páginas de **Alférez**, pero también las de medios de inclinaciones más abiertas, como **Insula** o **Espadaña**. El talante de la publicación configura un producto de notable interés en el contexto de los años cuarenta. El primer número se abría con trabajos histórico-literarios de Gregorio Marañón, Gerardo Diego y J.M. de Cossío y anticipaba el primer capítulo de **Mrs. Caldwell habla con su hijo**, de Cela (que cerraría también la colección de **Finisterre** con "Un cuento a la antigua usanza"). En números siguientes no faltaron las firmas de **Escorial** como Marichalar, Tovar, Laín Entralgo, Aranguren. En la estela orteguiana mandaron estudios Luis Legaz Lacambra, José Antonio Maravall, Julián Marías, A. García Valdecasas o el reciente reintegrado Manuel García Pelayo, aunque también J. de Entrambasaguas o Astrana Marín. Allí había de imprimir por primera vez Dámaso Alonso su ensayo "Una generación poética (1920-1936)", junto con los versos de **Animal de fondo** de Juan Ramón²²⁴ y poemas o ensayos de Eugenio

²²³ **Finisterre**, 33 (Segunda época), (enero-1948), p. 101. (Un lector añadió a mano, en el ejemplar de la B.N. que utilizo, las iniciales A.C., que podrían corresponder a un habitual colaborador de la última sección, Alfonso Candau).

²²⁴ Juan Ramón Jiménez, "**Animal de fondo**. (Poemas inéditos)", **Finisterre**, T. III, 3 (nov.-1948), 183-185. El mismo número, pp. 262-264, acoge una jubilosa nota de Valverde sobre "El viaje de Juan Ramón Jiménez" por tierras argentinas

d'Ors, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Leopoldo Panero o Valbuena Prat. De la prosa del momento darían muestras los relatos de Zunzunegui, Pedro de Lorenzo o Carmen Laforet. Y entre los más jóvenes, entregaron versos y prosa J.M. Valverde, Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, José Luis Cano, José García Nieto, Rafael Morales o Concha Zardoya. Gabriel Celaya imprimió allí su excelente ensayo sobre la poesía de Fernando de Herrera; "Griffa" es el título de un relato de J. Corrales Egea y de tipo erudito y minucioso son los trabajos de E. Moreno Báez (sobre Juan Ramón) o de Emilio Orozco.

El entorno de **Alférez** estuvo ampliamente representado, y también sus búsquedas de un catolicismo más civilizado. Pudieron encarnarlas los muy asiduos Valverde y Julián Ayesta, pero también escribieron Fernández Carvajal o A. Alvarez de Miranda, evocando los hechos y las obras de Gabriel Marcel, de Unamuno, de Berdiaeff, de Maritain, de Bernanos. A Maritain dedicaba una detallada nota aprobatoria Carlos París, "Una filosofía actual del saber"²²⁵, en las mismas páginas de **Finisterre** que reprodujeron artículos de Valéry, Paul Claudel, G. Thibon o C.S. Lewis.

La atención a la poesía permitió medir el estado de calma transitoria que viviría en los últimos cuarenta, tras las pugnas recientes entre neoclásicos y espadañistas. Tales eran las conclusiones de una nota de Valverde, "La poesía, en

y uruguayas, e informa de la próxima publicación de los primeros poemas que haya enviado Juan Ramón a la península desde 1936, bajo el título "Del bajo Takoma", aunque no llegaron a aparecer en **Finisterre**.

²²⁵ **Finisterre**, T. III, 4 (Dic.-1948), pp. 341-345.

paz"²²⁶. El tema ocupó también tangencialmente a José Luis Cano en un número posterior. Bajo el título "Vida y escarnio de la poesía. (Al margen de una polémica)", tomaba como pretexto la protesta de una burguesía insatisfecha ante la *oscuridad* de la poesía del siglo XX, para reflexionar en torno al minoritarismo a menudo voluntario del poeta contemporáneo (citando, muy a pesar suyo, los 300 ejemplares de tirada de *Garcilaso* o los 500 de cualquier libro de poemas, como el propio *Hijos de la ira*)²²⁷.

El resultado de estos materiales fue una revista breve, sobria de formas y expresión, pero con un innegable atractivo en la segunda mitad de los años cuarenta. Otros ensayos de revistas de altura intelectual eran anteriores, pero en muchos casos no lograron cuajar o adaptarse a las formas de una resistencia necesariamente flexible. O tan flexible como puede intuir el lector en las memorias literarias de hombres como Dámaso Santos o Charles David Ley. Algunos de los hechos que evocan ambos rompen, una vez más, la imagen de una cultura monolítica y prefiguran las supervivencias o recuperaciones que, tímidamente, filtran revistas como la propia *Finisterre*. El recitado de memoria de los versos de guerra de Rafael

²²⁶ *Finisterre*, 35, Segunda época, T. I.-Fasc. 3 (marzo-1948), pp. 290-292. éste sería el último número que mantendría la numeración correlativa con la etapa anterior. A partir de entonces, sólo se indicó el Tomo y el Fascículo de la publicación.

²²⁷ *Finisterre*, T. II, 1 (mayo-1948), pp. 91-95. A este trabajo alude F. Rubio, aunque alguna ficha traspapelada le hace datar la polémica en 1954 y el artículo en un n. 153 de *Finisterre*; cf. *Las revistas poéticas españolas*, ob. cit., p. 75.

Alberti por parte de José Hierro, la lectura por J.L. Cano de **La casa de Bernarda Alba**, ante García Nieto o E. García Luengo o, por último, la cooperación en la revista y la colección **Halcón** de Luis López Angalda y Fernando González esmaltan los recuerdos de Ley con esa característica ambigüedad ética y cultural de los años cuarenta²²⁸.

Entre alguno de aquellos tempranos ensayos de continuación cultural, en la órbita orteguiana, que mencionaba arriba, cabe evocar brevemente la experiencia de la Editorial Adán. Las ediciones auspiciadas, como **Sombra del paraíso** (1944), de Vicente Aleixandre, o la primera prosa de Celaya, en **Tentativas** (1946), serían datos reveladores, pero también lo es la calculada confección de los propios **Cuadernos de Adán**. En las dos únicas entregas de la publicación, de 1944 y 1945, encontraremos la transparente reivindicación de los años de anteguerra por medios sutiles²²⁹. Lo que imprimieron aquellos dos números fueron, en su parte de mayor peso específico, reediciones de textos de los años veinte y treinta. El primer volumen se abre con "Ni vitalismo ni racionalismo", de Ortega, texto fechado en 1924 y cuya

²²⁸ Cf. Ch.D. Ley, **La Costanilla de los diablos**, ob. cit., pp. 51-65. F. González, según Ley, como ex ministro de la República y sin perder la confianza en la restauración de la democracia.

²²⁹ Fanny Rubio, **Las revistas poéticas de posguerra**, ob. cit., p. 74 recoge el texto de la solapa de los **Cuadernos** (que los encuadernadores de la Biblioteca Nacional debieron considerar prescindible) y el objetivo de "establecer una convivencia y colaboración intelectual de los mejores escritores españoles (...)". Con la precaución que a veces requiere *le pacte autobiographique*, cf. J. Marías, **Una vida presente. Memorias, 1 (1914-1951)**, Madrid, Alianza Ed., 1988, pp. 336-338.

publicación se concibe "como homenaje a su ejemplar obra filosófica"²³⁰. El texto que reeditan de García Morente, ya fallecido, es también de 1928 (anterior, por tanto, a su conversión) y el trabajo de Marañón es una conferencia, no anterior a la posguerra, pero sí dictada fuera de España, aunque sea en la Lisboa de 1942. Ortega vuelve a estar presente en el siguiente número, de 1945, a través de un texto de Azorín, "Ortega o el orador" y aún, implícitamente, en la autorización de **Revista de Occidente** para imprimir el prólogo de Dilthey a su obra **Introducción a las ciencias del espíritu**, que traduce por entonces Julián Marías. Tres colaboraciones más aparecieron después, y las tres significativas: el primer capítulo de **La generación del 98**, de Lain Entralgo (que fragmentariamente vería la luz en tantos lugares, incluida la prensa seuísta), una novela corta de Ricardo Baeza con título vasco²³¹, y, por último, un texto del padre Jobbit, en versión de Paulino Garagorri y procedente del primer estudio extenso sobre el krausismo español, **Les éducateurs de l'Espagne contemporaine** (1936). Los Editores definían el trabajo como "una historia serena de esa importante etapa del pensamiento español", poco afín, en todo caso, a la España que había

²³⁰ Nota de Los Editores en **Cuadernos de Adán**, I ([junio]-1944), p. 8.

²³¹ Que aclaraba en nota: "*Carnáshu* es, en vascuence, contracción y diminutivo de Encarnación"; cf. **Cuadernos de Adán**, II (1945), p. 109.

fraguado libro como **Una poderosa fuerza secreta**²³⁵², aunque sí se hiciera eco de él, muy favorablemente, R. Fernández Carvajal en las páginas de **Alférez**.

- Radicalización falangista y teatro social: la 2a época de **La hora** (1948-1950).

A considerable distancia de aquella iniciativa privada, el año 1945 trataría de sustanciar una sólida normalización de la vida cultural. Mientras la revista **Escorial**, ya bajo la dirección de J.M. Alfaro, proseguía una andadura algo menos heterodoxa que en su primera época, la misma Delegación Nacional de Prensa editaría desde ese año dos nuevas publicaciones de intenciones complementarias. **La Estafeta literaria** y el "Semanario de invención literaria", **Fantasia**, iban a acompañar, aunque por poco tiempo, a la anterior fundación de Juan Aparicio, **El Español**, de 1942. Los dos nuevos inventos de 1945 iban a tener escasa duración, aunque **La Estafeta**, en la apretada síntesis que propone Mainer, lograrse "componer con gracia una imagen del escritor, un poco

²³⁵² Habla por sí sola la probidad de sus redactores en Elías Díaz, "Los intelectuales de la *Institución* y la España del nacional-catolicismo", en **Socialismo en España**, ob. cit., pp. 41-80.

bon vivant, un poco bohemio, un poco regeneracionista, siguiendo los pasos de **La Gaceta literaria**, su más cualificado precedente"²³³. Aunque el perfil cuadra insospechadamente bien con el joven valor de la narrativa del momento, Cela, los dos semanarios aparecían igualmente ligados a los inicios profesionales de Juan Aparicio en **La Gaceta literaria** de Giménez Caballero, en **La Conquista del Estado** o en **JONS** de Ledesma Ramos²³⁴. Las publicaciones de la Delegación de Prensa cederán sus páginas a los escritores que habían iniciado su actividad pública poco antes de la guerra -tanto en **Cruz y Raya** como en **La Conquista del Estado**, tanto en **La Gaceta literaria** como en **Acción Española**-, o que habían publicado sus primeros títulos relevantes en la inmediata posguerra. Entre estos últimos, naturalmente, figuraba Cela como primer producto exhibible de Juan Aparicio, junto a Ruiz Iriarte o José García Nieto, en tanto que más ilustre miembro de la Juventud creadora y el heterogéneo entorno de **Garcilaso**. Entre los mayores, la nómina se amplía notablemente para acoger a hombres biográficamente próximos a Cela, la combativa "quinta del SEU" u otros integrantes de relieve de los equipos intelectuales de Falange, desde antes de la guerra o desde 1936: García Serrano, R. Sánchez Mazas, Torrente Ballester, el

²³³ J.-C. Mainer, **Falange y literatura**, ob. cit., p. 57 y cf. F. Rubio, **Las revistas poéticas españolas**, pp. 56-74, Julio Rodríguez-Puértolas, **Literatura fascista española. I/ Historia**, Madrid, Akal, 1986, pp. 87-88 y J.M. Martínez Cachero, **La novela española entre 1936 y 1980. Historia de una aventura**, Madrid, Castalia, 1985, pp. 56-66.

²³⁴ Para el eclecticismo político de las dos primeras, cf. Juan Velarde Fuertes, **El nacional-sindicalismo, cuarenta años después**, ob. cit., pp. 39-65.

grupo de Rosales con Laín, Tovar o Aranguren, Pemán, Miguel Villalonga, Angel María Pascual, Pedro de Lorenzo, Marquerie, Foxá, Samuel Ros, Tomás Borrás, etc.

Ninguna de estas firmas iba a ser ajena a las publicaciones mencionadas pero tampoco a aquellas otras que financiaban instancias periféricas del Estado y, en particular, los medios universitarios y el SEU. Excepción remarcable la constituyen los **Cuadernos de Literatura Contemporánea** que, desde 1942, había de dirigir Joaquín de Entrambasaguas, con el respaldo del Instituto Antonio de Nebrija del CSIC. Durante los dos primeros años de la revista, la sección de crónica teatral la redactó Tomás Borrás, como casi único testimonio de aquel grupo. J.M. Alfaro sería también objeto de una entusiasta reseña del director, por su **Leoncio Pancorbo**²³⁵. Pero a pesar de la proximidad institucional de Dámaso Alonso (era jefe de la subsección de Lingüística en la Sección Española del Instituto Nebrija, y allí había publicado **La poesía de San Juan de la Cruz** [1942]), tampoco por aquellas páginas aparecería el autor de **Hijos de la ira** ni obtendría la menor reseña ninguno de los dos libros citados²³⁶.

²³⁵ Cf. J. de Entrambasaguas, **Cuadernos de Literatura Contemporánea**, I (1942), pp. 95-96.

²³⁶ Desde el enfoque de una rivalidad poética cierta entre los dos catedráticos, pero obviamente sólo exponencial de otras discrepancias, cf. F. Rubio, **Las revistas poéticas españolas**, ob. cit., p. 41. Valga añadir que con anterioridad a 1947, ya Benítez Claros se había ocupado de la poesía -que es, además, interesante- de su director; cf. "Voz de este mundo en la poesía actual", **Cuadernos de Literatura Contemporánea**, T. III (1944-1946), pp. 607-615.

Los dieciocho **Cuadernos** que llegaron a aparecer entre 1942 y 1946 estuvieron concebidos como monográficos dedicados a un autor español, con una oportuna y generalmente muy completa bibliografía sobre el autor. Lo cual, por cierto, venía a contradecir cabalmente los puntos programáticos de un primer -y único- Editorial (que también en sus protestas de ecuanimidad apreciativa sería flagrantemente obviado, como hemos visto a propósito de Dámaso Alonso). Se compadece mal la atención crítica que obtienen autores al final de su trayectoria con los fines de una crítica

cuya importancia aumenta notablemente en momentos como los actuales, en que no sólo debe contribuir a formar el pensamiento y estilo de un naciente Estado, sino también a crear una estética literaria nueva y nacional, que no pacte, cobardemente estéril, con la anterior, ya pasada en todos sus aspectos, ni menos finja novedad en un contubernio engañoso con lo extranjero²³⁷.

El primer cuaderno estuvo dedicado a Concha Espina, al que seguirían otros sobre Manuel Machado, los hermanos Quintero, Gabriel Miró, J.M. Pemán, Salvador Rueda, Carlos Arniches, Ricardo León, Jacinto Benavente, Azorín y Valle Inclán. Nómina que acaba constituyendo el repertorio de referencias irrenunciables de un nacionalismo español conservador, incluso reaccionario, con algún lustre literario y criterio lo bastante magnánimo para reunir el verbo corrosivo de Valle y las complacencias azorinianas, las cogitaciones historicistas de Pemán o el populismo estomagante de los Quintero. Vale la pena señalar, sin embargo, que estos

²³⁷ [Editorial], **Cuadernos de Literatura Contemporánea**, I (1942), p. 5.

autores y las secciones de actualidad de la revista, sirvieron para hacer las primeras armas públicas a nombres relevantes de la Filología española de la segunda mitad de siglo, como Emilio Alarcos Llorach, Francisco López Estrada, Alonso Zamora Vicente, Joaquín González Muela, M. Criado del Val, C. Bravo-Villasante...

En el capítulo de los habituales colaboradores en las últimas páginas de cada **Cuaderno**, destinadas a la reseña de obras recientes, figura también regularmente Josefina Romo (responsable de las bibliografías y secretaria desde 1944), Manuel Cardenal de Iracheta (primer secretario de la revista), Carmen Conde ("Florentina del Mar", muy a menudo), Pablo Cabañas, R. Benítez Claros, E. García Luengo, Salvador Pérez Valiente, José Luis Cano, R. Morales, Alfonsa de la Torre, Alfonso Candau²³⁸ y, con carácter mucho más ocasional, J. Corrales Egea o J.L. Varela. Por lo general fueron Josefina Romo, y en alguna ocasión Pérez Valiente, quienes se ocuparon de la sección "A través de las revistas". Invariablemente, destacaba el elogio entusiasta de **El Español**, incluso cuando no era posible reseñar trabajo alguno de tema literario, reiterativa era la alusión a **Vértice** y sus lujos editoriales y habitual el displicente tratamiento de los ánimos belicosos de **España**. La reseña de los números 13-14, firmada por las iniciales P.V., subraya a propósito del último número de

²³⁸ Desde diciembre de 1949, responsable de la sección "Crónica cultural española" de **Arbor**; cf. G. Pasamar, "Política, ciencia y cultura: una aproximación al análisis de **Arbor** (1944-1950)", en **El Franquismo. Estudis d'Història Contemporània del País Valencià**, València, Departament d'Història de la Universitat de València, 1982, p. 126.

Cisneros que es "prodigioso como todos de presentación", evalúa la calidad de varios números de **Escorial**, "la gran revista de minorías" y, por fin, destaca de **Garcilaso** que "remonta, con cierta triunfal monotonía, su número 17. Repetidas las firmas y los sonetos, el centón de sus páginas suponemos que servirá más adelante para una posible historia de la poética de este período"²³⁹.

El "éxito mundial" de los **Cuadernos**²⁴⁰ recomendó a los responsables de la publicación una variación en su concepción general. Se deshizo el formato monográfico (que mantuvo en parte para un número sobre Cervantes y otro sobre W. Fernández Florez) y optó por la estructura de revista cultural. Desde enero-febrero de 1947 y hasta 1950, poco más o menos el mismo equipo pasa a confeccionar unos **Cuadernos de Literatura. Revista General de las Letras**, que edita el Instituto 'Miguel de Cervantes' de Filología Hispánica, del CSIC. Estuvo organizada en apartados estables encabezados por Ensayos y notas misceláneas algo más breves, que daban paso a secciones de teatro, cine, música, crónica literaria, noticias, y la habitual sección de reseñas, revistas y bibliografía. Responsables de aquellas páginas lo fueron los mismos colaboradores de los antiguos **Cuadernos**, con Entrambasaguas en la dirección, Pablo Cabañas y J. Romo Arregui, Raimundo de los Reyes, Germán Bleiberg, J. L. Varela, Benítez Claros, E.

²³⁹ P.[¿érez?] V.[¿aliente?], "A través de las revistas", **Cuadernos de Literatura Contemporánea**, III (1944), p. 140.

²⁴⁰ Cf. "Editorial", **Cuadernos de Literatura. Revista General de las Letras**, I, 1 (ene.-feb., 1947), p. 3.

Segura Covarsí, José García Nieto. Su primera sección, generalmente con ensayos de tema literario y alguna extensión, vio aparecer las firmas de filólogos jóvenes y bien preparados, que en algunos casos probaban sus primeras armas: A. Gallego Morell, Elena Catena, J.M. Martínez Cachero, Alberto Sánchez, José Simón Díaz, M. Baquero Goyanes. También colaboraron allí también ocasionalmente Ricardo Gullón, sobre "El misterioso William Faulkner", Leopoldo de Luis, Ramón de Garciasol, Jorge Campos, Enrique Sordo, o, en la sección de cine, C. Fernández-Cuenca.

En 1944, los **Cuadernos**, en su primera etapa, iniciaron la la publicación de unos folletos bajo el título general de **Antología de la literatura contemporánea**. El primer cuadernillo es una selección de diez poemas de **Poeta en Nueva York**, de García Lorca, con la obligada "Nota preliminar" de Entrambasaguas y la pertinente virulencia insultante contra José Bergamín²⁴¹. Otras selecciones de la misma serie estuvieron destinadas a poemas de Marcel Proust, **Retratos de pintores y de músicos**, traducidos por el director de **Cuadernos**, o, en la última entrega, una antología en el original portugués de Fernando Pessoa.

Tras la experienciá de **Haz**, escasamente significativa desde el punto de vista literario, y en compañía de **Juventud**, el año 1945 vería también la aparición de **La hora**, "Semanario

²⁴¹ Cf. J. de Entrambasaguas, "Nota preliminar" a F. García Lorca, **Poeta en Nueva York**, Madrid, 1945, p. 5, n. I. La selección procede de la ed. de México, Séneca, 1940. En la nota anterior asegura haber poseído una edición especial de la **Oda a Walt Whitman** (dedicada).

de los estudiantes españoles", editado por la Jefatura Nacional del SEU en Madrid. Junto a los jóvenes universitarios que redactan la revista, los escritores del régimen relacionados en una página anterior iban a aportar sus colaboraciones en los números rituales de la publicación -los veinte de noviembre, los dieciocho de julio pero también los dos de mayo-. Su presencia se regularizará en algunos casos: Giménez Caballero firma con las iniciales una sección fija, "Atalaya", Cela asume algo más tarde otra sección regular y es frecuente, entre otros, la colaboración de García Serrano. También los miembros de **Escorial** se harán un lugar en **La hora**, como maestros de una generación que los ha perdido en el camino y a quienes asignan un cierto papel de intermediarios respetados y respetuosos con los valores rescatables del pensamiento orteguiano (Laín Entralgo, Tovar, Aranguren), en la España de los años cuarenta.

Los ecos más notables de este aprecio por una tradición liberal estuvieron ausentes, sin embargo, de los momentos fundacionales de **La hora**. Una cierta heterogeneidad de contenidos y supuestos intelectuales hubo de esperar a la transformación que impulsaría Jaime Suárez en la segunda época de la revista, desde 1948, aunque sin renunciar enteramente a firmas con un pasado entre legítimo e inventado de servidores de los mitos del Nuevo Estado. Los primeros números, la primera época, no admite zonas fronterizas y tiende a rechazar con enérgica diligencia toda tentación dubitativa. La defensa del régimen es una consigna cumplida desde títulos taxativos - "Fanáticamente, sí, al lado de Franco"-, que no desmienten el

contenido de editoriales sin ambages: "Leales al Caudillo"²⁴². El lenguaje bronco de Falange caracteriza las páginas de un semanario con amplia información deportiva, con tendencias furiosamente nacionalistas y tan fácilmente irritable como provocadora. Todo lo cual explica actitudes de estruendosa afirmación de falangismo franquista, sin los recelos que la misma evolución política del régimen suscitará en futuros pero inminentes redactores del semanario. La pérdida de confianza en las posibilidades del régimen todavía no ha ganado el terreno que veremos conquistado en la segunda etapa, cuando los responsables de la publicación midan la distancia que separa la letra del espíritu y comprueben la cómplice instalación en el Movimiento Nacional del falangismo, supuestamente destinado a transformar la realidad social española. En febrero de 1946, el tono de arenga guerrillera recuerda la necesidad de fortalecer una confianza y una fe políticas amenazadas -y flaqueantes:

La guerra -la que nosotros sabemos hacer- acabó ya. Pero no ha terminado todo. No olvidéis el lenguaje de la trinchera (...) No todo ha terminado. Volved a pronunciar la palabra camarada y que nadie nos crea amansados e inanes.²⁴³

El rito y el grito gregario anegan las dudas individuales y es de por sí un llamamiento teñido de impotencia muy propio del semanario, en esta etapa. Fieles a ese estilo serán las colaboraciones de José M. Llanos, de Julio Trenas, de Juan Peñalver y de quienes más abiertamente encarnaban la victoria

²⁴² Cf. *La hora*, 6 (17-enero, 1946) y 5 (10-enero, 1946).

²⁴³ Ed., *La hora*, 9 (7-feb., 1946), p. 7.

en la guerra y ya entonces miembros del SEU. El subdirector de **La hora** en su segunda etapa, José Bugeda, ha evocado los orígenes del semanario y sus estrechos vínculos con el sentido de la victoria:

Era un periódico que dirigían los viejos del SEU: García Serrano, Aguinaga... era más o menos el grupo de **Arriba**. Pero, claro, era un periódico muy extraño, muy panfletario, era un periódico que sólo había originado quejas de personajes. Un poco chulesco. Cuando ese grupo dejó **La hora**, entonces, le propusieron dirigirla a Jaime Suárez²⁴⁴.

Con él comenzaría una brillante e insólita segunda época. Se desentendió de los principales motivos recurrentes de su predecesora, pero conservó los ingredientes más esperanzadores para la configuración de una conciencia crítica larvada y cuya expresión, en esos momentos, debía acudir a registros culturales o al mero testimonio de respeto por figuras liberales. La nueva misión asignada al universitario falangista -alejados los días aciagos de 1945-, es una lección bien aprendida, como había de subrayar el propio Jaime Suárez al definir el sentido de la nueva etapa. Si bien en 1945 la primordial "labor de agitación y propaganda" fue competencia de la prensa universitaria (**Juventud**, **La hora** o **Haz**), hacia 1948 esa misión habían de cumplirla otros "órganos de Distrito [Universitario]". Desde ese año, en su segunda época, **La hora** "debía sacrificar la anécdota a la categoría, el hecho a la idea, sin perder, por otra parte, el contacto con la

²⁴⁴ J.F. Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., p. 55. Es un testimonio indispensable para la evolución política e ideológica de quienes hicieron la revista. Cf. también su ensayo de definición "La generación del 49", en **...Y el pueblo al fondo**, ob. cit., pp. 109-141.

realidad". El nuevo director mantuvo la continuidad de una cabecera marcada por aquellos antiguos fines netamente propagandísticos, "aunque su contenido fuera cada vez más radicalmente intelectual y su tendencia abandonase cada vez más el grito para servir a la inteligencia"²⁴⁵.

Pero de la primera etapa conviene no menospreciar algunos datos de interés. La atención a la poesía, por ejemplo, aunque inicialmente modesta, iría ganando espacio en la revista con la creación, en abril de 1946, de "El rincón de los poetas", sección que firmaba Federico Muelas con las iniciales. Desde su primera entrega trataría de ganarse a los jóvenes descontentos del reflujo clasicista de una compañera de armas como **Garcilaso**, en el mismo sentido que animaba a los ya conocidos Vilanova y Luján de la barcelonesa **Alerta**, o como ensayaban los colegiales que habían lanzado sus primeras andanadas estéticas desde **Cisneros** (y lo hacían ahora desde **Espadaña**). Así, la sección aparece con una gruesa parodia de esos sonetos para los que "la poesía es sencillamente música, aun cuando los versos no indiquen nada, ni nada entrañen, ni expongan una sola idea"²⁴⁶. Es probable, en todo caso, que, si bien algunos hallaron la alternativa literaria en el Gabriel Celaya de **Tentativas**, -como veremos en el caso de Pablo Corbalán-, otros sintieron la más tosca tentación de la copla satírica, como aparece en el número 15: "Del Tenorio: No me

²⁴⁵ Cf. el Editorial sin firma "De cara a los lectores", *La hora*, II época, 17 (25-febrero, 1949), p. 2.

²⁴⁶ F.M., "El rincón de los poetas", *La hora*, 18 (11-abril, 1946).

traen mis intereses/ ni me mueven más empresas/ que reñir con los franceses/ y... adorar a las francesas".

El contagio léxico del lenguaje de la trinchera, de la áspera franqueza de estilo de un García Serrano o un Pombo Angulo, afecta sólo muy tangencialmente a otros jóvenes colaboradores de entonces, como Valverde o Eugenio de Nora. Allí publican poemas de libros ya editados (**Hombre de Dios**) o a punto de hacerlo, a pesar de anteriores ediciones en la citada **Fantasia**, como el poema amoroso de Nora "Si ahora". La búsqueda de un lenguaje poético que amase la realidad sentimental del poeta, que traslade sus pretextos a un presente difuso pero real -sea de talante erótico-sentimental, sea de talante social: **Pueblo cautivo** es de 1946- irá conquistando algunas páginas de la revista. Será decisiva, en este sentido, la sección de crítica que, desde diciembre de 1946, comparten J. Torralba, Andrade de Silva y, el más atento de todos, Pablo Corbalán. Era el primer aviso de los cambios de diseño que afectarán al año siguiente a la publicación, dosificando la agresividad y puliendo aristas combativas mediante la ampliación del espacio destinado a notas de crítica de arte, de libros, relatos o crónicas de nuevos colaboradores. El semanario perderá virulencia para acercarse a las formas especulativas que exhibe **Alférez** en esos mismos momentos y que en **La hora** transmite también la promesa, en febrero de 1948, de nuevas páginas monográficas sobre Letras, Técnica y Economía, Arte y Ciencia. Nuevas firmas imprimen ese renovado tono intelectual al semanario, que acentuará Jaime Suárez cuando acceda a la dirección en el curso académico

siguiente, desde finales de 1948: Marcelo Arroita-Jáuregui, Carlos Robles Piquer o el joven grupo de autores y críticos teatrales capitaneados por José Gordón en **Arte Nuevo**²⁴⁷. El propio Gordón, Alfonso Sastre, Alfonso Paso, José María de Quinto, firman en estos momentos esporádicos relatos, poemas o notas culturales breves, junto con otros jóvenes como Aldecoa y futuros integrantes del Consejo de Redacción de **La hora**, y muy poco después de **Alcalá**, como Medardo Fraile, Valverde o Sastre.

En la sección de arte, Angel Crespo recoge las actividades de un grupo innovador en la oscura Zaragoza de entonces -Lagunas, Aguayo...- o reseña la exposición en la madrileña Bucholz de "16 artistas de hoy", en compañía de C. Edmundo de Ory. Comparte a menudo con Crespo esa página de **La hora** y actividades estéticas ajenas a ella, como el segundo postismo que desde allí mismo explicaría C. E. de Ory, en "Valor y lógica del postismo"²⁴⁸. Otros colaboradores, y Pablo Corbalán, en particular, detectan nuevas posibilidades transformadoras en la poética que inspira un libro como

²⁴⁷ Aunque centrado en los artículos de Sastre, se ocupa de aquella sección Francisco Caudet, en "**La hora** (1948-1950) y la renovación del teatro español de posguerra", en J.M. López de Abiada, ed., **Entre la cruz y la espada**, ob. cit., pp. 109-126.

²⁴⁸ Cf. **La hora**, 82 (7-mayo, 1948), p. 9. C. E. de Ory ensaya la reconstrucción del grupo *postista* de 1945-1946 en "Por calles y tabernas con José Ignacio Aldecoa", en Drosoula Lytra, ed., **Aproximación crítica a Ignacio Aldecoa**, Madrid, Espasa-Calpe, Austral, 1984, pp. 174-213. Véase Jaume Pont, **El postismo. Un movimiento estético-literario de vanguardia. Estudio y textos.**, Barcelona, Edicions del Mall, 1987, pp. 67-85 y A. Crespo, "Mis caminos convergentes", **Anthropos**, 97 (junio-1989), pp. 22-26.

Tranquilamente hablando, de Juan de Leceta, y después de haber aprobado ya **Tentativas**. La sensibilidad de lo real y concreto había de inspirar algún conocido llamamiento de los jóvenes de **España** y aquí suscita una recepción muy semejante. Tras aconsejar al poeta Ignacio de Aldecoa el abandono del soneto para liberar la pluma, subraya Corbalán la aliviadora sorpresa estética de Celaya: "Y entre tanta mermelada como ahora se fabrica, entre tanto espíritu dulzón y decadente, entre tantas actitudes cobardes y evasivas, su voz 'antipoética' suena con saludable angustia actual, con sinceridad desnuda"²⁴⁹.

Merece la pena recordar que, cuando todavía la revista no ha dado el salto a una madurez intelectual que la alejará del exabrupto -y acercará a sus jóvenes integrantes al análisis de una rebeldía metabolizada por el régimen-, han aparecido ya síntomas de la nostalgia por restaurar una racionalidad perdida. Así debe tomarse la noticia conciliadora que celebra la conferencia de Ortega **Ideas sobre el teatro**, impartida en el Ateneo madrileño, a pesar de sus "veleidades políticas"²⁵⁰, o los términos en que Carlos Talamás comenta una conferencia de Lain con el título del futuro y contestado libro de 1949, **España como problema**.

Los dos caminos que explotará con mejor fortuna la nueva etapa de la revista, con Jaime Suárez, serán justamente la sistematización de la protesta cultural a través de la renovación teatral -sin desmentir la lealtad a los principios

²⁴⁹ Cf. **La hora**, 73 (5-marzo, 1948), pp. 2 y 8.

²⁵⁰ **La hora**, 21 (9-mayo, 1946), p. 3.

de Falange-, por un lado, y por el otro, y más importante, el énfasis en la posible apertura hacia las formas del orteguismo menos comprometedor con la España nacional-católica, pero de signo evidentemente conciliador y dialogante con la tradición liberal. Quienes están ya a punto de abandonar el barco de **Alfárez** -incluidos sus responsables gráficos: José M. de Labra, Mampaso, Valdivieso, el tempranamente desaparecido Carlos Pascual de Lara...- proseguirán la tarea allí iniciada sumando al receloso respeto por el legado orteguiano ya conocido, la actitud radical de Falange en el terreno de lo social. El relevo de Suárez por Miguel Angel Castiella a finales de 1949, acentuará más agresivamente esa tónica, que llevará a la suspensión de la revista a finales de 1950, no sin antes componer un Número Extraordinario que lo es también por su densidad, por su calidad y por la intención de las colaboraciones.

Con la nueva etapa cae de la cabecera el trazo rasgado y la fijación bélica de la brocha roja sobre el muro, para ganar algo del sosiego de una tipografía más convencional y rectilínea. No es únicamente el abandono de una agresividad visual lo que llama la atención de esa etapa de **La hora**, iniciada con nueva numeración el 5 de noviembre de 1948 y suspendida en diciembre de 1950. Si está en íntimo acuerdo, en todo caso, con el lema que campeará en la cabecera, "A la minoría siempre", y que tan bien resume las contradicciones de un semanario con voluntad de aproximar en un frente común a intelectuales y obreros. Jaime Suárez defendería esa posición en una carta abierta al padre Llanos. Se publicaba en la misma

página en que Carlos Alonso del Real respondía al balance solicitado sobre los primeros ocho números:

Creo que ya te dije alguna vez que aún esa consigna "a la minoría siempre" me hace temblar. Yo soy soreliano, orteguiano, joseantoniano; pero ¡ay!, esa consigna me suena más a "poesía pura", a "cansado de sí mismo", a "Árias tristes" que a "Reflexiones sobre la violencia" o a "Rebelión de las masas", o a "Discurso del cine Madrid". Y en esa exclusión de ciertos temas veo un peligro grave, muy grave, de "ombliguismo", y, en suma, de esterilidad.²⁵¹

De lo que no cabía duda era de la necesidad de romper con el estilo inicial de *La hora* y que, en el momento presente, tanto Jaime Suárez como el consultado C. Alonso del Real, juzgaban lesivo a corto plazo. Éste último señalaría diversos defectos del semanario entre los cuales subraya como más importante

cierta "piadosa ficción" sólo rota aquí y allá, por ejemplo, por el Padre Llanos -de "unidad generacional", "espíritu revolucionario", "unanimidad religiosa", etcétera-, que, aunque llena de buena intención, me parece contraproducente.²⁵²

Los integrantes del nuevo Consejo de Redacción no rehuyeron el aviso a cambio de incrementar la orientación práctica de una crítica cada vez más estructural al régimen. Figuraba en la mancheta de la revista, bajo la dirección de Suárez y la subdirección de José Bugeda, un Consejo que aglutinaba a fundadores de *Alférez*, a ocasionales colaboradores de *La hora* anterior u otra prensa seuista. Aparecen registrados, y colaboran efectivamente, Carvajal,

²⁵¹ C. Alonso del Real, "Cartas al Director", *La hora*, 9 (31-dic., 1948), p. 3 y véase la "Carta del director al padre Llanos", en el mismo lugar, donde Jaime Suárez registra las disensiones que suscitó en el seno de la redacción el lema juanramoniano.

²⁵² C. Alonso del Real, Carta al director, *La hora*, 9 (31-dic., 1948), p. 3.

Lago Carballo, Alonso del Real, Fernández del Amo, Julio Ycaza, Llanos, Robles Piquer, M. Arroita, T. Ducay, Juan Velarde, M. Sánchez Mazas, Carlos París, Alfonso Sastre, Medardo Fraile o Valverde. La llamativa heterogeneidad de este Consejo de Redacción explica la agilidad y frescura de esos dos años de un semanario estudiantil que apunta la evolución de compactos católicos y falangistas de actitud crítica e ideológica, marcados ya por la búsqueda de nuevas vías para un ideal social.

Un detenido repaso del primer número de esta segunda época puede verificar el aire renovado que imprimen los nuevos colaboradores captados por Jaime Suárez. **Alférez** desaparecía sólo dos meses después de entrar en prensas ese primer número de 5 de noviembre de 1948, con 24 páginas. Colaboran allí C. Alonso del Real y Marcelo Arroita, sobre dos instancias claves de la revista, Europa y la necesidad de una actitud crítica. La columna del padre Llanos, "Como somos", diagnostica críticamente, una vez más, el precario tono vital de la juventud universitaria y escriben Miguel Sánchez Mazas ("España amarga"), Carlos Robles Piquer, José Luis Rubio o Juan Velarde. Redactan Sastre y Gordón la página de teatro, que pasa a titularse "Frente teatral"²⁵³; César Armando Gómez anticipa batallas frecuentes después en **Acento cultural** revisando la obra de Picasso en París; se reproducen varias crónicas antinorteamericanas -y entre ellas, un texto de

²⁵³ A este grupo -y a la colaboración en **La hora**- se refiere Alfonso Sastre en Francisco Caudet, **Crónica de una marginación. Conversaciones con A.S.**, ob. cit., pp. 17 y ss.

Giovanni Papini y la que firma Ilya Ehrenburg contra "Los racistas norteamericanos"- . Por su parte, la sección económica adopta un neto sesgo social y divulgador que alcanza tanto a un trabajo premeditadamente descriptivo, informativo y sin hostilidad sobre "La teoría del valor de Carlos Marx", a cargo de Salvador Gay, como a una página programática del propio Velarde. De las notas de sus cursos de entonces cabe entresacar la actitud de José Antonio, "el respeto y la adhesión que experimentó hacia muchas afirmaciones socialistas, algunas de ellas de tipo marxista"²⁵⁴ . La defensa de una sección explicativa de los rudimentos teóricos de la economía y la selección intencionada del primer tema de debate -la urgencia de combatir desde el Estado "los gastos de lujo" por ir en detrimento de las clases más humildes-, delimitan un activo frente intelectual de la nueva **La hora**. En dos ocasiones distintas reincidirá Carlos París en temas marxistas desde actitudes intelectuales respetuosas e incluso parcialmente simpatizantes: "La verdad del materialismo marxista", n. 7 (17-XII-1948) y "Mundo burgués y marxismo" en el n. 9 (31-XII-1948). Dos números después, **La hora** iniciaba la serie firmada por Ramiro Campos Nordmann bajo un título de claras resonancias de escuela, "Materiales para un manifiesto económico de la actual generación", n. 11 (14-I-1949).

La pretensión de aproximar España a los movimientos sociales e intelectuales de Europa, el afán por conquistar las

²⁵⁴ Cf. Juan Velarde, "El pensamiento económico de José Antonio", en **El nacional-sindicalismo, cuarenta años después**, ob. cit., p. 96.

metas políticas que contempla un ideario revolucionario, la conciencia de disponer de energías acumuladas en años y años de Frente de Juventudes con el riesgo de ser malbaratadas y desencauzadas y, por último, una íntima y aguda conciencia de responsabilidad moral y política en tareas no muy disímiles de las que inspiraron al regeneracionismo finisecular, latén claramente en ese primer número. "Una nueva época" es el título intencionadamente ambiguo de su editorial:

Lo primero que trae esta generación es su libertad e independencia hacia formas e instituciones actuales que considera caducas y fracasadas (...) Aquí es imprescindible un marco amplio de reacción frente a parte de ese aparato burocrático fabuloso montado por el nuevo Estado, detrás del cual se ha escamoteado toda eficacia revolucionaria. Parece ser que nuestra generación podrá moverse durante algún tiempo todavía en el terreno de la colaboración generosa, pues aún queda fe en la posibilidad de una total rectificación. En ningún caso, sin embargo, se descartará la posibilidad de tomar la rebeldía y la emancipación como única salida.²⁵⁵

Cierto que las amenazas quedaron incumplidas en los años inmediatos aunque no por mucho tiempo. La búsqueda de horizontes políticos democráticos y, en esos momentos, fundamentalmente, de formas de intervencionismo social efectivo, son los cauces que seguirá una corriente de opinión que la revista alimentará a lo largo de su breve trayectoria, tomando el oxígeno que necesitaba de más allá de nuestras fronteras. Si bien llama la atención el relieve con que reproduce la portada del número 20 (18-III-1949) el artículo de T.S. Eliot "La unidad de la cultura europea", en traducción de José Luis Cano, las toxinas de un europeísmo intelectual se

²⁵⁵ "Una nueva época", *La hora*, 1 (5-nov., 1948), p. 8.

habían manifestado en un registro confuso pero enormemente significativo desde el primer número. El editorial que citaba más arriba censaba otro obstáculo: "El segundo problema que debe solucionar nuestra Revista es nuestro deseo de asomarnos al exterior, educados al margen de toda circunstancia europea y mundial." La fidelidad a una fe falangista que busca su legitimación en una propuesta transformadora, y en las raíces de un proyecto revolucionario ausente de la práctica política del franquismo -y la distinción entre falangismo y franquismo pocas veces puede quedar más clara que en esta página-, explica la intención programática del texto:

Vivimos sumergidos en un mundo político, social, económico, cultural, totalmente ajeno a nuestra concepción total de la vida y de la muerte. Mundo que, en lucha armada, nos derrotó. Pero solamente a los isidros se les ha podido ocurrir condenarlo en su totalidad. El problema está en saber aceptar esta realidad (...). No se trata, pues, de volverse de espaldas a Europa, inventándonos el maniqueo. Tampoco se trata de un gesto de papanatismo. Tenemos que salir con los ojos muy abiertos para saber incorporar todo cuanto de actual y vivo hay en esa cultura que parece frente al comunismo. Homenaje y reproche al mundo que nos derrotó²⁵⁶.

Pocos textos suministran tan concentradamente las claves de una contradicción histórica entre la fidelidad a una doctrina política y la ansiedad por respirar fuera de la estrechez cultural vigente de puertas adentro, salvando así los "tres siglos de ausencia de la historia y de la cultura"²⁵⁷. Todavía faltan algunos años para descubrir, a propósito del proceso abortado en 1956, "el callejón sin

²⁵⁶ Ibidem.

²⁵⁷ Ibidem.

salida del 'falangismo liberal' y la necesidad de una nueva opción radical", como escribiría años después J.L. Aranguren²⁵⁸. Y sin embargo, los gérmenes decisivos de una desazón contagiosa están presentes en universitarios formados muy cerca de la doctrina falangista, profundamente defraudados de la ejecutoria política del régimen que lo enarboló como inicial legitimador, y servidores convencidos de un talante transformador anestesiado. Un hombre con la posterior evolución política de Carlos París ha evocado con nitidez ese grado de convicción que compartieron muchos de estos jóvenes, al mismo tiempo que registra el crecimiento de la frustración:

Yo vivía las ideas de la Falange y de José Antonio, al que había leído. No iba al Frente de Juventudes por inercia como otros, tenía una idea revolucionaria: anticapitalista, una revolución por hacer. No estaba integrado, me parece, en los esquemas franquistas de la España nacional.²⁵⁹

Quienes pudieran suscribir semejantes análisis no están lejos de la evolución posterior seguida por el propio París. Sus mismas biografías son argumentos terminantes para la crónica de una frustración juvenil adobada por ingredientes ideológicos y políticos característicamente utopistas: de Miguel Sánchez Mazas a Manuel Sacristán, de Francisco Ferreras a Enrique Ruiz García. Una inteligente puntualización, en esa introspección autobiográfica de París, apunta uno de los temas más emblemáticos de estos jóvenes -y explica tangencialmente el regreso a las fuentes de una tradición liberal de origen

²⁵⁸ J.L.L. Aranguren, "Pedro Laín, español", *Asclepio*, VIII (1966) que cito por *Memorias y esperanzas españolas*, Madrid, Taurus, 1969, p. 96.

²⁵⁹ Marsal, *Pensar bajo el franquismo*, ob. cit., p. 200.

regeneracionista y cauce intelectual orteguiano. La confesión de un falangismo convencido acerca a París a simpatías de izquierda que explica en estos sugestivos términos -que valen tanto para el padre Llanos o M. Sánchez Mazas como para Sacristán:

La diferencia en que pensábamos residía en que esta idea revolucionaria la integrábamos dentro de unos ideales patrióticos que nos parecía que la izquierda no había asimilado. Teníamos una preocupación por el problema de España, un poco en la línea de la generación del 98, pero en un sentido más político, de dolor por la decadencia de España pero en un sentido reactivo y optimista en nuestra capacidad para cambiar las cosas²⁶⁰.

El inventario de datos culturales e ideológicos que fundamentan esta exposición constituye la columna vertebral más relevante de la aportación crítica de **La hora**. Invita cada uno de ellos a una vida intelectual que condenará al olvido ideales políticos emparentados con el falangismo pero que no logra extirpar una íntima convicción ideológica montada sobre el eje de la solidaridad y la justicia social. La intersección de ambas fuentes culturales modificará adscripciones políticas de los intelectuales universitarios. Los Campos de Trabajo del SUT y la movilización del cristianismo de base facilitarán los contactos buscados entre estudiantes y obreros. El joven que frecuentó una revista de distribución gratuita, con un notable tiraje de siete mil ejemplares²⁶¹, pudo hallar desde poesía europea traducida hasta una reconsideración de la versión oficial de la historia española necesariamente provocadora. La

²⁶⁰ Ibidem, p. 203.

²⁶¹ Según José Bugeda, en Marsal, **Pensar bajo el franquismo**, ob. cit., pp. 67-68.

misma presencia de Ortega, con acceso privilegiado y entonces exclusivo a las páginas de esta revista del SEU, ha de ser valorada en el contexto de las virulentas reacciones que su regreso a España suscitó en el integrismo católico, con el padre Ramírez a la cabeza, frente a la lealtad discipular de Julián Marías y otros colaboradores del Instituto de Humanidades. Las reticencias que **Alfárez** había expresado, tan claramente vinculadas a la tibieza católica de Ortega, pierden importancia para los hombres de **La hora**. Reivindicarán de manera más espontánea la memoria del maestro y, sobre todo, la vigencia de su ejemplo -y de sus más o menos próximos continuadores desde una Falange progresiva aunque lentamente incómoda: Laín, Tovar.

Las iniciales de Francisco Soler firman en el número 9 (31-XII-1948) la respetuosa entradilla que presenta un detallado resumen de la conferencia de Ortega "Sobre una nueva interpretación de la historia universal", con el subtítulo de "Exposición y examen de la obra de A. Toynbee, **A study of History**". Con grandes caracteres el nombre completo de Ortega aparece acompañado por la autorización del extracto de la conferencia para **La hora** y domina la página un gran retrato al carbón, firmado por Mampaso²⁶². El número siguiente reseña el curso de Julián Marías en el Instituto de Humanidades sobre "El método histórico de las generaciones", mientras la contraportada íntegra de ese mismo número recoge la segunda

²⁶² Cf. **La hora**, 9 (31-dic., 1948), p. 5.

lección de la conferencia de Ortega²⁶³. Dos números después un discípulo suyo, C. Alonso del Real, vuelve en portada a ocuparse de Ortega, que no reaparecerá como conferenciante hasta los inicios del próximo curso académico, pero lo hará también en portada con el expresivo "Discurso a los universitarios de Berlín", en el n. 36 (6-XI-1949). Y un mes más tarde es Eugenio Frutos quien escribe sobre Ortega y Marías, 41 (11-XII-1949)²⁶⁴.

Por supuesto, continuaron colaborando hombres de la vieja guardia de Falange: desde un asiduo de la Ballena Alegre joseantoniana como Murlane Michelena, al autor de **Chekas de Madrid**, Tomás Borrás, o Guillén Salaya, vidrioso personaje, cronista del jonsismo y, en **La hora**, analista de "Ramiro Ledesma Ramos en el pensamiento nacional sindicalista español" (5, 3-XII-1948)²⁶⁵. Pero algo más que la relevancia tipográfica o la elección de la página par o impar permite comprobar que la revista reservó sus simpatías más comprometidas para una cierta herencia del talante intelectual orteguiano y para hombres como Lain Entralgo. Poco a poco su figura intelectual iría conquistando una audiencia más numerosa y receptiva entre los jóvenes intelectuales españoles. Con el máximo relieve aparecen sus trabajos sobre José Antonio, en la portada del 3

²⁶³ Cf. **La hora**, 10 (7-enero, 1949).

²⁶⁴ Cf. C. Alonso del Real, "Ante Ortega", **La hora**, 13 (28-enero, 1949), p. 1 y Ortega, "Discurso a los universitarios de Berlín", **La hora**, 36 (6-nov., 1949), p. 1.

²⁶⁵ Cf. José-Carlos Mainer, "Literatura y fascismo: la obra de Guillén Salaya", en **La Corona hecha trizas (1930-1960)**, Barcelona, PPU, Literatura y Pensamiento, 1989, en espec. las primeras páginas, 69-72.

(19-XI-1948), o en torno al problema de España y los "los nietos del 98". Matizado el triunfalismo de otras épocas, apunta a la raíz amarga y al poso sórdido en que se apoyan los primeros pasos de una generación, la suya, "sangrienta y espiritualmente astillada", víctima de una "opción dramática" y nacida bajo el signo personal de una "zozobra histórica". El lenguaje críptico y metafórico de Laín elude todo asomo de alegría victoriosa, y aún más, parece fiel a la consigna que echaba de menos Alonso del Real en un trabajo anterior ya citado. Aun así, a pesar del liderazgo que iba a ejercer Laín entre los universitarios, sobre todo desde 1956, en estos años su obra es todavía producto de contradicciones intelectuales muy violentas. La afirmación del terreno movedizo en que creció su generación se combina, paradójicamente, con la apabullante seguridad teórica que fundamenta las tres creencias -por cierto, en el sentido orteguiano del término- que España necesita. Y todas ellas tienen un eje católico como sevidumbre histórica y política a la esencia del país. La segunda parte del trabajo -vigorosamente ilustrada por Valdivieso con un gran toro estocado y una muy explícita cita del **Guernica** de Picasso-, analizará siete necesidades derivadas y sus correspondientes "momentos principales de conversión de nuestros supuestos en conducta personal"²⁶⁶.

²⁶⁶ Pedro Laín Entralgo, "Los 'nietos del 98' y el problema de España", **La hora**, 11 (14-enero, 1949), p. 2, 12 (21-enero, 1949), p. s.n. (contraportada) y 13 (28-enero, 1949). Y cf. también el Epílogo de 1955 a **España como Problema**, Madrid, Aguilar, 1957 2a ed., espec. pp. 770-773.

El 98 está presente en **La hora** como algo más que un referente generacional. El trabajo de Laín lo insinúa: es una fuente para insistir en el problema de España y es además una fuente menospreciada por la España oficial. **La hora** asumirá reiteradamente la defensa de las figuras más relevantes del 98, al mismo tiempo que acepta los cauces de reflexión regeneracionistas. La particularidad de un modo de aproximación distinto reside en el falangismo como esquema ideológico en cuyo seno se integran los ingredientes más evidentes del noventayochismo clásico. **La hora** recoge a menudo las crónicas viajeras de sus colaboradores por las tierras de Cuenca o Valladolid, donde subsiste la misma España descubierta por Baroja o los primeros Maeztu y Azorín. La "España amarga" que examina Sánchez Mazas desde un evidente registro unamuniano en el primer número, tiene continuidad no sólo en la sección de la revista titulada "Dolor de España", sino incluso en los términos explícitos de algún por entonces muy joven falangista como Marcelo Arroita-Jáuregui. El núcleo de la actitud falangista ante el 98 está en la exigencia de rescatar sus diagnósticos para arbitrar los remedios que permiten los instrumentos políticos del Nuevo Estado (7, 17-XII-1948). Miguel Angel Castiella comenzaría colaborando en la página de teatro para convertirse, poco después, en un crudo y violento cronista del secano español, al igual que José Luis Rubio había de expresar muy frecuentemente una viva desazón de origen y motivaciones sociales, pero desde la mentalidad joseantoniana.

José Bugeda ha subrayado muy oportunamente el entusiasmo

idealista que inspiraba aquellas posiciones:

Nuestra línea política la marcaba mucho más la doctrina joseantoniana, con toda la utopía que en ella pudiera haber, que el final concreto de la guerra que tenía como consecuencia tangible la presencia de los que nos educaban²⁶⁷.

Suyo había de ser uno de los trabajos más conflictivos de la revista y que contribuyó a precipitar el fin del semanario. "Reencuentro con el pueblo" es el título de una crónica descriptiva de zonas rurales detenidas en el tiempo, de sus pobladores y sus hábitos. Pero es, sobre todo, una crónica de la impotencia y el fracaso políticos, de la inoperancia del Estado -de un Estado con Falange- en los medios más necesitados e intelectualmente desabastecidos: fatalismo, resignación y silencio. "Alguien ha comenzado a hablar de política. Se ha producido un silencio denso, embarazoso. Un silencio extraño". La evocación de alguna escena de **El Jamara** no sería del todo improcedente: "Todos los hombres que allí [sic] han sido jóvenes y entonces sí hablaban de política y se hubieran increpado unos a otros con ilusión y con saña. Ahora callan y beben despacio". A manera de contrapunto una radio emite una consigna y un viva por los caídos por Dios y por España, pero sólo es el pórtico para que el autor desgrane una confesión de culpa por la adulteración del falangismo:

Me confieso [a ti, pueblo de España] por esta impotencia rabiosa de no saber alzar a toda la sangre joven de España en oleada incontenible para buscar por los caminos de tu alegría, y tu risa, y tus campanas, y hacer que salte para siempre la costra mugrienta y fría que los años han acumulado sobre tus campos, sobre tus calles, sobre tus hogares tristes. Y que tu hambre se harte de pan y

²⁶⁷ José Bugeda, ...Y el pueblo al fondo, ob. cit., p. 128.

de amor.²⁶⁸

El final del artículo resume su desengaño de la España franquista a través del famoso verso cidiano, debidamente dedicado al ausente: "Dios, qué buen vasallo. ¡Si él fuera el señor!".

Las figuras de la tradición liberal española obtuvieron un lugar en *La hora* sólo comparable con el que Escorial les cedió pero con una espontaneidad que faltaba en la revista de los mayores. Baroja era entrevistado en la tercera entrega del semanario (19-XI-1948) mientras una página bien escogida - sobre juventud y política-, de **Juan de Mairena**, aparecía en el número 18 (4-III-1949). Pablo Corbalán escribe sobre el poeta en el número 64 (8-X-1950) y Juan Emilio Aragonés anudaba sólo unos números atrás (61, VIII-1950) la lección de Machado con el necesario aprendizaje junto al pueblo de quienes frecuentan las aulas universitarias: "doce días aprendiendo la verdad del poeta tan español y tan nuestro que fue Antonio Machado; pese a que las circunstancias lo situaran al otro lado"²⁶⁹. Por último, Machado comparte con Luis Cernuda una revisión de su poesía "frente a lo irremediable", por J. Antonio Cubiles en el número 6 (10-XII-1948). Otras figuras de la España exiliada pasarían por las páginas de *La hora*, como Picasso, que lo hace en el primer número y en el cuarto (26-XI-1948), mientras en

²⁶⁸ Cito el artículo, aparecido en *La hora*, 68 (5-nov., 1950), por José Bugeda, *...Y el pueblo al fondo*, ob. cit., pp. 16-17. Sobre el impacto ideológico del trabajo, cf. Jesús Ibáñez, "Autobiografía. Los años de aprendizaje", en *Anthropos*, 113 (nov.-1990), p. 12.

²⁶⁹ J.E. Aragonés, "Carta abierta de un acampado", *La hora*, 61 (agosto-1950).

el n. 16, de febrero de 1949, se reproducen cuatro poemas de **Heraldos negros** de César Vallejo. Incluso Francesc Galí, con dedicatoria a Carlos Alonso del Real, publica un poema en catalán (con múltiples erratas y una que *germaniza* la lengua desde el mismo título: "Tankas [sic] del somni"), en 22 (1-IV-1949).

Los síntomas de esta voluntad aperturista, manifiesta en el tratamiento neutralizado de figuras de una tradición liberal innombrable, son poco numerosos. No callan, sin embargo, la significación última de una juventud universitaria que intentaría frecuentarlos en los Colegios Mayores y desobedecer su expulsión de la historia intelectual, o de la historia europea. Lo subrayo porque el semanario será sensible a esa dimensión de una cultura católica sin apenas repercusiones en el interior. Valverde traduce en numerosas ocasiones poesía europea o norteamericana, desde Frost o Cummings hasta Hölderlin o Eliot, pero es también el responsable de la versión del artículo del propio Eliot, "Hamlet", en el n. 6 (10-XII-1948). Le seguiría poco después el ya citado sobre la cultura europea, en versión de José Luis Cano, en el 20, y el teatro de Eliot ocupará muy asiduamente a los grupos teatrales universitarios.

El catolicismo progresista europeo, y su nombre más significativo en esos momentos, también accederá a las páginas de la revista de la pluma del jesuita Díez Alegría, "Unas palabras sobre Maritain", 18 (4-III-1949), mientras dos artículos de Gabriel Marcel se reproducen en los números 31 (3-VI-1949) y 72 (3-XII-1950). Son muy frecuentes las